

COMO TÚ
NINGUNA

Amanda Seibiel



COMO TÚ NUNGUNA

Amanda Seibiel

Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgadas por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obras en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la obra a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha obra. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Título: Como tú ninguna

© 2024 Amanda Seibiel.

Todos los derechos reservados.

Portada: Fanny Ramírez.

Maquetación: Fanny Ramírez.

Fecha de edición: Febrero 2024.

Asiento registral de la obra número 9/2023/227

ISBN: 9788409502080

A la libertad en todos los sentidos. Que uno se sienta libre de hacer con su vida lo que realmente quiera siempre para fines buenos y no perjudicar a nadie. A la sinceridad y comunicación entre parejas, seguro que habría menos separaciones y más sorpresas buenas. A menos complejos y más autoestima. Fuera miedos y más alegría. Vive el día a día con ilusión y no juzgues a nadie si conocerlo. Menos criticar y más autocrítica. Sé más empático y menos antipático. Vive la vida que son dos días y aprovéchala en cosas buenas. Disfruta del libro.

Índice

Sadtown
«The Lust»
Limpieza general
Proposición decente
La guarida erótica
Ansiedad
San Diego
Un tipo cualquiera
Museo de Cera
¿Reconciliación?
Acosada
Glorioso
Traicionada
Golpe inesperado
Dylan Reed
Otro revés
Tía Eliza
El despertar
Supermercado de Adultos
Un médico excepcional
Mentiras
En casa
Follones
Un poco de paz
Paranoias
Ingenuidad
Invasión
Libre
¿Casualidad?
Confesiones de padre e hija
Vuelta a la universidad
Las verdades duelen
El hombre perfecto
Malas noticias
Sentimientos encontrados
Locura conjunta
Amor eterno
Quédate conmigo
Difícil elección
Siguiendo las reglas
Como ellos ninguno



Sadtown

Cada vez que pienso en cómo he acabado viviendo en Sadtown, imagino las mil probabilidades que tenía de terminar en cualquier parte del mundo menos aquí. Pero, a veces, el destino es muy caprichoso y te pone donde a él le da la gana.

La ciudad triste. ¿A quién se le ocurre poner ese nombre a un lugar? Pues, según la historia, a un alcalde que estaba hasta los cojones de ver que se quedaba sin habitantes y que la ciudad desaparecía antes sus ojos. «¡Qué tristeza de sitio!», clamaba a los cuatro vientos. Y de tanto decirlo, se le quedó el dichoso nombre. Hablo de hace casi ciento cincuenta años. Una ola de calor combinada con una gripe muy fuerte se llevó a la mayoría de los habitantes más débiles; entre ellos, a los mayores y a los niños. La ciudad se quedó casi deshabitada y el alcalde no se rindió. Era un hombre potentado para aquella época y ofreció dinero, casa y tierras para todos aquellos que vinieran a vivir allí y formaran un hogar en Sadtown. La noticia se extendió como la pólvora y llegó hasta Europa. Sí, mi bisabuela fue una de esas aventureras españolas que no se lo pensó mucho y embarcó rumbo a América en busca de una vida mejor. Se casó con un nativo de la ciudad y luego nació mi abuela y llenó Sadtown con cinco maravillosos retoños; mi queridísima madre, entre ellos. Mis tíos y tías, en cuanto se hicieron mayores de edad, se marcharon en busca de mejor vida y otro lugar donde vivir. Mis padres se quedaron... y yo también.

Tuve una buena infancia y luego estudié en la universidad de San Diego la carrera de Magisterio. Me especialicé en los niños pequeños. Bueno, la terminé casi de milagro, porque conocí al entrenador del equipo de béisbol de la universidad y me enamoré perdidamente de él. Grayson Sullivan medía casi dos metros, llevaba la cabeza rapada, era fuerte, musculoso y me sacaba diez años. Se parece al actor La Roca. Cuando tenía tiempo libre, salía al campo de entrenamiento y me sentaba en las gradas a admirarlo con la boca abierta. Nunca pensé que se fijaría en mí. Además, las relaciones entre profesores y alumnas estaban prohibidas.

Un día se me acercó después del entrenamiento y casi me da algo al tenerlo tan cerca. Imponía mucho más y era enorme en las distancias cortas. Me invitó a salir y no cabía dentro de mí de la alegría. Teníamos que ser discretos, así que me llevó a su casa.

No tardamos en enrollarnos. Yo tenía dieciocho años y él veintiocho, pero jamás había estado con nadie. Cuando me cogió en brazos y me besó, supe que sería para mí para siempre. Aquella

masa de músculos perfectos era el hombre más delicado del mundo. Me quitó la ropa con suavidad y me ardía el cuerpo en llamas. Me besaba en los labios, que se derretían a su contacto. Su mano acaparaba mis dos pechos sin dificultad. Temblaba con cada caricia y cada lametón que me daba. Me tumbó en la cama y me separó las piernas. Era enorme y yo me sentía minúscula debajo de aquel impresionante hombre. Su sexo iba en proporción a su cuerpo y me asusté.

—Tendré cuidado —recuerdo que me dijo.

Y lo tuvo.

Se deslizó en mi interior con una precisión tan suave que apenas sentí dolor. Solo fueron unos segundos, que dieron paso a la felicidad absoluta. Grayson me penetró con más ahínco y yo gozaba a cada presión que instauraba dentro de mí. Le comía la boca y él me apretaba el culo para impulsarse y proporcionarme un placer desconocido hasta ese momento. Le acariciaba su cabeza calva y gemía, poseída por algo maravilloso. De pronto, me sobrellevó algo que no me esperaba. Abrí los ojos como platos y él apuró el ritmo para llevarme al éxtasis glorioso. Grayson se derramó en mi interior entre jadeos, besos y caricias. Me dijo que me quería ese mismo día y yo me lo creí.

A partir de ese momento, follábamos a diario, siempre y cuando podíamos. Al año de estar juntos, sucedió algo inesperado. Yo me quedé embarazada y él fue expulsado de la universidad por confraternizar con una alumna.



Pero eso no pudo separarnos. Nos casamos y me convertí en la señora Agnes Sullivan. Y a la edad de veinte años tuve a mi primera y única hija, Rosy Sullivan. Para mi padre fue un mazazo, ya que él trabajaba también en la misma universidad como profesor de Historia. Pero cuando nació Rosy, todo cambió. Mi madre me ayudó con la pequeña y pude terminar la carrera. Grayson se montó un gimnasio en Sadtown y trabaja desde entonces como entrenador personal.



Ahora tengo treinta y ocho años y trabajo como profesora en la escuela pública de Sadtown. Mi hija ya está en la universidad, estudiando Marketing, y sigo felizmente casada con La Roca de mi marido. Los años han pasado volando en esta triste y tranquila ciudad en la que nunca ocurre nada y sigo con mi rutina de ir al colegio, luego al gimnasio a entrenar un poco, y así de paso ver a Grayson, y finalmente a casa.

No hemos tenido más hijos y nuestra vida es más bien monótona. Rosy siente devoción por su

padre y conmigo tiene los pequeños roces de madre e hija. Mis padres, al final, se mudaron a San Diego, así que la única de la familia que perdura en Sadtown soy yo. Tampoco se vive mal. No es como antaño. Ahora hay gente, tiene de todo y hasta están montando una especie de discoteca a las afueras de la ciudad, muy chula. Deberían cambiarle ese absurdo nombre, porque ya no es tan triste y cada vez vienen más turistas. Pero bueno, eso no es asunto mío.

Los niños entran en tropel del recreo. No tienen más de seis años y les ordeno que se sienten cada uno en su pupitre. Me encanta mi trabajo y, por eso, creo que no he tenido más hijos. Los tengo todos los días y de diversas personalidades.

—Vamos a leer un poco. Quiero que abráis el libro por la página veintitrés —les ordeno.

—Jo, profe, hoy hace mucho calor. ¿Podemos ver un vídeo, mejor? —protesta Amadeo, como siempre. Es un niño pelirrojo y regordete.

Me tapo la boca con la mano para que no vea mi sonrisa. Siempre se queja por todo, pero es un amor y me hace mucha gracia.

—Leemos un poquito y luego ponemos el vídeo. ¿Qué te parece? —intento sobornarlo.

—Vaaale —acepta a regañadientes.

Los niños abren su libro de lectura y voy seleccionando quién quiero que lea.

No los agobio demasiado. Como les prometí, a los diez minutos

les pongo un vídeo didáctico, de esos que entran en el programa de enseñanza. Aplauden con alborozo y yo sonrío emocionada al verlos felices. Tengo el mejor trabajo del mundo.

Al rato, suena el timbre y se ponen en fila india para salir del aula. Los guío hasta la puerta, donde los padres los recogen para llevárselos a sus casas. Los saludo con la mano y les digo adiós a todos y cada uno de ellos.

Luego voy hacia mi vieja furgoneta Chevrolet del 74, un capricho que me di el año pasado. Mi marido no quería que comprara esa chatarra, pero yo me enamoré de ella en cuanto la vi en una compraventa de vehículos usados. Me hace sentir segura y poderosa y, además, va como la seda. Aunque eso fue porque Grayson la puso a punto. No iba a permitir que fuera en esa tartana sin pasar antes por el taller. La verdad es que mi marido es un amor. Llevamos veinte años juntos y lo quiero como el primer día. Cuando entro en la furgo, suena el móvil en el bolso y contesto.

—¿Diga?

—Cariño, llevo días sin hablar contigo, ¿va todo bien?

Es mi madre.

—Sí, mamá. Es que he ido un poco liada con los niños y está haciendo mucho calor para estar en el mes de abril.

Me disculpo como puedo. La verdad es que se me ha ido por completo.

—¿Por qué no venís este fin de semana Grayson y tú a San Diego y os relajáis en la playa?

Aprieto los dientes solo de pensar en un buen baño en el Pacífico.

—No sé cómo lo tendrá él en el gimnasio —respondo—. No es tan sencillo, mamá.

—Es el dueño. Puede cerrar un día, ¿no?

Suelto un bufido.

—Si cierra cuando le viene en gana, los clientes también pueden irse cuando les venga en gana. Tú has tenido una tienda. Ya sabes lo que es llevar un negocio.

—Ya, pero para eso había una chica empleada —me explica.

Tiene respuesta para todo.

—Sí, mamá, ya lo sé. Pero Grayson lo lleva él solito —le vuelvo a aclarar.

—Bueno, vosotros habladlo. Si te lo piensas mejor, me llamas.

Te echo de menos y quiero verte. Ahora veo más a Rosy, porque la tengo aquí al ladito, si no...

Cierro los ojos y pienso en mi hija.

—Lo sé. Y te agradezco que la acojas en tu casa. Me haces un gran favor haciendo que vaya de la universidad a vuestra casa —mascullo.

—Es mi nieta y también la he criado yo cuando era un bebé —me restriega por la cara.

Ya no soporto más esta conversación.

—Te dejo. Aún tengo que ir a hacer la compra y se me hace tarde. Te quiero. Dale un beso a papá y a Rosy.

—Pero...

Cuelgo el teléfono y no le doy opción a que me coma más la cabeza.

Quiero a mis padres con toda mi alma, pero a mi madre, cuando le sale la vena jodida...

Voy a poner en marcha la furgoneta cuando alguien me toca en la ventanilla y me da un susto de muerte. Me giro y veo que es el director del colegio, Jorge de la Vega, un mexicano muy apuesto que lleva de cabeza a todas las profesoras... menos a mí.

Bajo la ventana de la furgo y lo miro preocupada.

—¿Qué pasa, Jorge?

Se alisa la barba morena y se echa el pelo hacia atrás.

—Agnes, tengo que hablar contigo sobre unos pequeños cambios en el programa de tu curso —dice un poco incómodo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Ahora? —insisto.

—Es que me lo acaban de comunicar. Te he pillado por los pelos.

—No lo jures... Pero es que me viene muy mal. Tengo mis planes y me cortas toda la tarde —refunfuño.

—Si quieres, avisa en casa de que vas a llegar tarde, pero es importante que dejemos zanjado esto hoy.

Dejo caer la cabeza laxa entre mis brazos estirados. Me acaba de fundir con la noticia. Con las ganas que tengo de irme y desconectar...

—Está bien, dame un minuto.

—Claro.

Sonríe con esos perfectos dientes blancos y regresa al colegio.

Vuelvo a coger el móvil y llamo a Grayson para avisarlo. Enseguida me contesta.

—Hola, amor —dice con dulzura.

—Hola, cariño. Tengo que quedarme a una reunión inesperada de última hora. Llegaré para la cena, imagino —digo desanimada.

—No te preocupes, amor. Me quedará dando alguna clase más en el gimnasio y luego le diré a Tony que cierre él. Te prepararé la cena para cuando llegues.

Me arrancan una sonrisa de lo tierno que es.

—Hecho.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono y bajo sin ánimos de la furgoneta. Doy un portazo y me dirijo de nuevo al colegio para la dichosa reunión.

Me toco la nuca y estoy sudando. Menos mal que me corté el cabello hace unos años y me deshice de aquella inmensa mata de pelo. Esta media melena que llevo es muy cómoda y voy más fresca, aunque hoy me lo raparía al cero, como mi marido. Demasiado calor para esta fecha.

Cuando venga el verano, va a ser un infierno.

Voy directa a la sala de reuniones y allí no hay nadie. Me giro sobre mí misma en busca de más profesores, pero solo aparece el director del centro. Una sensación extraña me recorre el cuerpo y me pongo en alerta.

—¿Y los demás? —pregunto.

—Estamos solo tú y yo —contesta en un tono que no me gusta nada.

—Pensé que era una reunión colectiva —le espeto.

—No hay tal reunión. Solo quería hablar contigo a solas. No te asustes, por favor.

—¿Perdona?

Mi instinto animal sale a la luz y me pongo en posición de ataque.

—Hace tiempo que me gustas y no puedo dejar de pensar en ti. Eres tan hermosa y atractiva que quería saber si tendría alguna oportunidad contigo.

Mi boca se abre, por inercia, de puro asombro.

—¿Estás de broma?

—Hablo muy en serio.

Me revuelvo, incómoda no, lo siguiente.

—No tengo ningún interés en ti como hombre —le digo—. Amo a mi marido y no me gustaría perder mi trabajo por este desafortunado malentendido.

El sudor me corre por la espalda a toda velocidad.

Jorge se frota los ojos, como si luchara por salir de un mal sueño. Lo observo guardando la distancia y con mucha precaución.

—Perdón —dice—. Me he confundido contigo. Una de tus compañeras me dijo que estabas interesada en mí y me he precipitado. No te preocupes, olvídalo, aquí no ha pasado nada. He sido un necio por hacer caso a chismorreos sin base sólida.

Me está dejando muerta, pero más tranquila.

—¿Quién te ha dicho semejante barbaridad?

Él niega con la cabeza y agita las manos con nerviosismo.

—No quiero más malos rollos en el colegio. Me come la vergüenza y solo quiero olvidar este episodio lamentable por mi parte.

Gira la cara para que no lo mire. Parece avergonzado de verdad.

—Dime quién ha sido, por favor. Te prometo no liarla. Pero tengo que saber quién me está vendiendo a mis espaldas.

Duda un poco y entonces asiente con la cabeza y me mira a los ojos.

—Sabrina Mendoza —suelta alto y claro.

Me quedo muda.

Es una nueva compañera de trabajo. Ha entrado este año, aunque ella está en secundaria. Es mexicana, una joven morena y voluptuosa de veintiocho años. No entiendo por qué quiere manchar mi nombre si nunca he tenido ningún problema con ella.

—Olvidemos esto —le pido a Jorge.

—Gracias —contesta, más relajado.



Paso por su lado y me voy.

Todavía sigo dándole vueltas a por qué Sabrina quiere hacerme un daño gratuito y meterme en un marrón que no me corresponde. No lo comprendo, por mucho que intento estrujarme el cerebro.

Lo único bueno es que consigo llegar pronto a casa. Por fin puedo descansar un poco y seré yo la que sorprenda a Grayson con una buena cena. Dejo la furgoneta fuera, pues no tengo ganas de abrir el garaje y hacer maniobras. Tenemos una casita de planta baja con tres habitaciones, un porche delantero y un pequeño jardín atrás. La casa cómoda, discreta y coqueta que cualquier matrimonio suele soñar tener algún día. Nosotros lo conseguimos gracias a mis padres. Saco una bolsa del súper en el que he parado a comprar y entro en casa. Agradezco de inmediato el aire acondicionado. Se está de maravilla, pero, ahora que lo pienso, no debería estar puesto. Solo lo encendemos cuando estamos en casa, para ahorrar energía.

Entonces, oigo un ruido y me asusto. Dejo la bolsa con mucho cuidado sobre la cocina y agarro uno de los bates de béisbol que tiene Grayson detrás de la puerta. Alguien ha entrado en casa y el corazón se me acelera. Otra vez oigo un golpe y me quedo quieta para que no me descubra el ladrón que ha entrado en casa. La respiración se vuelve errática y sudo a mares. Primero un pie y luego el otro. Hasta que escucho perfectamente el gemido de una mujer. Ahí el corazón baja de pulsaciones hasta llegar a cero. Mi mente intenta procesar lo que ha oído, pero se niega. No puede ser cierto. Otro gemido. Esta vez es de mi Grayson. Las lágrimas empiezan a rodar por mi cara ardiente, que no quiere enfrentarse a lo evidente. Bajo el bate de béisbol y cae al suelo haciendo un ruido sordo. Estoy frente a la puerta de mi habitación. De pronto, sale el amor de mi vida en pelotas. Detrás de él... Sabrina Mendoza. Ahora las piezas encajan.

Mi marido se queda paralizado, mirándome sin saber qué decir. Yo esbozo una sonrisa nerviosa por toda la mentira que me ha hecho vivir.

—Ag-nes... —titubea.

Lo miro a los ojos y solo veo decepción.

—Así me llamo, Grayson —contesto fríamente.

—No sé qué decir —vuelve a abrir su absurda boca.

—Evidentemente. Se te da mejor hacer.

Le doy el corte de su vida.

Sabrina se está vistiendo a toda prisa. Luego sale por nuestro lado como una visión y desaparece.

—¿No vas a buscarla? —inquiero.

Grayson reacciona y se pone algo de ropa encima.

Suelta un gruñido y se envalentona.

—Ella no es nada para mí —me dice—. Si me satisficieras más en

la cama, no buscaría el placer en otras mujeres. Sabes que te amo solo a ti. Como tú ninguna.

Me deja perpleja.

—Ahora resulta que la culpa es mía.

Empiezo a calentarme.

—En parte, sí.

—Porque necesitas follar más, ¿es eso?

—Pues sí —chilla.

—Pues haberlo pedido. Yo nunca te he negado nada, maldito bastardo. ¿Traicionas veinte años de matrimonio por sexo? Pues nada, quizá yo también cubra mis necesidades con otros, ya que tú también me has abandonado.

Abre los ojos como platos.

—Ni se te ocurra.

Me señala con el dedo.

—Ya no puedes darme órdenes. Quiero que salgas de esta casa y el divorcio —le exijo muy seria.

—¡Jamás te daré el divorcio! Eres mi mujer.

Suelto una risa burlona.

—Ese derecho lo has perdido en cuanto has metido la polla dentro de otra vagina. ¡Fuera de mi casa! —chillo a todo pulmón.

Me agarra por los brazos y me clava la mirada.

—No te vas a divorciar de mí ni follarás con otros —me prohíbe rotundamente.

—Sácame las manos de encima o te parto el bate de béisbol en esa calva que no quiero volver a ver. Mi cuerpo es mío y se lo entregaré a quien me dé la gana, menos a ti —escupo con toda la rabia del mundo.

Me sacudo y me suelto de su amarre.

—Agnes, por favor. Solo ha sido un polvo. Yo te amo.

Está lloriqueando.

—Pues cuando pegue yo uno, puede que vuelva a hablar contigo. Lárgate de mi casa, Grayson.

—Agnes, Agnes...

—¡Fuera!

—¿Adónde voy a ir?

—No me importa. Llama a Sabrina o duerme en el gimnasio. Haberlo pensado antes.

—Solo ha sido sexo —insiste—. No siento nada por ella, joder.

Lo miro muy seria a los ojos.

—Gracias por el consejo. Ahora ya lo sé y haré lo mismo que tú —le escupo con rabia.

—Conmigo, joder.

—¡Haberlo hablado, imbécil! Nunca te he negado nada. ¡Nada! Y has tardado cero coma dos en meterla en caliente con una de fuera. Pues ahora vete con ella. ¡Vete!

Lo empujo llena de ira hasta la puerta y consigo sacarlo de casa. Cierro con llave y, poco después, escucho el motor de su coche.

Me quedo sola en la casa de nuestros sueños y no puedo llorar. Me siento humillada. Lo ha fastidiado todo solo por sexo. Siempre hemos funcionado bien en la cama y adoro follar con Grayson, pero si él no me dice nada... Últimamente es cierto que he estado más cansada y menos activa, pero eso no significa que no quiera hacerlo con él. Me ha cambiado por un polvo. No doy crédito. Si eso es lo que valgo para él, se va a enterar de lo que duele que te sustituyan por algo

tan básico. Yo también puedo hacerlo. Vaya si puedo. Te vas a enterar, Grayson Sullivan.



«The Lust»

No pego ojo esa noche y tener que ir al trabajo y encontrarme con Sabrina en el patio es algo para lo que no estoy preparada. En cuanto la veo, regreso dentro y voy al comedor en busca de un café para despejarme. Mi móvil suena y veo, por enésima vez, que es Grayson. Me está llamando constantemente y yo le rechazo todas y cada una de las llamadas que recibo. Los mensajes ni los leo y lo tengo bloqueado en WhatsApp. Todavía estoy digiriendo lo de ayer y me cuesta creer que el amor de mi vida y padre de mi hija me ha traicionado. Doy un sorbo al amargo café y hago una mueca con la boca. Sabe a rayos.

—No voy a disculparme por algo de lo que no me arrepiento. Por lo único que te pido perdón es por haberlo hecho en tu cama.

La voz de Sabrina hace que ponga la espalda recta y apriete la taza con fuerza.

—No tengo nada que hablar contigo. Por favor, no invadas mi espacio vital —le digo muy seria y sin mirarla.

—¿Tu espacio vital? Te crees más que nadie, ¿verdad? Pues que sepas que tu maridito me ha escogido a mí.

Se regodea en mi cara.

Me doy la vuelta y la fulmino con la mirada.

—Por lo que sé, no has sido la primera ni serás la última. Por mí puedes quedártelo, pero si vuelves a dirigirte a mí o a invadir mi ESPACIO VITAL, te aseguro que no seré tan amable. Ignórame y haz como si no existiera —le susurro al pasar por su lado.

Sabrina aprieta los labios para decir algo, pero no lo hace. Y más le vale, si aprecia su rancia vida.

Los niños regresan al aula y sigo dando clase como puedo, intentando mantener la compostura y buscando el refugio en aquellas personas inocentes que me están salvando la vida al mantener mi mente ocupada.

Cuando termino la jornada, mi madre vuelve a llamarme por teléfono. Me extraña, puesto que ayer hablé con ella.

—Dime, mamá, ¿qué pasa?

—¿Has dejado a Grayson? ¿Te has vuelto loca? Rosy está destrozada y ha salido volando hacia tu casa. ¿En qué pensabas?

Los alaridos de mi madre me descolocan las pocas neuronas que me quedan asentadas en la cabeza.

—¿Cómo sabes que no estoy con Grayson? ¿Y quién se lo ha contado a Rosy? Madre de Dios...

Me llevo la mano a la cabeza y me revuelvo el pelo ensortijado.

—Tu marido nos ha llamado hecho polvo. Dice que no contestas a sus llamadas y que no le dejas volver a casa. Pobre Grayson... —solloza.

Aquello me toca la fibra.

—¿Pobre Grayson?

—Sí, hija, está destrozado. Te quiere tanto...

—Eso no lo pensó ayer, cuando se follaba a una compañera de trabajo en nuestra cama. ¿Te ha contado eso el pobre Grayson?

Mi madre se queda muda. Doy por hecho que omitió esa parte.

—Él no haría algo así. Te quiere mucho —le defiende.

—Lo sorprendí yo, mamá. Literalmente.

—¡Santo Dios! ¿Estás bien, hija?

Ahora las tornas cambian y soy la pobre y buena de Agnes.

—Pues no. No lo estoy. Todo esto me viene grande y no lo asimilo. Pero no pienso volver con él. Me ha traicionado en mi propia casa y en nuestra cama.

—¿Quieres venir unos días a San Diego?

No es una mala idea, pero tengo trabajo.

—No puedo.

—Aunque sea el fin de semana —insiste.

—Me lo pensaré.

—Te quiero, Agnes.

—Y yo a ti. No te preocupes, estaré bien.

—Recuerda que Rosy va hacia ahí.

—Uf. Mira que contarle eso a la niña...

—Lo siento. Me oyó hablar con su padre y tuve que decirle...

—Decirle lo que a Grayson le conviene. Seguro que viene con las uñas afiladas. Lo que me faltaba.

Lanzo un suspiro.

—Es tu hija. Lo entenderá.

—Rosy solo tiene ojos para su padre. No creo que me entienda ni me escuche. En fin, me voy a casa a ver si ha llegado. Te quiero, mamá.



—Yo también, hija.

Piénsate lo de venir el fin de semana.

—Lo haré.

Subo a la furgoneta y salgo pitando hacia mi casa. Los problemas se me acumulan y yo no tengo el cuerpo para nada.

No me da tiempo a bajar de la furgoneta. Mi hija viene hecha unos cirios hacia mí.

—¿Qué le has hecho a papá? —me grita delante de casa.

Cierro la puerta y la ignoro. Sé que eso la fastidia, pero hasta que no baje el tono no pienso contestar a su déspota interrogatorio.

—Yo también me alegro de verte, hija —digo con la voz calmada.

Rosy infla el pecho y se pone roja de la ira. Yo sigo caminando y entro en casa. Ella viene detrás de mí como si fuera mi sombra.

—¿Por qué no dejas que papá regrese a casa? —insiste.

Me doy la vuelta y me encaro a ella. Ya tiene dieciocho años y no es ninguna niña.

—Pregúntaselo a él.

Pero mi hija es muy testaruda.

—Ya lo he hecho.

Arqueo una ceja sorprendida y sonrío.

—¿Y qué te ha contado?

—Que discutisteis, que te enfadaste mucho y que lo has echado. Incluso dice que quieres el divorcio.

—¡Vaya!

—¿Cómo que «vaya»?

—Te ha dicho algo de verdad, pero no todo. Sabes que no le pediría el divorcio por una discusión. Quiero demasiado a tu padre.

Ella se sorprende y parece calmarse.

—Pues, si lo quieres, vuelve con él, por favor —implora.

—No puedo, cariño. Dile que te cuente la verdad y que no te mienta, que ya no eres una niña.

Le acaricio su larga melena castaña, pero ella se aparta y rompe el contacto.

—Seguro que es por tu culpa. Papá te adora y nunca haría nada que te hiriese.

Suspiro y bajo la mirada.

—Pues lo ha hecho.

—No te creo —escupe con rabia.

—Lo sé. Siempre ha sido tu ojito derecho y tú el de él. Con eso no puedo luchar.

—¡Tienes que dejarle volver a casa! —me exige chillando.

Me pongo recta y cruzo los brazos sobre el pecho.

—No.

—Pues entonces lo llamaré y me iré con él. No quiero estar con la persona que le está haciendo daño al hombre que más quiero en este mundo —me espeta.

—Te entiendo y no voy a ser yo la que te hable mal de él.

—Te odio —me escupe con rabia.

Cierro los ojos con dolor al oír esas injustas palabras que no merezco. Rosy sale de casa dando un portazo en busca de su santo padre y me deja a mí más rota de lo que estoy.

Voy a la mesa de mi escritorio conteniendo las lágrimas de rabia y frustración. Abro el portátil y busco en internet algo con urgencia. No voy a dejar que se burlen de mí durante más tiempo. Abogados especialistas en divorcios es mi búsqueda prioritaria. Encuentro uno cerca que tiene muy buenas reseñas y es mujer: Alice Cooper.

La llamo al instante para concertar una cita y preparar la demanda de divorcio cuanto antes. Quiero que mi marido vea que voy muy en serio. Llamo a su despacho y me atiende su secretaria. Me da cita para mañana después el trabajo y, nada más colgar el teléfono, siento que me quito un gran peso de encima.



Las noches son horribles. No consigo apartar la imagen de mi marido en la cama con la zorra de Sabrina. No logro conciliar el sueño y, si continúo sin dormir una noche más, tendré que ir al médico a que me recete algún somnífero.

Desayuno y estoy a punto de salir de casa cuando me encuentro en el porche al que todavía es mi marido. El corazón me da un vuelco al verlo, pero luego todo lo malo me viene a la mente y la ira se apodera de mí.

—¿Qué diablos haces aquí, Grayson? —le digo de muy mala manera.

Me mira de arriba abajo y sonríe.

—Vengo a por algo de ropa y cosas mías. Recuerda que me fui con lo puesto, cariño.

—Yo ya no soy tu cariño —gruño de mal humor—. Haber avisado y yo te las hubiera hecho llegar.

—Lo he intentado, pero no respondes a mis llamadas ni mensajes. Así que no me quedó otra que venir. De paso, te veo y puedo hablar contigo.

Me muevo inquieta.

—No hay nada que hablar, Grayson. Tengo las cosas muy claras y no he cambiado de opinión. La que también está muy orgullosa de ti y de haberte follado es Sabrina —le digo con ironía—. Me lo dijo ayer, por cierto

A él le cambia el gesto y hace una mueca de desagrado.

—¿Se ha metido contigo? Esa mujer no significa nada para mí. Solo fue un polvo, del que me arrepentiré toda la vida.

Se pasa la mano por su calva y veo que está sudando.

—Y tanto que te arrepentirás —le contesto—. Coge lo que necesites, que me vas a hacer llegar tarde al trabajo.

Entra en casa y espero en la cocina.

—Rosy está conmigo. No esperaba que viniese a verme —me dice desde el dormitorio, alzando la voz.

—Puedes estar orgulloso de tu hija. A mí me odia y piensa que todo esto es por mi culpa. Ten cojones y cuéntale la verdad.

Se hace el silencio en la casa.

Miro el reloj y ya voy algo justa para el colegio. Grayson sale con una bolsa de ropa.

—No pienso decirle nada a Rosy y quedar como un mal padre —me dice todo serio.

—Cobarde —siséo.

Levanta la mano para acariciarme la cara y se la bajo de un manotazo.

—Déjame volver y olvidemos que esto ha pasado —ronronea como un gatito—. Te amo y me estoy volviendo loco sin ti.

—Pues vete sacando plaza en un psiquiátrico, porque esta tarde he

quedado con una abogada para que agilice los papeles del divorcio.

Eso es como darle un puñetazo en toda la cara. El impacto es colosal para mi marido.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

—Muy en serio. Puede que te pierda a ti y a mi hija, pero ganaré mi libertad.

—Nunca te lo concederé. Serás mi mujer siempre —sisea con rabia.

—¡Fuera de mi casa! —grito, señalando la puerta.

—Volverás conmigo, aunque sea lo último que haga. Sabes que eres para mí.

—Igual que Sabrina. Vete ya, Grayson.

Me lanza una mirada inquisitiva y se va en su todoterreno a gran velocidad.

Dejo caer los brazos laxos a lo largo de mi cuerpo y me pregunto por qué me ocurre esto ahora, cuando podíamos tener una vida tranquila los dos juntos, hasta hacernos viejecitos.



Aunque tiene razón: en cuanto lo vi supe que era para mí, pero ahora también sé que ya no lo es. Lo he perdido y me duele el corazón a horrores. Solo quiero que pase cuanto antes y no volver a verlo jamás, porque, cuando lo tengo delante, la herida se abre y sangra a borbotones.

Después de otro día largo en el colegio, acudo a mi cita con la abogada Alice Cooper. Cuando entro en su despacho, me sorprende toparme con una mujer más o menos de mi edad, muy atractiva, de larga melena castaña, ojos verdes y un cuerpo de infarto. Me recibe con un cálido apretón de manos y me cae bien al instante. Conectamos enseguida.

Le cuento toda la película, desde que conocí a Grayson hasta la pillada con Sabrina. Quiero que entienda nuestra relación y que no piense que todo ha sido malo. Ella se queda pensativa y gira su silla de escritorio de un lado a otro mientras muerde la tapa de un bolígrafo.

—¿Estás segura de querer divorciarte? —me dice.

No me esperaba esa pregunta.

—¡Pues claro! Si no, no estaría aquí hablando contigo —contesto, sorprendida.

—Por lo que me cuentas, tú todavía amas a ese hombre.

Aquello me deja fuera de juego.

—Eso no importa. Me ha roto el corazón y no puedo confiar en él.

Alice se levanta y empieza a caminar alrededor de mi silla.

—Pero entonces hablamos de orgullo herido. ¿Sabes lo difícil que es encontrar el amor de tu vida? Y, por lo que me cuentas, Grayson lo es. Pero tú quieres romper con él de todas formas, porque ha tenido sexo con otra persona.

—¿Es que no te parece una causa justificada? —inquiero.

—Verás, Agnes. Yo tengo una forma muy diferente de pensar a la tuya y quizá no sea la abogada indicada para llevar tu caso. Quiero ser sincera contigo y no te voy a engañar, pero entiendo a tu marido y no veo causa para un divorcio.

—¿Cómo?

Me levanto indignada.

—Cálmate y déjame explicarte. Creo que en esta vida te ponen a las personas en el camino por algo y, por eso, tenías que venir a mí.

Ahora estoy más confundida que nunca.

—No te sigo, perdona —le digo con sinceridad.

—Verás, yo mantengo una relación abierta con mi marido. Entonces, no veo nada malo en lo que ha hecho tu marido. Entiendo que tú sí lo veas como algo antinatural, pero, a veces, abrir un poco la mente a otras personas es beneficioso para una relación. Imagino que, para alguien tradicional como tú, todo esto suene a chino.

Me siento de nuevo y analizo sus palabras.

—No soy del Paleolítico. Sé perfectamente cómo funcionan las parejas abiertas, los *swingers* y todo ese rollo que se lleva ahora, pero nunca pensé que nuestro matrimonio necesitara de algo así. Si Grayson lo hubiera hablado conmigo, pues quizá me lo hubiera planteado. Yo también tengo mis curiosidades. Solo he estado con él y soy una mujer como cualquier otra.

Sonrío tímidamente. Alice me aplaude y me coge de las manos.

—Me sorprendes mucho con tu actitud. Otra hubiera echado a correr escandalizada.

Suelta una carcajada.

—No corrí ni cuando sorprendí a mi marido con la zorra esa en la cama —digo—. Estoy curada de espantos. Lo que no soporto es que me engañen. Ya no puedo confiar en él. Eso es lo que me duele y me está matando.

—Te entiendo. En esta clase de relaciones lo más importante es la confianza entre ambos; si no, no funciona.

—No voy a volver con él, Alice.

—Vamos a hacer una cosa: yo le envío la demanda de divorcio para que se acojone vivo. No la va a aceptar y tú no la vas a tramitar. Esto queda entre tú y yo.

—¿Y eso por qué?

—Porque vas a salir conmigo y te voy a enseñar el mundo libre de la noche. Tu marido tiene que recibir lo mismo que él te ha dado a ti y así estaréis en paz. Aún podéis salvar vuestro matrimonio.

—Por Dios, que no, que no. Yo no quiero entrar en ese mundo. Bastantes problemas tengo ya con mi hija y mi marido. Creo que voy a pasar. Las cosas, cuando no funcionan, hay que dejarlas.

—Agnes, si lo piensas, llámame. Tú has venido a mi despacho por algo y creo mucho en el destino.

Me entrega su tarjeta.

—Y yo creo en lo que vi y no fue nada bueno. Prepara la demanda y tramítala, por favor.

—Está bien, pero prométeme que pensarás en ello.

—Eso te lo prometo. Cualquiera se olvida de esta conversación... —digo. Luego me río, nerviosa.

Me da un abrazo de despedida y salgo de allí cagando leches.

Saco la furgoneta del garaje privado y la enfilo por la carretera de las afueras hacia mi casa. Sin darme cuenta, ya se ha hecho de noche. De pronto, veo el todoterreno de Grayson, que se detiene más adelante y entra en un aparcamiento privado. Me fijo en que es el de esa discoteca nueva que acaban de inaugurar. Los celos me pueden.

—¿Qué haces ahí, malnacido? —mascullo.

Ni corta ni perezosa veo que un coche deja un sitio libre en el arcén. Aparco mi preciada

furgoneta y bajo a cotillear. Seguro que ha quedado con alguna pelandusca. Y Alice dándome consejos para que lo perdone y abra mi relación y mi mente.

—Y una mierda. ¿Dónde te has metido, Grayson Sullivan?

Estoy hablando sola, como las locas.

Me acerco a la entrada y veo el cartel de neón: «The Lust».

—¿La lujuria? —susurro para mí misma.

En esas, sale un portero todo vestido de negro y me sonrío.

—¿Quiere entrar? Las mujeres no pagan.

Lo miro de reojo y la curiosidad me mata.

—¿Qué tipo de local es este? —pregunto.

—Entra y lo compruebas por ti misma. Hoy es la inauguración. Te aseguro que no te arrepentirás.

Y me guiña un ojo.

Me entran las dudas y no me fío de ese garito. Tengo mucha curiosidad por saber qué está haciendo Grayson ahí dentro, pero cierto es que no soy tan atrevida como le he comentado a mi abogada. Así que doy media vuelta para irme y entonces tropiezo con un hombre muy atractivo que me corta el paso. Es rubio y tiene unos ojazos azules impresionantes. Lleva barba y no me quita la vista de encima, hasta el punto de que me sonrojo.

—Disculpe.

Me hago a un lado para seguir mi camino, pero él interfiere de nuevo en mi huida.

—Sería un imbécil si te dejara ir —dice—. Eres una mujer preciosa y no suelen abundar mucho últimamente.

No se corta un pelo y me entra a saco.

—Lo siento, pero me he equivocado. Creí ver a alguien conocido que entraba aquí, pero no era él.

—Mejor para mí. Me llamo Neal Butler. Déjame invitarte a una copa y conocerte un poco. Te prometo que no muerdo.

Me sonrío y me quedo hechizada por aquella fila de dientes perfectamente blanqueados.

—Creo que no —rechazo.

Me agarra suavemente por la mano y su contacto no me desagrade.

—Por favor, solo una copa. Luego, si no estás a gusto, te vas. Ni siquiera me has dicho tu nombre.

Vuelvo a ruborizarme. Hace siglos que un hombre no me pretende y en una semana me entran dos de golpe.

—Me llamo Agnes y creo que debería irme a casa —me excuso de nuevo.

—¿Hay alguien esperándote?

Entrecierra los ojos y me escudriña como un halcón.

—La verdad es que no —contesto, consciente de mi realidad.

—Una copa, Agnes, por favor.

Lo miro de arriba abajo y el tío es un peligro, porque está muy bueno.

—Está bien. Una copa no me vendrá mal —acepto, más animada.

Me ofrece su brazo y me engancha a él como si de mi pareja se tratase. Es una situación un tanto extraña, pero muy agradable.

Cuando llegamos a la entrada, el guardia de seguridad le hace una reverencia a Neal.

—Buenas noches, señor Butler. Todo listo para la inauguración. Dentro ya está todo lleno. Faltaba usted por llegar —le dice con mucho respeto.

—Gracias, Nando, buen trabajo.

Le da una palmada en el hombro y me quedo con la boca abierta.

—¿Eres el dueño de este chiringuito? —pregunto. Me sale espontáneamente.

Él suelta una carcajada y me aprieta la mano con suavidad.

—Yo no llamaría «chiringuito» a una inversión millonaria. Creo que es algo más que eso.

—Todavía no sé a qué te dedicas ni qué hacéis ahí dentro.

Neal se detiene en seco y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Me estás hablando en serio?

—Totalmente. Seguí hasta aquí a alguien que creí reconocer, pero no sé qué clase de negocio es este —le confieso.

Neal se frota los ojos y se echa el pelo rubio rizado hacia atrás.

—¡Joder! Pues te vas a llevar la sorpresa de tu vida —dice y tuerce la boca en un movimiento muy sexi.

Me pone la mano en la cintura y entramos a una antesala donde hay taquillas y vestidores. Yo lo miro confundida. Él me niega con la cabeza y me empuja para que siga hacia delante y me salte esa estancia.

Entramos a un bar donde la luz es muy tenue y todo es de un lujo exquisito. Hay parejas, pero también mujeres y hombres solos. Aunque lo que más abunda son las parejas. Están tomando copas y charlando animadamente. Visten de gala, pero muy provocativamente, sobre todo, las féminas. En principio, no veo nada raro, hasta que un par de parejas empiezan a besarse, pero intercambiadas. La vista se me aclara y veo que las manos vuelan por debajo de los vestidos y que, tanto mujeres como hombres, se amasan como pulpos en busca de caricias prohibidas que allí están permitidas. La sangre me sube al cerebro de golpe y me tiñe la cara de un rojo oscuro, como el vino tinto. Neal no me quita la vista de encima y está observando mi reacción.

—¿Qué piensas ahora del chiringuito?

Pasa la mano por mi espalda y me erizo como un gato.

—Es un local *swinger*, ¿verdad? —susurro con la boca seca.

—Has dado en el clavo. Pero no te preocupes, hoy solo está permitido el presentarse y el toqueteo. Nadie te va a molestar y menos estando conmigo. Todos son muy respetuosos y, si no quieres que se te arrimen, solo tienes que decir no. Hay gente que viene a tomar una copa y a mirar. Eso es lo que vas a hacer tú —me explica.

Tengo la boca seca y solo pienso una cosa: «¿Dónde diablos está Grayson y por qué ha venido aquí?».

—¿Puedes pedirme algo de beber? —digo. Apenas puedo hablar.

Levanta la mano y enseguida un camarero nos trae dos copas de champán al reservado al que me lleva casi sin darme cuenta.

Tenemos vistas privilegiadas del local sin ser vistos y miro atónita cómo las parejas se besan y magrean tranquilamente. Disfrutan sin ningún pudor. De pronto, diviso a mi abogada con el que supongo que es su marido, aunque no lo distingo muy bien. Se arriman al bar y piden una copa. Ella besa a una mujer y luego lo hace su marido. Me bebo la copa de golpe y le pido a Neal que me la rellene otra vez. Esto es nuevo para mí y, además, me está poniendo caliente sin poder evitarlo.

—¿Qué opinas de que haya montado el «The Lust» en Sadtown? —me pregunta Neal.

—Que va a ser la comidilla de la ciudad —digo.

Neal se acerca hasta mi oído y me susurra:

—Casi toda la ciudad está aquí. ¿No te has dado cuenta? Yo solo les he dado lo que estaban

pidiendo a gritos. Ya no volverá a ser una ciudad triste.

Observo con más detenimiento y veo a Jorge de la Vega, el director del colegio, dándose el lote con dos tías a las que también conozco de vista.

—¡Joder! —exclamo atónita y me bebo otra copa de champán.

—Y eso que aún no he abierto todo el local...

—¿Hay más?

—Claro. Está el cuarto oscuro, el pasillo francés, la zona de las camas comunes, los reservados, los *jacuzzis*...

Levanto la mano y lo detengo.

—¿Todo eso para follar unos con otros y a la vista de todos?

Casi me atraganto con la copa.

Neal suelta una carcajada.

—Claro, de eso se trata. A excepción de los cuartos privados, todo es abierto y común. Aquí no existe el pudor ni la vergüenza.

—Cómo no: la lujuria pura y dura.

—¡Exacto!

Se me acerca un poco y noto el calor de su cuerpo rozando el mío. Siento que la ropa se me va a desintegrar.

—No puedo.

Me levanto y me separo de él.

Baja la cabeza y luego la levanta con una sonrisa frustrada.

—No te voy a presionar —dice—, pero sé que te haré mía y que no tardará mucho. No suelo fallar con mis predicciones.

Se pasa los dedos por los labios y tengo que apretar las piernas, porque ese hombre me pone muy cachonda. Pero, no estoy preparada para follar con alguien nuevo. De momento, no.

—Tengo que irme —digo—. Gracias por todo y por ser un caballero.

—Dame tu número de teléfono, por lo menos.

Lo pienso unos instantes y, al final, se lo doy. A fin de cuentas, voy a divorciarme.

Me hace una llamada perdida y ya tengo el suyo. Siento un brinco en el estómago al recibirlo. Estoy como una colegiala cuando liga con el chico más guapo del instituto. Y este se lleva la palma.

—Me voy ya —me despido.

—Te acompaño a la puerta. No me fío de que alguien intente quedar contigo.

Me guiña un ojo.

Otra vez se me pone la cara roja como un semáforo. Menos mal que hay poca luz y todo se disimula.

Me coge de la mano y vamos hacia la salida. De pronto, algo llama mi atención. Una calva brillante que está de espaldas a mí. Está encima de una joven, comiéndole la boca y con las manos debajo de su falda. La ira de un titán se apodera de mí.

—¿Grayson?

Le toco la espalda y este se gira con los morros hinchados. Cuando me ve, se queda de piedra.

—¿Qué haces aquí, Agnes? No es lugar para ti —dice enojado.

Lo miro con asco y me giro hacia Neal. Le pongo las manos en la cara y mis labios van en busca de los suyos.

Él me ve la intención y es más rápido. Me pone las manos en el trasero y me besa con posesión hasta cortarme el aliento. Su lengua entra en mi boca con firmeza y yo subo al séptimo

cielo, olvidando que mi marido está boquiabierto, contemplando cómo otro hombre magrea a su mujer y le devora la boca. Gimo sin poder evitarlo. Neal besa de maravilla y me mojo irremediabilmente. Entro en una nube de pasión y me olvido del mundo. Hasta que oigo un grito.

—¡No toques a mi mujer, bastardo!

Grayson estalla en un ataque de celos y va a por Neal, pero yo me pongo en medio. Los de seguridad vienen de inmediato.

—Yo ya no soy tu mujer —digo—. Sigue jugando con tu muñeca y yo haré lo que quiera con mi cuerpo y con mi vida.

Mientras hablo, le doy golpecitos con el dedo en el pecho.

—Agnes, no me hagas esto —suplica.

—Te hago exactamente lo mismo que me haces tú a mí. Ve acostumbrándote.

Cojo de la mano a Neal y me voy del local.

Cuando salgo, el corazón me va a mil. Lo que ha pasado ahí dentro no es plato de buen gusto. Me giro para pedirle disculpas a Neal, pero él me sujeta de nuevo la cara y vuelve a besarme. Yo me dejo llevar. Me pongo de puntillas y le rodeo el cuello con los brazos. Saboreo su lengua y me froto contra su pecho. Es una delicia de hombre, pero, cuando noto su dureza en mi entrepierna, me separo. No puedo ir más lejos. Todavía es pronto para mí.

—Lo siento, no puedo. Me gustas mucho, pero...

Neal me acaricia el pelo y me abraza.

—Era tu marido, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Nos estamos separando. No es un buen momento para mí.

—Pues él se lo estaba pasando en grande.

—Ya... —digo con tristeza.

—Él se lo pierde. Me alegro de que te lo hayas encontrado, porque así he podido probar esos labios tan deliciosos. Lo que pasa es que ahora lo quiero todo de ti.

Me arranca una sonrisa.

—Pues tendrás que esperar —contesto—. Yo no soy como él. No puedo borrar veinte años de matrimonio de un plumazo. Gracias por todo, de nuevo.

Me acompaña al coche y me besa suavemente en los labios.

—Te llamaré.

—Vale.

Y sonrío como una colegiala.

Arranco mi vieja furgoneta y me voy hacia casa a procesar todo lo ocurrido en este día tan extraño.

Pienso en Grayson y me irrito. Luego pienso en Neal y se me forma una sonrisa en la cara que hace mucho que no tengo.



Limpieza general

Por fin es sábado y voy a aprovechar para vaciar los armarios y sacar las cosas de Grayson de casa. Así, la próxima vez que se presente, las tendrá listas para llevárselas y ya no habrá más excusas para aparecer por aquí. De todos modos, pienso cambiar la cerradura. Ya no es bien recibido y no tiene derecho a entrar y salir cuando le venga en gana.

Seguimos con la ola de calor. Me visto una camiseta de tirantes larga y me pongo manos a la obra. Aunque no es el día adecuado, empiezo a guardar toda su ropa en una maleta grande y aprovecho para hacer limpieza general. Me ato un pañuelo en la cabeza para que los rizos más cortos no me caigan por la cara. A pesar de que tengo puesto el aire acondicionado, ya estoy sudando.

El armario y las cajoneras del dormitorio ya están libres de todo artículo, prenda o recuerdo de Grayson Sullivan. Me siento triste y descorazonada al ver que no va a regresar a casa. Tengo sentimientos encontrados, porque todavía lo amo, pero luego pienso en Sabrina y en la joven que estaba magreando y besando anoche en el «The Lust» y me enveneno. Parece ser que no tiene suficiente conmigo, ya que busca desahogo en jovencitas que podrían ser sus hijas. Una lágrima solitaria huye de mi ojo sin permiso y se escapa mejilla abajo sin consentimiento. Le doy caza con mi pulgar y la limpio, como si nunca hubiera pasado ese momento. No le voy a dar el lujo de verme sufrir y menos aún pienso derramar lágrimas por alguien que no me merece.

Vuelvo a la realidad y continúo con la limpieza, arrasando con todo aquello que sea o me recuerde a Grayson. Lo empaqueto y lo meto en la maleta y en una bolsa de viaje. Solo pienso dejar un bate de béisbol, por lo que pueda pasar y como objeto de defensa.

La mañana se me pasa volando y estoy empapada en sudor. La casa está brillante, ordenada e impecable. Me siento orgullosa de mi trabajo, aunque mi esfuerzo me ha costado. Lo que necesito con urgencia es una ducha de agua fría. Me meto en el baño y pongo Spotify para relajarme. Abro el agua fría al son de The Weeknd y su canción «Blinding Lights».

Es una delicia cómo el agua me relaja y refresca los músculos y la piel caliente y pegajosa. Me lavo la media melena y cada vez estoy más agradecida de haberme cortado el pelo. Tarareo la canción y me aílo del mundo. Hace mucho que no tengo tiempo para mí misma y lo disfruto al máximo. Sigo en mi nube mental: el agua, la música, el relax... Y no me doy cuenta de que Grayson acaba de entrar en el baño y que está desnudo y abre la mampara de la ducha.

Salgo de mi ensoñación de golpe.

—¿De qué vas ahora? ¡Sal de la ducha ahora mismo! —le ordeno, tapándome mis partes con las manos.

—No, cariño. Eres mi mujer y no puedo dejar de pensar en ti a todas horas. Al verte ayer con otro hombre, casi me vuelvo loco de los celos, pero también me la puso muy dura. Mira cómo me tienes.

Bajo la mirada a su entrepierna y está muy excitado. Algo recorre mi cuerpo sin permiso. Todavía amo y deseo a mi marido y no me lo está poniendo fácil.

—No quiero nada de ti. Vete o llamo a la policía —lo amenazo.

El agua cae sobre mi cabeza y voy reculando hasta tocar con los azulejos de la pared.

—Llámalas, pero primero tendrás que pasar por encima de mí —me tienta.

—Grayson, por favor...

Viene hacia mí y me aplasta con su enorme cuerpo. Intenta besarme, pero yo giro la cabeza y me niego.

—Cariño, voy a hacerte mía, como siempre —susurra excitado.

Me giro para mirarlo con rabia.

—Ya, como a Sabrina y a la de ayer. ¿Cuántas más tienes que se te han olvidado, CARIÑO? —pregunto con sorna.

Él sonríe y siento su erección muy cerca de mi sexo. Me excito y lo deseo con todas mis ganas, aunque no se lo doy a demostrar.

—Eso solo es sexo, pero como tú ninguna. Solo siento cuando follo contigo. Tú eres especial, amor.

Me mete un dedo en el coño y arqueo involuntariamente la espalda hacia atrás. Son muchos años de convivencia y sabe cómo darme placer.

—No...

Aunque es un no ahogado por el agua y por mis ganas.

Profundiza más y me mojo al instante. Juega en mi interior y me besa en el cuello mientras sus dedos entran y salen de mi coño más que excitado.

—No me lo creo —sisea en mi oído—. Tu cuerpo me dice otra cosa, amor mío.

No lo soporto más y le agarro la polla. Él se estremece y se endurece más. Lo he activado como si fuera un misil y ahora tiene que ponerse en órbita, ir a por su objetivo y estallar.

—Joder, esto no me lo esperaba —masculla.

Me levanta con suma facilidad y me la clava en un abrir y cerrar de ojos.

El agua nos moja a los dos y Grayson quiere mi boca a toda costa. Se la cedo y nos besamos con desesperación. Me alza y me baja como si de un ejercicio de entrenamiento se tratara. Se inserta en cada estocada y yo me deshago entre sus piernas. Todavía hay pasión entre los dos y es más que evidente. Mis pechos rozan su torso musculoso y él aprieta mis nalgas con firmeza para clavarle una y otra vez en mí.

—Agnes, déjame volver —jadea—. Solo necesito que me dejes entrar en ti más a menudo. Me conformo con eso.

Mi cabeza no está para pensar. Necesito un orgasmo, pues ya ni me acuerdo de qué se siente.

—No pares, sigue —le ordeno.

—Joder, nena, eso quiero. No parar y follarte a todas horas.

Me baja y me descoloco un poco.

Estoy de pie, con la espalda pegada a la pared de azulejos, que está fresquita y es agradable. Grayson se pone de rodillas, me pasa los brazos por debajo de las piernas y me sienta sobre su

boca. Me pilla desprevenida cuando empieza a comerme el coño con ansia y me mareo del éxtasis que me hace sentir. Me sujeto a su calva y me restriego contra su cara, mientras su lengua hace un gran trabajo en el interior de mi sexo. Me absorbe el clítoris y lo lame con insistencia. Me mete de nuevo un dedo en el agujero de la felicidad y me hace estallar en algo divino.

—Oh, sí. Oh, sí...

Me estremezco y hago unos movimientos violentos con mi pelvis, mientras Grayson sigue sujetándome por las nalgas y no me suelta por nada del mundo. Me saborea hasta cansarse.

Luego me cuesta ponerme en pie a causa del pedazo orgasmo que me ha regalado. Él me sujeta y me abraza mientras el agua sigue cayendo deliciosa entre nuestros cuerpos. Me coge en brazos y me saca de la ducha. No tengo fuerzas ni para protestar. Lo estamos mojando todo, después de la paliza que me he dado para limpiar. Me sienta en el lavabo y me mira a los ojos.

—Sigues siendo tan preciosa como cuando te conocí. Sabía que serías para mí y lo seguirás siendo.

—Grayson...

Quiero protestar, pero me abre las piernas y me penetra de nuevo. Lanzo un chillido de placer y me abrazo a él para poder sostenerme. Él me tiene cogidas las piernas por debajo de las rodillas y se impulsa con fuerza para rematar la faena.

—Diosss —gimo de nuevo.

—Cariño, yo soy tu dios, el que te llevará a la gloria —sisea muy excitado.

Noto cómo su polla se ensancha y está a punto de correrse.

Me sujeto más fuerte a su cuello y cierro mis piernas alrededor de su cintura.

—Eso es cariño, eso es. Te lo voy a dar todo —jadea.

Me embiste con más brío y nuestros pubis colisionan de una manera bestial.

—Grayson, Grayson...

Quiero que se corra ya o me partirá el hueso púbico. Es muy grande y me está dando unos empujones bestiales.

—Ya voy, amor, ya voy. Te amooo.

Embiste tan fuerte que creo que me va a romper el útero. Por fin, se corre de una manera muy pasional y bastante fiero. Nunca lo había visto así conmigo.

Me abraza y empiezo a notar que todo su orgasmo rueda por mis piernas. Menos mal que tiene hecha la vasectomía; si no, de esta me deja preñada. Menudo polvazo. Creo que en veinte años es lo más brutal y apasionado que tengo con él, pero eso no va a cambiar mi idea de divorciarme. Me engaña con otras y esto no se va a repetir.

Lo separo de mí y regreso a la ducha para quitarme los restos de él. Grayson me sigue un poco confundido.

—¿Me dejas volver a casa? —dice—. Creo que esto ha sido una reconciliación en toda regla.

Me abraza por la cintura. Yo me suelto y salgo de la ducha para secarme.

—No, lo que quiero es que te vayas y que esto no se repita —le pido muy seria.

Su cara es un poema.

—Acabamos de hacer el amor. ¿Cómo puedes hablarme así?

Suelto una risa sardónica.

—Acabamos de follar. ¿No es lo que haces con tus amiguitas? Pues me has incluido en ese *pack*, solo que yo no repetiré. No ha estado mal, pero no pienso cambiar de opinión respecto a ti.

—Pero Agnes...

—Me engañaste, has puesto a Rosy en mi contra, ayer mismo te veo con otra y Sabrina se regodea de que eres suyo. No, Grayson, no estoy dispuesta a soportar más humillaciones. Y si he follado hoy contigo es porque me has pillado desprevenida y sabes que siento todavía algo por ti. Pero se acabó. Vete con tus fulanas y olvídate de mí. Ya te he preparado todas tus cosas. Ahora ya no hay motivo para que vengas a esta casa.

Le suelto todo lo que llevo dentro y él se queda pensativo unos segundos.

—No voy a rendirme y jamás tendrás el divorcio. Eres para mí —sentencia.

Yo me echo a reír.

—Y las otras también lo son, ¿no? —me burlo—. Entonces yo buscaré a otros que también sean para mí, para estar a la par.

Le cambia la cara.

—No quiero que salgas con nadie o se lo contaré a Rosy —me amenaza.

Lo fulmino con la mirada.

—Eres un maldito cobarde. Pones a mi hija en mi contra mientras que eres tú el que va por ahí con la bragueta bajada a cada momento. ¡Fuera de mi casa! —le chillo.

—Agnes, es que me obligas a decir cosas que no siento. Sacas lo peor de mí, ¡joder!

—Eso es lo que hago ahora: sacarte de mi vida para siempre. Vete ya, por favor —insisto.

Recoge sus cosas y se marcha, farfullando por lo bajo.

—Esto no se queda aquí. Sé que tú y yo volveremos a estar juntos. Has disfrutado conmigo y estamos hechos el uno para el otro. No te dejaré escapar —dice antes de cerrar la puerta.

Bajo la cabeza y suspiro, aliviada de que se haya ido.

—Ya me dejaste escapar, capullo —digo para mí.

Lo hizo cuando lo encontré en mi cama con Sabrina Mendoza.



Y sí tiene razón en algo: está claro que todavía siento algo muy fuerte por él y no es tan fácil de arrancar del corazón como creía.

Me pongo algo cómodo y fresco y llamo a un cerrajero de urgencia para que venga a cambiar la cerradura de casa. No quiero que este incidente se repita, por muy placentero que haya sido.

Después de comer y descansar un rato, voy al centro de Sadtown a hacer la compra. La nevera pide auxilio y en esta semana me he descuidado por completo. Subo a mi vieja furgoneta y me acerco al hipermercado. Cojo un carro y empiezo a rellenarlo de comida, fruta, bebida... de todo un poco. Ahora estoy sola y ya no tengo que comprar aquellas cajas de huevos industriales para las comidas de proteínas que toma Grayson. Todo cambia, todo es diferente, y me siento un pelín rara y nostálgica. Echo de menos a mi hija, aunque solo sea para discutir. Antes de venir la he llamado y no ha contestado. No es justo que quede como la mala de la película siempre.

Voy por el pasillo de la bebida en busca de unas botellas de vino blanco. Me gusta tomar alguna copa mientras ceno o veo una película. Ahora ya no tengo a nadie que me reproche y que

me diga que el alcohol es veneno.

—¡Menuda coincidencia tan agradable! —oigo que dice una voz a mi espalda

Me giro y me encuentro a Neal Butler. Me pongo colorada al momento.

—¡Hola! —digo tímidamente.

—No pensé que te vería tan pronto. ¿Haciendo la compra?

Sonríe y sus ojos azules brillan con intensidad.

—Pues sí. La nevera estaba tiritando ya.

Se acerca y yo pongo el carro de la compra entre los dos.

—¿Vas a venir esta noche al «The Lust»? —pregunta—. Me haría mucha ilusión mostrarte el local entero e invitarte a una copa.

Miro a mi alrededor por si alguien nos estuviera escuchando.

—No quiero parecer grosera, pero no creo que vuelva a pisar tu *chiringuito* —contesto en voz baja.

Arquea las cejas, sorprendido.

—¿Por lo de tu marido?

Eso me hace sentir incómoda.

—No es asunto tuyo —digo—. Pero no es un lugar que vaya conmigo. Lo siento, tengo prisa.

Me doy la vuelta para irme, pero él se interpone y me pongo muy nerviosa.

—¿Puedo invitarte a cenar en otro lugar?

Tengo la boca abierta de la sorpresa.

—No puedes —niego rotundamente.

Todavía siento a Grayson dentro de mí y no me apetece interactuar con otro hombre. Mi marido vino a marcar territorio y lo ha hecho de fábula.

—Agnes, no soy un mal tipo —dice—. Que tenga un local liberal no significa que yo no pueda tener una relación normal.

Abro los ojos como platos.

—¿Relación? Por Dios santo. Es lo último que quiero en mi vida en estos momentos. Solo deseo estar sola y aclarar mi cabeza. No te lo tomes a mal, pero sigo casada y en esta ciudad todo se sabe. No quiero que empiecen a chismorrear por verme hablar con el dueño de un local lujurioso.

Se echa a reír y me hace sentir incómoda.

—Tranquila, no te molesto más y no voy a poner en peligro tu dignidad. Cuando quieras, ya tienes mi teléfono.

Se da media vuelta y se va por el pasillo de enfrente. Me quedo admirándolo como una idiota.

Acabo de quedar como una mojigata del Paleolítico que nunca ha salido de Sadtown. Y todo por culpa de mi marido, que me ha trastornado esta mañana con el polvo sorpresa. Así nunca voy a poder seguir adelante con mi vida. Mientras tanto, él se va tirando todo lo que lleva faldas. Y yo guardando luto sexual por alguien que no me merece. Acabo de cagarla, pero bien.

Me agarro al carro y voy tras Neal hasta alcanzarlo en el siguiente pasillo.

—¡Neal, espera! —lo llamo sin importarme nada ni nadie.

Él se gira.

—¿Ya has perdido el pudor y la vergüenza a que te vean hablar con alguien indecente?

Bajo la cabeza, avergonzada.

—Lo siento, no he tenido un buen día —digo—. Mejor dicho, una semana...

—Vale, lo entiendo.

—Necesito tiempo para aclararme y solucionar problemas familiares. Cuando esté más

calmada te llamaré y me encantará salir a cenar contigo.

La sonrisa que se forma en su cara es fascinante.

—¡Vaya! Esa actitud me gusta más. No voy a presionarte, esperaré ansioso tu llamada.

—Gracias. Y me alegro de verte.

—Yo más, te lo aseguro.

La mirada que me dedica hace que me ruborice de nuevo.

Le digo adiós y voy a la caja a pagar la compra. Luego regreso a casa para descargarlo todo. Durante el camino, no dejo de pensar en Neal, en lo atractivo que es y en cómo sería estar con él íntimamente. Solo que ahora mi cabeza todavía está con Grayson y no hay dios que lo saque de ahí.

Guardo la compra y no puedo con mi cuerpo. Enciendo el aire acondicionado y me preparo una ensalada. Después abro una botella de vino blanco que ya tenía en la nevera y me sirvo una copa. Enciendo la televisión y me pongo una película de esas románticas. Estoy tan a gusto que no puedo creérmelo. Termino la ensalada y sigo con el vino y la película. Me tumbo en el sofá con el aire fresco. La relajación es total. No sé cuándo ocurre, pero me quedo dormida como un pajarito con el ruido de la televisión de fondo.

.



Proposición decente

Oigo el timbre de mi casa y me levanto crujida del sofá. La verdad es que he dormido a pierna suelta. No sé quién puede ser un domingo a las diez de la mañana. Me rasco la cabeza y suelto un bostezo. Luego me estiro, intentado despejarme del todo, y otro timbrazo resuena en mi cerebro aturdido.

—¡Ya voy! —digo de mal talante.

Cuando abro la puerta me quedo sin palabras al ver a mis padres delante de mí.

—Menuda manera de recibir a tus padres —me regaña mi madre.

—Lo siento. No os esperaba.

Les doy un abrazo y entran sin pedir permiso. Menos mal que tengo todo limpio e impecable.

—¿Has dormido en el sofá?

Mi madre vuelve al ataque.

—Diane, déjala que duerma donde le dé la gana —me defiende mi padre—. Ya es mayorcita.

Suelto un suspiro y le doy las gracias con la mirada.

—Lo siento, Agnes —sigue mi madre—. Estábamos muy preocupados por ti. Rosy me llamó hecha una furia, poniéndote a caldo. No me gustó para nada la actitud de esa niña. No deberías dejar que te hable así.

Recojo el sofá y les digo que se sienten.

—A Rosy no la domina nadie —contesto—. Está cegada con su padre y no hay quien la mueva de ahí. Yo no voy a ponerla en contra de Grayson, ya lo verá ella con sus propios ojos.

—¿Por qué no te vienes con nosotros a San Diego una temporada y te alejas de todo esto? Así podrías estar más cerca de tu hija. Ella también te necesita —dice mi madre.

—Diane, no seas perseverante —le regaña otra vez mi padre.

—¿Qué pasa, papá? ¿Es que hay algo que deba saber de mi hija?

Baja la mirada y con eso me contesta. Me llevo las manos al pelo revuelto y me muerdo el labio, nerviosa.

—Creemos que sale con alguien en la universidad —dice mi madre—, pero no sabemos quién es. Llega a deshora y alguna vez ni viene a dormir. Intentamos sacarle el tema y se pone como una hiena.

—Lo que me faltaba —farfullo por lo bajo.

—Es normal que se enamore a esta edad. Tú también lo hiciste, Agnes —me recuerda mi madre.

—Pues deberías contárselo a su padre, para que tome cartas en el asunto, porque a mí no me va a hacer ningún caso. Si sale con alguien, espero que sea más coherente que Grayson —suelto sin pensar.

Mis padres se miran el uno al otro y me doy cuenta de la metedura de pata.

—Hija... —empieza a decir mi padre.

—Lo siento. Grayson no es una mala persona. Solo es que estoy muy dolida con él. Pensé que pasaría toda mi vida a su lado. Esto me está matando —les digo, sincerándome.

—Por eso hemos venido. Sabemos que lo quieres mucho y que no tiene que ser fácil para ti —dice mi madre.

—Y no lo es.

—¿No hay probabilidad de que os reconciliéis? —se aventura a preguntar mi padre.

—De momento, no entra en mis planes. Me ha traicionado con más de una mujer y eso duele en el orgullo.

—¡Cuánto lo siento! No veía a Grayson capaz de algo así —dice mi madre.

—Ni yo tampoco, mamá. Pero lo vi con mis propios ojos. Ya no puedo mirarlo de la misma manera. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo, hija.

Me levanto un tanto alterada. Grayson ahora no es mi prioridad, sino Rosy.

—Prométeme que os llevaréis a mi hija a San Diego y que os enteraréis de con quién va. No quiero que se eche a perder. Es muy inteligente y tiene todo el futuro por delante.

Mi padre es el que me sujeta las dos manos y me mira muy serio.

—De eso me encargo yo. No te preocupes, hija, que no consentiré que un malnacido le arruine la vida a mi nieta.

Le doy un abrazo y veo que mi madre se emociona.

En esas, oigo que alguien intenta forzar la puerta y me asusto. Mis padres se ponen en alerta. Hasta que escucho a mi hija maldecir al otro lado.

—¡Joder, putas llaves!

Abro la puerta y recibo su mirada cargada de furia.

—Hola, cielo, los abuelos están aquí.

Le sonrío, pues me alegro de verla.

—¿Por qué no van las llaves? —pregunta, lanzándome una mirada inquisitiva.

—Porque he cambiado la cerradura —respondo tranquilamente.

—¿Para que no entre papá? Joder, eres más bruja y malvada de lo que me esperaba. No sé cómo pudo casarse contigo —escupe con odio.

Mi mano va sola por inercia hacia su cara y le estampo un bofetón.

—No te pido que me adores como lo haces con él, pero no me faltes al respeto. Existes porque yo te he parido, ¿lo entiendes?

Me pongo seria y ella aprieta los labios para reprimir una mala contestación. La conozco muy bien.

—Tú...

Se está conteniendo.

—Yo soy tu madre, te guste o no, y tu padre no es ningún santo y todavía no lo han canonizado, así que muéstrame un mínimo de respeto si quieres que te siga pagando la universidad. Porque la pago de mi sueldo, ¿lo sabías?

Estoy siendo dura y me duele en el alma, pero más me duele que me trate con el mismo desprecio que a una de las fulanas de mi marido.

—No te insultaré más —responde, rechinando los dientes por la cuenta que le trae.

Mis padres son testigos de todo y no intervienen. Saben que he hecho lo correcto.

Rosy entra avergonzada y saluda a su abuela Diane y a su abuelo Santiago. Va en busca de su refugio y la abrazan y consuelan, pero sin decir ni una palabra, pues eso sería contradecirme.

—Cariño, nos vamos a ir a San Diego, ¿te vienes con nosotros y te ahorras el viaje en autobús? —le pregunta con mimo mi madre.

—Vale, pero tengo que ir a por mis cosas a casa de papá —susurra para que yo no la oiga.

—¿Es que tu padre tiene casa ahora? —inquiero con sarcasmo.

Mi hija se calienta un segundo, pero sube el pie del acelerador ante mi mirada.

—Le ha alquilado a Tony el piso que hay encima del gimnasio. Se está bastante bien y lo tiene todo a mano —contesta entre dientes.

—Desde luego, más a mano imposible —me burlo.

—No te metas con papá. Debería estar aquí en casa contigo.

—Por eso he cambiado la cerradura, mi vida. Precisamente, para evitar eso a toda costa.

—¿Y a mí no me vas a dar llaves?

—NO.

Mi hija me mira atónita.

—¿Por qué?

—Porque tardarías dos segundos en hacer una copia y dárselas a tu padre. Esta es tu casa, pero avisa cuando vengas para abrirte con todo el cariño del mundo.

—Ya, como hace unos minutos —me espeta.

—Eso te lo merecías, Rosy. Yo no soy el saco de boxeo de nadie y espero que todos lo entendáis. Voy a divorciarme de tu padre y pronto seré una mujer libre y haré lo que me venga en gana.

—¿Te casarás con otro? —pregunta, como asustada.

—No. Ese error se comete una vez y ya aprendí de él. Ten más miedo de que tu padre cometa esa locura.

—Papá te quiere —dice. Y rompe a llorar de la impotencia.

Voy a abrazarla.

—Yo también le quiero, cariño —le digo—. Pero hay cosas que no se pueden arreglar. Siento que lo estés pasando tan mal, pero, a la larga, será lo mejor para todos.

Se separa de mí de golpe.

—Voy a por mis cosas, abuela. Espérame, no tardo nada.

Echa a correr y sale huyendo, de nuevo, de mis abrazos y caricias.

Desolada, me siento en el sofá y mis padres me acompañan.

—Se le pasará con el tiempo —dice mi padre.

—Lo dudo, pero no pienso cambiar de opinión. Tengo treinta y ocho años y no voy a tirar mi vida por la borda por un hombre que no me merece —sollozo.



—Tienes razón, hija.
Eres muy joven todavía. Quién sabe lo que te depara el destino —augura mi madre.
—Quién sabe, mamá. Quién sabe...

Menos mal que es lunes y vuelvo al trabajo. El domingo se me hizo tedioso y muy largo. La visita de mis padres no ayudó mucho y la de mi hija me dejó muy mal sabor de boca. Me pasé toda la tarde encerrada en casa, pensando en Grayson y dudando si la decisión que he tomado es la correcta. Son casi veinte años de matrimonio y no puedo evitar seguir queriéndolo, a pesar de todo. La presión de Rosy y el polvo del sábado no ayudan a que mis sentimientos se esclarezcan del todo. Quizá pasar un tupido velo y olvidar las infidelidades e intentarlo de nuevo no sea una mala opción. Lo echo de menos, no puedo negarlo, pero mi orgullo como mujer pesa mucho. Estoy hecha un lío en estos momentos y necesito entretener mi mente para no darle más vueltas al coco.

Los niños son mi medicina. Cuando estoy en el aula con ellos, mi mente se libera de conflictos y parece que todo vuelva a la normalidad... hasta que salgo al recreo y vuelvo a toparme con Sabrina Mendoza. Tiene la inteligencia suficiente para no dirigirse a mí, pero sus furtivas miradas y sonrisitas cargadas de ironía son suficientes para agriarme el día y hacerme revivir ese momento que quiero olvidar a toda costa. La evito y me meto en el edificio para no ver su asquerosa cara. Entonces recibo una llamada de mi abogada, Alice Cooper. No sé por qué, pero dudo en responder. Al final, descuelgo el teléfono y contesto.

—Buenos días, Alice.

—Hola, Agnes, ¿cómo estás?

—Sobrellevándolo —respondo con sequedad.

—Me gustaría verte después del trabajo. Quiero comentarte algo.

—¿Sobre el divorcio?

—Sí, de eso también quiero hablar contigo.

Arqueo las cejas un poco extrañada.

—¿De qué otra cosa quieres hablar conmigo? —inquiero.

—Por teléfono no, mejor en mi despacho. Es algo delicado.

Ahora sí que me pica la curiosidad.

—Está bien. Después de las clases salgo hacia allá.

—Nos vemos, pues.

Cuelgo y me quedo con la mosca detrás de la oreja. No sé qué otra cosa quiere comentarme que no tenga que ver con mi divorcio. En fin...

La sirena toca y los niños entran de nuevo en el aula en tropel. Los tranquilizo y me pongo a dar clase, como de costumbre, pero mi mente ya no está ahí con ellos, sino con Alice Cooper.

No me centro en lo que estoy, así que opto por poner una película de vídeo y así los tengo entretenidos mientras yo me devano los sesos. Miro el reloj cada dos por tres, esperando que sea

la hora de salir.

De pronto, me entra un whatsapp y lo miro. Me quedo de piedra al ver que es Neal Butler.

¿Cuándo harías el honor de cenar conmigo? Sin agobios, por supuesto.

Me quedo mirando el mensaje, sin saber qué contestar, pero el corazón se me acelera ligeramente. De pronto, suena la sirena de salida y pego un brinco en la silla. Guardo el móvil en el bolso y dedico toda la atención a la clase.

—¡Venga, a recoger! ¡Preparaos para salir! —alzo la voz.

Los niños empiezan con sus risas y alborozos y obedecen a la primera.

—Señora Sullivan, tengo ganas de ir al baño —me pide una de las niñas.

—¿Ahora? —le digo, llevándome las manos a la cabeza.

Su cara es la mejor respuesta.

—Está bien —accedo—. No salgáis hasta que yo os diga.

Agarro a la pequeña por la mano y la llevo al servicio, que está muy cerca de la clase. Todos están saliendo, a excepción de mis niños. Me quedo en el pasillo, vigilando que nadie salga y esperando a que mi alumna termine de hacer pis.

—Ya he terminado —dice, de pronto, la pequeña.

—¿Te has lavado las manos? —le pregunto.

Ella asiente con la cabeza y me las muestra, como buena chica que es.

La agarro de la manita y volvemos a toda pastilla a la clase. Somos los últimos en salir y ya veo algún padre farfullando y mirando el reloj con ansia.

—¡Por fin! —oigo que se queja alguno.

—Lo siento, una pequeña quiso ir al baño en el último momento y no podía dejarlos salir solos.

El director Jorge de la Vega está muy cerca y lo oye todo.

—La profesora Agnes Sullivan es muy estricta en el cuidado de sus alumnos —sale en mi defensa—. Sus hijos no podrían estar en mejores manos.

—Gracias —digo tímidamente.

—Lo sabemos —afirma una madre.

Agradezco todo el peloteo que me hacen, pero solo quiero que se lleven a los niños y marchar hacia el despacho de mi abogada. Ya sé de sobra que hago bien mi trabajo.

Vuelvo a clase a por mi bolso y salgo pitando hacia la salida, pero el director me intercepta en mitad del pasillo.

—Agnes, ¿tienes un minuto?

Miro el reloj y pongo los ojos en blanco.

—La verdad es que tengo una reunión muy importante y voy con un poco de prisa —contesto.

—¿Es cierto que te has separado de tu marido?

Me quedo paralizada y lo miro muy seria.

—Eso es asunto mío y atañe a mi vida personal.

—Lo sé, pero sabes que me gustas. Si estás libre, me gustaría intentar cortejarte formalmente.

No hago más que abrir la boca de asombro, últimamente. Todavía no estoy soltera y todos quieren pillarme.

—Lo siento, Jorge, no es un buen momento. No es agradable pasar por una separación. Todavía no he salido de esta relación como para meterme en otra. Necesito mi espacio para procesar.

—Entiendo. Espero que me tengas en cuenta cuando te sientas preparada.

Lo miro incrédula.

—Vale.

Digo cualquier cosa con tal de librarme de él y salir de allí para asistir a mi ansiada cita. Le digo adiós con la mano y, por fin, llego a mi querida y vieja furgoneta. Subo y arranco en dirección al despacho de mi abogada.



Cuando entro en su despacho, voy con el corazón en el puño. Menudo día llevo, estoy toda acelerada.

Alice me recibe con un caluroso abrazo que me descoloca un poco. Me mira de arriba abajo y sonríe.

—Qué guapa estás hoy. Se ve que la soltería te sienta bien —me halaga.

Hago un gesto con la boca y me siento frente a su escritorio. No creo que un vestido azul con vuelo, que tiene más de tres años y que me costó veinte dólares, sea un atuendo favorecedor.

—Me tienes con el corazón en vilo —le digo.

Soy sincera a más no poder.

Ella me mira, sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—No sé de qué tienes que hablar conmigo que no tenga que ver con el divorcio.

Ella cruza las piernas un tanto incómoda.

—Verás, la verdad es que tiene que ver con tu marido, concretamente, pero no con el divorcio —dice un poco violenta.

Yo me revuelvo en la silla y me pongo tiesa, a la defensiva.

—Pues tú dirás.

—No quiero que te molestes por lo que te voy a contar, pero prefiero que te enteres por mí y no por ningún cotilleo de fuera.

—Me estoy impacientando.

—Aunque no me creas, te he cogido cariño y siento que hemos conectado desde el primer día. Por eso, creo que es mi deber contarte esto.

—Alice, ¡suéltalo ya! —alzo la voz.

—Ayer fui al «The Lust» con mi marido. Sé que conoces ese sitio, porque el sábado te vi con Neal, el dueño.

Trago saliva de la vergüenza que siento en este momento.

—Entré siguiendo a mi marido y me tropecé con el dueño por casualidad.

—¿Y el beso que te dio también fue casualidad?

Se ríe con morbo y yo enrojeczo hasta la médula.

—No es lo que parece. Todo fue por culpa de Grayson...

—A mí no tienes que darme explicaciones. Te dije que pienso de una forma muy diferente a la

tuya y me encantó verte en esa situación. Y lo de tu marido, todo encabronado, fue también un espectáculo.

Se ríe a mandíbula batiente.

—Si lo sabes todo, ¿por qué me has llamado?

—Porque, como te decía, ayer volvimos al local y vi a tu marido montádoselo con dos pibones.

Me deja muerta del todo. Después de estar conmigo volvió a por más. Y yo pensando en perdonarlo y regresar con él...

—Por eso he pedido el divorcio —le digo—. Que haga lo que le venga en gana. Es libre de hacerlo.

Alice me observa fijamente.

—¿Estás segura de eso? ¿No te importa con quién va y lo que hace?

Respiro profundamente.

—Ya no puedo evitarlo —contesto—. Fustigarme por sus escarceos es hacerme un daño innecesario. No lo quiero en mi vida y, por eso, te dije que tramitaras el divorcio. Ahora más que nunca.

—Es que quería pedirte permiso, de alguna manera, para poder liarme con él. Bueno, mi marido y yo. Nos gusta mucho y quería saber que eso no va a interferir en nuestra relación de abogada-cliente y, aparte, como amigas.

Si me pellizcan ahora, no lo siento. Me pide permiso para follarse a mi marido. Es lo más surrealista que me ha pasado desde que tengo uso de razón.

—Ya te he dicho que no mando en su vida —digo—. Si él quiere y vosotros también, yo ni pincho ni corto. Haced con vuestros cuerpos lo que queráis. Lo único que te pido es que no me lo cuentes ni me des detalles.

—Hecho. Eres una gran amiga —gorjea emocionada.

Yo pienso para mí que no tengo amigas, ni grandes, ni pequeñas. Todos los que me han rodeado en mi vida son una serie de farsantes que querían tirarse a mi marido. Esta, por lo menos, me lo dice a la cara, lo que tiene su mérito.

—¿Cuándo le vas a mandar la demanda de divorcio?

Cambio de tema, porque me está entrando angustia.

—Cuando tú me digas.

—Por favor, hazlo ya.

—De acuerdo. Mañana la recibirá sin falta.

—Gracias —contesto.

—A ti, sin duda.

No lo dudo. Vaya que no.

La guarida erótica



Salgo del despacho de Alice con un nudo en el estómago. Cómo ha cambiado mi vida en cuestión de días. Echo de menos mi rutina de salir del colegio, pasar por el gimnasio, hacer la cena para los dos... Todo eso se ha esfumado por culpa del sexo. ¿Tanta importancia tiene? Soy una mujer joven todavía y, de lo cansada que estoy, me siento como si tuviera ochenta años. No sé si puedo con todo esto. Me gustaría ser un avestruz: cavar un hoyo y meter la cabeza dentro durante años, hasta que me olvidara de todo lo malo que pasa en mi vida actualmente.

Un pitido suena en mi móvil y miro a ver qué es. Otro whatsapp de Neal.

Esta vez me envía una fotografía suya poniéndome ojitos. La verdad es que el tío es guapísimo, pero mi cuerpo no tiene ganas de nada. Voy a dejar el móvil en su sitio cuando suena una llamada. Es de él.

—¡Mierda! —exclamo en voz alta.

Las dudas me matan y no sé si responder. Entonces pienso en lo que me ha contado Alice y los celos me ciegan.

—No te das por vencido, ¿verdad? —contesto al fin.

—Eso jamás. Además, he visto pasar tu furgoneta y sé que andas cerca de aquí. Anímate y ven a tomar una copa. Yo invito —dice animadamente.

—¿Al «The Lust»?

—¿Dónde, si no?

—Paso. Ya tienes a mi marido de cliente habitual. No quiero encontrarme con él de nuevo.

—Vaya, las noticias vuelan en esta ciudad.

—Ni te lo imaginas —contesto con desgana.

—Tengo un reservado muy privado en el que nadie nos verá, te lo prometo. Solo es para los jefes.

Se ríe. Pero a mí no me hace gracia. Hoy no.

—Mejor otro día. Hoy solo tengo ganas de irme a mi casa.

—Me parece bien también —se apunta.

—No he querido decir eso...

Pero ya es tarde para echar marcha atrás.

—Yo llevo la cena, no te preocupes por nada. Dime la dirección y ya está.

La he liado, pero bien.

—Neal, quiero irme a mi casa sola —aclaro.

Se hace el silencio al otro lado del móvil.

—Entiendo. No quieres que te vean con el dueño de un local lujurioso. Eso le daría mala fama

a una profesora digna y con un matrimonio perfecto —dice molesto.

—Neal, no es eso... No seas injusto conmigo. No me conoces y lo estoy pasando mal.

—Tú tampoco me conoces y no haces más que juzgarme.

Eso me calla la boca.

—Está bien. Me pasaré por el «The Lust», pero solo si me prometes que estaremos en un sitio privado.

—Te lo prometo —dice, lleno de alborozo.

—Pero recógeme en el aparcamiento que hay a un kilómetro de tu local. No quiero que vean mi furgoneta cerca de ahí.

Tengo que ser prudente.

—Lo dices por tu marido.

—Lo digo por mí.

—Voy a por ti ya.

Cuelgo el móvil y espero a que venga a recogerme.

Me miro en el espejo retrovisor y me doy un poco de brillo en los labios y me revuelvo la media melena para intentar ordenar los rizos castaños. Me pinto la raya y destaco mis ojos marrones. Estoy un poco nerviosa. No es el lugar ideal para una primera cita, pero tampoco me apetece meterme en casa a llorar al putero de mi marido, mientras él se lo pasa en grande. Una copa me vendrá bien y así distraigo la mente de la proposición decente que me acaba de hacer Alice respecto a Grayson.

A los pocos minutos, oigo el rugido de un motor que parece un avión entrando en el garaje. Entonces aparece ante mí un Chevrolet Corvette Stingray de color rojo. Me muero de la vergüenza. En ese coche vamos a llamar la atención de todo el personal. Neal baja de esa especie de nave espacial y yo de mi destartada furgoneta.

—Te gusta ser discreto, ¿verdad?

Saco mi ironía a paseo y él sonríe como siempre.

—No, me gusta disfrutar a cada instante de los placeres de la vida. Puedo permitírmelo y lo hago.

Asiento con la cabeza.

—Buena filosofía.

—Deberías practicarla más a menudo —me aconseja.

—Yo no tengo tu nivel de vida.

—Pero yo te ofrezco la mía para que la disfrutes. Sube al coche y no me discutas. Disfruta del momento.

Me abre la puerta del copiloto y me siento en aquella maravilla mecánica de cuatro ruedas.

Cuando él se sienta a mi lado y empieza a conducir hace que todo parezca posible. Ahí estoy yo, con un hombre guapísimo y un cochazo de lujo rumbo a un antro de lujuria y perversión. Si me vieran mis padres...

Aparca en una plaza privada y cubierta que está detrás del local y entramos por una puerta a la que solo él tiene acceso. Me coge de la mano y marca un código de seguridad en una blindada y accedemos a una estancia enorme con iluminación tenue, todo decorado en tonos azules. Está dividida en dos partes: en una, hay una barra de acero y, alrededor, asientos en forma de cubos cuadrados de led azul rodeados de sofás mullidos y cómodos. En el centro, una pequeña pista de baile o espectáculo de índole erótico, dado el lugar. En la otra mitad hay dos camas gigantes con doseles, ambas forradas en cuero negro y con espejos en el techo. Los neones azules brillan por las paredes y le dan un toque muy sensual. Entre ambas estancias hay una pequeña barra de bar y

un mostrador con diversos juguetes sexuales y, en su totalidad frontal, un ventanal enorme que da al local y desde el que se puede ver a todas las parejas como en un televisor gigante. Del asombro, me llevo las manos a la boca. Siento las manos de Neal sobre mis hombros.

—Tranquila, no pueden vernos, pero nosotros a ellos sí. Aunque si eso te hace sentir incómoda, tiene fácil solución.

Coge un mando a distancia y aprieta un botón. De repente, el cristal se vuelve negro. Ya estamos en total intimidad.

—Mejor así —le digo, más tranquila.

—Tú mandas y yo obedezco. ¿Champán?

Estoy bastante nerviosa.

—Mejor algo más fuerte —le pido.

—Señora Sullivan, me está dando miedo.

—No me llames así, por favor.

—Perdona, siempre meto la pata contigo. ¿Te apetece un whisky de cuarenta años? Es de lo mejorcito que tengo. Es del año en que nací.

—Vaya, pensé que tenías más de cuarenta —me burlo.

—No seas mala, Agnes. Si todavía soy un crío —coquetea conmigo.

—Un whisky está bien. Al mío échale un pelín de agua.

Se lleva las manos al corazón, como si le diera un infarto. Yo lo miro atónita.

—Eso es un sacrilegio —dice—. ¿Cómo vas a aguar este preciado licor? Confía en mí y Pruébalo primero.

Me hace reír sin yo quererlo. Le doy un sorbo al whisky. Está suave y delicioso.

Me relamo los labios y él me observa con detalle.

—Está muy bueno. Tenías razón.

—¡Quién fuera whisky en este momento para poder perderse entre tus labios! —exclama en voz baja.

Hace que me ponga colorada.

—Neal, no quiero que te confundas conmigo. No busco nada —le aclaro antes de que haga algo de lo que nos arrepintamos.

Él se acerca y yo echo dos pasos hacia atrás. Tampoco soy una monja y menos aún soy de piedra.

Me acaricia los labios con suma lentitud y luego se los lame, cerrando los ojos. Disfruta el momento como algo sublime. Me parece la cosa más erótica que mis ojos han visto. Me arde la piel y tengo que contenerme para no hacer lo mismo con él.

—Lo que decía: el mejor whisky que he probado nunca.

Me quedo como hipnotizada, mirando aquellos ojos azules y esos labios tan mullidos que solo dan ganas de morderlos para ver si son reales. Pestaño para salir de mi embobamiento y sacudo la cabeza.

—Me tengo que ir —digo apresuradamente.

—¿Por qué? Si acabamos de llegar —dice.

—Creo que no ha sido buena idea venir aquí.

—Puedes estar tranquila. Te prometo que no voy a hacer nada para intentar llevarte a la cama. Disfruta de este momento y del whisky.

Eso me tranquiliza, aunque no demasiado. La que estoy alterada soy yo y él demasiado tranquilo.

De pronto, recibe una llamada y me pide disculpas para atenderla. Asiento con la cabeza y me

pongo a curiosear su reservado particular. A saber la de orgías que se han formado allí.

—No le hagas nada —oigo que dice—. Que Candy lo tranquilice e invita a todos a champán. Eso los relajará. Que siga la fiesta en paz.

Lo miro y me sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa.

—No me discutas y no le toques un pelo —alza la voz. Le cambia el semblante.

Luego cuelga el teléfono.

—¿Va todo bien? —pregunto.

—¿De verdad quieres saberlo? Es por tu marido.

Otra vez ese mazazo que me deja sin respiración.

—¡Cuéntamelo! —le digo, directa.

—Está en la sala común y ha intentado follar con una chica que le ha dicho que no. Las reglas son muy claras: un no es no.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues que lo han invitado a irse y se ha negado. Se ha empezado a poner un poco borde y me han llamado.

Me froto los ojos de la vergüenza que estoy pasando.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué? Tú no eres él y no puedes hacerte cargo de sus acciones. Le he enviado una chica a la que le va todo el rollo y ya está contento. ¿Quieres verlo?

Levanto la cara de golpe y la ira me recorre las venas.

—¡Sí! —admito sin pudor alguno.

Neal forma una sonrisa traviesa en su cara y yo necesito sacarme a Grayson a fuerza de golpes emocionales. Le da al botón del mando y el cristal se torna transparente.

Me asomo y enseguida detecto a mi marido con la cabeza entre los pechos de una pelirroja despampanante. Le está mordiendo con sutileza un pezón y le acaricia el otro con la mano. Está desnudo delante de toda la peña, pero es que... ¡todos lo están! Desde allí puedo ver el local entero. Es la sala común, donde hay camas pegadas unas a otras y se ha formado el lío padre del folleto. Los de una cama alargan la mano para tocar a los de la contigua y, si estos aceptan la caricia, se lían los cuatro y se intercambian. Hasta seis parejas logro divisar que están interactuando en este momento. Me bebo el vaso de whisky de golpe para poder tragar la saliva que no tengo.

Veo a Grayson ponerse un condón y se prepara para penetrar a la pelirroja. No sé lo que siento ahora mismo, pero lo que no puedo evitar es excitarme al ver tanto sexo en directo, con todos disfrutándolo libremente, sin complejos ni tabúes. Grayson empieza a follar al pibón de pelo rojo y un hombre le acaricia la cara. Ella sonrío y mi marido asiente. El desconocido le mete la polla en la boca a la pelirroja y ya han formado un trío. Empiezo a toser, impresionada ante la postal erótica y morbosa que me proporciona mi marido. Y apenas siento a Neal, que se pega a mi espalda y me susurra al oído:

—¿Te gustaría ser ella?

Dios... se me ponen los pezones de punta al notar su aliento tan cerca mientras sigo mirando a Grayson, la pelirroja y el desconocido.

—No digas tonterías —se me entrecorta la voz.

Neal se arrima más a mi cuerpo y noto su erección en mi espalda. Me entra un sudor muy grande.

—Imagínate que tú eres ella y que tu marido y yo te follamos entre los dos. ¿Te gustaría, Agnes?

No contesto, porque no puedo. Estoy absorta, viendo cómo Grayson se tumba y ella se sienta a horcajadas sobre él. Se inclina sobre su pecho y el desconocido la penetra analmente.

No soy consciente, pero me estoy mordiendo el labio y siento mis bragas mojadas. Todo el mundo desaparece del radar; tengo toda mi atención en esos tres.

—¿Te lo imaginas, Agnes? —insiste.

—Sí... —susurro, medio hipnotizada.

Sigo en mi trance particular y noto que un dedo entra en mi vagina.

—Ohhh... —gimo de placer.

Neal ha penetrado en mi interior sin permiso, sin autorización, y estoy que me muero de gusto.

—¿Te gusta, Agnes? —me susurra de nuevo.

Introduce otro dedo y me dejo caer sobre su pecho mientras él me masturba y yo miro la escena de mi marido y los otros dos. Me llevo un dedo a la boca y me lo chupo, pero Neal me lo arrebató y se lo mete en la suya.

—Dios... —gimo otra vez.

—Eso es, Agnes —sisea en mi oreja—. Déjate llevar. Imagina que eres tú y que mi polla es la que te folla.

Cierro las piernas para atrapar esos dedos que me están llevando al borde del colapso.

—Sí, fóllame —jadeo, mientras él se mueve con avidez dentro de mi coño.

—Me vuelves loco. Eres suave y caliente. Te estamos follando, Agnes. ¡Mira! —alza la voz.

Abro los ojos y ahora le están metiendo la polla los dos por el coño. Ella chilla de placer y se corre de gusto.

Neal acelera el movimiento de sus dedos y entra y sale de mi coño mojado mientras miramos la escena. Muevo mis caderas y agarro su otra mano para que me toque los pechos. Estoy fuera de mí y necesito un orgasmo. Neal me pellizca con una mano el pezón y con la otra, el clítoris. Su mano está empapada entre mis bragas y cuando veo que mi marido estalla dentro de la pelirroja...

—Córrete, Agnes, te estamos follando. Cierra los ojos e imagínalo —me ordena Neal.

Su mano acelera. Cierro los ojos y veo cómo él y Grayson me follan a la vez.

El subidón es mortal. Estallo sobre su mano en un orgasmo de los que hacen historia épica. De esos a los que hay que hacerles una estatua o ponerle el nombre a una calle.

—Sí, sí, sí...

Le estrangulo la mano y las piernas me fallan. Me dejo caer contra su espalda y él hace de parapeto y me abraza con delicadeza.

Me quedo unos segundos analizando lo que acaba de suceder. La vergüenza se apodera de mí y quiero salir huyendo de ahí inmediatamente. Me recompongo, me aliso el vestido y pongo los pies en polvorosa, pero Neal me agarra por la cintura y evita mi huida fallida.

—¿Dónde vas a toda prisa?

Sonríe como si no hubiese pasado nada.

—A mi casa y lejos de ti —le digo—. Me has embaucado y engañado. No puedo creer lo que ha pasado.

Me tapo la cara con vergüenza y él me retira las manos para mirarme.

—No te he engañado —responde—. Te dije que no iba a hacer nada para llevarte a la cama y he cumplido mi palabra. Lo que ha pasado es algo natural y me ha encantado hacerte disfrutar.

Me mira con lujuria, pero tiene razón. Aquí el único que se queda cachondo es él.

—Yo no quería nada de esto —digo, buscando disculpas.

—Tu cuerpo no decía lo mismo...

—Joder, Neal. Yo no soy así.

Hago aspavientos con las manos, intentando buscarle una explicación lógica.

—¿Y cómo eres, Agnes? ¿Acaso no te has puesto cachonda y te has corrido viendo a tu marido follar con otra y pensando que eras tú? Eso se llama morbo, fantasía, sexo y ser mujer. No tiene nada de malo. Tan solo es que hay muy pocos que sepan reconocerlo y disfrutarlo abiertamente. Por lo menos, tu marido tiene los huevos de hacerlo.

Levanto la mano y lo abofeteo. Luego me arrepiento de hacerlo, porque solo dice la verdad, pero ya es tarde para el arrepentimiento. Cojo mi bolso y salgo de su guarida erótica a toda prisa y sin mirar atrás. No quiero volver a ver a Neal, ni a Grayson, ni venir al «The Lust» en mi vida. Ya he tenido demasiadas emociones.



Ansiedad

Otra noche sin pegar ojo. El cansancio empieza a hacer estragos en mi cara y en mi cuerpo. Voy lenta y no estoy centrada. De haberlo estado, lo de ayer en el «The Lust» jamás habría ocurrido.

Llevo toda la mañana en el colegio y estoy ausente. Mis ojeras reflejan mi mal aspecto y la falta de descanso. En el recreo, Jorge de La Vega se me acerca muy sutilmente y me dice:

—Agnes, no tienes buena cara. Si necesitas tomarte unos días de descanso, no hay problema. Entiendo la situación por la que estás pasando.

Me llevo las manos a la cara y lo miro preocupada.

—¿Tan mala pinta tengo?

Él sonríe para quitarle hierro al asunto.

—Mujer, te he visto mejor. Se nota que te hace falta descansar.

—La verdad es que llevo varios días que no soy capaz de conciliar el sueño y estoy un poco ausente —le respondo, sincerándome con él.

—Pues ve al médico y que te recete algo o caerás mala. Tu trabajo requiere de toda tu atención —me recuerda.

—Lo sé, lo sé.

—Piénsatelo. Si necesitas coger algún día de descanso, solo tienes que pedírmelo.

—Gracias, Jorge. Intentaré recomponerme.

La mañana se me hace demasiado pesada y eso no es normal en mí.

Los niños suelen darme paz y hacen que el tiempo se me pase volando, pero hoy apenas puedo mantener los ojos abiertos. Cojo el móvil y pido cita con el médico de cabecera para que me atienda, a ver si puede ayudarme. Tengo suerte y esta misma tarde tiene un hueco.

Entonces, suena la sirena y doy gracias de que se ha terminado el día. Me levanto de la silla y preparo a los niños en fila para que salgan en busca de sus padres. Todo me supone un esfuerzo brutal. Cuando por fin me veo libre de ellos y creo que se termina el día tan pesado, veo que aparca el todoterreno de Grayson delante del colegio. Todavía hay algún padre recogiendo a su hijo y también está, cómo no, Sabrina Mendoza, que pulula por allí cerca.

Mi marido se acerca enojado hasta mí con unos papeles en la mano. No me da tiempo a decirle que se calme y que lo hablamos en casa o en otro lugar, ya que allí están todos pendientes de

nosotros, pero Grayson está muy cabreado y ya sé el motivo: ha recibido la demanda de divorcio, tal como prometió Alice que haría.

—¿Qué es esto? —me pregunta a voz alzada, agitando los papeles delante de mi cara.

Yo miro a mi alrededor y todos están quietos como estatuas, atentos a la escenita que me está montando. La que más disfruta es la zorra de Sabrina.

Inflo el pecho y le echo las agallas que hay que echarle, ya que él decide que sea de dominio público.

—Sabes muy bien lo que es. Fírmalo y olvídate de mí —le digo tajante.

Grayson se pone más furibundo y rompe los papeles. Luego me los tira a los pies.

—¡Jamás! —sisea con rabia.

Me encojo de hombros e intento mantener la calma, aunque ya casi no me queda.

—Le pediré a Alice que te envíe otros. Ponte como quieras, me da igual que haya papeles o no, pero tú para mí ya no eres mi marido —le espeto tranquilamente.

—Agnes, no me cabrees... Siempre serás mi mujer, te guste o no.

—¡Ja!

—¿Te burlas de mí? —pregunta ofendido.

—Vienes a mi trabajo a humillarme. ¿Pretendes que sea amable contigo? Vete a la mierda, Grayson. Ya que deseas que todo el mundo se entere, regresa con tu fulana, que ahora se está regodeando de lo lindo, gracias a ti.

Levanta la vista y ve a Sabrina con los brazos cruzados, escuchando toda nuestra disputa.

—No eres justa —dice—. Ella no significa nada para mí.

—¿Cómo? —chilla ella ofendida.

Viene hacia nosotros como una loba herida.

La situación se convierte en algo bochornoso y yo paso de estar en medio de esa trifulca de amantes despechados. Me subo a mi furgoneta mientras Sabrina le monta un pollo a mi marido. Tengo la cara colorada de la vergüenza ajena que siento.

—¡Agnes, espera! —grita Grayson.

Saco el dedo corazón por la ventanilla y le dedico una peinetita a ambos. Salgo de allí pitando y sin mirar atrás.

Lo que acaba de ocurrir es bochornoso. Jamás se lo perdonaré a Grayson. Es bochornoso. Pero no quiero llorar, debo mantenerme fuerte para poder superar esta separación tan tortuosa e inesperada. Me meto en la autovía y me dirijo a la consulta del médico. A ver si puede ayudarme con esta ansiedad y falta de sueño que estoy sufriendo.

Tengo suerte y aparco delante de la consulta. Es un bajo. Antes de entrar, suena el móvil. Es Neal. Rechazo la llamada y pongo el teléfono en silencio. Lo que me falta para rematar el día.

Entro en el centro médico.

—Buenas tardes, tenía cita con el doctor Flores —le digo a la secretaria.

—Agnes Sullivan, ¿verdad?

—Sí, soy yo.

—Siéntese un minuto. En cuanto salga el siguiente paciente, ya entra usted.

—Gracias.

Cotilleo una revista para hacer tiempo, pero no se demora mucho en salir la persona que estaba dentro.

La secretaria me avisa y me da paso a la consulta.

—Buenas tardes, doctor Flores —digo, estrechándole la mano.

—Agnes, cuánto tiempo sin verte. Esa es buena señal. ¿Qué te ocurre?

El doctor es un hombre de unos cincuenta años, delgado, con el pelo grisáceo y gafas. Es muy afable, de los pocos que se preocupan por atender como Dios manda a sus pacientes.

—Pues no me encuentro muy bien —respondo—. No duermo y tengo bastante ansiedad.

Me escudriña con la mirada y luego me pide que me siente en la camilla para mirarme la tensión arterial.

—¿Has tenido algún problema que desencadene este estrés que me cuentas?

Me muerdo la lengua unos segundos, pero luego lo suelto.

—Me he separado de mi marido y no me lo está poniendo fácil.

—Entiendo.

Mira el aparato y pone mala cara.

—¿Todo bien, doctor?

—Tienes la tensión por las nubes y el ritmo cardíaco acelerado. Deberías tomarte unos días de descanso y salir de este entorno para calmarte.

Bajo la mirada, derrotada.

—¿Y mis niños?

—Tus niños seguirán ahí cuando vuelvas, pero, si no controlamos esa ansiedad y la tensión que tienes, puede que la que no estés seas tú.

—No me asuste, doctor.

—Es lo que hay, Agnes. Tienes que tranquilizarte sí o sí, por el bien de tu salud. Te voy a dar unas pastillas para dormir y otras para cuando te notes con mucha ansiedad. Pero tomarás solo durante una semana. No quiero que te acostumbres a ellas. Sal, vete unos días con tus padres o haz un viaje, me da igual. Pero desconecta de tu marido y de todo lo que te está alterando.

Asiento con la cabeza.

—Lo haré, doctor, gracias.

Me redacta un papel de baja para el colegio y me entrega las recetas. Me despido y salgo más preocupada de lo que entré.

Voy a la farmacia que hay en la esquina de la consulta a por la medicación y luego regreso a por mi furgoneta. El móvil vibra en mi bolso. Es Neal, otra vez. Rechazo la llamada y pienso en lo que pasó entre nosotros. Se me acelera el corazón y creo que es hora de hacerle caso al doctor y desaparecer unos días del alcance de Grayson y de Neal. Nada de hombres que perturben mi estabilidad. Aprovecho que tengo el aparato en la mano y llamo a Jorge de La Vega, el director del colegio, que me responde de inmediato.

—Agnes, ¿va todo bien?

—Perdona que te avise con tan poco tiempo de antelación, pero te hice caso y he ido al médico.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dado la baja. Necesito unos días de desconexión, porque tengo la presión arterial alta. Voy a irme unos días fuera de Sadtown.

—Me parece muy bien —dice—. No hay ningún problema. Siento la escenita que ha montado tu marido en el colegio. Te vendrá bien estar unos días alejada de todo eso.

Trago saliva al recordar ese momento y todo lo que estarán hablando de mí.

—Te mando la baja por correo. Me voy a ir esta misma noche.

—Cuídate mucho y no te preocupes por nada referente al colegio.

—Muchas gracias, Jorge.

Me apoyo en el respaldo de la furgoneta y suspiro. Una cosa menos que hacer.

Me muerdo las uñas, nerviosa, y pienso en dar el segundo paso. Tecleo el número de mi madre.

—Hola, cariño, ¿ha pasado algo?

Mi madre, siempre que la llamo, piensa que ocurre algo malo. Aunque esta vez acierta.

—Pues sí —contesto—. He ido al médico y no me encuentro bien. Si no te importa, necesito pasar unos días con vosotros para alejarme de Sadtown por un tiempo.

—Por supuesto que puedes venir, cielo. Esta es tu casa. Además, fui yo la primera que te dije que vinieras —gorjea feliz.

—Pues voy a casa a preparar unas cosas y salgo para allá.

—¿Te vienes hoy? —parece sorprendida.

—Sí, mamá.

—Pues hazlo con mucho cuidado. Ya sabes que la gente va muy loca por la carretera.

—No te preocupes, iré con cuidado.

—Ya verás lo contenta que se pone Rosy —comenta en voz alta.

—Seguro que sí —respondo con sarcasmo.

Le va a caer como una patada en el culo.

Cuelgo y me voy por fin a casa a darme una ducha y a preparar una bolsa de viaje.

Cuando llego, me quedo helada al encontrarme el Stingray rojo aparcado frente a mi puerta. Salgo hecha una fiera y Neal aparece ante mí con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Qué haces en mi casa? —le pregunto enfurecida.

—No contestas a mis llamadas y estaba preocupado.

—Si no contesto, por algo será. Te dije que no quería volver a verte. ¡Fuera de aquí!

Estiro el brazo y le muestro la salida.

—¿Por qué te pones así conmigo? Solo te di lo que tu cuerpo deseaba. No me juzgues por hacer las cosas bien.

Me pongo roja como la sangre.

—Eres un arrogante. Te crees que puedes tener todo aquello que deseas, pero conmigo te has equivocado. Vete de aquí o llamo a la policía —le amenazo.

Levanta las manos en son de paz.

—Tranquila, ya me voy... Pero te aseguro que volverás a mí, antes de lo que piensas.

Me guiña un ojo.

—Por el momento, me voy fuera de tu alcance, así que muy pronto no será.

Arquea las cejas, sorprendido.

—¿Adónde vas?

—Lejos de ti y de los de tu calaña.

Pilla enseguida que me refiero a mi marido.

—Da igual dónde vayas —dice—. No me sacarás de tu cabeza tan fácilmente. Sé que entre los dos hay química. Tú también lo sabes.

No sé qué responder a eso. El muy cabrón tiene razón, pero no quiero dársela.

—No es cierto, solo son imaginaciones tuyas.

Le doy la espalda para abrir la puerta. Sin que me dé cuenta, viene hacia mí.

Me pilla desprevenida, me gira en redondo y me planta un beso en los labios que me hace temblar hasta la masa cerebral. Son cálidos, suaves y deliciosos. Me sujeta la cara para que no me aparte y lentamente introduce su lengua para enroscarse con la mía. Mi corazón se acelera y pienso que voy a perder el conocimiento. Ese hombre me nubla el juicio y emana una sexualidad brutal que excita cada poro de mi piel.

Mueve los labios con profesionalidad y arrastra los míos como si de un baile se tratara. Su lengua presiona la mía y no soy dueña de mi mente en este momento. Solo quiero disfrutar de este beso maravilloso que me eleva a los confines del paraíso. Estoy feliz. De pronto, se separa y me quedo suspendida en un vacío frío y aterrador.

Lo miro asustada.

—Si con un beso eres tan pasional —susurra en mi oído—, cuando te haga el amor te haré gozar de una manera que jamás has imaginado.

Me siento húmeda y lo deseo con todo mi ser.

—¡Vete! —le digo. Y es la razón la que habla.

—Me voy, pero sabes que esto no ha terminado.

Se mete en su Chevrolet Corvette Stingray y sale zumbando, dejándome con el calentón de mi vida.

Entro en casa y me voy directa al baño. Me desnudo y me meto en la ducha.

Me lavo el pelo y me enjabono el cuerpo. No puedo apartar de la mente los ojos azules de Neal y esos labios que me tienen fascinada. Me llevo el chorro del agua hacia mi sexo y empiezo a estimularme, pensando que es su boca la que juega con mi clítoris y me besa ahí abajo. El chorro da de lleno en mi botón de la felicidad y me arqueo cuando un orgasmo con la cara de Neal me llega y me desahogo con el agua.

—¡Dios! —gimo, libre de tensión sexual.

Deseo a ese hombre, pero lo tengo vetado. No es una buena influencia y solo me causaría más problemas, añadidos a los que tengo. Pero el maldito tiene razón: no puedo apartarlo de mi mente.

Salgo del baño y me seco el pelo con una toalla. Me visto unos vaqueros y una camiseta de manga corta. Preparo la bolsa con ropa cómoda, el neceser y lo más imprescindible. No me olvido de la medicación que me ha mandado el médico. Cierro la casa a cal y canto y me dirijo a San Diego a casa de mis padres, a ver si puedo pasar unos días de tranquilidad lejos de Sadtown y de lo que ello conlleva.



San Diego

Llego a San Diego, concretamente al 1841 de Sheridan Avenue, en Mission Hills, un barrio ubicado en las colinas que dominan el casco antiguo y la bahía de San Diego. Es uno de los barrios más antiguos y atractivos de la ciudad y mi madre no dudó en mudarse aquí en cuanto pudo librarse de mí, cosa que yo también debí hacer en su día. Es un vecindario tranquilo y hay muchas mansiones y casas lujosas y, a pesar de que la de mis padres no está mal, no alcanza ese estatus.

Aparco la furgoneta en su enorme garaje para tres coches y bajo agotada por el día que llevo y todas las emociones sufridas. Mi madre sale a mi encuentro y mi padre viene detrás. Ella me abraza y yo se lo agradezco en el alma. Mi padre se hace cargo de la bolsa y entro en la amplia casa de dos plantas y cuatro habitaciones. Hace mucho que no vengo por aquí.

—¡Qué alegría tenerte aquí! Ya te he preparado tu habitación. ¿Tienes hambre? Es tarde, tienes que estar hambrienta.

Mi madre no me da tiempo a responder al aluvión de preguntas que me formula.

—No tengo hambre. ¿Y Rosy?

Miro por todos lados y no la veo.

—Ha salido y no sabemos dónde anda —contesta mi padre, visiblemente mosqueado.

—¿Con el desconocido? —inquiero.

—Supuestamente —gruñe de nuevo.

—Bueno, no le deis tanta importancia —dice mi madre—. Seguro que es un compañero de clase. Está en la edad de salir y hacer locuras.

—Pues si es un muchacho de su clase, ¿por qué no lo dice o te lo presenta? Es lo normal, ¿no? Levanto enervada las manos.

—Hija, no te alteres, que vienes para relajarte —me recuerda mi madre.

Me siento en el sofá y respiro varias veces.

—Tienes razón, mamá. No debo ser tan estricta con ella. Tiene casi diecinueve años y no es una cría.

Consigo relajarme un poco.

—Pues eso, que ya es mayorcita y todos hemos pasado por esa edad, ¿verdad, Santiago? —le pregunta a mi padre, a quien no veo muy convencido.

—Si tú lo dices...

—Yo me voy a la cama —digo—. Estoy reventada y lo único que quiero es dormir de verdad. Me levanto del sofá para irme a mi cuarto.

—¿No vas a cenar nada?

—No tengo hambre. No insistas, por favor.

Mi madre asiente con la cabeza.

—Descansa, hija, mañana será otro día.

—Gracias por todo, mamá.

Les doy un beso de buenas noches y subo por las amplias escaleras para dirigirme al primer cuarto que hay a la derecha. He pasado buenos ratos con Grayson en esa habitación, cuando ambos éramos jóvenes. Mis padres tenían la casa de Sadtown y compraron esta cuando yo me vine a la universidad. Cuando me casé y terminé los estudios, nos fuimos a vivir a la suya de Sadtown y mis padres se quedaron aquí. Para mi padre es más cómodo, ya que está a menos de diez minutos en coche de la universidad y el cambio de vivir aquí a hacerlo en Sadtown...

Me pongo un camisón cómodo y busco las pastillas de dormir que me ha recetado el doctor Flores. Me tomo una y me acuesto. Necesito dormir imperiosamente y borrar de mi mente a mi marido y a Neal. Me llevo las manos a los labios. Todavía puedo sentir ese beso fantástico que me dio delante de casa. «¿Cómo será en la cama?», pienso, aunque enseguida me doy un toque en la cabeza por dejar que mi mente piense por sí sola. Abro la boca y bostezo.

—Sí que son buenas las pastillas... —murmuro con los ojos entrecerrados.

Me pesan los párpados y por mi mente ronda Neal Butler desnudo, como Dios lo trajo al mundo. Esbozo una sonrisa y me quedo dormida por fin...



Me despierto con toda la energía del mundo. Esas pastillas son milagrosas y dormí toda la noche del tirón.

Bajo a desayunar y veo a mis padres con caras largas. Frunzo los labios y adiós al buen rollo.

—¿Qué me he perdido? —pregunto mosqueada.

Mi padre se hace el loco y mi madre suspira como si se le fuese la vida en ello.

—Rosy no vino a dormir anoche —dice.

—¿Joder con la niña! —rumio en voz baja.

—No te preocupes —comenta mi padre—. No es la primera vez que lo hace. Le mandó un mensaje a tu madre avisando. Por lo menos, sabemos que está bien.

—¿Por lo menos? —digo—. ¡Pero si no sabemos ni dónde está ni con quién!

Estoy enervada.

—Si quieres, acompáñame esta mañana a la universidad y así podrás verla —me sugiere mi padre.

Lo miro confusa.

—¿Tú crees que es una buena idea que me presente sin avisar? Ya sabes la rabia que me tiene...

Me vengo un poco abajo, pero mi padre me pone las manos sobre los hombros para animarme.

—Eres su madre y eso nadie lo puede cambiar. Si fueras tú la que estuviera en su situación, no dudaría ni un minuto en ir.

Sus palabras me dan el valor necesario y acepto acompañarlo.

—Gracias, papá. Dame diez minutos para arreglarme y voy contigo.

—Esa es mi chica.

Termino el café y subo a mi habitación a vestirme.

Regresar a la universidad donde estudié y me enamoré de mi marido no va a ser fácil. Demasiados recuerdos bonitos que ahora duelen.

Me pongo un vaquero y una camiseta negra de manga larga. Hoy el día está fresquito, aunque es de agradecer después de los días calurosos pasados en Sadtown. Me llevo la cazadora vaquera por si las moscas y bajo de nuevo a la cocina para ver si mi padre está listo. Lo miro orgullosa. Va con un traje oscuro y una camisa azul celeste y lleva el pelo cano y largo peinado hacia atrás y la barba perfecta. Para sus sesenta años, es un hombre muy atractivo. Si no fuera porque adora a mi madre, seguro que no tendría problemas de ligues en la universidad. Aunque ya no me fío, pues yo también creía ciegamente en el amor de Grayson y, mira por dónde, me salió rana. Mi padre tiene esa esencia española de pura raza y creo que algo se me ha pegado, aunque la abuela por parte de mamá se casara con un americano puro y rompiera el linaje español de la bisabuela. De todas formas, corre sangre española por mis venas y soy una García, aunque al casarme adopté el apellido de Grayson. Puede que cuando me divorcie recupere el de soltera...

—¿En qué piensas, hija? Estás como ida.

Mi padre me saca del trance mental en el que estoy metida.

—En nada y en todo —respondo—. Se me ha ido el santo al cielo en un segundo al pensar en regresar a la universidad.

—No te preocupes. Todo sigue como siempre. Es posible que coincidas con algún profesor de antaño.

Suelta una carcajada. Yo esbozo una sonrisa.

—Ha pasado el tiempo muy deprisa —le digo—. Parece que fue ayer cuando estaba estudiando allí y ahora voy en busca de mi hija.

Me llevo las manos a la cara.

—Eso es inevitable. Para mí, sigues siendo mi pequeña y ya soy un abuelo.

Lo abrazo con ternura.

—Un abuelo muy guapo.

—Anda, vámonos ya y no digas tonterías. Hoy, por fin, voy a presumir de hija en la universidad.

Le da un beso a mi madre y nos despedimos de ella. Subimos a su Jeep Cherokee de color blanco y ponemos rumbo a la universidad de San Diego.

Después de unos diez minutos, ya divisamos nuestro destino: la inmensidad de edificios y la magnitud de la universidad.

—¿Dónde podré encontrarla? —pregunto, un poco perdida.

—A estas horas, en el Price Center Plaza. Seguro que está allí con las amigas. No tiene clase a esta hora.

Es la información que necesito.

—Genial. Pues déjame cerca y tú ve a trabajar. Luego te llamo y te busco.

Bajo del coche y me dirijo hacia uno de los centros de estudiantes más grandes del país. Allí tienen de todo para el ocio: restaurantes, cafeterías, la librería...

Los toldos azules y las sombrillas del mismo color inundan la plaza redonda, que ya está en movimiento por los estudiantes que no tienen clase. Unos comen, otros estudian, ligan, hablan... Allí se reúnen para pasar el tiempo libre y no esperaba que estuviera tan concurrido. Me mezclo con los estudiantes y, de pronto, la veo en una mesa con cuatro muchachas más de su edad. En cuanto me ve, su cara se transforma en algo diabólico. Yo intento sonreír, pero el rostro de mi hija me corta el rollo. Me acerco con prudencia a la mesa, pero, antes de que abra la boca, ella lo hace primero.

—¿Qué coño haces aquí?

Se levanta de mala manera.

—Tranquilita —respondo—. Y baja esos humos. Estaba preocupada por ti y he venido con el abuelo a verte, ya que tú parece que has cogido mucha independencia.

Me pongo seria y no me amilano ante ella.

—Ya soy mayor, no necesito que me vigiles.

Miro a sus amigas, que parecen avergonzadas ante la actitud de Rosy.

—No te vigilo. Si lo hiciese, hubiera llamado a la policía anoche. Relájate un poco y háblame con respeto —le exijo.

—Yo...

Levanto el dedo de forma amenazante y no dejo que siga por ese camino.

—Chicas, ¿podéis dejarnos a solas, por favor?

Sus amigas asienten y se levantan con más educación que mi hija. Le lanzan una mirada de reproche y ella se queda indignada. Se cruza de brazos y pone unos morros que le llegan al suelo.

—Ya me has arruinado el día —gruñe.

—Mientras no te arruine la vida, todo va bien.

Estoy harta de sus tonterías.

—¿Qué quieres decir?

Ya tengo su atención.

—Qué quizá esta universidad te venga muy grande y debas ir a una más de tu categoría —le digo muy seria.

A mi hija se le transforma la cara.

—No te atreverás...

—Quien paga soy yo y no voy a permitir que me humilles y me maltrates delante de la gente. También tuve tu edad y jamás les falté al respeto a mis padres. No he hecho nada malo para merecer tu odio.

Creo haber sido muy clara.

—Has dejado a papá —me espeta.

—Por un buen motivo que no te atañe.

—Él te quiere —solloza.

—Y yo a él. Siempre lo querré, pero hay cosas que no pueden perdonarse.

—¿El qué, mamá? ¿Qué te ha hecho para que no lo perdones?

Se echa a llorar.

Me muerdo la lengua y no quiero herirla, pero tampoco merezco su odio injusto.

—Me engaña con otras mujeres y lo encontré en la cama con una compañera de trabajo. ¿Te parece suficiente motivo?

Abre los ojos como platos, atónita. Lo está procesando.

—No puede ser. Pa-pá... —titubea.

—Sí, papá —me reafirmo.

De pronto, me abraza y se echa a llorar, sin importarle que la vean.

—Lo siento, no lo sabía. Te he juzgado injustamente. Perdóname, mamá.

La aprieto contra mi pecho y me emociono.

—No quiero que cambies la forma de ver a tu padre. Son cosas nuestras y no deben influirte. Los dos te queremos y tienes que quedarte con eso.

Se separa de mí para mirarme.

—¿Cómo puedes defenderlo?

—Porque lo quiero y es tu padre. Que lo nuestro se termine no significa que el amor se destruya. Eso es imposible. Solo es que no puedo perdonar el engaño y él no dejará de ser tu padre nunca.

—Eres demasiado buena. Y yo tratándote como una bruja. Me muero de la vergüenza —dice arrepentida.

—Bueno, eso ya está aclarado. Ahora falta que me digas con quién dormiste anoche.

Se pone colorada como un tomate y baja la cabeza.

—Eso es algo íntimo que debes respetar —dice—. Salgo con alguien y, hasta que no vea que es serio de verdad, no quiero contarle y gafarlo. Entiéndeme, mamá...

La sujeto de las manos y asiento con la cabeza.

—Está bien, pero prométeme que tendrás cuidado y tomarás precauciones. No quiero que te pase lo que a mí, aunque fuiste una bendición, pero debes terminar tu carrera y disfrutar más de la vida. ¿Me entiendes?

Vuelve a abrazarme y me descoloca. Dos abrazos en menos de diez minutos es más de lo que me tiene acostumbrada.

—Gracias, mamá. Así lo haré y no te defraudaré. Me alegro de que hayas venido. Ahora tengo que irme, que hay clase.

—Pues vete.

Sonrío.

Rosy me da un beso y me quedo tomando un café y mirando la nueva generación que viene.

—¿Agnes García?

Una voz masculina me llama y me sorprende. Me giro para ver quién es.

Un hombre calvo, como Grayson, de ojos marrones, fuerte y casi tan alto como mi marido, pero menos fuerte, se me acerca sonriendo.

—¿Te conozco?

Frunzo el ceño, intentando recordar.

—Si me quitas veinte años y me pones pelo, seguro que me recuerdas.

Y se echa a reír.

Me fijo en su fisionomía, pero, aparte de ver un hombre bastante atractivo, no veo nada más.

—Lo siento, pero no caigo —le digo.

—Soy Dylan Reed. Iba en el último curso de la universidad cuando tú empezaste en primero. Me diste calabazas por el entrenador del equipo. ¿Me recuerdas?

Abro los ojos como platos.

—El rubio de ciencias que llevaba locas a mis amigas. Ahora te recuerdo.

Me echo a reír por su cambio tan radical. Para mí, ha ido a mejor.

—¿Puedo sentarme contigo?

—¡Claro!

Me acompaña y pide un café.

—Vaya casualidad. ¿Qué es de tu vida?

—¡Uf! —suspiro.

—No será para tanto. Yo doy clase de ciencias aquí. Trabajé en la universidad de Nueva York y el año pasado pedí el traslado para San Diego. Echaba de menos estar en casa. Y tú, ¿terminaste la carrera?

Está muy contento y activo y yo no tengo muchas ganas de hablar, pero, por otra parte, me viene bien para despejar la mente.

—Soy profesora de infantil en Sadtown. Me casé con el entrenador y tuve una hija que estudia aquí. He venido a visitarla —le cuento por cortesía.

—¡Vaya! No tenía posibilidades. Aquello sí que fue amor de verdad. Me alegro por vosotros. Doy un sorbo al café y trago para disimular mi malestar.

—Bueno, duró casi veinte años. Nos estamos divorciando.

No sé por qué lo he dicho, pero ya está.

—Lo siento, no quería hacerte sentir mal.

—Es la verdad, no es culpa de nadie. ¿Tú te has casado? —le pregunto, cambiando de tema.

—La verdad es que no he tenido mucha suerte con eso. Sigo libre y esperando al amor de mi vida.

Dylan no hace más que sonreír y es algo contagioso.

—Pues sigue buscando —digo—. Nunca se sabe dónde puede aparecer.

—Muy cierto —responde y me clava la mirada.

Yo me revuelvo incómoda.

Me levanto para irme y me suena el móvil en ese momento. Doy gracias por ello.

—Perdona, tengo que contestar.

—Tranquila —dice Dylan Reed.

—¿Diga?

—No estás en Sadtown. ¿Adónde has ido?

La voz quebrada de Neal me deja patidifusa.

—No es asunto tuyo. Ya te dije que me iba —le digo, muy cortante.

—Pensé que no hablabas en serio —contesta compungido.

Mi cuerpo tiembla solo de oírlo.

—Pues ya ves que sí.

—Agnes...

—No es buen momento. Estoy con un amigo y no puedo hablar contigo.

¿Le digo eso para que me deje en paz o para darle celos? Me froto la cara, nerviosa.

—¿Qué amigo?

—No te importa. Adiós, Neal.

Cuelgo el teléfono y me dirijo a Dylan.

—¿Todo bien? —pregunta preocupado.

—Perfectamente, pero tengo que ir a buscar a mi padre y decirle que me vuelvo a casa en taxi.

—¿Tu padre? —inquire.

—Sí, Santiago García.

—¿El profesor de Historia es tu padre?

—Pues sí —respondo divertida.

—¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba. Ese hombre impone respeto. No tenía ni idea de que

era tu padre.

—Pues ya lo sabes.

—No hace falta que llames a un taxi, yo puedo llevarte. Hoy no tengo clase. Solo he venido a por unos papeles a mi despacho.

Dudo un poco, pero no quiero estar más tiempo en la universidad.

—Está bien. Le mandaré un mensaje diciéndole que regreso a casa con un amigo. ¿Seguro que no es ninguna molestia?

—Para nada. ¡Por fin puedo meter en mi coche a Agnes García! —dice, esbozando una sonrisa.

—Soy Sullivan. De momento, me llamo Agnes Sullivan —le corrijo.

—Tú lo has dicho: de momento...

Tiene razón. Quizá ya va siendo hora de ir pensando en usar mi nombre de soltera.

Pero entonces pienso en Grayson y en los buenos recuerdos y todo vuelve a doler demasiado.

Dejo que Dylan me lleve a casa y nos intercambiamos los números. Es un hombre muy atractivo y no descarto salir a tomar algo con él algún día.

Aunque hoy no.



Un tipo cualquiera

Al final, venir a San Diego ha sido una buena idea. Disfruto de mis padres, descanso y hasta consigo reconciliarme con mi hija. La semana me pasa volando, gracias también a que desconecto del móvil y de los incesantes mensajes y llamadas de Neal. Igualmente, Grayson se anima a molestar, porque dice que me echa en falta al no verme por Sadtown. Mi propia hija es quien me apaga el móvil y, por fin, soy una mujer libre de agobios.

Pero nada dura eternamente y tengo que volver a la realidad. No puedo aislarme en una burbuja ni bajo el caparazón de mis padres por mucho tiempo. Soy una mujer adulta que necesitaba un descanso y ya lo he tenido.

Estoy en la habitación, recogiendo mis cosas y guardándolas en la bolsa de viaje. Miro el móvil de reojo y pavor me da encenderlo, así que demoro todo lo que puedo esa acción. Mi hija entra en mi cuarto y se entristece.

—Me da pena que te vayas —dice—. Ahora que empezábamos a llevarnos bien...

Finge un puchero.

—Estamos a media hora de camino —respondo— y sabes que puedes venir cuando quieras. Todavía vives conmigo, ¿recuerdas?

—Pero ya no tengo llaves de esa casa.

Me lo echa en cara medio en broma.

Voy al bolso y saco un juego de recambio y se las entrego.

—Toma tus llaves.

Ella las coge y me mira asombrada.

—¿En serio?

—Me fío de ti y sé que no se las darás a tu padre. Como bien dices: es tu casa.

Veo que se emociona y me abraza.

—Te quiero, mamá.

—Yo también, mi vida. Nunca dudes de ello.

—No lo haré.

—Prométeme que no le contarás a tu padre nada de nuestra conversación. Ni una palabra, ¿vale?

Ella aprieta los labios y, al final, asiente.

—Te lo prometo.
—Así me gusta. Que no te influyan nuestras cosas y trátalo con respeto.
—Mamááá... —protesta.
—¿Rosy?
—Te lo prometo.
—Bueno, pues yo ya estoy lista. No voy a encender el móvil hasta que llegue a casa; si no, seguro que no regreso. Voy a despedirme de los abuelos y quiero que los ayudes en todo.
—Que sí...
Pone los ojos en blanco.
—En cuanto a tu misterioso noviete, espero que me lo presentes pronto. Quiero saber con quién andas. ¿Entendido?
—Entendido. Pronto os lo presentaré.



Abrazo a mi hija y bajo las escaleras para despedirme de mis padres, que me esperan en el salón. Me cuesta más de lo que pienso. Una semana aquí hace que nos unamos más y ahora irse se me hace muy difícil. Mi padre me abraza sin decir nada y se marcha para la universidad con lágrimas en los ojos. Me parte el corazón y lo dejo ir. Mi madre monta un drama de lágrimas, lloros y abrazos y la que quiere salir huyendo soy yo.

Después de todo el melodrama, me subo a la furgoneta y pillo la carretera rumbo a Sadtown.

Llego a mi casa y meto el coche en el garaje para que nadie sepa que ya estoy aquí. En el suelo, me encuentro un sobre que han debido de colar por debajo de la puerta. Me echo a reír de lo absurdo que me resulta.

—¿Quién hace estas cosas todavía, habiendo buzones y, sobre todo, *mails*? —me digo para mí misma.

Lo recojo y veo que el sobre está en blanco. Lo abro y me sorprende más ver que su contenido está escrito a máquina de escribir, como antiguamente.

—¡Vaya! —exclamo de nuevo yo sola.

Me pongo a leer:

Tu marido no te quiere y anda con otras. Los dos sois iguales, porque vas con quien no debes. Ándate con cuidado, zorra.

Leo y releo la carta, que parece una amenaza, y no me dice nada que yo no sepa de mi marido. Yo no voy con nadie. ¿De qué van? Lo que me faltaba nada más llegar a casa. Arrugo la maldita hoja y la tiro a la basura. Es hora de encender el móvil.

Para mi asombro, solo tengo tres mensajes, de diferentes personas. Uno es de Jorge, el director, que pregunta por mi bienestar. El segundo es de Neal, que me dice que lo llame en cuanto regrese de donde quiera que esté. El tercero es de Dylan, invitándome a cenar en San Diego.

Me sabe mal no haber contestado a este último. Seguro que piensa que soy una maleducada. Luego me fijo en que tengo siete llamadas perdidas de un número privado. Me parece muy extraño. Son siempre a la misma hora. No le doy importancia y llamo a Dylan para disculparme. Me contesta enseguida.

—¡Hola, desaparecida! —me responde jovialmente.

—Hola. Siento no haberte contestado. Mi hija me desconectó el móvil para que estuviera tranquila y pudiera relajarme. Acabo de ver tu mensaje al llegar a casa.

—¿A casa? ¿Te has ido de San Diego?

—Esta mañana, sí.

—¡Vaya! Bueno, de todas formas, estamos a un tiro de piedra. ¿Te gustaría quedar un día a cenar conmigo?

Es muy directo y me pillas desprevenida.

—No quiero ser grosera, pero todavía es pronto para mí. Pero tendré muy presente tu oferta —lo animo.

—Algo es algo. Al menos, no me das calabazas del todo, como hace veinte años. Me quedaré esperando tu llamada.

—Gracias por comprenderme.

—No te preocupes, lo entiendo.

—Que tengas un buen día.

—Igualmente.

Voy a la nevera a por algo de beber y, en ese momento, suena el móvil de nuevo. El zumo que tengo en la mano se me resbala y cae por todo mi cuerpo, poniéndome perdida. Quizá la carta y las llama-

das esas raras me han puesto algo nerviosa.

—¡Mierda! —maldigo.

Voy a por el teléfono, resbalo con el zumo y casi me parto el cuello, si no es porque me agarro a la puerta de la nevera. Pego con el culo en el suelo.

—¡Au! —grito de dolor.

Cuando logro llegar al maldito aparato, deja de sonar. Miro la pantalla y es un número oculto.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Me levanto dolorida y pringada de zumo. La cocina está hecha un desastre.

«¿Quién cojones me estará gafando el día?», pienso.

Lleno el cubo de agua y jabón y friego el desastre. Luego limpio la nevera y me voy a la ducha a rematar la faena. No dejo de darles vueltas a la nota y a la llamada. Tiene que ser una broma. Si en Sadtown todo se sabe y nada ocurre.

Me enjabono el pelo y luego el cuerpo. Me aclaro bien y salgo de la ducha para secarme. Menuda forma tiene la casa de recibirme.

En esas, tocan al timbre y yo cierro los ojos.

—No puede ser. ¿Y ahora quién diablos es?

Me enrolló en la toalla y salgo encendida hacia la puerta. Pobre del que le toque recibir mi furia.

Pero mi ira se desvanece cuando abro la puerta envalentonada y aparece Neal Butler ante mí. Sus ojos azules se clavan en mi piel mojada y me siento arder.

—¿Qué haces aquí? —logro preguntar.

—Un pajarito me ha dicho que habías vuelto a casa esta mañana y he venido a visitarte. Y creo que en mejor momento imposible.

Se relame y aprieto la toalla con fuerza.

—Pues no, es el peor que has escogido. Vete y llama más tarde, si quieres.

Intento cerrar la puerta, pero él pone el pie y lo impide.

—No voy a llamarte más tarde. Estoy ahora aquí, Agnes.

Lo miro atónita.

—¿En serio?

—Totalmente.

Se adentra y cierra de un portazo con el pie.

Me pongo tiesa como una tabla y no voy a dejarme intimidar por ese hombre.

—Quiero que te vayas.

—No me lo creo —responde—. Tus ojos dicen otra cosa y tu piel, también.

Joder, acabo de erizarme entera solo con su voz.

—Me da igual lo que digas. No deberías estar aquí —insisto.

—¿Quién lo dice?

Las piernas empiezan a doblárseme a medida que él se acerca con sumo sigilo. Recuerdo ahora la noche que me obnubiló y me llevó al paraíso con su mano.

—Lo digo yo —susurro.

Me acaricia la cara y tiemblo bajo su mano.

Entonces recuerdo a Grayson con Sabrina y luego con Candy y el otro desconocido. Lo veo gozar con otras personas mientras yo desconozco lo que es eso. La rabia, el dolor, el deseo, la lujuria... se apoderan de mí.

—Tú no quieres que me vaya, Agnes —susurra contra mis labios.

El sentir su cálido aliento sobre mi boca hace que el sexo me palpite de la excitación. Ese hombre me pone loca, loca.

—No quiero —repito, envuelta de lleno en su hechizo.

Neal roza con un dedo mi cuello y baja suavemente hasta mi canalillo. Lo introduce hábilmente y tira hasta que hace caer la toalla al suelo, dejándome expuesta del todo.

Me admira y yo no siento vergüenza alguna. Sus ojos azules se deleitan recorriendo mi cuerpo, que arde como si estuviera en una hoguera.

—Eres maravillosamente perfecta —susurra excitado.

Lo miro y nuestras miradas chocan con el fervor del deseo.

—Quiero verte desnudo —le digo sin contemplaciones.

Esboza una sonrisa y, sin preámbulos, me coge en brazos y me lleva hacia mi habitación.

—Será todo un placer, pero no aquí —dice.

Me trae como si fuera una pluma y me tumba en la cama. Como anticipo a lo que me espera, me besa, un beso corto, húmedo y caliente. Se separa y me quedo con ganas de más.

—Neal... —suspiro.

—Tranquila, mi dulce Agnes, no me voy a ninguna parte. Solo voy a cumplir tus deseos.

Me apoyo sobre mis codos y veo que se quita la camiseta que trae, dejando al aire un pecho maravilloso y muy deseable. Al contrario que Grayson, no es musculoso, sino un hombre normal con vello. Me estoy poniendo muy caliente. Luego se desabrocha los pantalones y deja a la vista una erección muy generosa, que me muero por tener entre las piernas. Solo he sentido la polla de mi marido y ya es hora de catar otros especímenes después de veinte años de monogamia.

Se quita el bóxer y ahí está, tiesa, dura y hermosa. Paso mi lengua para humedecer los labios, que se me secan del calentón que tengo, y Neal se coloca un condón que lleva en la cartera. Es

algo digno de ver: un pedazo de hombre de pelo claro, con barba y unos ojos azules. Un cuerpo deliciosamente humano.

—Eres muy atractivo —le digo en voz baja—. Me gustas.

—Todavía no me has catado, nena.

Se echa sobre mi cuerpo y me separa las piernas.

No puedo evitar soltar un grito de sorpresa y excitación. Noto su polla sobre mi coño, pero todavía no ha entrado en el agujero de la felicidad.

Sus labios vuelven a por los míos y lo beso con pasión desbordante. Mis manos van hacia su pelo y le pego tirones para restregarme contra su pecho. Estoy muy excitada y ansío que me penetre de una vez, pero él se lo toma con calma y me está matando. Juega con mi lengua dentro de su boca y suspiramos por la lujuria que nos está consumiendo. Levanto las caderas en busca de su polla y es entonces cuando ella solita entra como si supiera el camino.

—¡Joder! —gime él, sorprendido.

Yo no puedo pronunciar ni una palabra.

Solo quiero moverme y que se mueva. Es tal el placer que siento que no quiero perder ni un segundo de esta felicidad que me está dando. Es tan diferente de Grayson... No imaginaba que sería así follar con otra persona. Las mariposas revolotean de nuevo en mi estómago, mi sexo palpita, los pezones están duros... Toda yo soy pura sensibilidad y es maravilloso.

Enrosco mis piernas alrededor de su cintura y Neal me proporciona unos empujones mágicos. Cada uno parece un orgasmo nuevo. Mi clítoris gime de felicidad y mi boca no se separa de la suya, porque quiere succionarlo entero.

—Agnes, que no te voy a aguantar si sigues moviéndote así —gime desesperado.

—Estás muy bueno y sabes muy bien —ronroneo y contoneo las caderas.

—Joder, nunca me he follado a alguien así. Eres adictiva.

Le doy la vuelta y me pongo encima de él.

Mis manos van a su pecho y empiezo a moverme sobre su polla erecta arriba y abajo. Veo que aprieta los dientes y sufre por no correrse.

Me tumbo sobre él y lo beso y mordisqueo los pezones. Ahí tengo a Neal, que se va a ir de un momento a otro, pero está todo controlado. No voy a dejar que se corra sin tener lo mío antes. Gime y me aprieta las nalgas con desesperación.

—Agnes...

Es el momento.

Me salgo de encima de él y le corto todo el rollo.

—Tranquilo, machote, aún no es la hora —le susurro al oído y luego lo beso.

—Me tienes loco, loco. Ven aquí, déjame follarte de nuevo —jadea con desesperación.

Pero yo sé lo que quiero y cómo lo quiero.

—Ya voy, pequeño.

Para su sorpresa, me siento sobre su cara y él me recibe con gran deleite.

Coloca sus brazos por debajo de mis muslos y empieza a comerme el coño con ansia. Me acaricio los pechos mientras me muevo sobre su lengua, que lo está haciendo de maravilla. Esto es algo que había imaginado muchas veces y, por fin, me atrevo a cumplir. Su lengua me lame entera y me mordisquee el clítoris. Es maravillosa la sensación que siento, pero voy a ser justa con él. Me salgo y me inserto de nuevo en su polla, ahora más dura que antes.

—Me matas, Agnes —jadea.

—Espero que de placer —sonrío perversamente.

Me da un cachete en el culo para que me ponga en marcha y obedezco.

Esta vez me abro bien de piernas y empiezo a cabalgar con brío. Mi mano le acaricia los huevos por detrás y lo estimula al máximo. Neal levanta las caderas para clavarse más fuerte en mí y yo acelero mis subidas y bajadas para hacer sus penetraciones más intensas. Estoy muy mojada y ya no puedo aguantarlo más.

—Voy a mojararte la polla —grito.

—Por Dios, sí...

Se sienta en la cama y me arrodillo sobre él. Me impulso con fuerza y me follo a Neal con todas mis ganas, hasta que hago que se corra y yo le sigo al mismo tiempo. Gritamos y sudamos hasta caer desplomados en la cama en un charco de fluidos y sudor. Es el mejor polvo con diferencia que he echado en veinte años; por lo menos, con otro hombre.

—Joder, Agnes. ¿Dónde coño estabas escondida?

—En un colegio de infantil de Sadtown —respondo sin fuerzas.

—Quiero follarte todos los días. Insuflas vida —dice mientras me besa un pezón.

—Y tú me la quitas —respondo con un hilo de voz.

—En serio, quiero verte a diario y que vengas al «The Lust». Tienes que probar cosas conmigo que sé que te gustarán.

Me pongo seria y me levanto de la cama.

—¿A qué viene eso ahora? No soy un juguete de los tuyos —alzo la voz.

Viene hacia mí y me abraza.

—No te enfades. No he querido decir eso. Solo es que nunca nadie me había hecho sentir nada parecido. Eres muy especial, ¿lo sabes?

Me besa en el cuello y me ablando un poco.

—Eso díselo a mi marido.

—No sabe lo que ha perdido. ¡Menudo gilipollas!

—Oye, no te metas con él. Que esté separada no te da derecho a que hables mal de él.

Eso le sienta un poco mal. Quizá se sienta celoso.

—¿Es que todavía lo amas?

—Eso no te incumbe, Neal. Todo es muy reciente y no se deja de querer a una persona de un día para otro.

Voy hacia la ducha, ya que el tema no me interesa.

—Pero ahora estás conmigo, ¿verdad?

Me quedo quieta a mitad de camino. Me giro lentamente y lo miro a los ojos.

—No estoy con nadie —respondo—. Has venido a mi casa y terminamos follando como dos adultos. Ahora tú te vas y yo me quedo aquí. No hay un nosotros, ¿lo entiendes?

No me creo que sea yo la que diga esas palabras con tanta frialdad.

—La que no lo entiende todavía eres tú —dice—. Me voy a ir y no volveré. Entonces ya comprenderás que hay un nosotros, cuando vengas a buscarme. Porque lo de hoy no es un polvo cualquiera, te lo aseguro.

Me quedo callada mientras veo que recoge sus cosas, se viste y se va.

Luego me meto en la ducha, pensativa. Seguro que mañana ya me está llamando. Pero... ¿y si no lo hace? Madre mía, qué cacaos tengo en la cabeza. La verdad es que he sentido cosas que ni conocía. Aunque tiene razón en algo: no ha sido un polvo cualquiera y él tampoco es un tipo cualquiera.



Museo de Cera

Es regresar a Sadtown y el insomnio retorna a mi vida. Ya sé que el médico me dijo que solo una semana de pastillas, pero, después del polvo y la despedida nada agradable con Neal, tengo que recurrir a ellas para poder descansar.

Esta mañana me reincorporo al trabajo y debo estar fresca como una flor. Me da un poco de cosa pisar el colegio después del numerito que me lio mi marido con los papeles del divorcio, aunque espero que las aguas se hayan calmado un poco. Por cierto, me apunto en mi agenda mental llamar a Alice para consultarle ese tema.

Aparco la furgoneta y entro en el recinto escolar, como de costumbre. Llego un poco más temprano para hablar con Jorge de La Vega, que me recibe con entusiasmo. No me hace demasiada gracia esa actitud tan complaciente.

—Buenos días, Agnes. Qué alegría para los ojos tenerte de vuelta. Veo que el descanso te ha sentado muy bien.

Me mira con descaro y yo sonrío por cortesía.

—La verdad es que sí. Es algo que necesitaba, pero ya estoy de vuelta y lista para el trabajo.

—Pues nada, tus niños se alegrarán de verte. Hoy tenemos planeada una excursión al Museo de Cera de Sadtown. No sabía que te incorporabas y si estarás preparada para acompañar a tu clase.

Me llevo una sorpresa. Eso queda muy cerca del «The Lust» y no me apetece encontrarme con Neal. Pero las probabilidades son mínimas.

—No hay problema —contesto—. He hecho un centenar de ellas a ese lugar.

—Perfecto. Entonces todo arreglado. Que tengas un buen día.

—Igualmente, Jorge.

Me voy a clase a preparar el día improvisado. No es lo que más me apetezca, pero es mi trabajo y debo cumplirlo.

Como me da tiempo, aprovecho para llamar a Alice Cooper, mi abogada.

—¡Agnes! ¿Dónde te habías metido? —me contesta eufórica—. Hace más de una semana que no sé nada de ti.

—He estado fuera, intentando desconectar de todo. Necesito verte.

—Ven esta tarde, si quieres.

—Me acerco cuando termine las clases. Grayson vino al colegio y me rompió los papeles del divorcio en toda mi cara. Me armó un numerito...

Ella guarda silencio unos segundos.

—Lo sé. Él me lo contó —dice con un hilo de voz.

Quiero que la tierra me trague en este momento.

No voy a preguntar cómo lo sabe, porque ya sé la respuesta. Al final, se lo ha tirado en el «The Lust» y mi marido, cómo no, ha aceptado encantado.

—¡Vaya!

Solo digo eso.

—Agnes, dijiste que no te contara...

—Y no quiero que me cuentes —la interrumpo—. Tú dedícate a solucionar lo de mi divorcio. Lo que hagas en tu vida íntima no me incumbe —le digo muy seria.

—Está bien. Nos vemos esta tarde. Te conseguiré el divorcio.

—Estoy segura de que sí —contesto con sarcasmo.

Cuelgo el teléfono un poco encabronada.

Ayer no podía dormir, porque el remordimiento de haberme acostado con Neal me corroía las entrañas. Ahora me doy cuenta de que soy una imbécil al creer que Grayson me ama y que esto puede tener una solución. Debo borrarlo de mi mente y hacer lo que él hace: divertirme y experimentar todo aquello que no he hecho en veinte años.

—Maldito cabrón promiscuo —rumio entre dientes.

Los niños empiezan a entrar en clase y cambio el chip.



—¡Señora Sullivan! —

gritan de alegría al verme.

—Buenos día a todos. ¡Hoy nos vamos de excursión!

Aplauzo con alborozo y todos se llenan de felicidad. Esto es lo que me salva la vida a diario.

Llegamos en el autobús escolar a las afueras de Sadtown, donde está el Museo de Cera. Tengo que tragar que Sabrina Mendoza me acompañe, ya que su clase está en otra excursión en San Diego, pero ella se ofrece a venir con los pequeños, pues dice que se marea si va tan lejos. No me lo trago. Lo que quiere es joderme la vida y mi día con los niños, pero no se lo permitiré. Simplemente, la ignoro y hago como que no existe. Hasta cuando se dirige a mí para preguntarme algo, no le contesto.

Guío a los niños dentro del recinto y empiezan a abrir la boca, sorprendidos al ver las réplicas de personajes famosos tan diversos. Les impacta mucho cuando ven al presidente Trump, con su llamativo pelo rubio. Es una réplica muy conseguida y todos quieren hacerse fotos con el polémico personaje. A mí me da la risa ver las caras que ponen cuando empiezo a fotografiarlos de uno en uno.

—Menuda paciencia tienes, perdiendo el tiempo con esos mocosos y sus caprichos con las

fotitos —sisea a mi espalda Sabrina.

Me erizo como una gata y me pongo tiesa.

—¿Para qué has venido, si no soportas a los niños? Sal de mi vista o te estampo la cámara en la cabeza.

Me sale del alma.

—Tranquila, yo no tengo la culpa de que tu marido tenga buen gusto y prefiera mi cama a la tuya —me espeta sin pudor alguno.

Pierdo los estribos y levanto la cámara réflex del colegio, que no pesa poco, para estampársela en la cabeza. Pero alguien me la quita de las manos y me sujeta por la cintura ante la mirada atónita de los niños.

—Tranquila, nena. No es el lugar adecuado para cometer un asesinato.

Neal se burla de mí.

Sabrina nos mira con curiosidad y está un poco comedida ante mi agresividad.

—Te denunciaré al director por agresión —me amenaza.

—Guapa, cierra el pico y desaparece —le dice él—. Aquí la única agresión que ha habido es la de tu lengua afilada.

Ella, lejos de amilanarse, se envalentona.

—¿Ahora te tiras a este? —pregunta, envenenada.

La sangre corre por mis venas a toda velocidad.

—Suéltame y déjame que le estampe la cámara en la cabeza por bocazas.

Pataleo en el aire, engullida por la ira.

—Señora Sullivan, ¿qué pasa? —pregunta uno de los niños.

Neal le sonríe y se acerca sin soltarme.

—Nada, cielo. Es una representación de las dos maestras. La mala y la buena. Ahora la señora Sullivan se calma y la bruja se va —añade, mirando a Sabrina.

Está encendida y yo la fulmino con la mirada, pero hay que pensar en los niños y no es cuestión de un derramamiento de sangre delante de ellos.

—Sí, cariño. Ya está. ¿Seguimos con las fotos?

Hago acopio de valor y respiro profundamente.

—Yo me voy —refunfuña la otra.

—Vete y bien lejos, guapa —le dice Neal—. Ya habrá ocasión para terminar esto en otro momento.

Sabrina vuelve a mirarnos y se va enojada y con el rabo entre las piernas.

Me giro disimuladamente y miro al hombre que me lleva por la calle de la lujuria.

—¿Qué haces aquí? —inquiero.

Él arquea las cejas sorprendido.

—De momento, impedir un derramamiento de sangre entre dos gatas. Ya veo cómo me lo agradeces —contesta.

—Gracias —susurro en voz baja.

—De nada.

—¿Qué haces aquí? —insisto, mientras disimulo y sigo tirando fotos a los críos.

—Vi aparcar el autobús escolar y luego bajaste tú con los niños. Me acerqué a saludarte y te encuentro en plan ninja, a punto de abrirle la cabeza a esa mujer.

Aprieto los puños, todavía consumida por la rabia.

—Es una de las amantes de mi marido —le digo.

—¡Joder! ¿Y trabaja contigo? ¡Qué putada!

Luego suelta una carcajada.

Me giro en redondo y lo fulmino con la mirada.

—Toda una putada, ya ves —farfullo muy seria.

Otra de las compañeras del colegio se acerca y me pongo recta. Sonrío forzosamente y mantengo la compostura.

—Agnes, me llevo a los niños a comer. Si quieres, tómate un descanso. Luego retomamos la excursión y regresamos al colegio —me comunica para mi alivio.

—Gracias, Elena.

Suspiro aliviada y Neal me agarra del brazo y me arrastra con él.

—¿Qué haces? —me quejo.

—Necesitas desestresarte y tengo la solución a tus problemas.

—Estoy bien, suéltame —insisto.

Llega a una puerta y la abre con llave. Este hombre parece San Pedro, tiene las llaves de todos los lugares del mundo.

Entramos en un despacho privado y cierra la puerta. Me aprisiona contra la pared y me besa sin que me dé tiempo a reaccionar. Ya estoy perdida en el mundo de Neal Butler.

Sus labios son hábiles y reacciono a su beso casi por inercia. Mi boca se abre y se entrega a él de buena gana. Neal me manosea los pechos y enciende la mecha de la pasión. Me mojo al instante y ya estoy muerta de deseo por tenerlo en mi interior. Su lengua danza dentro de mi boca. Conspira para hacerme sufrir de placer. Sus manos masajean mis caderas y presiona su erección contra mi sexo más que deseoso.

—Neal... —suspiro en su boca.

—Sabes que voy a follarte, ¿verdad? —jadea sobre mi cuello.

—Hazlo, hazlo, por favor —le imploro casi llorando.

Me sube la falda hasta la cintura y yo lucho por desabrocharle los pantalones. Estamos locos por desnudarnos y follar en este momento, sin que nada nos importe. Neal me baja las bragas, que se quedan en los tobillos. Me libero de ellas y, por fin, consigo bajarle los pantalones y el bóxer que oprime su hermosa polla.

—Me vuelves loco, Agnes —suspira.

—Lo sé.

Soy mala y quiero que él lo sea conmigo.

Eso le excita mucho y me da la vuelta. Gimo y Neal pasa su polla entre mis nalgas y luego frota su glándula por todo mi coño. Abro la boca desesperada. Quiero que me haga suya.

—¡Pídemelo! —jadea.

Es rencoroso por lo de ayer, pero no me importa, lo necesito.

—Métemela, por favor —suspiro.

—¡Joder! —masculla.

Coge la polla con su mano y me la clava hasta el fondo sin piedad. Me tapo la boca para amortiguar un chillido de gozo de dimensiones extraordinarias.

Me embiste con pasión y locura y siento cómo sus huevos rebotan en mi culo. Me mata de placer. Las palmas de mis manos aplastan la pared y él me empala duro, tal como lo necesito en este momento para mitigar todo el mal rollo que tengo dentro. Se sujeta a mis caderas y me folla una y otra vez. Dentro y fuera, dentro y fuera.

—No pares, por tu madre —gimo.

—No pienso hacerlo —gruñe excitado.

Se apoya en mi espalda y me pellizca los pechos por delante.

—Dios... —aúllo de placer.

Él sigue embistiendo y cada vez me mojo con más intensidad.

De pronto, sale de mí y me siento perdida. Es como si fuera mi complemento perfecto y ha desaparecido un instante.

—¿Qué pasa? —pregunto frustrada.

Me coge de la mano y me lleva hasta el sofá.

—Ven conmigo, nena—dice con esa voz sensual.

Se sienta y luego me pongo a horcajadas sobre él. Me abro bien de piernas y me inserto su polla de nuevo en el lugar correcto. Entra con suavidad y noto cada centímetro deslizándose sobre las paredes de mi vagina. Echo la cabeza hacia atrás y gimo de placer absoluto. Empiezo a moverme sobre él, dándole lo que quiere.

—Cómo me gusta que me montes —sisea entre dientes.

—¿Te gusta, Neal? —ronroneo.

—Ni te lo imaginas, nena.

Me da un cachete en el culo para que me mueva más rápido y yo obedezco.

Pero algo cruza por mi mente y me saco de golpe. Él se queda descolocado.

—¿Qué ocurre?

—El condón. Ponte un condón ahora mismo —le exijo.

—¿No tomas nada?

—No, mi marido tiene hecha la vasectomía. Es algo que tengo que solucionar. Póntelo.

Rebusca en su cartera y se lo pone.

Lo beso con ardor y él me amasa los pechos. Volvemos a calentarnos tras el pequeño lapsus y me vuelvo a clavar en su estaca de

carne y músculo para seguir montándolo como una salvaje.

—Nena, vas a reventarme los huevos. Eres una puta diosa —gime.

Me abraza y aplasta su torso contra mi pecho. Nos besamos mientras nuestros sexos colisionan una y otra vez. Mi clitoris roza su pubis y está a punto de explotar en un orgasmo cuando noto que Neal me aprieta más fuerte y su polla se endurece y me llega a lo más profundo de mi ser. No hay mujer que aguante tanto placer. Me muevo con más avidez y me lo follo a mi antojo, porque yo llevo las riendas. Mi coño lo engulle y mi orgasmo no se hace de rogar.

—Neal... —grito su nombre mientras subo y bajo de su polla con una fricción deliciosa.

—¡Joder! Otra vez lo has hecho —gruñe mientras se vacía en mi interior entre espasmos y convulsiones de felicidad.

Los dos nos corremos a la vez y luego caemos abrazados y laxos sobre el sofá. Me besa con suavidad y yo sonrío por lo relajada que me deja. No hablamos para no meter la pata; por lo menos, yo. Pero tengo que irme, pues los niños me esperan fuera.

Le acaricio la cara y le beso en los labios y en sus preciosos ojos azules.

—Me tengo que ir —digo con dulzura.

—Lo sé.

Sonríe.

—Gracias por todo —le digo—. Sé que soy una borde a veces, pero intentaré portarme mejor contigo.

Su cara forma una sonrisa espectacular.

—Eso es un gran paso, ¿no?

—Digamos que me gustas más de lo que quisiera reconocer, pero no te lo creas mucho.

Me echo a reír.

—Eres preciosa, ¿lo sabes?

Me levanto y me recompongo como puedo. Busco mis bragas, pero Neal es más rápido y las recoge del suelo y las guarda en el bolsillo.

—¿Qué haces?

—Un recuerdo tuyo. Ahora estás muy bien, pero luego te pones gruñona y me das calabazas. Así tengo tu esencia conmigo.

Me mira con cara de pervertido.

—¿Neal?

—¿Lo ves? Ya estás regañándome. Yo quiero a la Agnes pasional que me folla y hace que me corra como un toro.

Sus palabras hacen que me ponga colorada y le doy la espalda.

Me abraza por detrás y me besa en el cuello. Me hace sentir bien y me gusta su compañía. Demasiado.

—Tengo que irme. Ya hablamos.

Le doy un pico en los labios y salgo de aquel despacho de la pasión sin bragas y más relajada.

Al final, termino la excursión de muy buen humor y regresamos todos contentos al colegio. Todos menos Sabrina, a la que no la vuelvo a ver. Mejor para ella y por el bien de su salud.

Salgo del trabajo y me voy a casa a ducharme después del revolcón con Neal en el Museo de Cera. Tengo que ir a visitar a Alice Cooper y no tengo la mejor de las presencias

.



¿Reconciliación?

Llego a casa y me quedo petrificada al aparcar el coche delante del porche. Me bajo muy despacio y no puedo creer lo que están viendo mis ojos. Alguien ha pintado en mi puerta en color rojo la palabra «zorra». Alargo la mano y toco la pintura. Todavía es reciente, porque me mancha la mano. La mala leche me sale hasta por los oídos.

—¿De qué cojones vas? —digo en voz alta, como si quien hubiera hecho esto pudiera oírme.

Entro en casa dando un portazo y voy a por un cubo con agua y lejía para limpiar el desastre.

Ya me estoy cansando de estas bromitas pesadas. Pienso en Grayson o en alguna de sus queridas. Pero si ya no estoy con él, ¿para qué diablos me incordian? No tiene ningún sentido.

Limpio la mancha con ahínco y menos mal que consigo quitarla; eso sí, después de frotar durante más de media hora. Si esto persiste, me pondré una alarma y a ver quién es el chulo o la chula que se atreve a acercarse a mi casa. Creo que eso voy a hacer. Ya me han tocado los ovarios. Si piensan que con estas gilipolleces consiguen asustarme, van listos.

Vuelvo a entrar casa y me doy una ducha rápida. Todavía tengo que ir a visitar a Alice, aunque se me han quitado las ganas. No entiendo por qué alguien quiere joderme la vida si no he hecho nada malo. No puedo evitarlo, pero mi mente solo va a mi marido. Es el único que tiene motivos, pero no lo veo capaz de algo así. Salgo de la ducha y el móvil suena incesantemente. Miro la pantalla y es un número oculto.

—¿Otra vez? —me digo a mí misma.

Descuelgo para ver quién es y entonces me cuelgan.

Empiezo a rayarme un poco con este asunto. Si siguen así, me cambiaré el número y asunto resuelto.

Me pongo un vestido largo de punto ajustado al cuerpo. Es negro, de manga corta y me hace un tipo increíble. Ahora me apetece arreglarme y escojo más la ropa que me pongo; sobre todo, la interior. El encaje pasa a ser mi prioridad. Me llevo una chaqueta a juego, ya que ahora hace un poco de frío y me maquillo sutilmente. Hasta pienso en dejarme el pelo largo de nuevo. Me calzo unos botines negros de tacón alto y me veo perfecta. «¿Para ver a Alice?», pienso mientras me miro al espejo. Mi mente está con Neal, evidentemente. Sin pensarlo me he vestido para él.

El teléfono suena de nuevo y me sobresalto.

—¿Quién eres? —grito al ver el número oculto.

—Ya lo sabrás, zorra —dice una voz distorsionada.

Luego cuelga.

Casi tiro el teléfono al suelo de la impresión. Me tiemblan las manos y todo el cuerpo.

Esto ya pasa de una broma de mal gusto. Hablaré con Grayson, por si tiene algo que ver. Cojo el bolso y cierro la puerta con llave. Miro a mi alrededor antes de subir a la furgoneta. Me estoy volviendo paranoica, pero esa llamada me ha puesto los pelos de punta. Subo a la furgoneta y pongo rumbo hacia el despacho de Alice Cooper.

Conduzco muy despacio y voy centrada en la carretera. No quiero que los nervios me traicionen y tener un accidente. No tardo mucho en llegar y aparco en el garaje privado que hay al lado de su edificio. Voy con la guardia en alto y miro hacia todos los lados, por si me siguen. Me relajo al ver que no hay nadie y que solo estoy sugestionada. Llego al despacho de Alice y toco al timbre. Me quedo muerta cuando me abre la puerta y me encuentro a mi marido allí.

Mi reacción no puede ser peor. Vengo atacada de los nervios y me echo contra él como una leona herida y asustada. Le pego con los puños en su duro y enorme pecho.

—¿De qué vas ahora, Grayson? ¿No te bastó engañarme y humillarme que también pretendes hacerme la vida imposible? —grito fuera de mí.

Se queda descolocado y Alice me mira atónita. Grayson me sujeta por las muñecas y me inmoviliza.

—¿De qué me hablas, Agnes? ¿Se te ha ido la cabeza?

Parece sincero, pero a estas alturas no me creo nada de lo que me diga.

—Las llamadas, las cartas amenazantes, las pintadas en la puerta.

Te pienso denunciar por acoso —escupo con toda la rabia del mundo.

Su cara se transforma en pura preocupación.

—¿Te están acosando y has sufrido amenazas? —dice—. ¿Por qué no me lo has dicho?

Me callo la boca, confundida. Lo observo detenidamente y me doy cuenta de que estoy equivocada con él.

—Porque pensé que eras tú —contesto.

—Joder, Agnes. Yo nunca te haría daño. ¡Por el amor de Dios! —se queja, ofendido de nuevo.

Alice se acerca con prudencia.

—No creo que Grayson te hiciera daño en la vida. Sigue enamorado de ti. Por eso está aquí —añade con sutileza.

Ahora me siento fatal por haberlo acusado injustamente, pero los nervios me han traicionado.

—Lo siento, pero no se me ocurre nadie que quiera amenazarme e insultarme, salvo tú.

—¡Para ya, Agnes! —dice enervado—. Estoy dolido por lo del divorcio, pero eres mi mujer.

—No por mucho tiempo, ¿verdad, Alice?

Ella tose, intentando escurrir el bulto, pero no voy a dejar que esto se paralice a pesar de mi terrible equivocación.

—Grayson quiere que lo aplacemos —me comunica ella tranquilamente.

Me pongo tiesa y en guardia de nuevo.

—A mí qué me importa lo que quiera Grayson. Se trata de lo que quiero yo.

—Agnes, ¿no vas a entrar en razón? —insiste el que todavía es mi marido.

—Aquí el único que entra en el coño de todas las mujeres que puede eres tú —digo—. Que te hayas follado a mi abogada no te da ninguna ventaja sobre ella.

—¡Agnes! —me chilla ofendido.

—No digo ninguna mentira, ¿no? Si Alice no se ve cualificada para hacerlo, contrataré a un abogado varón para que no puedas tirártelo. ¿O también te van los tíos ahora?

Alice interviene en este tira y afloja que la pill a ella de por medio.

—Yo llevaré tu divorcio —dice—. Puedo separar perfectamente lo personal de lo profesional. Solo que, si tu marido no está de acuerdo, será más largo y complicado. Lo mejor es que lleguéis a un acuerdo —nos aconseja.

—No tengo nada más que añadir.

—Yo tampoco. Me niego a darte el divorcio. Quiero que vuelvas conmigo.

Suelto una carcajada sarcástica y eso le molesta mucho.

—Ni los sueños, Grayson. Yo también he encontrado a alguien que me caliente la cama y he de reconocer que lo hace de maravilla.

Mi marido se pone colorado de la rabia. Alice se tapa la boca, evitando la sorpresa, y Grayson aprieta los puños de la impotencia que siente.

—¡No puedes! —grita.

—Vaya si he podido. Y lo que me queda... —susurro.

Viene hacia mí hecho una furia y Alice se pone en medio.

—Tranquilizaos los dos, por favor —dice en voz alta.

—Yo estoy muy tranquila. Es él quien tiene problemas de autocontrol. Por eso necesita tanto cariño y compañía.

—Eres mi mujer —me recuerda una y otra vez.

—Solo en un trozo de papel, Grayson. Asúmelo.

—No, tú no puedes ir con otros hombres.

Lo dice casi sollozando.

Aparto a Alice y clavo mi mirada en los ojos marrones de mi enorme marido.

—¿Y tú sí? ¿Piensas que a mí no me ha dolido igual? —le digo—. Pues ve tomando de tu propia medicina y firma el divorcio de una puta vez.

Grayson me coge la cara y me besa con fuerza delante de Alice. Apenas puedo respirar.

Parece que se olvide de que la abogada está allí, porque me va arrastrando hasta dar con mi cuerpo en la pared y me empieza a tocar indecentemente, lo que me provoca una sensación muy agradable que ojalá fuera todo lo contrario. Está empalmado y se restriega contra mi sexo, que activa todas sus terminaciones nerviosas y me excita sin poder evitarlo. Quiero separarme de él y no puedo. Es una roca de hombre de dos metros y me tiene inmovilizada. No puedo hablar, pues su lengua acapara toda mi boca.

—Mejor os dejo solos, chicos —oigo que dice Alice.

Luego escucho un portazo.

—Nooo —logro decir al librarme un segundo de Grayson.

—Sí, Agnes. Eres mía, solo mía —sisea, cachondo perdido.

Me levanta el vestido y yo intento bajarlo, pero Grayson no cede un centímetro de donde está.

—Déjame, Grayson —jadeo.

Pero su boca vuelve a sellar mis labios y su mano se cuela por debajo de mi tanga de encaje.

El cerebro se me fríe solo al sentir el tacto de sus dedos en el interior de mi vagina. No lucho más. Ya me ha activado y estoy fuera de control. El vestido se sube por encima de mi cintura. Él se baja los pantalones a la velocidad de la luz y se inserta en mí como una bayoneta.

—Mmm —me relamo y le muerdo en el cuello.

Me embiste con bravura y yo me sujeto a su cuello para no caerme a cada estocada certera que recibo.

—Mía, solo mía, amor —sisea en mi cuello.

Me aprieta las nalgas y estruja el canal de entrada para que la fricción de su polla se note con

más nitidez.

Grayson es un amante estupendo. Siempre lo ha sido y ahora me está demostrando que puede mejorar. Me empala contra la pared y ya es la segunda vez que lo hacen hoy. Mi coño da brincos de felicidad y su polla se entierra con suma facilidad, dándome el mayor de los placeres.

Vuelve a por mi boca y yo solo callo y recibo. Me embiste como si le fuera la vida en ello. Su torso es duro como una piedra y muy ancho. Empiezo a subir y a bajar sobre su pubis, rozándome sobre él. Mis caderas van solas, conocen su cuerpo a la perfección y el vestido me estorba.

—Arggg... —me deshago en gemidos cuando noto su polla dentro de mí.

—Mi amor, como tú ninguna. Eres especial.

Se hincha y empieza a moverse con avidez. El sudor cubre su frente y mi clítoris está a punto de caramelo.

—Dale, Grayson, dale —lo animo.

—Joder, Agnes, no puedo perderte —chilla y aumenta el ritmo.

Yo me muevo y roto mis caderas en busca de mi placer. Me abro y la humedad que hay entre mis piernas nos lubrica a los dos.

—Ya me has perdido. Ahora fóllame y córrete. Mmm —gimo y me apodero de su boca para que no hable más.

Me aplasta contra la pared y me empala viva sin compasión. Eso es lo que necesito: que me folle, no un marido.

Grayson acelera sus embestidas y me corro de una manera extraordinaria. Luego va él. Se vacía dentro de mí entre gruñidos y gemidos, mientras su polla da los últimos coletazos en mi interior. Me agarro a su cuello para no caerme. Tengo la espalda y el culo dolorido de sus empujones.

Lo que queda de su esencia se desliza por mis piernas. Es el único hombre que ha eyaculado en mi interior y lo sigue haciendo. Me baja y voy con las piernas temblorosas hacia el cuarto de baño de la traidora de Alice para lavarme. No puedo creerme que haya follado de nuevo con mi marido. Lo hago más ahora que cuando estaba casada. Me limpio, me coloco el vestido, me arreglo el pelo un poco y salgo. Grayson está con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué sonríes? —le pregunto.

—Ha sido una pasada. Creo que nunca lo habíamos hecho así —contesta complacido.

—Será la experiencia que estás cogiendo por ahí.

—¿Nos vamos?

Lo miro atónita.

—¿Nos?

—Sí, esto ha sido una reconciliación, ¿no?

—Grayson, esto casi ha sido una violación. Porque eres mi marido y te quiero todavía, pero no he cambiado de opinión. No voy a volver contigo. Tú a tu casa, yo a la mía y Dios en la de todos.

Lo dejo boquiabierto.

—Pensé que esto significaba algo para ti...

—Yo también lo pensé cuando lo hicimos el otro día en casa y luego te vi haciendo un trío al día siguiente.

Se queda callado ante lo evidente.

—Ahora es distinto. Te lo prometo.

—No, no lo es. Además, salgo con alguien. Debiste respetarme y no forzar la cosa.

Se pone de pie todo lo grande que es.

—Sales con el dueño del garito ese, ¿verdad?

—No es asunto tuyo. Tú anda con quien quieras y yo haré lo propio. Estamos así porque tú lo has querido. Yo no busqué esta situación. Te amaba ciegamente y quería envejecer a tu lado.

Bajo la cabeza con tristeza.

—¿Cómo puedo recuperarte, Agnes?

Ahora las lágrimas salen de mis ojos por el dolor que siento al ver al hombre al que todavía amo y que me ha roto el corazón.

—No puedes —respondo—. Firma el divorcio y déjame en paz.

Salgo del despacho de Alice hecha polvo, porque, quiera o no, Grayson todavía me duele y lo que acabo de hacer no mejora las cosas.

Cuando llego al garaje para coger mi furgoneta, me quedo pálida como la luna. Tengo las cuatro ruedas rajadas y la paranoia vuelve a apoderarse de mí. Intento regresar al despacho para que Grayson me lleve a casa y luego denunciar lo ocurrido, pero veo una sombra por el rabillo del ojo. Me entra el pánico y echo a correr. El vestido me corta el paso y caigo de bruces en el aparcamiento. Me quedo medio atontada y un tipo con pasamontañas se acerca de forma amenazante hacia mí. Empiezo a chillar como una posesa.

—¡Socorro, que alguien me ayude!

Oigo pasos por la escalera y el tipo siniestro se asusta, no sin antes hacerme un gesto con la mano debajo de su cuello, como si se lo cortase. Me está amenazando de muerte. Me quedo pegada al suelo y muerta de miedo. Grayson aparece entonces y me encuentra tirada. Lo veo y me abrazo a él. Estoy temblando como una hoja.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta.

—Alguien me sigue y quiere matarme. Mira el coche —balbuceo.

Se gira y ve las cuatro ruedas rajadas.

—¡Joder! ¿Estás segura?

—Lo he visto. Llevaba un pasamontañas en la cabeza y me ha amenazado. Si no llegas a aparecer...

Rompo a llorar y él me rodea con sus enormes brazos. Me ayuda a incorporarme y vamos hacia su todoterreno, que está allí aparcado también.

—Debemos ir a la policía, Agnes —me aconseja.

—No, no sé quién es y quizá no me crean —sollozo.

—Pues no te dejaré sola. Te llevo a casa y me quedo contigo.

—No, a casa no. Y no quiero que te quedes conmigo. Podrían hacerte daño.

Me acaricia la cara y enjuga mis lágrimas.

—¿Qué quieres que haga?

Suspiro y sé que le va a doler, pero si hay alguien que me puede proteger...

—Llévame al «The Lust». Me quedará con Neal.

Mi marido infla el pecho y las fosas nasales se le abren y cierran desmesuradamente.

—¿Quieres que te lleve con tu amante? —levanta la voz ofendido.

—Yo no empecé este juego, cariño. Pero esta vez no lo hago para hacerte daño, sino para protegerte, hasta que sepa lo que está pasando. En serio, Grayson.

Asiente con la cabeza, al fin.

—Está bien, te llevaré con él. Pero nunca olvides que te quiero, Agnes.

Le doy un beso en los labios.

—Yo también, Grayson. Por eso me duele tanto tener que romper nuestro matrimonio.

Veo que se le llenan los ojos de lágrimas.

Me sienta en el coche y él se pone a conducir sin decir ni una palabra. Me lleva a un sitio donde estar segura: a los brazos de mi amante.

Acosada



Llegamos al «The Lust» y Grayson está serio. No dice ni media y baja de su todoterreno. Yo hago el amago de abrir la puerta y él se gira como un rayo hacia mí.

—Quédate ahí y cierra las puertas —dice muy seco—. Yo iré a avisar a Butler para que venga a buscarte.

—Pero Grayson, no es necesario —protesto.

—Agnes, déjame hacer las cosas bien. No quiero que te vean entrar en este sitio.

Hago una mueca de sorpresa.

—Pero si ya he estado y tú no sales de ahí —contesto.

—Esto es diferente. No me lleves la contraria por esta vez, por favor.

Su voz es de súplica y cedo al fin a sus exigencias. Asiento con la cabeza y me encierro en su coche.

Grayson entra en el local y pienso en lo duro que tiene que ser para él esta situación. No disfruto en absoluto, pero, si alguien quiere hacerme daño, lo mejor es tener lejos a la gente que quiero. Que vengan a por mí, no a por ellos.

Espero nerviosa y un poco atemorizada dentro del todoterreno, viendo entrar y salir gente en el «The Lust». Todavía tengo el susto en el cuerpo y no creo que se me vaya tan pronto.

Al poco, veo salir a mi marido acompañado de Neal, que va vestido con un traje impecable. Es una imagen que solo existía en mi imaginación, aunque ahí no llevaban ropa, precisamente.

Neal viene con cara de precaución hacia mí y desbloqueo las puertas. Abre la de mi lado y me abraza, sin importarle que Grayson esté allí presente con la mirada perdida.

—¿Es cierto lo que me ha contado Grayson? —inquire.

—Luego lo hablamos. Ahora llévame contigo a un lugar seguro —le ruego.

—Eso está hecho, nena. Me alegro de que hayas recurrido a mí.

Me ayuda a bajar del coche y me agarra de la mano con firmeza.

Neal se dirige a Grayson y yo no pierdo detalle de nada. Le ofrece la mano y se la choca.

—Gracias por confiar en mí. Cuidaré de ella —le dice a mi marido.

—Más te vale, Butler. Si le ocurre algo, entonces seré yo quien venga a por ti en persona.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Se retan con la mirada.

Yo me suelto de Neal y voy hacia mi marido. Le pongo las manos en el pecho y lo miro a los ojos.

—Gracias por todo —le digo—. Cuídate mucho, por favor.

Le doy un beso suave en los labios, sin importarme que Neal me vea.

—Tú también, mi amor.

Neal vuelve a sujetarme de la mano y me lleva por la puerta trasera del «The Lust» hasta su guarida erótica privada.

Va callado y enfurruñado. Sé que le ha molestado que besara a Grayson, pero yo no tengo dueño ni soy de nadie. Tiene que asumirlo de una vez.

Cuando entramos en su guarida privada, me siento en el sofá agotada, pero Neal tiene ganas de hablar.

—¿Quién quiere hacerte daño, Agnes?

—No lo sé; si no, no estaría aquí.

Él hace una mueca de desagrado.

—Estabas con tu marido, ¿verdad?

Me incorporo un poco y lo miro alucinada.

—¿En serio vas a montarme un numerito? Casi me matan y lo que te preocupa es que haya besado a mi marido. Pues que sepas que hago muchas más cosas con él además de besarlo.

Aquello le cae como un jarro de agua fría.

—¿Todavía te acuestas con tu marido?

—Neal, déjalo. Quizá no haya sido buena idea venir aquí. Solo somos dos personas que apenas se conocen y han follado un par de veces. Mejor llamo un taxi y me voy.

Me levanto crispada y me dirijo a la puerta, pero él impide que me vaya. Me atrapa entre sus brazos y me dejo mecer por esa calidez.

—Lo siento. Quédate.

—Estoy cansada y no entiendo por qué me ocurren estas cosas. Yo no he hecho daño a nadie —sollozo.

Me acaricia la cabeza y me calma un poco.

—Te vendrás conmigo a mi casa hasta que se calme la cosa. Veré qué puedo averiguar de ese tipo que te persigue.

—No sé quién es. Me llama por número oculto, ha estado en mi casa, me ha dejado notas y esta tarde me han pintado la puerta con la palabra «zorra». Pensé que era una broma de mal gusto, pero en el aparcamiento... ese tío venía a por mí.

Rompo a llorar, cansada de tanto mal rollo en mi vida.

—Tranquila, lo solucionaremos juntos. Estoy aquí contigo y no permitiré que te ocurra nada.

—Si no llega a ser por Grayson... —sollozo.

Noto que su cuerpo se tensa.

—¿Qué hacía allí contigo? —pregunta con sutileza.

—Fuimos a hablar con mi abogada sobre el divorcio, pero él se niega.

Neal guarda silencio unos segundos.

—¿Sabías que formó un trío con ella y su marido?

Lo empujo y lo separo de mí.

—Sí lo sabía, pero tú no deberías contarme nada. Me parece de muy mal gusto que me quieras envenenar en su contra.

—Sigues enamorada de él —susurra.

—No sé lo que siento. Estoy confundida y aterrorizada. Solo quiero volver a la normalidad de mi vida y que esto se termine —grito enfurecida.

—¿Te refieres a lo nuestro?

Lo miro confusa.

—No... no lo sé.

Me siento y me llevo las manos a los ojos. Las lágrimas vuelven a manar sin control.

Neal se acerca con precaución, porque sabe que estoy inestable y no sabe por dónde le puedo saltar.

—Deberíamos irnos a mi casa a descansar —dice tranquilamente.

—Necesito ropa y mis pastillas para dormir. Tengo que ir a casa a por ellas. Mañana no puedo faltar al trabajo.

Neal estalla.

—¿Estás loca? ¿Cómo pretendes ir a trabajar habiendo un psicópata detrás de ti? ¡Así no puedo protegerte, Agnes!

Levanta las manos, impotente.

—Pues no voy a dejar que me condicionen la vida. No creo que se atrevan a atacarme en un lugar lleno de gente y rodeada de niños —grito.

Nos enfrascamos en una discusión acalorada.



—Está bien, pero seré

yo quien te lleve y te recoja todos los días —decide sin más.

Me callo la boca y otorgo.

—Vale —cedo de nuevo.

Me cruzo de brazos y salimos para ir a mi casa en busca de mis cosas.

Llegamos en el Stingray rojo y aparca delante de mi casa. Cuando bajamos del coche, una caja con un lazo rosa descansa delante de la puerta de mi casa. Miro a Neal y este levanta mosqueado una ceja.

—¿Esperabas alguna entrega hoy? —me pregunta.

—No. Cuando salí esta tarde, no estaba ahí.

Me froto las manos, nerviosa.

—¿Te importa si lo abro yo?

—No pensarás que es...

Me da miedo decirlo en voz alta.

—No lo sé, nena. Pero toda precaución es poca.

—Adelante.

Neal observa el paquete con detenimiento y chasquea la boca.

—No tiene remitente. Solo pone: «Para Agnes».

—¡Joder! —exclamo asustada.

—¿Tienes guantes dentro?

—Sí.

—Sácame un par de ellos.

—¿Para qué?

—Pues por si lo que contiene no me gusta, lo mandaré a analizar en busca de huellas o, en todo caso, iremos a la policía. Mejor no tocarlo con nuestras manos.

—¡Por Dios, Neal! ¿Hablas en serio?

—Yo siempre hablo en serio.

Abro la puerta y entro.

Enciendo las luces y miro hacia todos los lados. Voy a la cocina y saco un par de guantes desechables de vinilo. El corazón me va a mil. Esto parece que no se termina nunca. Se los entrego a Neal y miro horrorizada la caja.

—No sé si te vendrán pequeños —digo temblando.

—Servirán —dice convencido.

Manipula los guantes con destreza y abre la caja sin tocarla con su piel. Cuando vemos el contenido, casi me desmayo de la impresión. Tengo que apoyarme contra la pared para no irme al suelo.

—Menudo hijo de puta. ¿Estás bien? —pregunta Neal, mirándome preocupado.

Dentro hay una muñeca parecida a mí, con el cuello rajado y pintura roja alrededor, simulando sangre. Está vestida por la parte de arriba y lleva las braguitas bajadas por los tobillos. Hay una nota dentro. Neal la coge y la lee.

—¿Qué po-ne? —titubeo.

—Mejor que no lo sepas. Ya has tenido muchas emociones por hoy. Pero te prometo que me encargaré de esto personalmente.

Está pálido y se ha impresionado al leerla.

—¿Qué pone, Neal? —grito estresada.

—Está bien, cálmate. No es agradable, pero seguro que este tipo no está bien de la cabeza. La mayoría no llega a nada; solo juegan a atemorizar a sus víctimas y luego desaparecen.

—Neal, por favor, ¿qué dice la puta nota? —insisto, al borde del síncope.

Le da la vuelta para que pueda leerla.

Querida Agnes: esta vas a ser tú. Te follaré hasta cansarme y luego te mataré.



Cierro los ojos y parpadeo varias veces. Las piernas empiezan temblarme. Siento presión en la cabeza, la vista se me nubla y voy a desmayarme.

—Neal... —susurro.

—¡Agnes, Agnes! —oigo su grito angustioso.

Y luego nada.

Me despierto y oigo voces. Estoy en mi cama y me asusto. De pronto, lo recuerdo todo y salgo sigilosamente a ver qué ocurre. Veo a Neal con un tipo negro, alto y fuerte. Tiene la barba recortada y un pendiente de Bulgari en la oreja. Va de negro de arriba abajo y lleva el pelo muy cortito. Intento escuchar de qué hablan, hasta que Neal me ve por el rabillo del ojo y viene hacia mí.

—Agnes, ¿qué haces levantada? Tienes que descansar —me dice con dulzura.

Lo ignoro y fijo mi mirada en la mole negra que tengo delante.

—¿Quién es ese tipo? —pregunto muy seria.

Él se da por aludido y se me acerca.

—Señora Sullivan, soy Elroy Demarco. A partir de ahora, velaré por su seguridad y me encargaré de averiguar quién le está haciendo esto.

Dirijo mi mirada hacia Neal.

—¿Me has puesto un gorila?

—Y los que hagan falta. Casi te da algo cuando has visto ese paquete delante de tu casa. Si no llego a estar contigo, ¿qué hubiera pasado?

Me mira inquisitivamente.

—Tienes razón, pero es un hombre muy llamativo —me quejo.

Elroy tose, pero el muy capullo no sonríe.

—No se preocupe, señora. La discreción es mi punto fuerte. Ni se enterará de que estoy ahí.

—Eso espero...

Tengo mis dudas, pero me quedo más tranquila, la verdad.

—Elroy ha servido en el ejército y ha trabajado en seguridad nacional. Tiene muchos contactos en el FBI y puede ayudarnos a saber quién te está molestando. Ahora mismo, acaba de enviar la muñeca para que la analicen en busca de huellas.

Lo miro alucinada. Es como en las pelis de acción.

—¡Vaya! Estoy impresionada.

—Gracias, señora Sullivan.

—Lláname, Agnes, por favor.

Él asiente con la cabeza, pero no dice nada.

Neal me rodea con su brazo y me da un beso en los labios.

—Casi está amaneciendo —dice—. Prepara la ropa que necesites, date una ducha y nos vamos para mi casa. Te instalarás allí. Luego te llevo al trabajo, si quieres, aunque, yo de ti, me tomaría hoy el día libre. Apenas has dormido.

Le acaricio la cara con dulzura por todo lo que está haciendo por mí.

—Tú tampoco has pegado ojo. Lo siento —me disculpo, porque me sabe fatal.

—Lo que haga falta para que tú estés bien.

Me besa de nuevo, pero esta vez prolonga el estado de sus labios sobre los míos.

No me siento cómoda y me separo disimuladamente de él.

—Ya tendremos tiempo para esto. Ahora voy a preparar una maleta.

Me salgo por la tangente y me libero de su peligroso abrazo.

—Está bien, nena.

Sé que no le sienta bien, pero ahora mismo no tengo el cuerpo para nada, aparte de que tengo sentimientos encontrados con Grayson y no me parece bien acostarme con Neal en este momento.

Elroy se despide y dice que luego nos vemos para ponernos al día. El sol está saliendo ya, al mismo tiempo que el gorila lo hace por la puerta. Entonces, escucho un grito que me alarma.

—¿Quién eres tú y qué haces en mi casa?

Es Rosy, que acaba de llegar y está pegando voces.

Pongo los ojos en blanco y miro al techo, pidiendo ayuda al cielo para que me dé un respiro. Salgo corriendo y me encuentro a mi hija interrogando a Elroy y mirando asombrada a... Neal.

—¡Rosy! —exclamo al verla.

—¡Mamá! ¿Qué está pasando aquí?

Viene corriendo a mis brazos e ignora a los dos hombres que hay en casa. Elroy se marcha y Neal se queda mirando el reencuentro entre madre e hija.

—¿Qué haces aquí, pequeña?

—Me ha dejado, mamá. Me ha dejado y ha desaparecido para siempre.

Rompe a llorar y ya es el colmo de todos los males.

—¿Hablas de tu novio misterioso?

—Sí. Dice que se ha terminado todo entre nosotros y que ya no quiere verme más.

—Pequeña, lo siento mucho.

La abraza para consolarla y veo que Neal mira el reloj con impaciencia. Yo le hago un gesto con los ojos para que espere.

Mi hija parece recomponerse un poco y reacciona ante la presencia de Neal.

—¿Quiénes son esos dos? —pregunta, mirándolo fijamente.

—Rosy, han pasado muchas cosas esta noche y no es seguro que te quedes aquí. Voy a llamar a tu padre para que venga a buscarte.

—¿Por qué?

Tomo aire y me doy cuenta de que me cuesta respirar. Quizá deba tomarme el día libre, después de todo.

—Esta noche me han agredido y tu padre lo evitó. Este hombre que está ahí se llama Neal y tengo que irme con él. Solo él puede ayudarme a saber quién intenta hacerme daño.

Rosy lo mira con curiosidad.

—¿Por qué no te vas con papá? Él es fuerte y puede con cualquiera.

—Porque el que persigue a tu madre es un psicópata y puede intentar haceros daño a ti y a tu padre, con tal de acceder a tu madre —interviene Neal—. Es mejor que os alejéis de ella. Lo hace para protegeros.

—¿Y tú qué tienes que ver con ella? —le interroga Rosy.

—Soy un amigo de tus padres y tengo los medios para protegerla y buscar a ese impresentable.

—Hazme caso —digo—. Ve con tu padre o, mejor aún, regresa con los abuelos. Siento tu ruptura, pero todo se pasará con el tiempo, cariño. Si te ha dejado es que no era para ti. No ha sabido ver algo bueno cuando lo tenía delante. Si te quiere, volverá.

Rosy vuelve a abrazarme.

—¿Tú crees que volverá? —pregunta esperanzada.

—Si te quiere y es tu amor de verdad, sí —le doy ánimo.

Vuelve a mirar a Neal.

—No hace falta que llames a mi padre —dice Rosy—. Ahora pido un taxi y ya voy yo. Cuida de mi madre y ojito de que no le pase nada malo, que te tengo calado.

Yo sonrío y me pongo colorada.

—No te preocupes, Rosy. La cuidaré como se merece. Está en las mejores manos.

—¿Papá lo sabe?

—¿El qué?

—Que estás con ese —dice, haciendo un gesto con la cabeza.

—Lo sabe, cielo. Él mismo me llevó con Neal. No te preocupes, todo estará bien.

—No quiero que te ocurra nada. ¿Quién puede estar haciéndote esto?

—No lo sé, hija. Eso es lo que estamos intentando averiguar.

—Pasaré a saludar a papá y regresaré con los abuelos.

—No les digas nada, por favor —imploro.

—No te preocupes.

Nos abrazamos y Neal tose para llamar la atención.

—Lo siento, pero tenemos que irnos. Si quieres, yo te acerco a casa de tu padre. Me quedaré más tranquilo.

—Gracias —dice Rosy.

Recojo la maleta a toda prisa y cerramos la casa a cal y canto.

Salimos y, cuando mi hija se fija en el Stingray rojo de Neal, alucina, como todas las chicas de su edad.

—Menudo cochazo tienes —dice—. Nunca pensé que me montaría en uno así.

Sonríe feliz.

—Pues sube delante con Neal y disfrútalo, hija.

—¿En serio?

Parece que se le olviden todos los males.

—En serio.

Nos vamos en la nave espacial de Neal y, por un momento, escuchando la risa de Rosy, parece todo normal y que no ocurra nada malo a mi alrededor.



Glorioso

Después de dejar a Rosy con Grayson, nos dirigimos al apartamento de Neal. Está ubicado en las afueras de Sadtown, muy cerca de donde tiene su negocio y es muy moderno, minimalista, aunque acogedor. Es el típico apartamento de soltero: amplias cristalerías, persianas eléctricas, sofás de piel clara... Lo que predomina en el amplio salón nada más entrar es el acero. Solo tiene un dormitorio, lo cual no me sorprende. Eso sí, es enorme, con un amplio vestidor y un monumental cuarto de baño con ducha independiente y una bañera de hidromasaje gigante. Su cama de dos por dos es muy tentadora. Me muero por darme una ducha y dormir. El trabajo va a tener que esperar hoy.

—¿Qué te parece mi hogar? —presume Neal.

Sonrío casi sin fuerzas.

—Un pisito de soltero muy mono.

—¿Para qué quiero más? Nunca pensé que vendría a vivir una mujer a esta casa, la verdad. Toso, porque me atraganto con la saliva.

—Yo no vengo a vivir contigo —le corrijo—. Es algo temporal y por un motivo especial.

Me abraza y me besa en la cabeza.

—No discutamos, ¿vale? Lo importante es que estás aquí. ¿Te apetece ducharte?

—Sí. Y luego quiero dormir. Voy a llamar al trabajo. No me siento con fuerzas para ir. Estoy reventada.

—Ya te lo dije, pero es que eres muy cabezona cuando quieres.

Levanto la mano y la muevo hacia los lados.

—No me regañes, Neal. Estoy demasiado cansada hasta para discutir.

Alza las manos en son de paz.

—Está bien, tú ganas.

Busco el teléfono en el bolso y llamo a Jorge de La Vega.

Todavía es temprano, pero seguro que está despierto. Me contesta de inmediato.

—Buenos días, Agnes, ¿ocurre algo?

—Buenos días, Jorge. Perdona que te moleste tan temprano, pero me he levantado indisputada y no podré ir al trabajo hoy. ¿Puedes ocuparte de mi clase?

—Claro, no te preocupes. Tú recupérate y mañana nos vemos en el colegio.

—Mañana iré sin falta. Solo necesito un poco de reposo.

—Tranquila, Agnes —me dice—. Sabes que conmigo no tienes ningún problema.

—Muchas gracias y hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuelgo y voy directa a la ducha, no sin antes apagar el teléfono.

—¿Todo bien? —pregunta Neal.

—Todo bien.

Me desnudo y me meto debajo del agua tibia, que me relaja los músculos y el cuerpo dolorido por el golpe de anoche.

Neal se mete en la ducha conmigo y se pega a mí. Me pongo tiesa y me separo de él como un animal herido.

—¿Qué pasa, Agnes? —pregunta.

—Estoy agotada. Ahora no puedo, Neal.

—Tranquila. Solo quiero estar contigo, no voy a follarte.

Me relajo al oírle decir aquello.

No sé qué me ocurre, pero no quiero tener contacto sexual con él. Siento rechazo y solo quiero descansar. Me enjabona el cuerpo y me acaricia de manera inocente, dándome un masaje. Me gusta y lo dejo hacer. Luego nos aclaramos y salimos para secarnos. Neal me mira con deseo, pero se contiene y no me pone la mano encima.

Busco en la maleta y cojo una camiseta vieja y me la pongo por encima. Me meto en la cama y enseguida el sueño empieza a apoderarse de mí, hasta que siento que Neal se abraza a mi cuerpo y abro los ojos como platos. No puedo dormir si lo tengo cerca. Me levanto y busco las pastillas que me recetó el doctor Flores. Me tomo una para la ansiedad y otra para dormir. Él me observa con preocupación.

—¿Qué te ocurre, Agnes? ¿Ya no me deseas? —me pregunta con tristeza.

—No es eso, Neal. Pero hoy no soporto que nadie se me acerque ni me toque. Ni siquiera tú —le digo—. Creo que esto me ha trastornado un poco la cabeza.

—No me apartes de tu lado, por favor.

—Eso dijo mi marido y, al final, lo acabo perdiendo todo —suspiro conmovida.

Me rodea con su brazo y me tenso. Él se da cuenta y lo aparta.

—Yo no te perderé. Haré lo que sea para que estés a mi lado. Quiero que vuelvas, nena —me susurra al oído.

Luego se levanta de la cama y se va a dormir al sofá.



Cierro los ojos, pues las pastillas empiezan a surtir efecto. Siento que una lágrima se desliza por mi mejilla y en mi mente aparece Grayson haciéndome el amor contra la pared del despacho de Alice. Luego es Neal en el despacho del Museo de Cera. Aprieto los ojos con fuerza para que las imágenes desaparezcan y me veo en medio de los dos, amándolos y follando con ellos. Ahora sí que estoy tranquila, porque están en igualdad de condiciones y no siento remordimientos, mientras Grayson me aprieta los pechos y me beso con Neal.

—Mmm... —gimo antes de quedarme dormida en un placentero sueño erótico.

Cuando abro los ojos es de noche. El chute de pastillas y el cansancio hacen que duerma durante todo el día. Busco con la mirada a Neal, pero no lo encuentro. Me levanto y me llevo un susto de muerte al ver a Elroy en la cocina. Está tomándose un café.

—Buenas noches, señora Sullivan. ¿Ha descansado bien?

Lo miro sobresaltada y luego me recompongo.

—¿Y Neal?

—Está en el «The Lust». Me ha dicho que descansara, que seguro que llegaría tarde esta noche.

Y una mierda. Está rebotado conmigo y lo paga dejándome al margen.

—De eso nada. Ahora mismo me arreglo y me llevas con él —le ordeno.

—Esas no son mis órdenes. Debería hacer caso a lo que le dicen.

Me echo a reír.

—Tengo treinta y ocho años y siempre he hecho lo que me ha dado la gana —contesto—. No voy a ponerme a obedecer órdenes a estas alturas. En media hora estaré lista. Si quieres llevarme, bien; si no, pediré un taxi.

Oigo que suelta un gruñido.

—Yo la llevaré, pero tendré que avisar al señor Butler.

—Haga lo que tenga que hacer. Yo me voy a la ducha.

Lo dejo allí plantado y entro en el majestuoso baño a ducharme a conciencia para ir al «The Lust».

Neal no tiene derecho a dejarme al margen. O quizá sí, pues yo lo he hecho, pero mis circunstancias son diferentes. No pienso quedarme como una rehén en su lujoso piso de soltero.

Salgo de la ducha y escojo lencería fina de encaje negro. Luego un vestido del mismo color, corto, ajustado y con un escote de vértigo. Por último, unos tacones de infarto y un abrigo que lo oculta todo hasta llegar al local. Me rizo el pelo a lo leona y me maquillo con colores oscuros para parecer más agresiva. El resultado me gusta: sexi y muy llamativo. Paso de cero a cien en unas horas. De no querer nada a pedir guerra de la buena. Me echo perfume de Coco Mademoiselle de Chanel y ya estoy lista para matar.

Cojo mi bolso y me topo con Elroy Demarco, que me mira como si viera una piedra. Ese hombre no denota ninguna expresión ni sentimiento por nada.

—¿Ya está lista? —pregunta, serio como un estropajo.

—Lo estoy.

—Pues vamos, el señor Butler la espera.

—Genial.

Me toco el pelo un poco incómoda y sigo al negro alto y corpulento con su brillante pendiente de Bulgari.

No tardamos ni cinco minutos en llegar, pues el piso está muy cerca de su local. Me lleva por la parte trasera y marca el código de la puerta blindada. Se hace a un lado y me cede el camino para que entre. Lo miro confundida.

—¿Usted no viene? —inquiero.

—Tengo órdenes y trabajo que hacer. Que pase una buena noche.

Me cierra la puerta en las narices y camino hacia la estancia donde está la barra del bar. Veo a Neal con la cristalera visible, observando cómo los clientes del local se divierten.

Lleva un traje gris oscuro, una camisa verde pálido y una corbata que hace juego con el traje. Tiene la mano debajo del mentón y se lo ve pensativo. Está muy guapo, más de lo normal, y me acerco con sigilo hacia donde está para ver qué está mirando con tanta atención. Sin embargo, él

me detecta y se da la vuelta. Me quedo parada a medio camino. Sus ojos se iluminan al verme.

—Hola, nena, ¿te encuentras mejor?

Me acerco y le doy un beso en los labios.

Él se sorprende y enseguida me aprieta contra su cuerpo y se deshace de mi abrigo. Cuando me ve con el vestido corto y ceñido, su erección se hace latente.

—Mucho mejor —respondo sensualmente.

—Ya lo veo. Menuda sorpresa me has dado.

Vuelve a la carga y su beso se torna más apasionado. Su mano vuela por debajo de mi vestido y se cuela entre mi tanga de encaje. Gimo de placer y entonces es cuando veo a Grayson a través del ventanal y se me corta todo el rollo. Me separo de Neal y él se queda perplejo.

—¿Qué pasa, Agnes? No entiendo nada —dice de mal humor.

Me acerco al ventanal y veo a mi marido, que está tomando una copa.

Simplemente, está en el bar, pero no interactúa con nadie. Entonces, aparecen Alice y su marido y ella le susurra algo al oído. Él niega con la cabeza y la abogada se va del mal humor en busca de otra presa. Se me encoge el corazón.

—Lo estabas observando a él, ¿verdad? —pregunto alterada.

—Ha preguntado por ti, si estabas bien —me informa Neal—. Se ha sentado a tomar algo y no se mueve de ahí.

—Grayson... —suspiro.

—Lo quieres todavía y es eso lo que te bloquea para que te acuestes conmigo, ¿verdad?

Da en el clavo de lleno.

Asiento con la cabeza, cansada de ocultar la verdad.

—Sí —le confieso.

—Pues vamos a solucionar este problema ahora mismo.

Neal desaparece por una puerta oculta y veo que sale al bar, donde está mi marido.

Pego las manos al cristal como si pudieran verme, pero no es el caso. Los dos hablan tranquilamente y Neal pide una copa. Me muerdo las uñas e intento descifrar qué están dialogando, hasta que mi marido mira hacia arriba y me erizo al pensar que me está viendo. Luego asiente con la cabeza y los dos desaparecen del bar. Me pongo a temblar sin saber lo qué está pasando entre los dos y, de pronto, aparecen en la guarida erótica.

—Hola, Agnes, me alegra verte bien —dice Grayson.

Se acerca y me abraza.

Yo le devuelvo el abrazo y me emociono al tenerlo de nuevo allí conmigo. Gira la cara y empieza a besarme. Me descoloco un poco, pero me apetece tanto que le devuelvo el beso a mi enorme marido. Pero esa no es la sorpresa gorda. Neal se pega a mi espalda, me sube el vestido y me mete la mano en el coño. Quiero soltarme, pero Grayson no me deja.

—Todo está bien, cariño —susurra mi marido—. Disfruta y déjate llevar.

Mi cerebro sufre combustión espontánea, al igual que mis bragas. ¡Va a suceder!

Grayson tira de mi vestido y me quedo en ropa interior y tacones.

—Eres divina, nena —sisea Neal.

—Estás cañón, amor—gime Grayson.

Mi marido me arranca el sujetador y Neal volatiliza mi tanga de un tirón. Suelto un gemido de placer y me desmeleno.

Lucho por quitarle la camiseta a Grayson y ya siento el torso desnudo de Neal pegado a mi espalda. No sé en qué momento se ha desnudado, pero ahí está su piel, rozando con la mía.

—Dios... —gimo al notar ahora sus manos en mis pechos.

—Vamos a darte mucho placer, cariño —gime Grayson.

—Mucho —ratifica Neal.

—Oh, sí —grito yo.

Mi marido me coge en brazos y me lleva hacia las camas de color negro y luces de led. Me tumba y le dice a Neal:

—Empieza tú, mientras me desnudo.

—Un placer.

Los miro atónita, pero no me da tiempo a analizar nada, pues Neal hunde su cabeza entre mis piernas y empieza a comerme el coño como si fuera algo divino.

—¡Por Dios...! —gimo en voz alta.

Rodeo su cuello con mis piernas y veo que Grayson se deshace de su ropa. Ahí está la roca de mi marido en todo su esplendor y con una erección de caballo. Se sube a la cama y se pone de rodillas al lado de mi cara. Me mete la polla en la boca y creo que casi me corro en este momento.

—Toma, cariño, chúpala como solo tú sabes.

Me cuesta horrores concentrarme en agarrar la polla de Grayson y chuparla mientras Neal me come el coño. Es algo que imaginé mil veces, pero jamás pensé hacer realidad. Es algo indescriptible y el placer es inmenso.

Grayson mueve las caderas y me folla la boca y yo muevo las mías y me follo la de Neal. Es algo épico, para los anales de la historia, pero necesito sentirlos dentro. Me saco la polla de mi marido de la boca y tomo aire.

—Os quiero dentro —jadeo, consumida por la lujuria.

Neal levanta la cabeza y mira a mi marido. Ambos asienten con una mirada cargada de picardía.

—Agnes, eres una caja de sorpresas —dice Neal con una sonrisa.

—Y que lo digas —ratifica mi marido.

—¿Arriba o abajo? —le pregunta Neal a Grayson. Le concede el honor de elegir.

—Arriba, si no te importa.

Mi marido sonríe.

Yo los miro sin saber de lo que hablan. Solo quiero que me follen de una vez.

Neal se pone un condón y luego se tumba en la cama y deja las piernas colgando. Tira de mí y me sienta sobre él a horcajadas. Me clavo en su polla erecta y la felicidad se instaura de nuevo en todo mi ser.

—Sí, sí —chillo, emocionada.

—No chilles tanto cariño, que falto yo —me susurra al oído mi marido.

Me erizo toda y sigo cabalgando a Neal que me clava las manos en las caderas y la polla con fuerza. Grayson se pone un condón y me echa lubricante en el coño. Ahora parezco que voy perdida por una pista de patinaje artístico de lo resbaladiza que me siento. Pero eso dura poco.

Grayson me pone la mano en la espalda y me arquea hasta que mi pecho toca el de Neal. Este aprovecha para apoderarse de mi boca y besarme con fervor. Lo noto muy excitado, más que nunca.

—Allá voy, cariño —anuncia Grayson.

Noto la cabeza de su polla en la entrada de mi vagina y una presión deliciosa que jamás había experimentado.

—Dios... —chillo de placer.

—¿Te duele?

—No —gimo.

Introduce otro poco y la sensación de plenitud es asombrosa. Neal se ha quedado quieto para que él pueda entrar con facilidad. Permanezco inmóvil y, de pronto, la penetración es total.

Quiero llorar de la felicidad que siento. Dos pollas de dos hombres que adoro empiezan a moverse a un ritmo que me provocan vértigos del gozo que me proporcionan. Tres pares de piernas entrelazadas y tres sexos unidos por mis entrañas. Se mueven, se rozan, me penetran, me llenan...

—No puedo más... —grito, aturdida por tanto placer.

Grayson acelera el ritmo, ya que está encima y puede hacerlo.

Exploto en medio de esos dos maravillosos cuerpos y esas dos pollas que me llegan a lo más profundo de mi ser. Me aferro a la boca de Neal y me muevo, follándolo a él mientras Grayson me folla a mí. Neal me sigue y estalla en mi interior, haciendo que todavía mi coño se llene más. Siento una oleada de mareos maravillosos, hasta que Grayson hace la última reacción en cadena y acaba de llenar el pozo de la felicidad. Sufro otro orgasmo inesperado y estoy a punto de perder el conocimiento ante una sensación satisfactoria y desconocida para mí. No puedo ponerle nombre a esto. Es demasiado bueno para calificarlo.

Grayson es el primero en salir y empiezo a sentir cómo me vacío lentamente. Luego me ayuda y me retira de encima de Neal, que está exhausto. Los tres nos quedamos tendidos boca arriba en la cama, intentando recuperar el aliento y tratando de asimilar lo que acaba de ocurrir.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta mi marido.

—De maravilla —respondo.

Estoy agotada.

—¿Se te han quitado las dudas? —pregunta Neal.

—Del todo.

—Ha sido una pasada —habla de nuevo Grayson.

—Cierto —responde Neal.

—Glorioso —digo yo.



Traicionada

La semana pasa en un suspiro. Por las mañanas, Neal me lleva al trabajo en su Stingray, lo que provoca un sinfín de comentarios y, por las tardes, Elroy me recoge en un todoterreno con cristales tintados. Paso la noche en el «The Lust», disfrutando del trío que formamos Grayson, Neal y yo. Me follan hasta dejarme reventada y luego regreso al piso de soltero de Neal. Todo se vuelve un círculo vicioso. Por el día, la maestra santurrón; por la noche el putón desbocado que no se cansa de sexo de sus dos hombres. Pero lo poco aburre y lo mucho cansa. Necesito romper esta rutina. Me estoy agobiando, porque parece que ahora tenga dos maridos en vez de uno.

No es que no me lo pase bien con ellos. Disfruto cada caricia, embestida, lametón o pellizco, pero no deja de ser siempre en exclusividad para ellos dos. Quiero bajar a la sala y mezclarme con los desconocidos, experimentar con más gente y probar lo prohibido. Ellos me han enseñado una manera distinta de disfrutar el sexo y ahora quiero más. Grayson y Neal lo han probado con más personas, pero yo no salgo de mi ratio de dos hombres en veinte años y uno sigue siendo mi marido.

Del psicópata no hemos vuelto a saber nada. La cosa está tranquila y de la muñeca no pudieron extraer ninguna huella. Elroy investigó las llamadas del número desconocido y provenían de un teléfono desechable que ya no está operativo. El tío es muy inteligente y sabe cubrir bien sus huellas. Quizá se ha relajado y olvidado de mí o tal vez está esperando otra oportunidad para pillarme desprevenida. No lo sé. Neal no me deja sin protección ni un momento y Grayson tampoco, ahora que son colegas de cama.

Yo sigo con mi idea de divorciarme. No quiero darle más poder del que tiene sobre mí. De momento, he dejado el asunto, pero tengo que llamar a Alice de nuevo para que vaya moviendo los papeles, lo que molestará a Grayson, aunque tengo las ideas muy claras.

Hoy es sábado y no me apetece ir al «The Lust». Estoy agotada y, además, me ha bajado la regla. Un descanso no me vendrá mal. La noche es fría y eso que ya entramos en el mes de mayo. Me tumbo en la cama y me tapo con una manta a ver una película de esas románticas. Neal se está vistiendo para ir al local. Está muy guapo, como siempre. Se acerca y me da un beso en los labios.

—Te echaré de menos —me dice con cariño.

—Ya será menos.

Sonríe maliciosamente.

—Descansa, que te quiero buena muy pronto. Este cuerpo te necesita.

Me guiña un ojo y yo me tapo la cabeza con la sábana.

—Vete ya. Vais a matarme entre Grayson y tú.

Se echa a reír y me retira la sábana para besarme de nuevo.

—Es tu culpa, por estar tan buena y ser tan adictiva. Estoy tentado de no ir, meterme en la cama y follarte viva.

Pongo cara de susto.

—Tengo la regla, Neal, dame un respiro —me quejo.

—Eso no es ningún impedimento para mí.

Se relame y me mira con deseo.

—¡Vete ya, por Dios!

Se ajusta el nudo de la corbata, me tira un beso y se va hacia la puerta, no sin antes darle órdenes a Elroy de que no me quite los ojos de encima.

Está a punto de salir y suena su móvil. Contesta y le oigo decir:

—Estupendo, por mí bien. Nos vemos allí.

Y sale de casa, dejándome muy mosqueada.

Intento centrarme en la maldita película, pero no lo consigo. Solo pienso en la llamada que ha recibido. Toda clase de suposiciones ronda mi cabeza. Llamo a Grayson y me sale que el teléfono está apagado, lo que aumenta mis sospechas de que pueden estar juntos haciendo de las suyas.

En esas, suena el móvil y pienso que es él, que me devuelve la llamada, pero es Rosy, mi hija.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —respondo con la voz apagada.

—Muy bien, pero a ti se te nota muy cansada. ¿Qué te pasa?

—La regla, hija. Nada en especial.

—¡Uf!, pensé que habrían vuelto a molestarte.

Suspiro al recordar el susto de hace una semana.

—Tranquila, hija, creo que ese tipo ya se ha olvidado de mí. ¿Tú estás mejor de tu ruptura?

Guarda silencio unos segundos.

—Ha vuelto a llamarme, aunque no nos hemos visto. Creo que hay posibilidades de reconciliación —dice más animada.

No me hace mucha gracia su respuesta.

—¿Por qué no me dices quién es ese muchacho?

—No puedo, es complicado. Cuando te lo cuente, lo entenderás. Si no volvemos, ya no hará falta ni que te lo mencione —susurra con un hilo de voz.

Prefiero cambiar de tema.

—¿Los abuelos bien? He estado tan liada con este tema que ni los he llamado.

Me pongo colorada por el motivo real de mi ausencia de llamadas.

—Están bien, no te preocupes —dice—. Pero no llamaba por eso.

—¿Entonces?

—El lunes me marchó una semana de viaje de intercambio con la universidad a Madrid, España. Así podré practicar mi español, que lo tengo muy oxidado.

Abro la boca, sorprendida.

—¡Vaya! Podrías haber avisado con más tiempo, ¿no?

—¡Mamá! —se queja.

—No es un viaje corto y supongo que mandarán a una chica a casa de los abuelos. Es una gran responsabilidad para ellos.

Empiezo a irritarme, pero oigo que se ríe y me confunde.

—No te preocupes —contesta—. He aceptado a última hora, porque precisamente no me

obligan a llevar a nadie a casa. Hubo una confusión y una maestra que no tiene hijos aceptó a una alumna española y la otra familia se quedó sin americana que intercambiar. Por eso me ofrecí yo. Sabes que me hace mucha ilusión ir a España y así también me olvido un poco de lo que te ha pasado, el divorcio, mi novio...

Tiene razón: ojalá pudiese ir con ella.

—Está bien, Rosy. Pero mándame por *mail* todos los datos de esa familia y el teléfono. Quiero saber dónde te metes —le exijo.

—No te preocupes, mamá. Estaré bien. Además, vienen profesores de la universidad. No vamos a ciegas.

Vuelvo a suspirar, pues me siento un poco agobiada.

—¿Tu padre lo sabe ya? —inquiero.

—Lo he estado llamando, pero me sale el teléfono apagado. Ya lo llamo mañana, si eso.

Otra vez las malas ideas cruzan por mi cabeza.

—Vale, pues te enviaré algo de dinero a tu cuenta para que no tengas problemas de liquidez y te lo pases bien. Te quiero, mi vida.

—Gracias, mamá. Yo también te quiero.

—Si no hablamos antes, ten buen viaje y mucho cuidado con la fiesta y el alcohol.

—No te preocupes, que soy responsable. Ahora descansa, que se te nota en la voz que estás agotada.

—Vale, cielo. Hasta pronto.

Cuelgo el teléfono y me quedo un poco desolada. Últimamente, estoy acostumbrada a estar con gente a mi alrededor a todas horas y ahora solo tengo la fría compañía de Elroy Demarco, que es como no tener nada.

Intento centrarme de nuevo en la película, pero soy incapaz. Otra vez, el teléfono suena y me altero un poco.

—¿Qué pasa hoy con el móvil? —gruño de mal humor.

Miro la pantalla y veo que es Alice Cooper, mi abogada. Dudo en cogerlo, pero, al final, descuelgo.

—Hola, Alice.

—Agnes, ¿me oyes?

Escucho ruido de coches pasar. Está en la calle.

—Sí, te escucho.

—No sé si hago bien en contarte esto, pero Grayson me contó que había vuelto contigo. Por eso no quería liarse con nosotros.

—Eso no es cierto —contesto—. De hecho, quería llamarte para que muevas lo del divorcio, que no lo abandones.

Ella se calla. Parece confundida.

—Entonces... no sé... si decirte... —balbucea.

—¿Dónde estás, Alice? —le pregunto para salir de dudas.

—En la puerta del «The Lust». He salido. Dentro no se permiten los móviles, como bien sabes.

El corazón me da un vuelco.

—¿Está mi marido ahí?

Me incorporo en la cama de golpe.

—¡Joder! No debí llamarte.

—¡Contesta, Alice!

—Pensé que estabais juntos y no quería que jugase más contigo. Está montándoselo con el jefe del local y una morena. Son el espectáculo de esta noche.

Me suelta la bomba y yo dejo de escucharla, pues el teléfono cae en la cama con mi mano inerte.

—¡Agnes, Agnes!

Pero yo ya estoy en el vestidor, poniéndome algo encima para salir corriendo al «The Lust» y verlo con mis propios ojos.

Me follan en privado y quieren mi cuerpo en exclusividad, pero, tan pronto no puedo saciarlos, van en busca de otra presa y tardan menos de un día en sustituirme. Y a mí no me dejan probar con otros hombres. No es una cuestión de fidelidad, es una cuestión de posesión y por ahí no voy a pasar.

Salgo disparada y cojo las llaves del piso y las de mi furgoneta, que ya está arreglada. Elroy no se espera que me levante de la cama y, cuando me ve salir, soy más hábil que él y cierro con llave para que no me siga. Rompo la llave en la cerradura para que no pueda salir con su juego, aunque no tardará en desmontar la puerta o algo por el estilo. Sus gritos de ira no hacen que retroceda. Bajo en el ascensor al garaje y subo en mi preciada furgoneta.

Llego al local de la lujuria en cinco minutos y entro por la puerta trasera, ya que me sé el código de seguridad. Le doy al mando para que el ventanal se haga transparente y allí los veo a los dos, montándoselo con la última persona que mi mente imaginaría: Sabrina Mendoza.

Neal está tumbado y ella sentada sobre él. Mi marido la penetra analmente y ella se deshace en gemidos mientras la gente se masturba a su alrededor y follan muy cerca de ellos. Sabrina es impresionante, con su larga melena morena, los pechos turgentes y un cuerpo de infarto. Tiene veintiocho años y yo le saco diez. Las lágrimas caen sobre mi rostro, no por celos, sino de humillación. Si fuera otra, no me importaría, pero ella... Siempre tiene que ser ella la que me joda la felicidad. Primero Grayson y ahora Neal también la posee.

Ya no quiero que ninguno me toque después de ver cómo se la follan entre los dos y disfrutan de ese cuerpo que tanto daño me ha hecho. A ellos les da placer y a mí no hace más que joderme la vida. Va apoderándose de todo aquello que yo quiero y lo corrompe. No puedo dejar de mirar. Cuanto más los miro, más asco les cojo y más fría me vuelvo. Necesito alimentar ese odio para no volver a saber de ellos. Con la de mujeres que hay en Sadtown y en el puñetero mundo y se follan a la única que saben que me puede hacer daño.

—¡Señora Sullivan!

La voz de Elroy hace que me gire hacia él.

—No voy a volver a casa del señor Butler —digo con la voz quebrada.

Se asoma y ve la escena de cómo culminan su gran actuación, corriéndose los dos en la boca de la zorra esa sin condón. La llenan de semen y ella se lo traga y les lame la polla hasta dejarlos limpios como bebés. La gente aplaude y ella se masturba hasta correrse delante de tan complaciente público.

—No mire eso, Agnes.

Elroy me pone la mano en el hombro y es la primera vez que me llama por mi nombre.

—Tengo que verlo —le digo—. Para alimentar mi odio.

—Vamos, la llevo a casa —insiste.

Me giro para mirarlo con lágrimas en los ojos.

—He venido en mi furgoneta y me voy a mi casa —afirmo muy seria.

—Pues la acompaño, pero no la dejaré sola.

Él también está decidido a cumplir con su trabajo.



Afirmo con la cabeza y dejo que me guíe hasta la salida. Echo una última ojeada y el desmadre está servido. Ellos dos beben y Sabrina ya está follando con Alice y su marido. No pierde el tiempo en acaparar todo aquello que tiene relación conmigo. Tengo el corazón encogido y el estómago revuelto. Pero esta me la pagarán, tan cierto como me llamo Agnes Sullivan.

El domingo por la mañana me despiertan los golpes en la puerta de mi casa. Elroy está detrás, atento, y Neal es el que llama con desesperación. Miro al negro de gran altura y niego con la cabeza.

—No abra —le susurro.

—Agnes, abre la puerta o la tiro abajo —grita Neal con desesperación—. Sé que estás ahí dentro. ¿Qué coño te pasa ahora?

Elroy me mira sin expresión ninguna.

—Es mejor que lo deje pasar y hable con él —me aconseja—. De lo contrario, despertará a todo el vecindario.

—¡Mierda! —exclamo en voz baja.

Asiento con la cabeza y le hago una señal con la mano para que lo deje pasar.

Cuando Neal ve a Elroy, se queda parado un momento y luego viene disparado hacia mí. Le pongo la mano delante para que no se me acerque y lo miro con repugnancia.

—¡Agnes! —exclama sorprendido.

—Ni se te ocurra tocarme —le advierto.

—¿Qué te pasa, nena?

Sonrío irónicamente.

—Que ya no soy tu nena ni la de Grayson. Se acabó.

Él se lleva el pelo hacia atrás con las dos manos.

—No entiendo nada. ¿A qué viene ese cambio?

—¡Vete, Neal! ¡Y no vuelvas más! —insisto.

Me agarra por los hombros y me sacude levemente.

—¿Qué cojones te pasa? —me chilla.

Elroy interviene y lo separa de mí. Lo miro con agradecimiento por primera vez en todos estos días.

—Será mejor que se vaya, señor Butler —le pide mi gorila.

Neal está desorientado del todo y se echa a reír con nerviosismo.

—¿Me podéis explicar en qué parte de la película me he perdido? A ti te he contratado yo y ¿ahora me echas fuera? Esto es surrealista.

Sonríe sardónicamente.

—Señor Butler, ella lo vio ayer en el «The Lust» con el señor Sullivan desde su sala privada —le dice al fin Elroy.

Neal se queda mudo unos segundos.

—¡Joder, joder, joder! —maldice, pisando el suelo con fuerza.

—Sí, eso hiciste ayer delante de todo el mundo y con la arpía que me destrozó la vida... dos veces ya —matizo.

Abre los ojos como platos.

—Agnes, yo no quería hacerte daño. Solo fue sexo —intenta disculparse.

—Lo sé, pero si hubiera sido con cualquier otra persona, no me hubiera importado, pero con ella...

Aprieto los dientes con rabia solo de recordarlo.

—Grayson me llamó —dice—. Ella nos camelo, bebimos, una cosa llevó a la otra...

—Idos al infierno tú, ella y Grayson. Viste cómo me trató en el Museo de Cera y tú mismo te reíste y dijiste que era una putada tener a la amante de mi marido como compañera de clase. ¿Cómo coño me presento yo mañana en el colegio? —grito humillada.

—Lo siento. No lo pensé...

—¿No lo pensante? Pues ahora tendrás todo el tiempo del mundo para pensarlo bien. Ya tenéis sustituta de trío, porque a mí no me volvéis a poner una mano encima. Y yo me follaré a quien me dé la gana con total libertad. Tal vez un día sea yo la que haga un espectáculo en el «The Lust» y te llesves la misma sorpresa.

Abre los ojos desmesuradamente.

—No te atreverás...

—No eres mi dueño. Haré lo que me venga en gana —siseo.

—No puedo perderte —susurra.

—Ya lo has hecho y Grayson también. ¡Fuera de mi casa! —grito.

—Agnes, dame otra oportunidad —suplica.

—¡Jamás!

Miro al negro y le ordeno:

—Elroy, échelo de mi casa, por favor.

Neal lo desafía con la mirada.

—Señor Butler, no me obligue a hacerlo, por favor —le ruega con educación.

—Yo te contraté. ¡Maldita sea!

—Y es lo que estoy haciendo: protegerla.

Neal se pone rojo como el vino y sale de casa hecho una furia.

—Te recuperaré, Agnes.

—Lo dudo. Y dale el mismo mensaje a mi marido, por favor —le grito desde la puerta.

Arranca el Stingray y se va, acelerando a toda pastilla.

Voy a la nevera a por un vaso de agua. Me tiemblan las manos del nerviosismo que tengo encima.

—¿Se encuentra bien, Agnes? —me pregunta Elroy.

—No, pero lo estaré —respondo.

—No se preocupe. Yo la protegeré de todo.

Lo miro con cariño.

—No voy a volver con él y yo no puedo pagar tus servicios —me sincero.

—Mis servicios siempre se pagan por adelantado. Por eso puede estar tranquila.

—Gracias por defenderme.

—Es mi trabajo, Agnes.

Ahora mismo, yo pienso en el mío. A ver cómo me presento mañana y miro a la zorra esa a la

cara cuando me ha destrozado la vida.

—¿Puedo pedirte un favor, Elroy?

—Si está en mi mano...

—¿Puedes traerme mis cosas del piso del señor Butler? Necesito mis pastillas, sobre todo.

Mete las manos en el bolsillo de la chaqueta y saca los dos frascos de los medicamentos.

—¿Se refiere a estas?

Lo miro atónita.

—Eres asombroso. Gracias.

—No hay de qué. ¿Necesita algo más?

—De momento no. Te preparé la habitación de invitados para que estés más cómodo. No quiero que duermas en el sofá.

—No es necesario, Agnes.

—Para mí, lo es.

—Gracias.

En este instante, él es la única persona que se preocupa por mí y no me ha traicionado. Lo menos que puedo hacer por él es que su estancia conmigo sea lo más cómoda posible.



Golpe inesperado

Ya estoy lista para ir a trabajar y tengo un nudo en el estómago. Pensar que voy a verle la cara a Sabrina Mendoza me da náuseas, pero no me queda otra. He discutido también de buena mañana con Elroy, porque quiero ir con mi furgoneta. Se acabó andar siempre con guardaespaldas; dentro de lo posible, pretendo volver a la normalidad. Al fin, entra en razón y me seguirá discretamente, pero ya no quiero llamar más la atención. Mi vida es mía y me pertenece solo a mí.

Llego al colegio y evito encontrarme con Sabrina. Voy a toda velocidad para clase con mis niños y empiezo el día como otro cualquiera, pero eso últimamente es imposible. Cuando salimos al recreo, el que aparece es Grayson y me llevo las manos al pecho de la impresión y la vergüenza que siento de verlo nuevamente allí. Me doy la vuelta y hago como que no le veo. Sabrina, en cambio, va a saludarlo con una felicidad desbordante. Me oculto detrás de una columna y los escucho hablar.

—Buenos días, hombretón, ¿vienes a verme? —le dice sin cortarse un pelo—. Ya sabía yo que me echarías de menos después de lo del sábado.

—Hola, Sabrina. Tengo que hablar con mi mujer. ¿La has visto? —pregunta él, nervioso.

—¿Tu mujer? Pero ¿no te habías divorciado? —inquire enojada.

Él tose, un poco irritado.

—Eso no va a pasar, cielo. Agnes siempre será mi mujer —afirma, sin dudar un instante.

—Pues eso no lo pensaste mucho el otro día... —replica.

—Lo del otro día fue algo físico y no volverá a repetirse. Ha sido un error que no volveré a cometer.

—Pues ya va varias veces que cometes el mismo error —responde ella coqueteando.

No soporto escucharlos y voy hacia dentro de la escuela. Grayson me ve y me llama:

—¡Agnes, espera! —grita delante de todos.

Ignoro su llamada y sigo caminando hacia el interior del colegio. Viene tras de mí y me sujeta del brazo para que me detenga. Sin poder evitarlo, le doy una bofetada para que me suelte.

—No me toques —rechino los dientes.

Él se lleva la mano a la cara, confuso.

—¿Agnes?

—¿Qué haces aquí? ¿Vuelves para humillarme de nuevo? —siseo enojada.

—¡No! Solo quiero hablar contigo. Te echo de menos.

—¡Vete a la mierda, Grayson! No quiero volver a verte, ni a ti ni a Neal. Ya se lo dejé muy claro ayer. ¿No te lo ha contado?

Niega con la cabeza.

—No he hablado con él. ¿Qué te pasa?

Me echo a reír a causa de los nervios y la humillación.

—Pasa que os vi el sábado con la lagarta esa que tienes ahí fuera desesperada. Se terminó lo que había entre nosotros. No volveré a estar con vosotros de ninguna de las maneras. Lo habéis estropeado —escupo con rabia.

Se queda callado y pensativo.

—¿Nos viste? —dice con un hilo de voz.

—Sí, el espectáculo entero. Estaba en la sala privada de Neal. Fue algo apoteósico. Ya no me necesitáis. Tenéis una sustituta más liberal, joven y disponible para complaceros en todo. Olvídate de mí.

—Agnes, como tú ninguna... No nos dejes, por favor.

Lo miro con odio.

—Ya está hecho. No volverás a tocarme. Y Neal tampoco. Ahora la que va por libre soy yo —le espeto.

—No puedes hacer eso.

—Ya verás si puedo o no. Tiempo al tiempo —le amenazo.

Grayson va a abrir la boca, pero el móvil suena en mi bolso y veo que es mi madre.

—Lo siento, tengo que atender esta llamada.

—Esperaré. Esta conversación no ha terminado.

—¿No tienes un negocio que atender? —le espeto.

Descuelgo para contestar a mi madre y le doy la espalda.

—Dime, mamá.

—Agnes, hija. Ha sucedido una desgracia —dice casi sin aliento.

Se me eriza el vello del cuerpo.

—¿Qué ocurre? No me asustes.

—Tu padre...

—¿Qué pasa con papá?

—Estoy en el hospital. Se ha caído por las escaleras de la universidad. Están con él en el quirófano. Te necesito, hija —solloza.

—Salgo volando para allá —contesto—. No te preocupes, mamá.

Cuelgo y estoy nerviosa y aterrada. No puedo pensar en que les ocurra nada malo a mis padres.

—¿Qué pasa, Agnes? —pregunta Grayson.

—Tengo que irme a San Diego. Mi padre está grave en el hospital —sollozo.

—Te acompaño —se ofrece.

—¡NO! —grito.

—¡Agnes! —exclama sorprendido.

—No te quiero en mi vida, ¿lo entiendes? Ya no eres nada mío ni de mi familia. Tu hija está en España y yo me voy a ver a mis padres. Lo mejor que puedes hacer es firmar el divorcio y olvidarte de mí. Dejadme respirar de una vez.

Le doy un empujón y salgo corriendo de su lado. Me agobia su presencia.

Paso un segundo por el despacho de Jorge de La Vega y le informo del accidente de mi padre. Tengo que irme ahora mismo y dejo la clase colgada... de nuevo. Jorge, como siempre, es comprensivo y me da la libertad de irme sin problemas. Así que salgo corriendo y, cuando llego a la furgoneta, Elroy aparece de la nada y me cierra la puerta para impedir que suba.

—¿Dónde va tan apurada, Agnes?

Aprieto los puños de la rabia.

—Ahora no, Elroy. Mi padre está en el hospital y debo ir a San Diego. Mi madre me necesita. Y rompo a llorar.

Es la primera vez que me abraza.

—Lo siento mucho, pero su madre la necesita viva y entera. En ese estado de ánimo no llegaré ni a la esquina. Yo la llevaré. Pasaremos por casa a por su medicación y a recoger ropa. Luego nos iremos. Estará allí más rápido que si conduce usted en esta chatarra. Sollozo sobre su enorme pecho y asiento. No tengo ganas de discutir y sé que tiene razón.

—Está bien... Haré lo que diga.



—Bien, deje aquí la furgoneta, ya me encargaré de que alguien la lleve a casa.

Obedezco y me voy con él, angustiada por llegar cuanto antes al hospital y ver a mis padres.

Durante el trayecto a San Diego, después de recoger lo que necesito de casa, vamos en silencio. Mi padre está en el hospital Select Specialty y Regency, en el 555 de Washington Street. Desde que me llama a mi madre hasta llegar allí, solo pasa una hora. Elroy cumple su palabra y no perdemos tiempo. Pregunto en la recepción y me indican que mi padre sigue en el quirófano y la sala de espera donde está mi madre. Voy corriendo en su busca y me quedo sorprendida al encontrarme a Dylan Reed, consolando a mi madre con todo el cariño del mundo. Él me ve y sonrío con tristeza. Yo reacciono y voy a abrazar a mi madre.

—¡Mamá!

—¡Hija!

Rompe a llorar a mares y yo la sigo.

—Si se muere, me voy detrás de él —solloza.

—No se va a morir —susurro.

—Tranquilas, todo saldrá bien —nos anima Dylan.

Entonces me reincorporo un poco y le presto atención.

—¿Qué haces tú aquí?

Quizá suene un poco maleducada, pero su presencia no me cuadra.

—Yo encontré a tu padre y vi todo lo que sucedió —me informa.

—Si no fuera por él, tu padre no estaría vivo —dice mi madre.

—No entiendo —musito.

Dylan me agarra de las manos y me acaricia para tranquilizarme.

—Todo ocurrió por un altercado en la universidad —me explica.

Niego con la cabeza, confundida.

—Pero ¿no se cayó por las escaleras? —inquiero.

Él asiente y luego sigue relatándome:

—Cuando salimos, durante el cambio de clases, dos muchachas empezaron a insultarse y a pelearse muy agresivamente. Tu padre intentó separarlas y una de ellas hasta se le colgó a la espalda y le tiró del pelo de lo enfurecida que estaba.

—No me lo puedo creer —suspiro.

—Yo cruzaba por allí y le quité a la loca esa de encima y unos muchachos separaron a la otra, que chillaba como si estuviera poseída. Creo que se peleaban por un chico. Tu padre se sentía un poco aturdido y le pregunté si estaba bien. Él me dijo que sí, que solo era el sofocón de esas dos alumnas.

—¿Entonces? —le apremio para que termine.

—Pues no me fiaba y lo seguí hasta que cogiera el coche —dice Dylan Reed—, pero tu padre, ya sabes cómo es, me echó y me dijo que lo dejara, que no era ningún abuelo y que se encontraba bien. Al bajar las escaleras hacia el aparcamiento, se desplomó y rodó varios metros, golpeándose la cabeza. Intenté evitarlo, pero no me dio tiempo. Lo único que pude hacer es avisar a la ambulancia al momento y se presentaron muy rápido.

—¡Santo Dios! —exclamo horrorizada.

—Lo siento, Agnes. Intenté seguirlo todo el rato, pero ya sabes cómo es tu padre.

Le aprieto las manos, agradecida por todo. Sé que hizo lo que pudo.

—¿Han dicho algo los médicos de por qué se desplomó? —pregunto.

—Sí —contesta mi madre—. Dijeron que había sufrido una hipoglucemia. Gracias a que Dylan llamó muy rápido; si no, le hubiera provocado una arritmia y la muerte súbita. Pero el golpe ha sido muy fuerte y no sabemos si lo podrán salvar.

Vuelvo a abrazar a mi madre, que solloza, y le doy las gracias a Dylan por estar ahí, aunque no haya podido evitar la caída. Parece que mi padre tenía el día predestinado para hoy.

—Papá no es diabético, ¿verdad?

—No, cariño. Pero como siempre anda con esas dietas para estar en forma, a saber...

—¡Joder! Espero que se ponga bien para poder echarle la bronca.

Intento bromear para que mi madre se anime.

De pronto, me doy cuenta de que Elroy no está. Ese hombre parece una sombra. Tiene razón cuando dice que pasa inadvertido.

El médico viene a la sala de espera y nos ponemos los tres en pie. El corazón se me va a salir disparado del pecho.

—¿Señora García? —pregunta por mi madre.

—Doctor, soy su hija y ella es la esposa de Santiago García —digo yo, pues mi madre está compungida.

—Su padre ha sufrido varios golpes severos en la cabeza. Se le han formado algunos coágulos que hemos podido extraer, pero uno de los traumatismos está localizado en un sitio muy complicado.

—¿Qué quiere decir? —pregunta mi madre.

—Todo ha salido bien y está estable, pero no recupera el conocimiento y lo hemos inducido en coma hasta ver si ese traumatismo se cura solo y responde a la medicación y a los estímulos que le estamos dando.

El alma se me cae a los pies.

—¿Cuánto tiempo va a estar así?

Se encoge de hombros.

—Pueden ser días o semanas, es impredecible. La buena noticia es que está estable y que parece responder bien a la medicación.

Mi madre vuelve a llorar de desesperación.

—¿Le quedarán secuelas? —pregunto—. Es profesor en la universidad.

—Ahora mismo no puedo adelantar un diagnóstico de esa clase. Vamos a ser positivos y esperar que recupere la consciencia lo antes posible. Ya les avisaremos de cuándo pueden visitarlo.

Nos da ánimos y se va tan fresco.

Me froto la frente, frustrada por la impotencia de no poder hacer nada.

—Mamá, vete a casa —le digo—. Aquí no haces nada y él no se entera de si estamos o no. ¿Puedes llevarla, Dylan?

—¡Claro!

—No, yo no voy a dejar a tu padre aquí solo —levanta la voz.

—Me quedo yo. Tú ve a descansar y luego ya volverás. Te iré llamando e informando de todo.

—Agnes, dime que no le va a pasar nada.

—Se va a poner bien. Es un tío fuerte.

Sonrío por fuera y lloro por dentro.

—Vamos, señora García, yo la llevo a casa —le dice con cariño Dylan.

—Gracias por todo. Luego nos vemos y hablamos.

Le doy un beso en la cara, muy agradecida por todo lo que ha hecho. Si no llega a ser por él, mi padre estaría muerto.

—No tienes que darme las gracias —responde Dylan—. Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Ya te digo yo que no.

Le doy un beso a mi madre y los dos desaparecen por el largo pasillo del hospital.



Me quedo sentada en las sillas de madera forradas en tela a rombos y hojeo una revista con la mirada perdida. De pronto, me echo a llorar sin que nadie me vea por la caótica vida y todo lo malo que me está sucediendo. Una mano me toca el hombro y me sobresalto. Es Elroy, que de nuevo aparece como salido de la nada. Tiene dos cafés, que deja en la mesita de la esquina. Me levanto, me abrazo a él como si fuera un salvavidas y lloro hasta que no me quedan lágrimas en los ojos.

Llevo tres días en el hospital y solo he podido ver a mi padre en contadas ocasiones. Lo mantienen en cuidados intensivos y las visitas son limitadas. Es miércoles y me duelen todos los huesos del cuerpo. Elroy permanece estoicamente allí conmigo y es quien se preocupa de alimentarme. Dylan también viene a visitarme todos los días y a hacerme compañía. Es un amor

de hombre. Cuando él aparece, Elroy se desintegra y nunca coinciden. Al igual que cuando viene mi madre. Parece que sepa el momento exacto de la presencia de algún familiar o amigo.

Mi padre sigue estable, pero sin ningún cambio. Mi madre llora a todas horas, aunque yo estoy segura de que se va a recuperar.

Dylan aparece como todos los días. Está muy guapo, vestido con sus vaqueros rotos y un jersey negro. No está haciendo calor, sino más bien frío, aunque yo no me entero allí dentro.

—Deberías ir a casa a darte una ducha y a dormir —me aconseja.

—¿Y si se despierta? —inquiero.

—Pues os llamarán. De aquí no se va a escapar.

—Ya, pero es que no quiero dejarlo solo.

—Si no descansas, a la que van a ingresar, es a ti.

—Lo sé. Tengo la espalda crujida y me duelen hasta las pestañas.

—Te llevo a casa —dice Dylan—. Duermes y, si quieres, mañana te traigo de nuevo.

Pienso en Elroy. No creo que le haga mucha gracia que me lleve alguien que no sea él.

—Me lo pensaré.

Sonrío.

—Bueno, haz lo que veas, no voy a insistirte.

Lo miro con curiosidad.

—¿Por qué eres tan amable?

Suelta una carcajada.

—Soy así por naturaleza. ¿A qué tipo de hombres estás acostumbrada?

Bajo la cabeza, avergonzada.

—Mejor me callo —susurro—. No es buena la experiencia.

—Pues yo todavía pienso en las calabazas que me diste hace veinte años. No lo entiendo, porque era igual de amable.

Se ríe de nuevo.

—Ni yo, porque la verdad es que eres un encanto. Estaría ciega.

—¿Eso es un halago?

—Lo es —le contesto—. En cuanto pueda y papá se ponga bien, me gustaría invitarte a cenar y así compensarte las calabazas que te di.

Se lleva la mano al corazón y hace que se desmaya.

—No me lo puedo creer —brome—, ¿me estás pidiendo una cita veinte años después?

Me saca una sonrisa, a pesar de todo lo malo que estoy viviendo.

—Pues sí, señor Reed. Cuente con ella. Si le apetece, claro.

—Por Dios, Agnes, ¿cómo no me va a apetecer? Me muero por salir contigo.

Lo dice de una forma que hace que me ponga colorada. Dylan es muy atractivo y yo voy hecha un adefesio.

Lo bueno de estar aquí, en el hospital, es que Elroy me compró un teléfono con otro número con el que me comunico con mi madre y Dylan. El otro lo tengo apagado para no saber nada de Neal ni de Grayson. Solo lo enciendo para llamar a mi hija, a la que mantengo al margen de todo para así no arruinarle el viaje. Cuando lo enchufo, tengo cientos de mensajes que no leo y otras tantas llamadas perdidas de mis dos exámenes. Mi vida es más tranquila sin tener noticias de ellos. Seguro que se pasan todas las noches follando en el «The Lust» con Sabrina, con mi abogada y con todo lo que se les ponga por delante. Echo de menos el sexo, pero no a ellos. Me han hecho mucho daño y no quiero volver a verlos. Lo importante en una relación abierta es la confianza. Y en la nuestra no la había.

—¿En qué piensas? Te has quedado abstraída.

Dylan mueve la mano por delante de mis ojos.

—Perdona, es el cansancio —respondo—. Creo que debo ir a descansar y luego salir a cenar contigo. Me vendrá bien despejar la mente. Mi padre va a estar igual, aunque yo esté sentada aquí o en la mesa de un restaurante.

—Me parece una idea maravillosa, pero deja que sea yo quien haga la reserva.

Sus ojos brillan y sé muy bien por qué.

—Vale, pues mañana salimos por la noche. Hoy me quiero quedar con mi padre y esta noche iré a descansar a casa.

—¿Quieres que venga a por ti?

—No, ya cojo un taxi, no te preocupes. No sé a qué hora me marcharé.

Me toma la mano y me la besa.

—Pues hasta mañana, entonces. Te espero ansioso.

—Hasta mañana, Dylan.

Se va y siento un gusanillo en el estómago. Algo me dice que mañana cataré algo más que un buen postre de chocolate. Y es que lo necesito con urgencia.



Dylan Reed

Por fin, tras la insistencia de mi madre, puedo ir a casa a descansar. Tengo que ponerme muy seria con Elroy para que haga lo mismo, aunque él se hospeda en un hotel cerca del hospital, lo que me da la libertad para poder dormir tranquila y poder salir con Dylan Reed sin guardaespaldas.

Duermo hasta casi entrada la noche y aprovecho para llamar a mi hija Rosy, lo que me obliga a encender el teléfono del diablo. Cada vez que le doy vida, se vuelve loco con los incesantes mensajes de Neal y Grayson, los cuales ignoro. Llevo haciéndolo toda la semana, pero no se dan por aludidos de que no quiero saber nada de ellos. Por casualidad, me entra una llamada de Grayson en este instante. Decido no ignorarla, a ver si me dejan en paz de una vez por todas.

—¿Qué pasa? —le entro a degüello—. ¿No te das cuenta de que no quiero hablar con ninguno de los dos?

—Agnes, por fin contestas. Estamos muy preocupados por ti y por el bienestar de tu padre. ¿Cómo sigue?

Parece aliviado de escucharme.

—Mi padre igual y yo también. No vuelvas a llamarme. Ya te avisaré si hay algún cambio —le respondo, muy seca.

—¿Es que no vas a perdonarme?

Me río por lo bajo.

—No, cielo. Ya te dije lo que pensaba de ti y de Neal. Se terminó nuestra extraña relación. Traicionasteis mi confianza, tú por segunda vez, y eso no pienso olvidarlo.

—Agnes, sabes que como tú ninguna. Lo de Sabrina solo fue sexo. Entre nosotros hay mucho más que eso.

—¡Deja de decir eso! —contesto—. Si fuese tan especial, no me hubieras traicionado ni te habrías ido a follar con todas sin ninguna contemplación. Llevamos casi veinte años casados y nunca me contaste tus ansias por hacerlo con más gente. ¿Acaso no imaginaste que yo podía compartir también esos anhelos? Eres un egoísta, Grayson. Haz tu vida por tu lado; yo haré la mía por el mío.

—Pero Agnes...

—Adiós, Grayson.

Le cuelgo de mal humor y respiro profundamente, intentando recomponerme.

Solo piensa en él. Nunca se preguntó si yo podía compartir las mismas inquietudes. Se confió al montar el trío con Neal y volvió a traicionarme sin preguntar. No puedo estar con un hombre que ignora mis sentimientos y no se preocupa por saber qué es lo que hay en mi cabeza y en mi corazón. Solo piensa en su polla.

Me recompongo un poco y llamo a mi hija. Tarda un poco en contestar, pero, al final, oigo su voz.

—Hola, mamá.

—Hola, pequeña, ¿qué tal todo por Madrid?

—Muy bien, hace buen tiempo y esto es precioso. La gente es muy amable y tenemos previsto ir al Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, al Museo del Prado y al Centro de Arte Reina Sofía.

—¡Vaya! Hoy vas de cultureta total. La verdad es que me das un poco de envidia.

—Ayer por la noche salimos a ver la Gran Vía y es espectacular. También he visto la Cibeles y la Puerta de Alcalá. Y me he hecho fotos con el Oso y el Madroño, junto la Puerta del Sol. Te las envío esta noche. La familia con la que estoy me lleva a todas partes y esta tarde iremos al Retiro a dar un paseo en barca. Me lo estoy pasando en grande.

—Me alegro mucho, Rosy. Disfruta todo lo que puedas y más —la animo.

—Ya, lo que pasa es que hoy me he levantado con un poco de dolor de barriga. Debe de ser por todo lo que zampo. Tengo que relajarme con la comida. Creo que ya he engordado unos tres kilos —se ríe.

—Ay, mi niña. Diviértete y cuídate mucho, mi amor. Te quiero.

—Mamá, ¿los abuelos están bien? He intentado hablar con el abuelo, pero no me coge el teléfono.

El corazón se me hace un nudo.

—Sí, cielo. Lo que pasa es que se ha resfriado y tiene la voz tomada. Se me olvidó comentártelo. He venido a verlos porque la abuela estaba ya asustada por su afonía. No los llames estos días, que yo me ocupo de vigilarlos. Tú disfruta al máximo y olvídate de nosotros.

—¿Seguro?

—Y tan seguro, cielo.

—Vale —dice contenta.

—Te quiero, mi vida.

—Y yo.

Cuelgo y me siento mal por mentirle, pero no quiero que sufra innecesariamente a miles de kilómetros de distancia.

Voy a apagar el teléfono y veo que me entra un mensaje de Neal. Dice:

Vuelve, Agnes, me estoy muriendo sin ti.

Lo leo antes de que desaparezca de la pantalla. Aprieto los dientes de la rabia y luego lo apago de nuevo.

—No creo que te mueras —digo para mí.

Me meto en la ducha y, al terminar, me preparo para la cita con Dylan.

Escojo una falda larga negra, vaporosa y con vuelo; arriba, un top de tirantes plateado. Es algo llamativo y muy sexi, pero me apetece ir arreglada. No llevo sujetador y solo un tanga negro de encaje. Es la única ropa interior que necesito.

Me maquillo y me humedezco los rizos con espuma. Unos buenos tacones para completar y, por último, el abrigo, que la noche es fresca. Sin olvidar mi perfume favorito de Chanel.

A los diez minutos, suena el timbre de la casa de mis padres y agarro el bolso de mano. Salgo

y me encuentro a Dylan Reed, vestido impecable con un pantalón negro y una camisa de manga larga del mismo color. Está muy guapo, con la cabeza afeitada y una rosa blanca en la mano. Me mira descaradamente y me la entrega.

—Son mis favoritas —le digo sorprendida.

—Lo sé. No se me olvidan las cosas.

Me guiña un ojo y me ofrece su brazo. Yo me agarro a él. Está fuerte y macizo.

—¿Adónde vamos? —pregunto con curiosidad.

—Esta noche cocino yo, si no te importa.

Me quedo un poco parada, pero luego sonrío y reacciono.

—Para nada, será un placer.

Me meto en su coche, un Ford clásico de color negro, y arranca hacia su casa.

Guardamos silencio durante el trayecto, que dura unos diez minutos. Dylan vive muy cerca de la universidad, en Morena. Aparca en la calle Azusa, frente a una casa gris de planta baja bastante discreta. Todas en el barrio son muy similares. Baja del coche y me abre la puerta del copiloto para que salga.

—Como ves, no vivo en ningún palacio —se disculpa ante su modesta casa.

—Yo tampoco —digo para tranquilizarlo.

Se relaja y entramos en su humilde morada.

Es una casa pequeña, pero muy coqueta para ser de un hombre soltero. Tiene un salón bastante amplio, que va unido a la cocina abierta. Hay dos amplios sofás y una tele de dimensiones desproporcionadas. Me río al verla.

—Lo sé, pero estaba de oferta y el béisbol se ve de maravilla.

Suelta una carcajada.

—Seguro que sí —le contesto, riendo.

Me quita el abrigo para guardarlo y suelta un silbido al ver mi espalda y mi escote tan sugerente.

—¡Vaya! Estás preciosa —me halaga.

—Tú tampoco estás mal.

Se va hacia la pequeña cocina, pero lo hace torpemente. No puede parar de mirarme. Creo que tiene hambre, pero de otra cosa.

—Voy a preparar algo de pasta. ¿Te gusta?

Lo miro con descaro y me acerco a él.

—Me gusta —susurro.

Dylan coge una cuchara de madera y se le cae al suelo por los nervios. Me gusta verlo así de alterado por mi culpa.

—Lo siento...

—No pasa nada, yo te ayudo.

Me acerco a él y agarro otra cuchara, arrimando mi cuerpo al suyo y alargando la mano por su espalda. Noto que su respiración se acelera.

—Agnes... —traga saliva con dificultad.

—¿Te ocurre algo, Dylan?

Me hago la inocente.

—Me tienes loco y no sé si acertaré a poner la pasta dentro de la cacerola. Perturbas hasta el último centímetro de mi piel.

Me humedezco los labios y él no pierde detalle de cada movimiento, gesto o palabra que digo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Dylan? —le susurro al oído.

Cierra los ojos y veo que aprieta los labios. Se está conteniendo.

—Llevo veinte años soñando con este momento y no quiero cagarla, pero me muero por arrancarte la ropa y follarte.

Al fin es sincero.

Abro los ojos y siento una punzada en mi sexo. Me acerco a su pecho y lo acaricio muy lentamente. Siento que tiembla bajo mis manos.

—Hazlo, pero sin romperme la ropa —le digo, alimentando su fantasía.

Entonces es cuando Dylan abre los ojos de golpe.

Me levanta en el aire y me sienta sobre la encimera de la cocina. Suelto un gemido de sorpresa y luego me mira con detenimiento. Me acaricia la cara y me introduce un dedo en la boca, que yo chupo por inercia. Él gime y se coloca entre mis piernas. Noto lo duro que está, pero se toma todo el tiempo del mundo. Lo disfruta, lo observa, lo vive...

Luego, lentamente, sus manos van hacia mis pechos y mis pezones se ponen duros. Su excitación es plena y es cuando sus labios rozan por fin los míos. Me abraza con fuerza y me besa todavía con más fervor. No hay ni un centímetro de espacio entre nuestros cuerpos para que circule el aire. Su boca me acapara por completo y es sumamente posesiva y deliciosa. Luego baja por mi cuello y descansa sobre mis pechos. Me tiene embriagada y las palmas de mis manos se apoyan en la encimera, mientras él devora mis tetas con detenimiento y me calienta como un reactor.

—Te he soñado tantas veces... —susurra entre mis pechos.

—Pues ahora hazlo realidad —lo incito.

Me sube la falda y me baja el tanga. Se lo lleva a la nariz y lo huele como si fuera el mejor de los perfumes. Me corta un poco, pero Neal también se llevó mis bragas en el museo.

—Hueles tan bien... —se excita.

Me callo y lo observo.

Me separa las piernas y hunde su cabeza calva entre mis piernas. Abro los ojos como platos al sentir su lengua en mis entrañas.

—¡Joder! —exclamo muerta de placer.

No me lo esperaba. Hay que ver qué arte tiene para comer el coño, qué habilidad, qué experiencia...

Su lengua revolotea dentro de mí y me inserta un dedo. Muevo las caderas instintivamente y daría lo que fuera por tener a Neal o a Grayson allí conmigo. Otro hombre follándome o alguien a quien yo comerle la polla. Estoy muy excitada y Dylan sigue lamiéndome y follándome con la mano con mucha precisión. Me agarro a su cabeza y me froto con insistencia. Él clava su lengua dura bien adentro y hace que los ojos se me pongan en blanco, pero necesito más. Me succiona el clítoris y ahí estoy vendida... Sus dedos me penetran y sus labios y lengua atacan mi botón. Cierro los ojos e imagino a mis dos hombres follándome a la vez. El orgasmo es inminente.

—Dios, sí, sí...

Le empapo la boca a Dylan, que está disfrutando igual o más que yo, porque está pegado como una lapa a mi coño y no deja de lamerme como si fuera un cono de helado.

Apoyo los codos y me dejo caer hacia atrás para recuperarme del orgasmo. Dylan sale de debajo de mi falda y es entonces cuando empieza a desnudarse.

—¿Te ha gustado? —me pregunta excitado.

—Mucho.

—Pues solo es el comienzo, Agnes.

Su cara de vicioso me pone a tono de nuevo. Eso es lo que quiero: que me dé caña de la buena.
—Pues empecemos —lo desafío.

Se está quitando los pantalones y tiene un cuerpo magnífico. Mejor de lo que me esperaba.

—Sabía que no me decepcionarías —murmura—. Eres mejor que en mis fantasías.

Ya está desnudo y tiene una polla muy bien dotada. Me relamo de gusto al verla.

Me ayuda a quitarme el resto de la ropa y ahora los dos estamos como venimos al mundo.

—Ponte un condón, por favor —le aviso.

—Por supuesto —susurra muy sensual.

Me coge en brazos y me lleva hasta el sofá. Allí saca, de dentro de una caja de madera, un condón y se lo coloca.

Me besa y vuelvo a calentarme. Su polla me da coletazos en el vientre de lo ansiosa que está por entrar y poseerme. La toco para calmarla y él gime de la sorpresa.

—¡Joder! —exclama.

Se toma su tiempo, prolongando ese beso mientras estamos de pie el uno frente al otro. Le acaricio la polla y él se deleita besándome frenéticamente.

De pronto, me da la vuelta y me apoya contra el respaldo del sofá. Formo un ángulo de noventa grados y Dylan se coloca de pie detrás de mí. Me separa las piernas y empieza a acariciar su polla por todo mi sexo. Muevo la cabeza, frustrada, pues estoy ganosa y quiero que empiece ya.

—Agnes, eres tan bonita...

Pasa su mano por toda mi columna vertebral y luego me da un pellizco en el coño.

—¡Au! —grito sorprendida, pero me gusta.

—No puedo prolongarlo más —sisea.

Agarra la polla y la introduce malvadamente muy lento dentro de mí. Me muerdo las ganas en el respaldo del sofá para que termine con esa tortura. Parece que no quiera entrar nunca. Va a cámara lenta y es insoportable.

—¡Métela ya! —grito.

—¡Tómala!

Me da una embestida fuerte y me la clava hasta en el alma.

Aguanto la respiración un segundo. Y luego empieza a moverse en mi interior y me reinicio para poder sentir esas embestidas deliciosas que me activan todos los sentidos.

—¡Gracias! —digo muerta de gusto.

—No me las des todavía.

Me abre más las piernas, hasta el punto de que creo que me voy a romper. Él embiste y lo siento como nunca he sentido a nadie.

Es un hombre diferente, que me folla de un modo distinto y me gusta. Ya aumento mi ratio de amantes.

Me empala muy fuerte y lo disfruto como una enana. Solo me falta babear del placer excesivo que estoy sintiendo. Me duelen las nalgas de sus placajes, pero no quiero que pare por nada del mundo. Estoy muy húmeda y la fricción de su polla entrando y saliendo se me antoja deliciosa.

—Eres fantástico —gimo.

—Y tú increíble —gruñe él.

Sale de mí y me sienta sobre el respaldo del sofá.

Vuelve a clavarse y empieza a follarme y a besarme con efusividad. Ahora puedo moverme también y me restriego y contoneo las caderas, lo que le vuelve loco.

—Arggg —gimo sobre su tronco erecto.

—Cómo te mueves. Eres una delicia —sisea en mi oído.

—Tú sí que sabes hacer feliz a una mujer —ronroneo.

Me abrazo a su cuello y me impulso para subir y bajar sobre su polla, mojada por mis fluidos. Creo que voy a ir a por el segundo orgasmo, ya que me tiene muy cachonda.

—Tenías que haberme elegido a mí —murmura—. Te hubiera follado así siempre, Agnes.

No le hago caso. Siempre está con el mismo tema.

—Ya lo hacemos ahora y mejor —le contesto entre jadeos.

Me agarra por las nalgas y me embiste con fuerza.

—Sí, sí —grito, excitadísima.

—Siénteme todo dentro de ti —grita.

—Te siento, te siento —gimo.

Le muerdo en el hombro.

Sus acometidas son bestiales. Coge una velocidad increíble y su roce me eleva a los confines de algo indescriptible. Mi coño se abre como una flor y escupe el polen para polinizar su polla y florecer en otro lugar, en otra dimensión.

—Me corro, Dylan —aúllo, poseída por algo divino.

—Córrete, Agnes, que ahora te voy a llenar —gruñe.

Me convulsiono y parece que me rompo en mil pedazos cuando él arremete a lo bestia contra mi vagina. Quiero morirme en este momento. No pensé que hubiera ser humano que pudiera follar con tal fuerza y a esa velocidad. Me duele el pubis de sus golpes febriles y, por fin, estalla en un gruñido gutural. Mi hueso púbico también. Me duele todo el cuerpo, pero mi entrepierna sufre grandes secuelas a causa de la monumental corrida.

Apoya su cabeza en mi cuello y me susurra cosas bonitas, pero yo solo quiero separarme de él para ir a la ducha y echarle agua fría a

mi zona dolorida. No quiero parecer insensible, pero he de hacerlo.

—Dylan, necesito ir al baño.

Lo empujo con cuidado y lo separo de mí. Eso me provoca un escozor horrible. Su polla parece el martillo de Thor.

—No tardes. Quiero volver a follarte —dice con voz melosa.

«Y una mierda», pienso para mí.

Dylan es una máquina del sexo, pero menudo escozor de coño me deja después del polvazo. Como para echar dos...

Me meto en la ducha y llevo la alcachofa con el agua fría hacia mis partes bajas. Qué alivio sentir el frescor... Nunca pensé que un polvo te podía dejar escaldada.

El agua y la ducha me calman el dolor y el escozor. Salgo y me seco. Me enrolló en una toalla y regreso al salón a por mi ropa. Dylan sigue desnudo, tumbado en el sofá.

—Ven aquí —me dice.

Me entran los siete males de pensar en follar de nuevo.

Me acerco y me siento a su lado.

—Tengo que irme.

Pone mala cara.

—¿No te ha gustado? —inquire.

Le doy un beso en los labios.

—Me ha encantado, pero debo regresar a casa. Mañana vuelvo al hospital y me has dejado para el arrastre —le digo con cariño.

Me abraza con fuerza, como si no quisiera soltarme.

—Te llevaré a casa, pero prométeme que volveremos a vernos.

Cierro los ojos y suspiro.

—Te lo prometo.

Se levanta del sofá para vestirse y yo hago lo mismo.

No descarto volver a verlo. Es un amante extraordinario y muy buena gente, cosa que no abunda últimamente en mi vida. Dylan merece esa oportunidad que no le di hace veinte años. Como se dice: nunca es tarde si la dicha es buena.

Nos vestimos para que me lleve a casa. Antes de salir, me abraza y me besa apasionadamente.

—Me lo he pasado muy bien, aunque al final no te he dado de cenar —se disculpa.

—Tengo una idea. De paso que me llevas, paramos en el Burger, pillas dos menús y nos los tomamos en el coche. La verdad es que estoy muerta de hambre. Me has dejado seca.

Él sonrío y me besa de nuevo.

—Eso está hecho. Me alegra haberte encontrado, Agnes.

—Yo también me alegro, Dylan.

Y no miento.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento como aquella universitaria de dieciocho años que sale con su chico, echan un polvo y luego se van a tomar una hamburguesa antes de regresar a casa. Pero creo que esta vez he escogido al chico adecuado. Eso sí, espero no arrepentirme.



Otro revés

Me levanto temprano y regreso al hospital en un taxi. Mi madre ya está en casa y no quiero que mi padre pase tiempo solo, por si se da el caso y despierta. Le doy los buenos días a la enfermera de recepción y subo a la sala de espera con un café de la máquina del pasillo. Me siento y pienso en la noche pasada con Dylan. La sonrisa se dibuja sola en mis labios. Por lo menos, consigue que me olvide de Neal y de Grayson por un tiempo. Ahora sé que puedo seguir adelante sin ellos. Hay más hombres en este mundo de los que puedo disfrutar y que me lo hacen pasar bien. Ellos son totalmente prescindibles. Sigo en mi ensoñación mental hasta que Elroy aparece y todo se esfuma. Viene con cara de pocos amigos, pero es la que siempre suele tener.

—Buenos días, Elroy —lo saludo, dedicándole una sonrisa.

—Ayer salió con alguien y no me lo notificó. Se ha expuesto a un peligro innecesario y no estaba ahí para protegerla —me regaña.

Suspiro fuerte y me pongo en pie.

—No corría ningún peligro. Estaba con un amigo al que conozco de toda la vida. Además, el psicópata ese no ha vuelto a dar señales de vida.

—Eso no significa que no siga al acecho —insiste.

—No, Elroy. Creo que ya se ha cansado. Es más, ese tipo debía tener un problema con Neal, porque con Grayson lo veo absurdo. Ya no estoy con él, ya no existe el problema —le argumento.

Se queda pensativo unos segundos.

—Puede ser, pero, aun así, debo protegerla.

—No, hasta aquí llegan sus servicios. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí, pero ya es hora de que busque a otra víctima a la que proteger. Yo ya no le necesito.

—El señor Butler...

Levanto la mano para que no siga hablando.

—El señor Butler ya no tiene nada que ver conmigo y no puede tomar decisiones por mí —alzo la voz.

—Entiendo —asiente con la cabeza.

—Le aprecio mucho y nunca podré agradecer todo lo que ha hecho por mí, pero ya es hora de que se vaya de mi lado.

Me duele el corazón despedir a Elroy de esta manera, pero no lo quiero conmigo, ya que me recuerda a su jefe. Saca una tarjeta del bolsillo de su traje y me la entrega.

—Si me necesita, no dude en llamarme. Esto no se ha terminado, Agnes.

Lo miro a los ojos.

—Si le necesito, le llamaré.

Le doy un abrazo y me despido de él. Elroy ni se inmuta. Se da media vuelta y desaparece como un fantasma. Seguro que a Neal esta decisión no le va a gustar nada, pero él ya no gobierna en mi vida.

El café está frío y lo tiro a la papelera. En esas, veo al doctor que lleva a mi padre y me acerco a él.

—Buenos días, señora Sullivan, ¿ya está aquí de buena mañana?

—Y las que hagan falta. ¿Cómo sigue mi padre?

Se ajusta las gafas en el puente de la nariz y me sonríe.

—Entre a verlo, si quiere. Creo que ha mostrado una pequeña mejoría. Si sigue evolucionando así, intentaremos despertarlo del coma para ver si reacciona por sí mismo.

Me llevo las manos al corazón de la alegría.

—¡Qué noticia más buena! —exclamo llena de alborozo.

—Es un luchador. Creo que se recuperará antes de lo que creíamos, pero tenemos que ser muy precavidos con todo. No diga que le he contado esto.

Sonrío jovialmente y asiento con la cabeza.

Me guía hasta la UCI y me visten con ropa desechable, me cubren la cabeza y los pies y me colocan una mascarilla. Voy hacia la cama de mi padre y me sorprende lo delgado que está. Pierde kilos a pasos agigantados. Está pálido y ojeroso. Le agarro la mano con cariño y me la llevo al pecho.

—Papá, tienes que regresar. Me haces mucha falta todavía y mamá se muere si te ocurre algo. No puedes hacernos esto —le digo en voz baja al oído.

Pero no obtengo ninguna respuesta.

Le cuento cosas sobre Rosy y sobre su viaje a España. También le digo que he conocido a un chico y que me gusta, que estoy bien y

que solo me falta él para completar mi felicidad.

Enseguida viene una enfermera a arrancarme de su lado. La visita es muy breve y mis ojos se llenan de lágrimas. No quiero dejarlo allí solo, pero hay que cumplir el protocolo de la UCI.

Me deshago de la ropa desechable y salgo a por un café caliente. En el pasillo me encuentro a Dylan y lo abrazo con todas mis fuerzas.

—Ey, ¿te encuentras bien?

—Acabo de ver a mi padre y me ha roto el corazón —sollozo—. Solo quiero que se recupere y llevármelo a casa.

Él me separa un poco y seca mis lágrimas con sus pulgares.

—Se pondrá bien, Agnes. Es un cabezota y un luchador. No llores, por favor.

Se acerca lentamente y me besa en los labios.

Enseguida reacciono y me agarro a su nuca y le devoro la boca con ansia. Necesito descargar esa pena y angustia y sus labios son una buena opción. Su lengua me lame y yo la muerdo y absorbo como algo delicioso. Me estrecha entre sus brazos firmemente y su erección se clava sobre mi fino vestido. Abro los ojos y nuestras miradas se encuentran.

—Estamos en un hospital —susurro un poco azorada.

—¿Cuál es el problema? —dice con la voz entrecortada.

Me agarra de la mano y me mete en la sala de espera de la UCI. Suelo estar yo sola y es pequeña y privada. Dylan cierra la puerta y la atranca con una de las sillas. Yo lo miro atónita y cachonda perdida.

—Dylan...

Las palabras no me salen.

—Esto va a ser algo rápido, Agnes, pero ahora mismo te necesito.

—Y yo a ti.

Viene de nuevo hacia mí y arrasa con mi boca. Mi cuerpo se enciende como una mecha incandescente y él me levanta el vestido en busca de mi sexo caliente. Mete la mano entre mis bragas y suelta un gemido de satisfacción.

—Por Dios, eres divina —jadea muerto de deseo.

—Nos van a oír.

Me arrepiento y quiero parar, pero él me mete un dedo y ya cambio de opinión.

—¿Decías?

—Nada. Ponte un condón y fóllame —siseo, poseída por la lujuria.

Dylan me clava el dedo hasta el fondo y me muerdo el labio para no chillar de gusto. Este hombre sabe lo que hace y me está matando.

Voy a por el botón de su pantalón y lo desabrocho. Se lo bajo, llevándome también su calzoncillo. Ahí está esa maravilla de polla bien dotada. La acaricio con ambas manos y él se retuerce al sentir el roce de mi piel en su sexo.

—¡Joder! —sisea.

Busca en su cartera un condón y se lo coloca en una ráfaga de segundo.

Se sienta en la silla de la sala de espera y tira de mí. Caigo sentada de espaldas sobre él. Me baja las bragas y me abre las piernas. El sudor corre por mi espalda.

—¿Quieres que te folle así? —me pregunta excitado.

—Es una nueva postura. Habrá que probarla.

Me levanta el culo un poco, busca el ángulo de mi coño con su polla y me la mete sin contemplaciones. Sus manos aprietan mis pechos y yo me retuerzo como una culebrilla mientras me empala y se impulsa, agarrándose a mis tetas con fuerza.

—Sí, oh, sí...

Gimo y me mojo en dos segundos, mientras Dylan me mordisqueea el cuello.

Yo apoyo mis manos sobre sus muslos, me contoneo y subo y bajo sobre su polla. Mi espalda roza su pecho y giro la cabeza para acceder a su boca. Saco la lengua y él hace lo mismo. Nos rozamos las puntas y me excito más y más. Dylan levanta el culo de la silla y me da un empujón de los gordos, que hace que los ojos se me salgan de las órbitas. Mi mano baja por su muslo y agarra el tronco de su polla. Lo estimula y él gruñe.

—No hagas eso, que no te aguanto.

Como venganza, su mano va directa a mi clítoris.

En un impulso, quiero incorporarme, pero él me atrapa con la otra mano y vuelvo a caer laxa sobre su pecho.

—Saca la lengua —me ordena.

Lo hago y me la absorbe entera. La chupa como si fuera un caramelo.

Su mano hace malabares en mi clítoris; su polla, estragos en mi vagina. Sus embestidas chocan con los fluidos de nuestros cuerpos y los dos estamos a punto de caramelo. Su mano toma velocidad e inflama mi botoncito, lo que provoca que reviente en un orgasmo alucinante. Me revuelvo e intento cerrar las piernas para escapar de su tortura sexual, pero me corro

imperiosamente.

Dylan se guarda la sorpresa final.

—Ahora me toca a mí —dice—. Me produces un morbo extraordinario, Agnes.

Se incorpora conmigo dentro y me dobla hacia delante. Mis manos y mis pies tocan el suelo, quedándome literalmente a cuatro patas. Dylan se pone de rodillas detrás de mí y se entierra de nuevo en mi coño húmedo para rematar la faena.

—Diosss —grito al sentirlo tan profundo.

—Dios no: Dylan —dice con sarcasmo.

Se aferra a mis caderas y me embiste sin piedad. Sale y entra de mí a la velocidad de la luz. Esta vez no me escuece, porque estoy demasiado cachonda. Lo necesito, lo anhele, lo quiero en mi interior.

—Dale, Dylan, lléname de ti —grito sin importarme que me oigan.

—Grrr —gruñe excitado.

Golpea su pubis contra mi culo y arremete con todas sus fuerzas, hasta que empieza a vaciarse y me llena con su esencia. Es maravillosamente perfecto.

Se desploma sobre mi espalda y los dos nos vamos al suelo de la sala de espera, sudando como dos monos. Cuando recupero el aliento, le digo:

—Es la mejor visita que podías haberme hecho hoy.

—Agnes, tienes que comportarte. Eres una mujer casada —dice, burlándose de mí.

—No por mucho tiempo, te lo aseguro.

Ayuda a que me incorpore y me atrapa entre sus brazos.

—¿Estamos yendo muy rápido? —me pregunta serio.

Frunzo el ceño y me separo de él.

—Dylan, no busco una relación seria. Quiero a alguien con quien divertirme y que me haga sentir bien. No pienso en futuros ni en parejas estables. No sé si te he confundido —le explico, antes de que vayamos más lejos.

Él sonríe y me da un beso en los labios.

—Menos mal que pensamos igual —dice—. De hecho, quería comentarte que las pocas relaciones que he tenido han sido abiertas. No quiero engañarte.

Me deja con la boca abierta, es una caja de sorpresas. Mi sonrisa se amplía más de lo normal.

—¿Has ido alguna vez a un local liberal? —le pregunto por curiosidad.

Arquea las cejas muy sorprendido.

—¡Claro! Pero no imaginaba que conocieras esos lugares.

—Los conozco, pero nunca he participado —admito.

—¿Y te gustaría ir conmigo y participar? —pregunta con precaución.

—¿Tú querrías?

Abre los ojos como dos platos. Se rasca la cabeza, sorprendido.

—¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba.

—Lo siento, no quería molestarte. Llevo veinte años casada y mi marido me ha estado engañando en esos locales. Yo también tengo esa curiosidad; no es por otra cosa. Solo quiero vivir la vida y cumplir mis fantasías y curiosidades.

Dylan me mira con cara de pícaro.

—Porque acabamos de follar; si no, se me pondría dura de nuevo al oírte decir eso. Me encantaría ir a un local liberal contigo. Eres un sueño hecho realidad.

Ahora la que está ojiplática soy yo.

—¿En serio?

Me corre un gusanillo por el cuerpo que no puedo explicar.

Él me besa en los labios.

—Cuando quieras y donde quieras.

Acabo de ver el cielo abierto. Por fin, voy a hacer mis sueños realidad más allá de Grayson y Neal.

Me abrazo a Dylan y lo beso con vehemencia.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta extrañado.

—Por aparecer en mi vida en el momento oportuno.

—Gracias a ti, Agnes. Ni te imaginas lo feliz que me haces.

Colocamos la sala de espera como estaba y nosotros nos adecentamos. Dylan tiene que regresar a la universidad y yo me quedo allí sentada con una botella de agua para pensar en sus palabras y recuperar el aliento del polvazo inesperado. Ese hombre cada vez me gusta más y folla como un potro salvaje desbocado.

Recuerdo que es viernes y debo llamar a Jorge de La Vega. No he ido en toda la semana al colegio y seguro que tengo alguna llamada suya en el teléfono del infierno. Lo enciendo y me saltan la retahíla de mensajes acumulados de Grayson y Neal, fuera de control. Pongo el móvil en silencio e ignoro todo lo referente a ellos. Tengo varias llamadas del director y también de Rosy. Eso me preocupa. La llamo a ella primero.

—Hola, ¿es usted la madre de Rosy? —me pregunta una mujer en español.

—Sí. ¿Y mi hija?

—Soy Consuelo Pérez, la mujer con la que está Rosy en Madrid.

—Hola, Consuelo, encantada de hablar con usted —le contesto en su mismo idioma.

—¡Qué bien! Habla español —dice asombrada.

—La familia de mis padres es de origen español y me enseñaron el idioma, aunque no he tenido la oportunidad de viajar a España. Dígame: ¿qué le pasa a Rosy?

—La hemos tenido que traer al hospital, porque se quejaba de dolor de barriga en un costado. Al final, la van a intervenir de apendicitis. No se angustie, es una operación muy sencilla, pero no podrá regresar el lunes con sus compañeros de la universidad.

El corazón casi se me detiene en este momento.

—¿Puedo hablar con ella?

—Sí, espere. Es que estaba viéndola el médico.

Oigo ruido de pasos y luego la voz de mi niña. Tengo el corazón en un puño.

—¿Mamá?

—Rosy, por Dios, mi niña. ¿Te van a operar y no me da tiempo a llegar ahí contigo? —sollozo.

—No te preocupes. Consuelo cuida de mí y es una operación sencilla. Lo que pasa es que me tendré que quedar una semana más por aquí.

Lo dice casi con alegría.

—Llamaré a tu padre para que vaya para allá ahora mismo.

—No hace falta, mamá. En serio, esta gente es muy buena y me tratan como a una más de la familia.

—Que no, que tu padre va a buscarte y no quiero que estés sola. Yo no puedo ir, porque...

Me muerdo la lengua.

—Ya lo sé: el colegio. Ya tuviste que coger una semana. No te preocupes, en serio —insiste.

—Mi niña... Si te ocurre algo me muero.

—No me va a pasar nada.

—Claro que no. Ahora llamo a tu padre y me quedo más tranquila.

—Uf... Si eso te hace sentir mejor, llámalo —cede al fin.

—Gracias, tesoro mío. Cuídate. Te llamaré todos los días.

—Te quiero, mamá.

—Y yo.

Cuelgo y me llevo el móvil al pecho. No me puedo creer que me pase esto. Mi padre, mi hija...

Marco el número de mi marido, que responde al segundo, cómo no.

—¡Agnes, gracias a Dios que me llamas! —dice Grayson ilusionado.

—No es por lo que tú piensas.

—Te echo de menos, amor.

—¡Escúchame, Grayson, y cállate! —le chillo a causa de los nervios.

—¿Qué ocurre?

—Rosy se ha puesto mala en España y tienen que operarla.

—¿Qué me estás contando?

—La verdad. Así que mueve el culo, saca un billete y tira para Madrid a cuidar de tu hija. Yo tengo que estar aquí con mi padre. Te enviaré los datos por mensaje de dónde está y el número de la familia que la cuida.

—Pero ¿qué le ha pasado?

—Apendicitis.

—¡Joder!

—Sí, es algo con lo que nadie contaba, pero es tu hija y tienes que ir cagando leches para allá —le ordeno.

—¿Y el gimnasio?

—Dile a Tony que se ocupe. Yo también he tenido que dejar las clases por estar con mi padre. Más no puedo hacer.

Se hace el silencio unos segundos.

—Está bien —dice en voz baja—. Lo preparo todo y me voy a cuidar de Rosy.

—Lláname en cuanto llegues y ponme al día.

—¿Para eso sí que me vas a coger el teléfono? —contesta con ironía.

—Eso es lo que tenemos en común y es de lo único que tenemos que hablar. Lo demás, no existe.

Soy clara y concisa.

—No nos vas a perdonar, ¿verdad?

Suelto una carcajada.

—¡Vaya! Ya hablas en plural, como si fuerais un matrimonio. ¿Para qué me quieres a mí si ya lo tienes a él? Haz la maleta y ocúpate de lo que realmente importa: nuestra hija.

—Agnes...

—Adiós, Grayson, buen viaje.

Cuelgo el teléfono y me quedo angustiada, pensando en mi pequeña. Enferma y en un país desconocido, sin nadie de su familia a su lado. Me echo a llorar de la pena que siento.



Tía Eliza

Menudo día llevo en el hospital, lleno de sorpresas y noticias inesperadas. Mi padre se va estabilizando, he despachado a Elroy, mi hija está a punto de ser operada, Grayson va camino de España y Dylan me sorprende con lo de los locales *swinger*. Mi cabeza está saturada y mi cuerpo, cansado por el meneo de esta mañana. Ya casi es de noche y aún no he llamado a Jorge de La Vega por el tema del colegio. Llevo una semana fuera y no puedo seguir faltando así por las buenas. Lo mejor será pedir una excedencia y tomármelo con calma. Así también perderé a Sabrina de vista, lo que será beneficioso para mi salud. Sé que no son horas, pero debo llamarlo. Luego me iré a casa a descansar. Esta noche mi cuerpo no soportaría dormir en la silla del hospital, necesita cama. Marco su número y, como siempre, me lo coge al primer tono.

—Agnes, me tenías preocupado. ¿Cómo está tu padre?

—Hola, Jorge. Mi padre sigue estable, pero en coma. Perdona por no haber contestado antes a tus llamadas, pero voy muy ajetreada.

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Ese es el problema: que sí me preocupo. Tengo la cabeza en el colegio y no puedo estar abusando de tu generosidad —le confieso.

Oigo cómo suspira.

—A mí no me cuesta nada. Eres muy valiosa y en este colegio te necesitamos.

—Jorge, creo que es mejor que me concedas una excedencia por lo que queda de curso. No sé cuánto tiempo seguirá mi padre en el hospital y aquí me necesitan.

Quiero ser justa con él y no abusar más de su gratitud.

—Ni lo pienses por un segundo —me dice—. Tómame el tiempo que necesites y, cuando puedas, regresa con tus niños. Ellos también te necesitan.

Me deja con la boca abierta.

—Pero es un abuso por mi parte... No puedo permitirlo —me quejo.

—El director soy yo y soy el que manda. Te digo que no te concederé la excedencia. Tómame el tiempo necesario y recemos para que vuelvas cuanto antes.

Me deja sin palabras.

—Está bien, Jorge. Muchas gracias. Te lo compensaré con horas o con lo que me digas.

Soy todo lo sincera que me nace.

- No te preocupes, Agnes. Lo primero es la familia y cuidar de los que quieres.
—Muchas gracias. No tengo palabras para todo lo que estás haciendo por mí.
—Tranquila, ya hablaremos tomando un café. Cuídate mucho.



Cuelgo el teléfono y no dejo de sentirme como una aprovechada. Esta presión que siento no me gusta.

Recojo mis cosas y llamo a un taxi para que me lleve a casa a descansar. No creo que mi padre se despierte hoy y lo que necesito es dormir a pierna suelta y recuperarme de tantas emociones.

De nuevo, otra semana que se pasa volando. Me levanto al escuchar voces en la cocina. Me parece extraño, ya que solo estamos mi madre y yo en casa, así que me pongo un batín y bajo a ver quién más está aquí. Cuando asomo la cabeza por la puerta, me quedo alucinada al ver a mi tía Eliza, una de las hermanas de mi madre, moviéndose como Pedro por su casa. En cuanto me ve, abre los brazos para recibirme con una sonrisa.

—Agnes, cariño. ¡Qué guapa estás!

Me atrapa entre sus brazos y no me da tiempo a abrir la boca de la sorpresa.

—Tía Eliza, ¿qué haces aquí? —logro decir.

Creo que, desde mi boda, no he vuelto a ver a ninguno de mis tíos.

Ella es la que sigue teniendo contacto con mi madre y sé que se quedó viuda hace unos años. Es la más extravertida y la que mejor me cae de todos, pero vive en Miami y apenas la conozco. Me descoloca verla en la cocina de la casa de mis padres.

—Cielo, Diane me necesita —dice—. Tu padre está en el hospital y he venido a echar una mano. No tengo nada mejor que hacer. Ya no tengo, por desgracia, un marido en casa que me espere.

—Lo siento —le digo, aunque es tarde ya.

Ella hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—No te preocupes. El pobre Robert falleció hace cuatro años y ya estoy acostumbrada, aunque no te voy a negar que todavía lo echo de menos. Pero esa no es la cuestión. Ahora he venido porque Santiago es el que me necesita y vosotras también.

Me sujeta las manos y me mira a los ojos con ternura.

—Agnes, así podrás ir a casa y regresar al colegio —dice mi madre—. Entre Eliza y yo podremos cuidar de tu padre.

Niego con la cabeza.

—No pienso dejar a papá.

Mi tía me acaricia el pelo.

—Tu madre me ha contado que te has separado de tu marido. Tampoco estás pasando por una buena racha. Debes descansar y dejarnos esto a nosotras. Tú ya tienes bastante con lo tuyo —me dice con mimo.

—Mamá, no voy a irme a ninguna parte. Lo del colegio está solucionado y tú no estás para

hacer noches en el hospital y la tía tampoco. Puede que alguna, pero es algo muy duro que yo debo asumir.

—¿Nos estás llamando viejas? —se burla mi tía.

—No es eso...

—¿Entonces?

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—No quiero que se despierte y vea que su hija no está ahí.

Me hundo y mi tía me abraza.

—Pequeña, tu padre sabe que estás ahí siempre. Eres una buena hija.

—Agnes, no vamos a discutir —dice mi madre—. Nos repartiremos los turnos y así podrás descansar e ir a tu casa a echar un vistazo. ¿Estás de acuerdo?

Me suenan los mocos y le oculto lo de Rosy para no estresarla más de lo que está.

—Está bien, lo haremos así, pero no me apartéis de mi padre —les ruego.

Ahora es mi madre la que viene y me arroja con sus brazos.

—Eso nunca, mi vida. No olvidaré nunca todo lo que estás haciendo.

Me besa en la mejilla y lo agradezco como el mejor de los regalos.

Mi tía da una palmada al aire y nos separamos sobresaltadas.

—Bueno, vamos a dejar los dramas y a pensar en positivo —dice—. Santiago se va a poner bien y yo estoy aquí con mi hermana y mi sobrina favorita. ¿Dónde está Rosy?

Quiero que la tierra me trague en este momento.

—El lunes regresa de España —dice alegremente mi madre.

—¿España? —se extraña tía Eliza.

—Sí, está en un viaje de intercambio con la universidad —respondo—. Solo es que han ampliado los días y se quedará un poco más.

Mi madre me mira sorprendida.

—¿Y eso?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, cosa de la universidad. Se ve que ha tenido mucho éxito y lo han prolongado unos días más —miento con todo el dolor de mi corazón.

Mi madre se queda pensativa.

—Bueno, por una parte, mejor así. Ella no sabe nada de lo del abuelo, ¿verdad?

—No quiero que se preocupe. Por eso le he ocultado la verdad.

Es una mentira piadosa.

—Buena madre —asiente mi tía.

—Tiene que vivir esta experiencia libre de cargas y preocupaciones —añade mi madre.

—Pues sí —susurro, pensando en la pobre y en su estado real.

—Bien, pues nosotras vamos hacia el hospital. Hoy es sábado, ¿por qué no vas a Sadtown? Aprovecha y echas un vistazo a tu casa. Regresa por la noche y así cenamos juntas —dice mi madre.

La verdad es que no es mala idea. Toda una semana sin pasar por casa...

—Pero luego me quedo por la noche con papá —advierto.

—Nena, papá está bien cuidado. No hace falta que te rompas los riñones en aquella silla. No por eso vas a quererlo menos. Si se despierta, nos avisarán al momento y es mejor que nos encuentre descansadas, ¿no crees?

Mi madre tiene razón, pero me cuesta mucho despegarme de él.

—Está bien —cedo al fin—. Cogeré el coche de papá e iré a casa. Así aprovecho para cambiar

la ropa. Nos vemos esta noche.

Las dos hermanas se miran y sonríen.

Me alegro de que mi tía Eliza esté aquí. Su ayuda nos viene de perlas y ahora puedo ir más desahogada.

Subo a mi habitación a cambiarme y entonces mi teléfono suena. Veo que es Grayson y respondo de inmediato.

—¿Has llegado? ¿Cómo está Rosy?

Hablo atropelladamente.

—Estoy en el hospital con ella —contesta—. La acaban de sacar del quirófano y todo ha salido bien. Está en reanimación y aún no la he visto. Estoy esperando con Consuelo. Lo que pasa es que yo no hablo ni papa de español y no me entero de nada. Menos mal que la señora se defiende algo en inglés y me va informando —dice alterado.

—Pues porque nunca has tenido interés en aprender conmigo. Pero eso ahora da igual. En cuanto veas a Rosy, dile que la quiero y, si puede hablar, me llamas —digo muy nerviosa.

—Tranquila, se lo diré.

—Gracias por estar ahí.

—Soy su padre, eso no se puede deshacer —añade, tirándome la pullita.

—Es verdad, eso no puedo. Por cierto, ¿dónde te alojas?

—Consuelo es muy amable y me ha ofrecido una habitación en su casa para que esté con Rosy en cuanto le den el alta en el hospital.

—¡Qué amable es esa mujer! Dale las gracias de mi parte y pórtate bien —le advierto.

—Agnes, no me voy tirando a todo el mundo, ¿sabes? —se queja, ofendido.

—Bueno, yo sé lo que me digo. Cuida de Rosy y seguimos en contacto. Llámame a este número, porque el otro...

—Lo tienes apagado, ya lo sé —me corta con ironía.

—No voy a discutir contigo. Cuidaos los dos y gracias de nuevo.

—Por ti lo que sea...

Cuelgo el teléfono antes de que se ponga a divagar.

Grayson es capaz de aprovechar cualquier ocasión para intentar liarme y no se lo voy a consentir. En esas, me entra un mensaje de Dylan. El corazón me da un vuelco al ver su nombre en la pantalla y recordar lo que hicimos ayer en la sala de espera de la UCI. Lo abro, pero mi gozo en un pozo.

Creo que me he resfriado por andar con el culo al aire en lugares prohibitivos y no me encuentro muy bien. Tengo unas décimas de fiebre. Mejor no vernos hasta que me recupere. Un besazo en esos labios que adoro.



Pobre, me siento culpable por su estado de salud. Luego, más tarde, lo llamo si no se me va de la cabeza. Termino de vestirme y salgo hacia Sadtown a echarle un vistazo a mi casa.

Mi vieja furgoneta está aparcada fuera. Tal como prometió, Elroy se ha ocupado de todo. Pienso en él y sonrío. Aparco el coche de mi padre y bajo.

—Hogar, dulce hogar —digo sin mucho afán al entrar en mi casa.

Y un día lo fue, cuando Grayson y yo estábamos felizmente casados.

Eso es lo que yo creí durante muchos años, pero no sé cuándo dejó de ser verdad y empezó a engañarme por no tener los huevos necesarios y hablar conmigo. Todo podía ser tan diferente...

Pienso en Dylan y en lo distinto y sincero que es. Él habla conmigo sin tapujos y no tiene pudor en decirme que frecuenta esos locales, al igual que Neal, solo que este último también me la jugó al juntarse con mi marido y Sabrina.

Me tumbo en el sofá y me da pereza hacer nada. La casa está impregnada de demasiados recuerdos que pesan en el alma. Quizá tenga que plantearme venderla y mudarme a un lugar nuevo, limpio de sentimientos antiguos. No quiero venirme abajo, pero pienso en mi padre y en Rosy. Sin ellos me muero. Nada tiene sentido sin la persona que me creó y a la que yo le di la vida. Qué ironía...

Me levanto y voy al baño a lavarme la cara. No es momento de sentimentalismos, porque me derrumbo y debo ser más fuerte que nunca. Voy a la habitación y preparo una bolsa con ropa nueva y dejo la antigua en el armario. Otra vez me viene Dylan a la cabeza y me llevo lencería muy sugerente. Sonrío para mis adentros y luego me entra mala conciencia, porque el pobre está resfriado. Echo un vistazo por las habitaciones y todo parece en orden. De pronto, el ruido de un motor ruge delante de mi porche. Cierro los ojos y me llevo la mano a la frente.

—No puede ser —murmuro en voz baja.

Reconozco el ruido del Stingray de Neal. Es único.

Al momento, dos golpes en la puerta. Abro resignada y me topo con aquella mirada azul como el océano.

—¿Qué haces aquí, Neal? —pregunto mosqueada—. Es más, ¿cómo has sabido que estaba en casa?

Intenta abrazarme, pero yo me aparto hacia un lado.

—Agnes, ¿tienes idea de la semana que me has hecho pasar? Vivo en un infierno desde que te has ido. Tienes que volver...

Aprieto los dientes y luego exploto como una bengala.

—Tú sí que no sabes la semana que llevo yo. Mi padre está en coma y mi hija en un hospital de España. ¿Acaso te crees el ombligo del mundo? Me engañasteis los dos y, por eso, no quiero saber nada más de vosotros.

Se queda parado unos segundos y luego reacciona.

—Aquello no significó nada, ya te lo dije. Teníamos algo especial...

—Sí, lo teníamos. Pero lo jodisteis —le chillo más de lo normal.

—¿No vas a perdonarnos nunca? —baja el tono.

Respiro e intento relajarme.

—A mi marido no me queda más remedio que aguantarlo, porque es el padre de mi hija, pero no quiero saber nada de ti. Pasa página, Neal —le digo muy seria.

Baja la cabeza un instante y al segundo se vuelve desafiante.

—Tienes a otro, ¿verdad?

Los celos le nublan la mirada.

—Eso no es asunto tuyo —le espeto.

—Sí lo es cuando ello implica que despidas a Elroy. Todavía estás en peligro. Que no quieras saber de mí no significa que yo deje de protegerte.

Aquello me desarma un poco.

—No quiero tu protección ni nada que provenga de ti —insisto.

En un segundo que no veo venir, Neal me atrapa con sus brazos y me besa apasionadamente.

Todo lo que creo que está muerto resucita de golpe. Sus besos me alteran la sangre y mi cuerpo va por libre. Mi boca se abre para acaparar su lengua y así lamerlo con ansia y devoción. Neal tiene el poder de anularme el juicio y lo está haciendo de nuevo. Mis labios rozan los suyos y sus manos empiezan a palparme indecentemente mientras sigo obnubilada por ese hechizo particular que ejerce sobre mí. Gimo en su boca y él se excita más de lo que está. Cierra la puerta con el pie y ese golpe me devuelve a la realidad. Logro separarme de él, jadeando y casi sin aliento.

—¡Aléjate de mí! —exclamo fatigada.

Pongo las manos delante de su pecho y él no está dispuesto a ceder.

—Sé que me deseas y yo me muero por tenerte. ¿Por qué niegas lo evidente? —sisea excitado.

Tiene razón: lo deseo, pero no le voy a dar lo que quiere.

—Es cierto, me atraes, pero solo es sexo. Igual que con Sabrina —le espeto con desprecio.

—¡Mientes! —exclama ofendido.

—Vete de mi casa, Neal. Tuviste tu oportunidad y no voy a volver a caer contigo.

Chasquea la lengua y se coloca el paquete abultado del pantalón.

—Nunca he forzado a una mujer y no voy a empezar ahora. Vendrás a mí, Agnes. Sé que hay algo más entre nosotros. Puedo sentirlo y no solo es sexo.

Trago saliva, intentando no tirarme a sus brazos. El muy capullo tiene razón, pero no se la voy a dar.

—Tú espérame, si estás tan seguro —me burlo.

Sonríe con malicia y me arde el cuerpo.

—Nos conocemos, nena, y sabes que vendrás —afirma sin dudar.

—¡Vete! —chillo, muy nerviosa.

—Recuerda que estaré pendiente de ti, aunque tú no quieras. Siempre te protegeré.

Me guiña un ojo y se va.

Cierro la puerta con llave y me tiro en el sofá con el cuerpo tembloroso. Neal altera todo mi mundo. Hasta ese momento no me doy cuenta de lo mucho que me importa y de los sentimientos que tengo hacia él. No verlo hace la cosa más fácil, pero al tenerlo delante de nuevo...

—¡Joder! —maldigo por ser tan débil de mente y de cuerpo.

Por lo menos, no he caído en sus redes, aunque por muy poco.

Tengo que fortalecerme y evitar encontrarme con él. Ese hombre no es bueno y no me conviene. Es mejor centrar mi atención en Dylan. Así me mantengo ocupada y no pienso en Neal ni en mi marido. Aunque ese es otro grano en el culo difícil de quitar de encima.

—¿Para qué habré venido a casa? —digo en voz alta.

Agarro la bolsa con la ropa, echo una última ojeada, cierro con llave y me voy de allí de vuelta a San Diego.



El despertar

Voy directa al hospital y me encuentro con mi madre y mi tía Eliza, que se sorprenden de verme tan pronto de vuelta. Me invento una disculpa que, en el fondo, no es mentira. No soporto estar lejos de mi padre y recibo una pequeña reprimenda por no tomarme más tiempo para mí. Pero me da igual. Lo importante es que estoy alejada de Neal y de su influjo maligno y me siento a salvo.

Las tres vamos a la cafetería del hospital a tomar algo. Mi tía Eliza es la bomba. Me encanta ese carácter extravertido que tiene y nos cuenta la buena vida que ha vivido con su difunto esposo, Robert Davis, y la herencia millonaria que le dejó y por la que no tiene que preocuparse por nada durante el resto de su vida. Siento un poco de envidia al ver que su matrimonio duró hasta que uno faltó y que siempre fueron felices. Pienso que el mío llevaba el mismo camino, hasta que Grayson lo estropeó. No sé por qué hoy pienso tanto en mi marido. Será por la visita a la casa y el haber hablado con él. La verdad es que echo de menos a Neal y a mi marido. Los tres funcionábamos bien el corto espacio de tiempo que estuvimos juntos.

—¿Agnes? —me llama mi tía.

Muevo la cabeza y salgo de mi ensoñación.

—Perdona, me has hecho pensar en cosas y me he abstraído. Lo siento.

Mi madre me aprieta la mano con ternura.

—¿Pensabas en Grayson?

Asiento con la cabeza.

—La verdad es que sí. Casi veinte años juntos para nada. Yo también pensaba envejecer a su lado.

Soy sincera con ellas.

—Cariño, aún lo podéis arreglar —dice mi tía.

—Eso ya no tiene arreglo. Demasiadas personas por en medio.

Mi tía se sorprende ante mi confesión.

—Cielo, no sabía...

Se lleva la mano a la boca y rompe a llorar.

—Tía, por favor. Si lo sé no digo nada. Ya lo tengo asumido, no me importa. No te pongas así, por favor.

La abrazo e intento tranquilizarla.

—Mi Agnes, no te mereces eso —suspira.

—Bueno, yo también salgo con alguien —digo para que no se sienta mal.

Abre los ojos como un búho.

—¡Cuenta, cuenta!

Le cambia el ánimo.

—Aún no es nada serio. Solo he salido una vez con él, pero me gusta mucho. Ya veremos si sale algo bueno de ahí.

Sonríó como una tonta y a mi madre le cambia la cara.

De pronto, se oye por el altavoz una voz que pregunta por los familiares de Santiago García. Dice que acudan a recepción.

Salimos disparadas y con el corazón en el puño, sin pagar la cuenta. Yo me pongo en lo peor y mi madre tiene la cara desencajada. Llegamos a recepción casi sin aliento.

—Soy la hija de Santiago García. ¿Qué ha pasado? —pregunto con la voz entrecortada.

La mujer me mira y me sonríe.

—Tranquilas, su padre se ha despertado y el doctor quiere hablar con ustedes.

Veo el cielo abierto y empiezo a llorar de la emoción.

—Mamá, ¡se ha despertado! —exclamo de la alegría.

—Lo he oído, hija, lo he oído...

—¿Dónde tenemos que ir? —le pregunto de nuevo a la enfermera recepcionista.

—Vayan a la sala de espera. Las buscarán allí.

—Gracias, gracias...

Nos vamos como tres misiles nucleares en dirección a la sala de espera de la UCI.

Me crujo los huesos de las manos a causa de los nervios que tengo. Por fin una buena noticia. Me muero por darle un beso y abrazar a mi padre. Mi tía Eliza abraza a mi madre y están igual de nerviosas, esperando a que aparezca el médico.

—¿Por qué tarda tanto? —pregunta mi madre.

—Tranquila, Diane —le dice mi tía—. Para estas cosas no hay que tener prisa. Todo va a salir bien.

En esas, se abre la puerta y aparece otro médico, uno al que no he visto nunca. Es joven, con el pelo negro como el azabache, barba espesa y unos increíbles ojos verdes. Me suena su cara, aunque no sé de qué.

—Buenas tardes, soy el doctor Izan Hamilton y ahora me encargo del caso del señor García.

Nos mira a las tres y detiene su mirada en mí y estira la mano. Yo se la estrecho.

—Soy Agnes Sullivan, su hija. ¿Cómo está mi padre, doctor?

Sonríe y me quedo fascinada con aquella hilera de dientes casi perfecta.

—Está estable y fuera de peligro —dice—. Pero está muy débil y tiene alguna laguna en su memoria. Todo esto es normal, debido al traumatismo tan fuerte que ha sufrido, pero se pondrá bien.

Por instinto, ante la buena noticia, lo abrazo.

—Gracias, gracias. ¿Podemos verlo?

Me separo y veo que está sofocado. Me doy cuenta de que he sido poco ética.

—¡Agnes! —me llama la atención mi tía.

—Lo siento mucho, doctor Hamilton. Me he dejado llevar por la emoción. Acepte mis disculpas.

Bajo la cabeza, avergonzada.

—No tiene por qué avergonzarse. No todos los días me abraza una mujer hermosa —dice sin cortarse un pelo.

Ahora a la que le arde la cara es a mí.

—¿Podemos ver a mi cuñado?

Mi tía corta la tensión que se produce en ese momento en el ambiente.

—Solo pueden entrar de una en una. Lo siento.

Es una mala noticia, aunque la esperábamos.

—Mamá, ve tú primero.

Ella asiente con lágrimas en los ojos y desaparece con el doctor Hamilton en el interior de la UCI.

Mi tía y yo nos quedamos en la sala de espera, mordiéndonos las uñas totalmente desesperadas.

—Cómo te ha tirado la caña el doctorcito. ¡Quién tuviera tus años para dejarse pescar! —suspira mi tía.

La miro pasmada.

—¡Qué dices! Solo ha sido educado.

Me revuelvo incómoda en la silla.

—Agnes, que soy perra vieja y ese hombre te hace ojitos. Vamos, que le has gustado.

Me levanto de la silla

—No digas tonterías, tía.

—Yo solo digo lo que veo.

—Pues te equivocas.

—Ya me lo dirás, ya...

A la media hora, se abre la puerta y aparece mi madre con el doctor Hamilton a su lado.

—¡Mamá! ¿Cómo lo has visto? —pregunto alterada.

—Ay, ni niña. Está muy delgado, pero ha preguntado por ti —dice emocionada.

Me pongo a llorar sin poder evitarlo y el doctor Hamilton me pone la mano en el hombro.

—Es normal. Ahora lo verá y se quedará más tranquila.

Me aparto disimuladamente y lo miro a esos ojitos verdes.

—Gracias, doctor, es usted muy amable.

Me indica con la mano que lo acompañe y entramos en la UCI para poder visitar a mi padre, no sin antes ataviarme con la protección necesaria.

Cuando por fin lo veo despierto, el corazón se me hincha de felicidad. Levanta la mano con sumo cuidado y se la agarro con delicadeza.

—Todavía está muy débil. Procure que no haga esfuerzos —me advierte el doctor.

Asiento con la cabeza y miro emocionada a mi padre.

—Agnes, cariño... —susurra con esfuerzo.

—No hables, papá. No quiero que te agotes. Estoy aquí contigo y no pienso dejarte —sollozo emocionada.

—No recuerdo qué me pasó —logra decir.

—Eso ya da igual. Lo importante es que estás aquí y que te vas a poner bien.

—No lo entiendo —insiste.

—Papá, te caíste por las escaleras de la universidad y sufriste varios golpes graves en la cabeza. Ya lo recordarás y, si no lo haces, mejor.

Se queda pensativo.

Mi padre es muy cabezón y sé que se está comiendo la cabeza, intentando recordar. Cierra los

ojos y hace un gesto de negación, frustrado.

—No lo recuerdo.

—Basta ya, deja de intentar recordar aquello. Ahora tienes que recuperarte del todo para volver a casa. Eso es lo que realmente importa.

El doctor Hamilton se acerca y escucha esto último.

—Su hija tiene razón, señor García. Aúne todas sus fuerzas en recuperarse. La memoria regresará cuando menos lo espere, o tal vez pierda esos recuerdos para siempre. Todavía no lo sabemos con certeza.

Mi padre asiente a regañadientes y me aprieta la mano con las pocas fuerzas que tiene.

—Hazle caso al doctor —le digo con cariño.

—Lo haré, pequeña.

Luego miro a Izan Hamilton y este me indica que la visita ha finalizado por hoy.

Le doy un beso a mi padre y le susurro al oído que estaré esperando a que me dejen entrar lo antes posible. Me despido y salgo acompañada por el doctor.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —me dice de pronto.

Me sorprende muchísimo y me esfuerzo por mirarlo y recordar de qué me suena su cara.

—No, la verdad es que me resulta familiar, pero no sé de qué —soy sincera.

—Fuimos juntos a la universidad. Diferentes facultades, eso sí. Yo estaba en la de medicina, evidentemente.

Cierro los ojos e intento visualizarlo, pero no consigo recordar.

—Lo siento, no le recuerdo.

—No me trates de usted —dice—. Jugaba en el equipo del que luego fue tu marido.

Abro los ojos como platos.

—¡Vaya! Izan *El Rayo*. ¿Eres tú? —pregunto asombrada.

Él suelta una carcajada que le hace más atractivo.

—Hace siglos que no me llamaban así, pero sí, ese era yo. Qué pequeño es el mundo.

—Ya te digo. Y ahora eres el neurólogo que lleva a mi padre. La de vueltas que da la vida —suspiro.

Mete las manos en los bolsillos de la bata y se relaja.

—¿Y el entrenador?

Me revuelvo el pelo nerviosa y desvío la mirada.

—Nos hemos separado —susurro entre dientes.

—¡Vaya! Lo siento, no lo sabía.

—No tenías por qué saberlo.

—Entonces, ¿puedo invitarte a cenar un día de estos?

Me entra a degüello y me quedo pálida.

—Yo...

Me bloqueo.

Él levanta las manos y se revuelve su negro pelo color azabache.

—Lo siento, he sido muy brusco y un insensible —dice—, pero es que, desde que te he visto, me siento atraído por ti y no quería perder la oportunidad de volver a verte.

Hace que me ponga colorada.

—Gracias, es todo un halago, pero no sé si es una buena idea salir con el médico que atiende a mi padre.

—Lo entiendo, pero, si cambias de opinión, aquí tienes mi tarjeta.

Me la entrega y yo me la guardo, por lo que pueda surgir en un futuro. El tío está como un

queso y nunca se sabe...

—Gracias, me lo pensaré.

Sonrí y salgo en busca de mi tía y de mi madre.

Los colores me llegan al cuello y parece ser que los tíos huelen la separación a kilómetros, porque me salen ligues por todas partes. Entro en la sala de espera y abrazo a mi madre.

—¿Cómo lo has visto, cariño? —me pregunta.

—Muy bien. Yo creo que se pondrá bien pronto. Debemos tener confianza en el doctor y ya sabes que él es fuerte.

—Seguro que en unos días ya lo tenéis en casa —dice mi tía.

—Dios te oiga —reza mi madre.

—Pues ahora no hacemos nada aquí. Hasta mañana no podremos volver a verlo. Vamos a casa, comemos algo y descansamos. Es lo mejor que podemos hacer —recomienda mi tía.

—Tiene razón, mamá.

Nos levantamos y salimos hacia la casa de mis padres más tranquilas e ilusionadas, aunque a mí me queda todavía el problema de



mi hija en España.

El sábado se me pasa en un suspiro. Al menos, puedo hablar con mi hija. La operación salió sin complicaciones y le darán el alta el lunes. En pocos días ya estará de regreso en casa y eso me causa una alegría tremenda y un gran descanso mental. Por la noche, mi tía Eliza prepara una cena espectacular y nos bebemos tres botellas de vino blanco. No imaginaba que mi cuerpo lo agradeciese tanto, pero mi cabeza más. Logro desconectar de todo, aparte de pillar ese puntito de felicidad que te deja tonta, por lo que consigo dormir como una rosa hasta el domingo por la mañana.

Me levanto y pasamos a ver a mi padre, que se nota más espabilado. Si sigue evolucionando así, pronto lo pasarán a planta y, de ahí, a casa. Mi madre, mi tía y yo lo celebramos con otra comida copiosa regada con más vino, lo que provoca que tengamos que ir a dormir un poco las tres Marías alocadas. Desde que ha llegado mi tía, en casa parece haber entrado la buena suerte y la alegría. Hasta la recuperación de mi padre parece que fuera a causa de su repentina llegada. Todo parece ir sobre ruedas y me despierto por el ruido del teléfono. Contesto de mala gana, sin mirar quién es.

—Dígame —murmuro media dormida.

—¿Estás durmiendo a estas horas? ¡Pero si casi es de noche! —exclama Dylan.

Me recompongo y me siento en la cama al oír su voz.

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras?

Siento alegría al escucharlo.

—Muy bien. Pasar ayer todo el día en cama me ha venido genial, pero tengo ganas de verte.

Se me ha hecho un mundo.

Suelta una carcajada.

—Yo también tengo ganas de verte —le digo—. Tengo muchas cosas que contarte.

—Ah, ¿sí? —dice de manera muy sensual.

—Ya veo que estás en forma de nuevo. Mi padre se ha despertado y mi tía Eliza, la hermana de mi madre, está aquí. Ella es la culpable de que ahora esté en la cama.

Sonrío para mis adentros.

—¿Tu padre ha salido del coma? ¿Y cómo está? ¿Recuerda el accidente? ¿Qué te ha dicho?

Me atropella a preguntas.

—Tranquilo, dentro de lo que cabe, está bien. No recuerda nada debido al traumatismo, pero puede que con el tiempo lo haga. Creo que pronto lo pasarán a planta.

—¡Cuánto me alegro! Habrá que salir a celebrarlo. ¿Te apetece?

Suspiro, todavía atontada del vino de la comida, pero me muero por verlo.

—Vale, pero nada de alcohol —bromeo.

—Mientras haya sexo...

Me sube un calor por todo el cuerpo solo de pensarlo.

—Eso ni lo dudes, bombón.

—Ponte guapa. Pasaré a buscarte en una hora.

—¿Una hora?

—Es que estoy ansioso por verte.

—Hora y media —digo—. Dame tiempo a espabilarme.

—No te preocupes. De eso me encargo yo.

Me está provocando al máximo y noto calor en mis partes bajas.

—Está bien, una hora —cedo al fin.

Cuelgo el teléfono y pongo pies en polvorosa.

Rebusco en el armario algo sexi para ponerme y escojo la lencería más atrevida que tengo. La dejo sobre la cama y me meto en la ducha para despertarme del todo. Ya rematará él la faena como le dé la real gana.



Supermercado de Adultos

Dylan viene a recogerme a casa y salgo casi de puntillas para que mi madre y mi tía Eliza no me oigan. Están entretenidas viendo una película antigua en el salón y logro despistarlas. Me subo a su coche y él me mira con deseo.

—Dios, ¡estás impresionante! —exclama excitado.

Llevo un vestido ajustado negro y blanco drapeado que me hace una figura estupenda, sumado a los taconazos de aguja a juego.

—Tú tampoco estás nada mal —contesto, dándole un repaso con la mirada.

Va con vaqueros oscuros y una camisa gris que le sienta muy bien.

Le doy un beso en los labios y lo recibe de buen grado. Quiere entretenerse más de la cuenta, pero yo lo apremio para que arranque y salga de delante de la casa de mis padres.

—¿Qué pasa? —inquire curioso.

—Vámonos ya, que no quiero que salgan a cotillear mi madre y mi tía.

Me río. Dylan arranca y le acaricio la mano mientras conduce hacia no sé dónde.

—Te voy a llevar a un sitio que te va a gustar —me dice de pronto.

—Ah, ¿sí?

—Eso espero.

—¿Acaso tienes dudas?

—Unas pocas, la verdad.

Eso hace que me entre la curiosidad.

—Suéltalo ya. Dime adónde me llevas.

Se pasa la mano por su cabeza rapada y veo que está nervioso de verdad.

—¿Recuerdas lo que hablamos el otro día sobre los locales liberales?

El corazón de pronto se me pone a mil.

—Sí —contesto en voz muy baja.

—Pues conozco uno al que no todo el mundo tiene acceso. Es muy exclusivo y el dueño es amigo mío. Creo que deberías estrenarte en un lugar así y matar tus curiosidades de una vez —me dice con mucho tacto.

Me quedo mirándolo atónita.

—¿De verdad me vas a llevar a un local de esos? —pregunto emocionada.

—Solo si tú quieres y te ves preparada.

Me mira a los ojos y a mí me tiemblan las piernas de la emoción.

—Quiero ir. No tengo ninguna duda —contesto convencida.

Dylan sonrío complacido y sigue conduciendo hasta nuestro excitante destino.

No tardamos en llegar.

Al final de Barnett Avenue gira el coche y entra por un callejón donde hay varias naves. En una de ellas pone «Supermercado para Adultos». Dylan aparca delante de esa en concreto. Tiene la fachada verde y parece que ahí no hay nada ni nadie. Me giro hacia él, un poco confusa.

—¿Este es el lugar tan especial?

Suelta una carcajada. Luego me agarra una mano y la besa.

—Cielo, espera a entrar. Ya te dije que no es un sitio abierto al público. Antes era un antiguo supermercado para adultos donde se vendía todo tipo de pornografía: vídeos, libros, juguetes eróticos... Conservan el logo en la fachada por el morbo, porque, desde luego, dentro del local se viene a jugar —me explica con picardía.

—¿A qué viene tanto misterio? ¿Por qué no abrirlo al público como hacen los demás?

—Porque lo prohibido sabe mejor y cuesta más. Aquí no dejan entrar a cualquiera y sabes que lo que te vas a encontrar dentro es buena gente que no te traerá problemas —me explica.

—Gente de buena posición. ¿Te refieres a eso? —inquiero.

—Más o menos. Aunque yo no soy rico y me han admitido. Me refiero a esa clase de gente, con trabajos estables y que no sean problemáticos. Aquí no te topará con un yonqui que se salte las reglas, ¿me explico?

Asiento. Por lo menos, sé que si me tiro a alguien tendrá la cabeza amueblada.

—Vale, ya lo entiendo.

—¿Preparada para tu primera experiencia en el mundo *swinger*?

Tomo aire y lo suelto. Pienso en Neal y en mi marido follando con Sabrina Mendoza.

—Preparada.

Baja del coche y me abre la puerta como un caballero. Aquello parece desierto, si no fuera por los vehículos que hay aparcados alrededor del falso supermercado.

Me agarro del brazo de Dylan y los nervios empiezan a hacer mella en mí. Voy a hacerlo por fin y no me lo creo. Llama a un timbre que apenas se ve y un hombre asoma media cabeza por una trampilla rectangular. Me parece todo muy de película. Dylan le enseña una especie de carne y enseguida la puerta de hierro se abre.

—Buenas noches, señor Reed, me alegro de verle por aquí —le saluda el portero del local.

—Buenas noches, Magnum. ¿Cómo está el ambiente hoy?

—De muy buen ver, señor. Ya veo que trae compañía. Seguro que lo pasarán muy bien.

Dylan le da una propina de cien dólares y me quedo con la boca abierta.

Oigo, veo y callo. Es lo mejor que puedo hacer.

—De eso estoy seguro. Vigila que mi acompañante esté bien atendida —le dice al gigante rubio con bigote que nos abre la puerta.

—Eso está hecho, señor Reed. Pase al vestuario mientras yo cuido de ella.

Dylan le guiña un ojo y yo estoy desorientada total.

—¿Adónde vas ahora? —le pregunto.

—Los hombres tenemos que entrar desnudos en el local. Tú tienes opción a escoger, pero prefiero que sigas vestida en tu primera vez —me aconseja.

—¡Vaya! —exclamo.

Mi imaginación vuela y tengo ganas de entrar para ver a todo el género masculino en bolas.

Mi entropierna se calienta por momentos y no veo la hora de ponerme en acción.

—Espere aquí conmigo, señorita —me dice el tal Magnum.

No sé a qué viene el nombrecito. ¿Tal vez porque la tiene muy grande?

La cabeza ya se me va y la imaginación se dispara sola.

Dylan entra por una puerta al vestidor de hombres y yo me quedo en un pequeño vestíbulo esperando con el portero gigante nórdico.

Al poco, Dylan sale con una toalla enrollada a la cintura y le da mis pertenencias a Magnum para que me las guarde. El grandullón nos abre las puertas del mundo liberal.

El local es impresionante. La decoración se basa en tres colores predominantes: blanco, negro y dorado. Hay bastante gente y lo primero que vemos es la barra del bar y una pista de baile donde, en el centro, hay una barra de acero y una bailarina desnuda haciendo *pole dance* de manera muy sensual. Enseguida somos el centro de atención de varias miradas por parte de algunas parejas que todavía están de caza. Muchas ya están follando en las camas que hay a continuación en forma de hilera y separadas por un panel de madera negro en forma de rombos.

Dylan me agarra de la mano y sigue mostrándome el lugar, como si fuera un pequeño *tour*, pero sin decir ni una palabra. Mi cuerpo arde en llamas y me sobra el vestido. La gente mira, pero no toca ni te falta al respeto; solo observan, al igual que hago yo. Vamos a otro lado del local, donde hay una cama de tamaño gigante y ahí está liada la de Dios. Por lo menos hay más de una docena de personas follando a diestro y siniestro: hombres con mujeres, mujeres con mujeres, hombres con hombres... Ya no sé dónde poner la vista. Se me seca la garganta y no tengo saliva en la boca. Estoy a punto del infarto y de combustionar el tanga de encaje que llevo puesto.

—¿Quieres que te lleve a ver la zona del *jacuzzi* o prefieres que tomemos algo para ir entrando en calor? —me susurra al oído.

—A tomar algo, por favor —le imploro.

Necesito beber algo.

Me lleva hasta la barra y nos sentamos en los taburetes negros forrados en piel blanca.

—Una botella de champán —pide Dylan.

Luego se da la vuelta y empieza a besarme.

Se cuela entre mis piernas y se quita la toalla. Siento el rubor en mi cara al ver que tengo gente justo a mi lado que nos mira con descaro, pero Dylan parece ponerse más duro todavía. Me sube el vestido y su mano se cuela entre mi tanga. Gimo dentro de su boca y me tengo que separar, porque necesito beber imperiosamente. Él se preocupa por mí.

—¿Todo bien, Agnes?

Agarro la copa y me la bebo de golpe.

—Ahora sí. Estaba seca.

Sonrío y vuelvo a ofrecerle mi boca.

Pero él también tiene sed y bebe champán. Luego moja uno de sus dedos en la bebida y me lo mete en el coño. Me excito como una loca.

—Por Dios, Dylan. Me estás matando.

Me masturba delante de todos y sus ojos brillan de la lujuria. Agarro su polla y empiezo a tocarle hasta que una cara familiar me corta todo el rollo.

—¿Izan?

El médico de mi padre está justo a mi lado. Me mira sorprendido.

—¿Lo conoces? —me pregunta Dylan.

—Sí, es del hospital. Menuda coincidencia.

—Agnes, aquí soy uno más y me gustaría interactuar con vosotros si a tu pareja no le importa —dice el doctor Hamilton.

Abro los ojos como un búho. Él va acompañado de una rubia impresionante que le hace ojitos a Dylan y este la mira con deseo.

—¿Te parece bien, Agnes? —me pregunta mi acompañante.

Me quedo muerta, pero luego lo pienso. Es a lo que he venido. Así que me bajo del taburete y me acerco a Izan. Le acaricio la barba y lo miro a sus ojos verdes. Le paso la lengua por los labios y él me atrapa y me besa con pasión. El caos está desatado cuando veo a la rubia chupándole la polla a Dylan.

—Joder, vamos a una de las camas privadas —dice el buen doctor.

Me lleva casi a rastras y a Dylan le cuesta despegar a la rubia de su polla.

Nos vamos los cuatro a una de esas camas blancas con cortinas de gasa negra. Izan me quita el vestido de un tirón y empieza a sobarme entera mientras la rubia sigue en su proceso de mamársela a Dylan. Yo busco sus labios y lo beso. Y entonces siento la boca del doctor en mi coño. Grito por la sorpresa y el gusto que me está dando.

—Disfruta, cielo —me susurra Dylan—. Esto es lo bueno que te da este mundo.

—Joder... —aprieto los dientes. Tengo que dejar de besar a Dylan y centrarme en Izan.

Luego me deja a punto de caramelo y besa a la rubia con el sabor de mi sexo.

Me quedo descolgada, sin saber a quién ir o a quién atender. La música es silenciada por el sonido de los gemidos y los aullidos de los orgasmos de la gente. Me quedo hipnotizada, escuchando esa extraña sinfonía, hasta que unas manos me cogen y arquean mi espalda. Mi cabeza toca la cama. Dylan me penetra y me eleva a los confines del más allá mientras la rubia ahora está mamando a Izan y él me mira con deseo. Entre gemidos, siento cómo me empotran bien duro y me uno a la melodía predominante del local. Izan no me quita la vista de encima y yo tampoco la aparto de sus ojos. Me relamo los labios y lo provoco. Aparta a la rubia un momento y viene hacia Dylan. Giro la cabeza y veo que le susurra algo al oído. Este sonríe y mi coño hace aguas por todas partes. Sale de mi interior y ahora me coge Izan y me sienta a horcajadas sobre él.

—Me vuelves loco. Jamás pensé encontrarte en un lugar como este —me susurra mientras me la clava hasta el fondo.

Le tiro del pelo y le muerdo el labio.

—Habla menos y folla más —le susurro al oído.

Veo que otra mujer se une a nuestro cuarteto y empieza a comerse el coño mutuamente con la rubia. Nunca había visto nada igual, pero me excita muchísimo.

Izan se pone de rodillas y me eleva el trasero. Detrás tengo a Dylan a punto de metérmela y formar un sándwich con ellos dos. Me recuerda a mi marido y a Neal. Por fin voy a sentir otra vez dos pollas en mi coño, llena por completo. Mete la punta y se desliza con cuidado. Izan separa las nalgas para darle acceso. Lo beso con vehemencia mientras Dylan se inserta en mí. Cuando se entierra por completo, me arqueo y chillo como si fuera una hiena pariendo.

—Sí, sí, sí...

Empiezan a moverse en mi interior y el sudor a empapar mi cuerpo.

—Eres divina, cielo —me susurra Dylan.

Yo me aferro a la boca de Izan y absorbo su lengua.

Contoneo las caderas y froto mi clitoris contra el pubis de Izan. Chillo y chillo mientras sus dos pollas me follan y me embisten sin compasión.

—No te corras, Agnes —me ordena Dylan.

—No voy a aguantar —sollozo de puro sufrimiento sexual.

Las dos mujeres que se comen la una a la otra llegan al orgasmo. Sus gritos inundan parte del local y yo quiero acompañarlas.

—Por favor —suplico.

—No, todavía no —dice Dylan y me da una estocada que me quita el sentido.

—Déjame a mí tío, por favor —le pide Izan.

Dylan sale de mi interior y engancha de nuevo a la rubia que está recuperándose de su orgasmo. Le da la vuelta y la penetra analmente. Ella se activa de nuevo y empieza a gemir y tocarse el clítoris mientras él la empala con fuerza.

—Izan, por favor —imploro.

—Tienes que experimentar cosas nuevas, Agnes —me susurra.

Sale de mi interior y quiero echarme a gritar de la frustración que tengo.

Izan agarra a la mujer que estaba con la rubia y le susurra algo al oído. Ella sonríe y se relame de gusto. Luego vienen hacia mí y abro expectante los ojos. La mujer se cuela entre mis piernas y empieza a lamerme. Me gusta, me encanta...

Me tumbo y abro las piernas para darle acceso total. Quiero mi orgasmo y me da igual quién me lo regale. Ella se aferra a mi coño y clava su lengua en lo más profundo mientras Izan le clava la polla en el culo. La embiste y ella se entierra más en mí. Es bestial lo que siento. Me tiro del pelo y me retuerzo. El primero en vaciarse los huevos es Dylan, que hace chillar a la rubia de lo lindo. La empotra con tal fiereza que parece que la va a romper en dos. Me excito al verlos y luego Izan empuja a la mujer, que me devora el clítoris mejor que ningún hombre y hace que me rompa en un millón de orgasmos retenidos. Me libero ante todos. Grito y miro a los ojos a Izan. Este sujeta las nalgas de la mujer y se corre mirándome; yo sigo extasiada, con la lengua de esa mujer clavada entre mis piernas. Es lo más erótico y descabellado que he hecho en mi vida, pero me encanta. Quiero recuperarme enseguida para volver a follar con Izan, con Dylan, con la rubia o con quien sea. Soy feliz y, por fin, libre. Los fantasmas de Neal y de mi marido han desaparecido. Ya jugamos en la misma liga y no estoy en el banquillo. Ahora entiendo a Grayson y su necesidad de hacer esto. Creo que yo ya no puedo vivir sin esta experiencia después de haberlo probado.

—¿Estás bien, cielo? —me pregunta Dylan.

—En la puta gloria —respondo riendo.

—Pues ahora no nos vendría mal un baño en el *jacuzzi* para recuperarnos. ¿Te apetece?

—Vale.

Veo que se quitan los condones y los tiran a unas papeleras especiales para eso.

Dylan me ayuda a incorporarme y me acompaña a la sala donde está el *jacuzzi*, la sauna y la sala de masajes. Es una pasada. Izan Hamilton y la rubia también nos acompañan. Ni siquiera sé el nombre de la mujer que me ha regalado el orgasmo ni me interesa. También desconozco el de la rubia. La verdad es que, cuanto menos sepa, mejor.

Nos metemos en el agua y disfrutamos de un baño delicioso. Me relajo un poco, pero pronto noto que Izan me mete mano debajo del agua.

—Agnes, quiero follar contigo de nuevo, si tú quieres y tu pareja está de acuerdo.

Lo miro con los ojos vidriosos.

—No es mi pareja —le corrijo—. Y follo con quien me da la gana.

—¿Entonces?

Echo la mirada en busca de Dylan y ya está fuera del *jacuzzi* follando de nuevo con la rubia.

—Entonces, follamos...

Me da la mano para salir del agua y me lleva a otra cama, apartada de la de Dylan y la rubia.

Se pone un condón y esta vez no se anda con preámbulos. Se tira sobre mí, me abre las piernas y me la clava sin pensárselo dos veces.

—Dios... —gimo de placer.

—No me lo puedo creer. Hoy es mi día de suerte.

Empuja y empieza a embestirme con premura.

Su boca me devora los pezones y sus manos me aprietan las nalgas para estrechar el acceso de su polla y darse más placer. Puedo sentir ese delicioso roce en las paredes de mi vagina y me estoy mareando del gusto. Es un amante exquisito y va a conseguir que me corra como siga haciendo esos movimientos de cadera sensuales.

—Izan...

—Vuelve a hacerlo —me dice.

—¿El qué? —pregunto, embriagada por él.

—Susurrar mi nombre. Me pone muy cachondo.

No puedo evitar sonreír.

—Izan, Izan...

Noto que se tensa y sus manos se clavan en mi carne.

—Dios, no... —grito por el improvisado orgasmo que me llega.

—Dios, sí —gruñe él.

Y empuja como un animal embravecido. Su sexo colisiona con el mío a la velocidad de la luz.

Me come la boca y sus gemidos ahogan los míos mientras nuestros orgasmos se funden en algo único e indescriptible.

Se deja caer sobre mi cuerpo y luego nos llegan los gemidos de Dylan y la rubia, quienes, al parecer, también han culminado en éxito satisfactorio.

Me quedo tumbada en la cama. Izan me besa en los labios de una forma que me deja helada. Lo miro a los ojos y me levanto desflechada en busca de Dylan. Esa no es forma de besar a una mujer que tan solo es un polvo de una noche.

—Dylan, quiero irme —le digo un tanto nerviosa.

—¿Estás bien?

—Sí, pero creo que, para ser la primera vez, ya he tenido bastante.

Finjo una sonrisa.

—Tienes razón. Te has portado como una campeona. Le diré a Magnum que traiga tu ropa y tus cosas.

—Gracias.

Me besa en los labios y yo lo recibo de buen grado.

—¿Te lo has pasado bien?

—Muy bien. Mejor de lo que me esperaba —respondo con sinceridad.

—Me alegro, porque pienso venir contigo las veces que quieras.

Me lo he pasado en grande, sí, aunque lo que no sé si ha sido buena idea es enrollarme con el médico que lleva a mi padre. A ver con qué cara lo miro mañana en el hospital.

Suspiro, porque, al final, siempre tengo que cagarla por alguna parte.



Un médico excepcional

Madre mía, anoche no pude pegar ojo de la excitación. Recordaba cada beso, cada caricia, cada penetración... Me levanto excitada, pero me da bajón al pensar que tengo que encontrarme con Izan en el hospital. ¿Cómo voy a reaccionar al verlo? Ya sé que solo fue sexo, pero no deja de ser el médico que lleva a mi padre y ayer lo tuve entre mis piernas. Quizá fue un error mantener relaciones sexuales con una persona conocida, pero me hizo sentir tan bien...

Otra vez los quebraderos de cabeza vuelven a marearme y es lo último que necesito en este momento. Me doy una ducha, me pongo una falda con una blusa y bajo a desayunar con mi madre y mi tía Eliza. Las dos parlotean animadamente y se las ve de buen humor.

—Buenos días.

Se callan y me miran con picardía.

—Ya veo que para ti sí lo son —dice mi tía—. ¿Dónde fuiste anoche, que te marchaste como los ladrones sin decir nada?

Trago saliva como si fuera una adolescente pillada en una travesura.

—Salí con un amigo a cenar. Tenía que celebrar lo de papá.

Miento hasta cierto punto.

—Podías habernos presentado —se queja mi madre.

—No es nada serio, no hasta el punto de estar con presentaciones formales. Solo es un amigo —insisto.

—Entiendo, un follamigo —salta mi tía.

—¡Jesús! —se santigua mi madre.

—¡Tía, por favor! No seas bruta.

Se me escapa la risa sin poder evitarlo y ella se da cuenta.

—Así que es eso... —dice mi tía, que luego mira a mi madre—. No ser de qué te asombras, Diane, es lo que se lleva ahora. Deja que la muchacha se divierta.

No puedo mirar a mi madre o me echo a reír. Tiene una cara de susto que no puede con ella.

—¿Vamos a ver a papá esta mañana?

Cambio de tema para no seguir con la conversación del follamigo.

—Como solo dejan entrar a dos familiares —dice mi tía—, ve tú esta mañana y nosotras iremos a mediodía. Quiero llevar a tu madre a la peluquería a que la pongan guapa para Santiago.

—Me parece una idea estupenda. Le darás una alegría a papá.

Me acerco y le doy un beso.

—Agnes...

Mi madre me agarra por la muñeca.

—Dime.

—Ya que tu padre está despierto, deberías regresar a casa y a tu trabajo. No me entiendas mal, me gusta que estés aquí, pero no quiero que alteres más tu vida por nosotros.

Aquello me deja flasheada, pero, en el fondo, tiene razón.

—Lo sé, mamá. Además, puedo venir a veros por la noche. Quizá me incorpore esta semana y vuelva a Sadtown.

Mi madre me abraza y se le escapa una lágrima.

—Te has portado tan bien que no quiero que pienses que, ahora que tu padre mejora, te estoy echando de casa —solloza.

—No pienso eso, mamá. Ya te digo que puedo venir por la noche y los fines de semana. Pero tienes razón: en el colegio hago falta y papá ya se está recuperando. No te preocupes por mí.

Me acaricia el pelo y me besa en la frente.

Me bebo el café de golpe, me despido de ellas y salgo hacia el hospital.

Me llevo el coche de mi padre y voy pensando que tal vez no sea mala idea desaparecer de San Diego y, sobre todo, volver a la rara normalidad de mi vida. Mi hija también me va a necesitar y debo frenar un poco mi descontrolado apetito sexual hasta que todo se calme un poco. Tengo que volver al trabajo, esperar a que mi padre se estabilice, cuidar de mi hija, divorciarme de Grayson...

—Uf —suspiro.

Me pongo a pensar en todos los frentes abiertos y me agobio un poco.

Aparco el coche y me dirijo a la sala de espera de la UCI. Pronto será la hora de la visita y no quiero llegar tarde. Me siento y me pongo a cotillear el móvil. Tengo un mensaje de Dylan, donde me dice que pasará por el hospital a verme antes de ir a la universidad. No lo he visto al salir de casa. Voy a contestarle cuando entra el doctor Izan Hamilton en la sala y me pongo de mil colores al verlo.

—Buenos días, Agnes —dice con toda normalidad.

—Buenos días, doctor Hamilton —le contesto con cortesía.

Él sonríe y no puedo evitar fijarme en esos labios tan sabrosos y sensuales.

—Tu padre avanza muy rápido. De seguir así, lo mandaré a casa en un par de días.

—¿En serio?

Sonríó como una niña pequeña.

—Pensé que ibas a abrazarme —coquetea conmigo.

Me deja descolocada por su atrevimiento.

—Izan, eso no procede aquí —le hablo con más familiaridad.

Se acerca peligrosamente y mi corazón se pone en estado de alarma.

—Pues cena conmigo esta noche.

Meneo la cabeza hacia ambos lados, sorprendida.

—No creo que sea buena idea. Además, voy a regresar a Sadtown y estoy muy liada.

—No hay problema. Sadtown no está tan lejos —insiste.

Da otro paso y me acaricia la cara.

La carne se me pone de gallina, no puedo evitarlo. Ese hombre es atractivo y me gusta.

De pronto, se abre la puerta de la sala y aparece Dylan y nos pilla en plena caricia. Su cara se

transforma en algo muy feo que no me gusta nada.

—¡No la toques! —grita—. ¡Es mía!

Izan aparta la mano de mi cara y yo aprieto los dientes abochornada.

—Dylan, creo que te estás equivocado —le reprocho.

—Te estaba tocando de manera nada profesional —sisea.

—Y yo no soy tuya. Puedo hablar de la manera que me dé la gana con quien quiera. ¿Cuándo he firmado un contrato de exclusividad contigo?

Abre los ojos muy sorprendido.

—Creí que tú-y-yo... —balbucea.

Me voy hacia él enfurecida.

—Ese es vuestro problema: siempre pensáis por mí y nunca preguntáis. No somos pareja, solo follamos y creo que ya lo hablamos y ayer quedó más que claro.

Respiro agitadamente.

—Agnes, relájate un poco, estás muy alterada —me dice Izan.

Me giro hacia él muy enervada.

—En cuanto a ti, si te encuentro en un local liberal, puedes follarme si me apetece, pero aquí dedícate a ser el médico de mi padre —le espeto.

—Entendido.

Levanta las manos en son de paz.

—Lo siento, Agnes —susurra Dylan.

—Yo también lo siento. Pensé que eras diferente a los demás. Ahora vete, tengo que visitar a mi padre y necesito relajarme.

Dylan mira al doctor y aprieta los puños con rabia. Luego me mira a mí y sale escupiendo demonios por la boca.

Me siento en la silla. Izan se queda allí conmigo. Mi respiración es agitada y me toma el pulso de la muñeca.

—Siento lo ocurrido, no pretendía estropear tu relación. No volveré a molestarte.

—No tengo ninguna relación—gruño.

Lo miro a sus increíbles ojos verdes y la mente se me nubla y algo oscuro me cruza por la cabeza.

Le pongo las manos en la cara y lo beso. Él reacciona de inmediato y responde con efusividad. Necesito relajarme y no hay nada mejor que el sexo. Dylan es una decepción. Todos los hombres que se cruzan en mi vida lo son, así que mejor me aprovecho, como ellos hacen conmigo.

Me excito al comerle la boca y necesito más de él. ¿No es lo que buscaba? Pues ya me tiene. Pero se separa de mí un instante jadeando.

—Agnes, espera.

—¿Por qué?

—Aquí pueden vernos. Sígueme...

Abre la puerta y yo voy detrás de él como un corderito.

Lleva las manos en la bata y se le marca ese magnífico culo que tiene. No puedo apartar la mirada de su cuerpo y necesito poseerlo. Izan abre una puerta con una tarjeta magnética y entramos en un pequeño cuarto con dos literas, un baño, un sofá pequeño, una nevera y una máquina de café.

—Esta es nuestra sala de descanso cuando hacemos las guardias. Ahora no hay nadie —me explica.

Cierra la puerta y luego viene a por mí como un loco.

Me arrincona contra la puerta y sus besos son pura desesperación. Le revuelvo su pelo negro y él lucha por subirme la falda mientras mis manos se cuelan por el elástico de sus pantalones. Agarro su polla dura y empiezo a masturbarlo. Gimo de placer al sentir su erección tan repentina entre mis manos.

—Joder, Agnes. Me estoy jugando el puesto, pero vales la pena —sisea excitadísimo.

—Fóllame, Izan. Te necesito.

Me baja las bragas y sus pantalones caen hasta los tobillos. Me sube una pierna hasta su muslo y se inserta en mí.

—Diosss...

Mi garganta se desgarrar del gusto.

Vuelve a por mi boca mientras me embiste y juega con mi lengua. Yo me deshago con sus penetraciones mágicas.

—Lo de ayer fue algo fantástico para mí —me susurra y embiste a la vez.

—Y para mí —soy sincera.

Me agarra la otra pierna y me eleva al paraíso.

Me sujeto a su cuello para no caerme, aunque lo dudo, pues estoy clavada a su polla y no creo que me mueva de ahí. Subo y bajo de su tronco de la felicidad y escalo el árbol de la vida con su savia empapándome entera. De pronto, caigo en que no se ha puesto un condón. Tengo que solucionar este problemilla. Separo mi pecho del suyo y le tiro del pelo para que me mire.

—No te has puesto protección y yo no tomo nada —le informo.

Sale de mi interior de inmediato.

—Tendremos que solucionarlo, porque aquí no tengo condones. No suelo traer a nadie a follar.

Me sonrío, pero yo estoy salida y necesito que me sacien.

Lo beso y se activa de nuevo mientras mi mano va de nuevo a su polla para que esa magnífica erección no se baje.

Me coge en brazos y me lleva hasta una de las literas y me tumba. No pierdo detalle de lo que hace. Me pone boca abajo y empieza a lamerme entera.

—Agrrr —me retuerzo al sentir su lengua en mi coño.

Sigue comiéndome entera y hace malabares en mis entrañas.

Me eleva las caderas y su lengua se clava dentro de mi coño y uno de sus dedos en mi ano. La excitación se intensifica al sentir esa deliciosa presión. Necesito más. A Grayson le gustaba practicar sexo anal y a mí también, pero hace siglos que no lo práctico. Solo de pensar en lo que me va a hacer me mojo todavía más. Entonces, siento otro dedo en mi orificio sagrado, prohibido para muchos.

—Me matas —gimo.

—De placer, espero —me tantea.

—Mucho —le doy mi aprobación.

—Eso quería oír.

Vuelve al ataque y su boca se deleita en mi coño y va a hacer que me corra de un momento a otro.

Me mordisquea el clítoris y traza unos círculos con su lengua que me hacen ver doble. Es imposible soportarlo.

—No puedo más...

Me froto contra su boca y su barba y él bebe de mí hasta que mis piernas empiezan a temblar.

Luego me da unos segundos y empieza a besarme la espalda y su lengua inicia un nuevo recorrido por mi columna vertebral. Llega a mi cintura y sigue bajando por el canal de la lujuria entre mis dos nalgas. Me tenso ante la expectativa de un nuevo ataque y me besa en el círculo mágico para dilatar y ayudarse a entrar en el paraíso prohibido. Me muerdo los carrillos por dentro y entonces su boca se aparta y su polla se posa ahí y empieza a restregarse para tantear el camino. Muevo la cabeza frenéticamente, porque el placer es pecaminoso y mi imaginación vuela al local de anoche. Pienso que todo el mundo nos mira. Introduce el capullo en la entrada y la tensión de mis músculos empieza a ceder.

—Agrrrr —gimo de nuevo.

—Madre mía. No sé si podré metértela sin correrme antes. Eres tan ardiente y pasional — jadea.

Sigue con sumo cuidado e introduce un centímetro, luego otro y así hasta que se clava entero en mí. Luego suspira y yo aguanto la respiración.

—¿Estás bien? —se preocupa por mí.

—De maravilla —contesto ardiente.

—¡Joder, Agnes! Me tienes tan cachondo.

Inclino mi culo hacia atrás para que se ponga en marcha y suelta un quejido de gusto.

Funciona, porque empieza a moverse y yo me pierdo de nuevo en la lujuria de Izan Hamilton. Se mueve con lentitud, pero con decisión. Sus huevos rebotan en mi trasero y el sudor de su cuerpo cae en mi espalda. Sus embestidas me producen mucho placer y me hacen sentir cosas nuevas. Se inclina sobre mi espalda y su mano vuelve a jugar con mi coño, todavía húmedo por el reciente orgasmo. Me activa todas las terminaciones nerviosas de nuevo y ardo al momento.

—Oh, sí, no dejes de tocarme —le pido sin pudor.

Él obedece y me mete un par de dedos y me siento llena y a punto de explotar otra vez.

—Me llevas al límite —gime él.

—Y tú a mí.

Embiste con más rapidez y se desliza sin dificultad.

Sus dedos se mueven hábiles; su polla, con maestría. Es una puta locura de éxtasis y felicidad. Tengo el cuerpo bañado en sudor y nos quedamos pegados, como haciendo ventosa. Me penetra por completo y él acelera el ritmo de su sexo y de su mano. Muevo las caderas en busca de mi segundo regalo, lo que le provoca una sobreexcitación.

—No puedo más —jadea.

Empieza a darme con brío y mi clítoris explota de nuevo en su mano y no puedo reprimir un grito, ya que este es más intenso.

Izan bombea a un ritmo frenético y también revienta dentro de mí y se vacía profiriendo palabras inteligibles que a mí no me interesan. Solo quiero sentir esa sensación de plenitud y satisfacción. Cuando al fin se descarga, se queda quieto dentro de mí y me besa en la nuca.

—Gracias. Eres un regalo.

Luego alarga la mano hacia una caja de pañuelos de papel, sale de mí y me coloca uno para que no se me caiga nada y vaya a un sitio en el que me pueda causar un problema.

—Ve a la ducha, rápido —me ordena.

Salto como una gacela y no me lo pienso.

Ahí no existe el romanticismo y nada parecido. Follamos para complementarnos y saciarnos. Espero que este no la cague también.

Me meto en la ducha y me lavo a fondo. Me gusta Izan y más como folla. Solo busco eso, no quiero nadie que me quiera ni me complique la vida. En este momento, no. Él se mete conmigo

en la ducha y nos besamos bajo el agua. Es un hombre tremendamente atractivo y muy sensual.

—¿Te ha gustado? —me pregunta.

—Mucho.

—Tengo un colega ginecólogo que te puede dar algo para que no tengas ningún susto, por si te encuentras en una situación como la de hoy. Por mí puedes estar tranquilo, estoy limpio.

Bajo la mirada un poco avergonzada.

—Eres el primer hombre con quien lo hago sin condón, aparte de mi marido —le confieso.

—Pues es todo un honor que me regales ese mérito. Yo tampoco suelo acostarme con nadie sin preservativo. No sé qué me ha ocurrido contigo.

Me tranquiliza oír que está limpio y que toma sus medidas, pero voy a aceptar su oferta e iré a ver a ese médico.

—¿Cuándo podría verme tu amigo?

—Ahora entra a ver a tu padre y yo hablo con él para que te haga un hueco. Así aprovechas la mañana.

Me echo a reír.

—Sí que la estoy aprovechando, sí.

Le doy un beso en los labios y salgo de la ducha a vestirme.

—Agnes, no quiero que me malinterpretes —dice—. Esto no lo había hecho nunca con nadie, pero no pienso agobiarte ni hacer nada que tú no quieras. Pero sí es cierto que me gusta mucho estar contigo. Siento un *feeling* muy especial contigo.

Me subo la falda y me pongo la blusa.

—No busco una relación.

—Yo tampoco, te lo aseguro.

—Pues entonces nos entenderemos.

Él sonríe complacido y yo termino de vestirme.

—Voy a ver que no haya nadie fuera para salir de aquí —dice con picardía.

Asoma la cabeza por la puerta y me hace una señal para que salga.

Me recompongo y él se mete en su papel de médico que acompaña a un familiar a visitar a un paciente suyo. Tengo que aguantar la risa y las ganas de echarle la mano al culo. He de reconocer que es un médico excepcional, porque a mí me ha curado todos los males.



Mentiras

Voy a casa, no sin antes haber pasado por la consulta del amigo ginecólogo de Izan. Es un hombre muy majo, pero, para mi gusto, mayor para poder tirármelo. Aunque con la racha que llevo últimamente... En fin, que me receta unas pastillas y me dice que puedo empezar mañana mismo a tomármelas, pero que tome precauciones hasta después de la primera regla. Pienso tomarlas siempre.

Llego a casa y compruebo que a mi madre y a mi tía las han dejado preciosas en la peluquería. Parece que vayan a una boda de lo guapas y arregladas que están.

—¡Vaya por Dios! Si parecéis dos actrices de Hollywood.

Me echo a reír y mi madre se pone colorada.

Lleva unas mechas rubias que le favorecen mucho y mi tía se ha matizado el pelo blanco y arreglado el corte.

—¿Cómo has visto hoy a tu padre? —me pregunta preocupada.

—Está mucho mejor. El doctor Hamilton me ha dicho que hoy mismo lo pasan a planta y, en un par de días, a casa.

Abre los ojos de la emoción.

—¡Qué buena noticia! —dice emocionada—. Ya no tendremos horarios de visita y pronto estará en casa conmigo.

—Sí, mamá. La pesadilla parece que toca a su fin.

Me abraza y yo la aprieto con fervor contra mi cuerpo.

—Te quiero mucho, mamá.

—Y yo también, pequeña. Nunca podré agradecer lo que has hecho por nosotros —solloza.

—Sois mis padres. Cualquier hijo con sentido común lo haría. Ahora ve al hospital, que le vas a dar una alegría.

La miro de nuevo y está bellísima.

—Diane, coge el bolso. A Santiago le vas a levantar algo más que la moral —bromea mi tía.

—¡Eliza, no seas así! —le riñe mi madre.

Las dos se marchan, picándose la una a la otra, y yo me siento en el sofá, pues me tiembla el cuerpo del polvazo con el buen doctor.

Pienso en Izan y me sale la sonrisa tonta. Luego lo hago en Dylan y me siento un poco mal de

cómo lo he tratado. Quizá deba pasarme por su casa y hablar con él. No quiero que quedemos mal. Me gusta y es una persona que ha estado ahí cuando lo he necesitado. Pero primero voy a llamar a Grayson y hablar con mi hija. Marco el número de mi marido, que me contesta *ipso facto*.

—Hola, Agnes, ¿cómo va todo por ahí?

Supongo que se refiere al tema de mi padre.

—Bien, mi madre acaba de irse al hospital y pronto le darán el alta a mi padre. Se está recuperando muy rápido desde que recobró el conocimiento.

—Me alegro mucho por vosotras y por Santiago. Es un buen hombre.

—Gracias. ¿Cómo está Rosy?

—Pues acabamos de llegar a casa de Consuelo. También le han dado el alta y he estado hablando con los médicos sobre la posibilidad de regresar a casa.

Lo escucho muy atenta y acerco más el teléfono a la oreja.

—¿Y qué te han dicho?

—Que podemos irnos mañana, siempre y cuando la siga un médico ahí y le haga sus chequeos tras la operación. No corre ningún riesgo por viajar.

—¡Qué buena noticia! Me muero por verla.

—¿Y a mí no? Porque yo pienso en ti todos los días.

Vuelve al tema personal y me hace sentir incómoda.

—Grayson, no vayas por ahí, por favor te lo pido. No ha cambiado nada entre nosotros.

—¿Cuándo regresas a Sadtown?

—De eso quería hablar contigo, precisamente. A mi padre le dan pronto el alta y mi madre va a tener mucho trabajo en casa. Rosy no puede quedarse aquí y conmigo tampoco.

—¿Por qué contigo no? —inquieta molesto.

—Porque tengo que regresar al colegio y haré escapadas a San Diego para ayudar a mi madre. Los fines de semana, seguro. No podré atender a Rosy como Dios manda.

—Joder, Agnes.

—Nunca te he pedido nada, no me lo pongas difícil ahora. Le pago la universidad y mis padres la mantienen, así que no te quejes tanto.

Subo el tono de voz. No quiero enfrascarme en una discusión, pero Grayson sabe cómo tocarme la fibra.

—Está bien, yo cuidaré de ella.

—No es cuidar de ella. Simplemente es dejar que se quede contigo. Tú estás más a mano, por si te necesita.

—Lo he pillado. No hace falta que te sulfures.

Cojo aire y lo suelto.

—Lo siento, me he calentado un poco.

—¿Un poco? Estás que saltas a la más mínima.

—Déjame hablar con ella.

Ya no quiero seguir esta conversación con él.

—Ahora duerme. Le han dado un sedante para que se relajara y descanse.

—¿Cuándo venís entonces?

—Voy a mirar vuelos. Si hay conexión, llegaremos mañana por la tarde. Te mandaré un mensaje

—Está bien, iré a recogerlos al aeropuerto, ya que estoy aquí. Así nos vamos para Sadtown juntos. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, Agnes.

Cuelgo de mala manera y voy a la cocina a picar algo. Me preparo un sándwich y pienso de nuevo en Dylan. Miro el teléfono y dudo en llamarlo. Luego veo que ya es tarde; seguro que está en casa. No me lo pienso dos veces y agarro el bolso y las llaves del coche de mi padre y me encamino hacia su casa. Voy a devolverle la sorpresa que me dio esta mañana.

Me subo al coche y cojo la autovía hacia Morena. No tardo más de quince minutos en llegar, porque hay algo de tráfico. Aparco un poco más abajo de su casa, en Azusa Street, y voy caminando lentamente. Me hace gracia el tono de las casas grises y cómo están en sintonía con el paisaje. Llego a su número y toco al timbre. Oigo un ruido dentro de la casa, como un tropezón. Algo cae al suelo. Espero que esté bien y no lo pille en mal momento. Pero luego escucho risas y me doy la vuelta para largarme de ahí cagando leches, pero la puerta se abre y aparece la rubia que conocimos en el local liberal. Va enrollada en una sábana que arrastra por el suelo y Dylan está detrás, en calzoncillos. Los miro sorprendida, no lo puedo negar, pero no me afecta del modo en que él pueda pensar.

—¡Agnes! ¿Qué haces aquí?

Su cara sí es de pillado total y se lleva las manos a la cabeza. Luego intenta esconder a la rubia detrás de la puerta, cosa que me hace gracia.

—Pues venía a hablar contigo, pero ya veo que es mal momento —le digo con sarcasmo.

—No es lo que tú piensas.

Es la frase mágica.

—¿Qué sabrás tú lo que yo pienso? —le espeto—. Ya te dije que no hicieses esa función por mí.

—Me sentía mal y, como tenía el número de Patty, una cosa llevó a la otra... ¡Joder! —maldice confuso.

—No me debes ninguna explicación. Solo quería disculparme por haberte hablado mal, pero creo que me quedé corta —digo muy seria.

—Agnes, no te enfades conmigo. Ahora mismo le digo que se vaya —balbucea.

—Ni se te ocurra hacerle eso a la muchacha —alzo la voz, indignada—. Si no me hubieses mentido, ahora puede que hasta me uniera a vosotros y nos lo podíamos pasar en grande, pero no soporto que me mientan y me engañen por detrás.

—¡Quédate, Agnes! —implora.

—Es tarde para eso. Te dije que no éramos pareja y no te mentí. Eres libre de follar con quien quieras y, de hecho, no me molesta en absoluto.

—¿Entonces?

—Me molesta que vengas al hospital a reclamar que soy tuya y luego hagas esto. Eres un mentiroso, porque si sintieras lo que dices, ahora estarías roto. Por eso he venido, a ver cómo estabas.

—¿Y qué va a pasar ahora?

Me río y miro al suelo antes de centrar mis ojos en los suyos.

—Nada. Si nos encontramos en algún local y me apetece follar contigo, lo haré. Pero, fuera de esos encuentros, no quiero volver a verte.

—¿Es por el doctor?

Suelto una carcajada demoledora.

—¿Cuál? ¿A ese a quien te follas su pareja a sus espaldas? No, Dylan. Yo cuando quiero follar

con alguien lo hago y punto, pero voy de frente. Tú, en cambio, eres un falso.

—Te lo has follado hoy, ¿verdad?

Los celos brillan en sus ojos.

—Muy a gusto, por cierto. Y pienso repetir cuando me apetezca. Yo no me escondo.

Aprieta los labios con fuerza.

—¿Vienes, cariño? —le llama la rubia.

Lo miro a los ojos y sonrío.

—Te reclaman, cielo.

—Esto no ha terminado, Agnes —dice, apretando los dientes.

—Yo creo que sí —contesto—. Ahora entra y ocúpate de lo que tienes en casa. Que te vaya bien, Dylan.



Me doy media vuelta y

voy calle abajo hacia mi coche sin echar la mirada atrás.

Otra decepción más a la espalda. Los hombres mienten por genética y es una pena, porque es lo único que no soporto ni puedo perdonar.

El lunes fue un día agotador para mí. Después del numerito con Dylan volví al hospital a ver a mi padre. También hablé con Jorge para comunicarle que el miércoles me incorporo al trabajo. Luego regresé a casa y cené con mi madre y mi tía. Al final del día, conseguí hablar con mi hija que, para más inri, me dijo que el novio que había dejado la echaba mucho de menos y estaba deseando que regresara para retomar la relación. Cuando cogí la cama caí como un peso muerto.

Hasta esta mañana.

Hoy regresan por fin de España y tengo que recogerlos por la tarde en el aeropuerto internacional de San Diego. Estoy preparando mis cosas y así, más tarde, regresar a Sadtown. Todavía no le han dado el alta a mi padre y no me gusta marcharme sin verlo en su cama de casa, aunque sé que la tía Eliza es de gran ayuda para mamá. Ha contratado a una chica para que le haga la limpieza y la ayude en todo mientras papá esté convaleciente. Es un amor y nos emocionó ayer por la noche cuando nos lo contó. Así puedo marcharme más tranquila, aunque no por eso con menos dolor de corazón.

A mi tía le he contado lo de mi hija Rosy. No podía más con el secreto que me quemaba en la sangre. Lo ha entendido y me pide que no le diga nada a mamá. Es de las mías: protectoras hasta la muerte con los seres queridos. Ahora voy a ir al hospital y espero no encontrarme con Izan, porque no tengo el cuerpo para nada. Veo que todos los problemas vuelven a juntarse y estoy un pelín agobiada.

No puedo seguir usando el coche de papá, porque pronto lo necesitará él. Llamo un taxi para que venga a recogerme y dejo la bolsa en el suelo. Mi madre la ve y frunce el ceño.

—¿Te vas hoy? —me pregunta.

—Sí, mamá. Pasaré a ver a papá y regreso a casa esta tarde. Mañana ya me incorporo al

colegio y Rosy también regresa de España. Iré a recogerla al aeropuerto.

Omito decirle que está convaleciente.

—Dile que se venga para aquí. Tengo muchas ganas de verla y Eliza también.

—No es una buena idea. Estás muy liada con lo de papá. Con un poco de suerte, le darán el alta mañana o pasado y Rosy sería un estorbo. Me la llevo a casa. En cuanto esté bien papá, regresará con vosotros.

—Pero Agnes... —protesta.

—Mamá, ella no sabe nada del accidente. No puede llegar y encontrarse con todo esto de golpe. Se lo tendré que contar con mucho tacto —le explico.

Mi madre baja la cabeza y asiente.

—Es cierto, ya no me acordaba. Hazlo a tu manera, pero no tardes en venir por casa y traer a Rosy.

—No te preocupes. Eso no tienes ni que mencionarlo. Ya no vendré por casa. Me iré al aeropuerto desde el hospital. Alquilaré un coche y así dejo aquí el de papá.

Mi madre y mi tía me abrazan emocionadas y yo evito que se me caigan las lágrimas. El claxon del taxi hace que rompamos ese vínculo momentáneo y me separo de ellas.

—¡Cúidate, pequeña!

—Tengo que irme. Os quiero a las dos.

—Llámanos en cuanto llegues —vocea mi tía.

—Llegaré tarde. No os voy a despertar. Me voy...

Les digo adiós con la mano y les envío un beso. Salgo y el taxi está esperando en la puerta.

Me subo y le digo que me lleve a una oficina de alquiler de coches. Arranca y me voy acongojada. Sé que cuando termine el día estaré de vuelta en Sadtown, sola y comiéndome la cabeza. Estos días con mi madre me he sentido bien, aunque las circunstancias no son las mejores, pero he vuelto a sentir lo que es una familia, la que yo perdí.

Llego a mi destino y alquilo una furgoneta similar a la mía, pero moderna. Luego la entregaré en Sadtown y recupero mi adorable y vieja chatarra. De allí voy al hospital a visitar a mi padre. Subo a la planta donde está ahora y no me tropiezo con Izan. Entro en la habitación y mi padre tiene buen color y sonríe al verme.

—Hola, pequeña.

—Hola, papá. Te veo muy pero que muy bien.

Le doy un abrazo enorme y él se refugia en mis brazos.

—Me siento mucho mejor y con más fuerza —dice animado—. Tengo ganas de regresar a casa con tu madre.

—Ella también tiene unas ganas locas. La tía Eliza ha contratado a alguien para que la ayude en las tareas de la casa y así poder dedicarte más tiempo. Es un cielo de mujer y se preocupa mucho por mamá.

Él entrecierra los ojos y aprieta los labios.

—De sus hermanos, es la única que siempre ha estado ahí, aunque en la lejanía. Por lo menos, se acordaba de que tenía una hermana. Me alegra que le haga compañía y la ayude.

—La verdad es que es un consuelo tenerla en casa. Yo regreso a Sadtown. Rosy llega hoy de España y no quiero que se entere todavía de lo tuyo. Me la llevo conmigo y vendré a verte el fin de semana a casa; o eso espero.

Me acaricia el pelo y me deshago ante sus caricias.

—Cuida de tu hija. Este viejo ya está bien y tú tienes tu vida. Te noto muy cansada y ahora te toca a ti recuperar fuerzas.

—Estoy bien, papá. Ahora sí.

Se frota la cabeza y frunce el ceño. Enseguida me preocupo.

—¿Te duele?

—No es eso. Intento recordar el día del accidente y todo está en blanco.

Suspiro, aliviada.

—No le des más vueltas —digo—. Lo importante es que ya estás casi bien del todo.

—Ya sabes cómo soy, pequeña. Necesito recordar qué me pasó.

—Y lo harás, pero si saturas tu cabecita jamás lo recordarás. Eso te vendrá cuando menos te lo esperes y estés relajado.

Me mira fijamente y sonríe.

—Tienes razón, hija. Siempre la tienes.

Nos quedamos charlando un rato hasta que entra una enfermera sonriente y mi padre le guiña un ojo.

—¿Papá? Vaya desvergonzado estás hecho.

Me río.

—Muchas horas de aburrimiento.

—Señor García, le voy a poner en el suero un calmante para que descanse un poco. Órdenes del doctor —dice la enfermera.

Me pongo un poco tensa al escucharla y me levanto de la silla.

—Te dejo para que duermas un ratito. No creo que tarden en aparecer mamá y la tía Eliza. Yo voy a hacer unos recados y me marcho para el aeropuerto.

—Está bien, pequeña. La próxima vez te veré en casa.

—Sí, papá. Cuídate mucho y haz caso de lo que te diga el doctor. Te quiero mucho.

Le doy un beso en la frente y me despido.

—Yo también te quiero, Agnes.

Salgo conmovida de la habitación y me encuentro en el pasillo con Izan Hamilton.

Casi choco con él y me sujeta por los brazos. Mi cuerpo reacciona enseguida ante su tacto. Ese hombre es electricidad pura y dura.

—¿Ya te vas? —me pregunta con sensualidad.

—Me temo que sí.

Bajo la mirada por temor a perderme en esos ojos verdes.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Levanto la cabeza y ahí están esas esmeraldas preciosas y brillantes.

—No puedo. Tengo que ir al aeropuerto a por mi hija y luego regreso a Sadtown. Mañana me incorporo de nuevo al trabajo.

Chasquea la boca en un gesto de disgusto.

—¿Puedo llamarte y quedar contigo un día de estos? Me muero por perderme en ese cuerpazo que tienes —susurra en mi oído.

Hace que me erice al momento.

—Tengo tu número. Te llamaré yo mejor —me burlo.

—No seas mala, que eso me pone todavía más.

Suelto una carcajada y él me acompaña.

—¿En serio...? Cambiando de tema: ¿ves a mi padre bien?

Cambia su gesto. Vuelve a ser el doctor Hamilton.

—Muy bien. De hecho, creo que mañana le daré el alta. Tendrá que venir a revisiones y llevar

un pequeño tratamiento. Por lo demás, evoluciona favorablemente.

—Gracias por todo, Izan.

—Es mi trabajo. Por lo otro..., gracias a ti.

Me arrincona suavemente detrás de la máquina del café y me roba un beso fugaz.

Me dejo llevar por esos labios maravillosos que sabotean mi boca y me aturden todos los sentidos. Su barba me hace cosquillas, pero su lengua hace que mi sangre entre en ebullición. Tengo que separarme de él o me pierdo y lo violo allí mismo.

—Eres muy persuasivo cuando quieres —digo con la voz entrecortada.

—Y tú eres irresistible, Agnes.

Me arreglo el pelo y lo miro con deseo.

—Nos veremos pronto..., doctor —siseo suavemente.

—Eso no lo dudo.

—Que tengas un buen día —me despido.

—Ahora sí que lo es.

Sonríe y entra en la habitación de mi padre y yo me marcho acalorada en busca de la furgoneta alquilada para ir al aeropuerto en busca de mi hija y de mi marido.



En casa

Estoy en la puerta de llegadas de los vuelos internacionales, esperando a que salgan de una vez Rosy y su padre. Hay una marabunta de gente y tengo que hacerme hueco para ver cómo van entrando los primeros pasajeros procedentes del vuelo de España. No es algo que suela hacer, lo de venir al aeropuerto, y estoy entre nerviosa y emocionada.

De pronto, veo la calva de mi marido, que destaca entre los demás debido a lo alto que es. Trae a Rosy en una silla de ruedas para evitar esfuerzos, peor no por eso me impresiona menos. Grayson se ha dejado una discreta barba y está muy guapo. En cuanto salen, alguien de aeropuerto ayuda a Rosy a incorporarse en la puerta de salida y se lleva la silla. Ella camina sin dificultad, pero va despacio. Corro hacia ellos y abrazo con cuidado a mi hija.

—Hola, mi niña. ¡Cuánto te he echado de menos! ¿Estás bien?

Ella sonríe y me da una palmada en la espalda.

—Estoy bien, mamá. Solo ha sido una apendicitis. Me tira la herida un poco y debo moverme con cuidado.

Miro a Grayson, que tiene carita de cordero degollado. Luego le doy un beso en la cara y este chasquea la lengua.

—Esperaba algo más efusivo —bromea.

—Gracias por cuidar de Rosy.

—Soy su padre.

—¿Nos vamos ya? Estoy agotada —interviene mi hija, cortando la conversación incómoda que se veía venir.

—Sí, tengo la furgoneta en el aparcamiento.

—¿Has venido en esa chatarra? —se queja Rosy.

—No, he alquilado una nueva, no te preocupes.

Me mira con curiosidad.

—¿Y la tuya?

—En casa, pero ya estaba en san Diego.

—¿Por qué? —insiste.

—Ahora, cuando llegemos a casa, hablaremos. No es un buen momento y estás muy cansada.

Vamos caminando hacia el aparcamiento, pero mi hija es un hueso duro de roer. Al subir a la furgoneta, sigue con el interrogatorio.

—¿Por qué estabas en San Diego, mamá? —vuelve al ataque.

Suspiro, cansada de todo y de todos.

—Deja a tu madre, Rosy —le pide Grayson.

—No, aquí pasa algo y me lo estáis ocultando. Vienes tú a Madrid y ahora ella está en San Diego. No me cuadran las cosas.

No es tonta y suma dos más dos.

Salgo del aparcamiento y pongo rumbo a Sadtown.

—Está bien. Tu abuelo tuvo un accidente en la universidad y pasó unos días graves en coma.

—¿El abuelo? —grita entre lágrimas.

—Tranquila, ya está bien. Mañana le dan el alta.

—¿Qué le pasó?

—Se cayó por las escaleras cuando iba a buscar el coche. Un profesor lo encontró y pudieron salvarlo a tiempo. No te conté nada para no estropearle las vacaciones y la abuela tampoco sabe lo de tu operación para no meterle más presión. Por eso, debes quedarte en casa de papá hasta que el abuelo mejore.

—¿No puedo quedarme contigo? —inquieta.

—Mañana empiezo en el colegio y todo el tiempo libre que tenga iré a San Diego a ver al abuelo. No puedo ocuparme de ti y debes ir al médico a hacer curas y revisiones. Tu padre está más disponible —le explico.

—Ya soy mayor —protesta—. Puedo quedarme sola en casa y que papá venga a buscarme.

—Rosy, prefiero que estés conmigo —dice Grayson.

—En cuanto el abuelo mejore, ya podrás regresar con ellos a San Diego —la animo.

—¿Seguro que el abuelo está bien? —pregunta con desconfianza.

—Seguro. En cuanto pueda, te llevo a verlo, pero tú también tienes que recuperarte de tu operación.

Rosy aprieta los labios y se recuesta sobre el asiento. No parece muy convencida, pero es lo que hay.

Grayson me mira mientras conduzco y me pone nerviosa.

—¿Qué miras? —le espeto.

—Lo guapa que estás. Te he añorado tanto...

—Grayson, por favor. No empieces —le regaño.

Enciendo la radio y veo que Rosy se ha quedado dormida. Yo conduzco y no quiero entablar una conversación con mi marido. Al cabo de media hora, llegamos a casa.

Aparco la furgoneta de alquiler al lado de la vieja. Me bajo y veo que hay una caja delante de la puerta. Otra vez el mal rollo se instaura en mi cuerpo. Grayson la ve y baja disparado de la furgoneta y viene a mi encuentro.

—¿Qué es eso? —pregunta alterado.

Miro hacia atrás y compruebo que Rosy sigue dormida.

—No lo sé. Acabo de llegar, ¿recuerdas?

—Deja que la abra yo.

Asiento con la cabeza.

—Toda tuya.

Va hacia la puerta y abre la caja misteriosa. Una docena de rosas negras aparecen ante nuestros ojos. El vello se me pone de punta. El acosador parece que ha vuelto y en el peor de los

momentos.

—¿Hay alguna nota? —pregunto nerviosa.

Revuelve enfadado las flores y la caja y entonces cae un pequeño sobre de color negro.

—¿Lo abro? —dice

—Sí, ábrelo —respondo, levantando un poco la voz.

Grayson abre el pequeño sobre y lee lo que pone dentro.

—Dice: «Tic, tac, el juego vuelve a empezar».

Me mira y yo lo miro a él.

—Tíralas a la basura —le digo—. Ese tío es un grillado de la vida. Saca a Rosy del coche y métela en la cama. Que duerma esta noche aquí.

—Yo también me quedo. No te voy a dejar sola con un psicópata merodeando por ahí —se ofrece Grayson.

—No va a hacer nada. Puedes irte tranquilo a tu casa.

—Agnes, no me discutas, me voy a quedar. Dormiré en el sofá.

Suelto un bufido y accedo con tal de que no me dé la charla.

Abro la puerta de la casa y Grayson entra a Rosy en brazos y la tumba en su cama con delicadeza.

—¿Por qué duerme tanto? —inquiero.

—Por la medicación que le han dado para el dolor y los relajantes. Eso la deja fuera de combate. Se la tomó cuando llegamos al

aeropuerto. Hasta mañana dormiré como un tronco.

Miro cómo la arropa y el cuidado con que lo hace. Es un buen padre y los recuerdos me golpean en la cabeza. Tengo que salir de aquel cuarto y voy al baño a lavarme la cara.

A veces, echo de menos a mi familia, mi marido, mi casa... Pero luego pienso en el sexo, Neal, Dylan y el buen doctor. ¿Cómo puede cambiar mi vida en tan poco tiempo? Todo por culpa de Grayson y ahora soy como él. Creo que ya no podría dar marcha atrás y volver a ser monógama y una ama de casa perfecta.

—¿Estás bien, Agnes?

La voz de Grayson me asusta y doy un respingo.

—¡Qué susto!

Me llevo la mano al corazón.

—Te he visto pensativa y ausente. ¿Seguro que no te ha afectado lo de las flores?

—Para nada. Ni siquiera pensaba en eso.

Salgo del baño y paso por su lado. Grayson me atrapa contra su enorme pecho y yo lo miro a los ojos.

—De verdad que no dejo de pensar en ti —me dice—. Me muero por hacerte el amor y perderme en tu cuerpo.

Me echo a reír y lo confundo.

—El único verbo que has utilizado de verdad es que sí me has perdido. No voy a acostarme contigo, Grayson. Ya tengo quien me caliente la cama y tampoco es Neal.

Aquello le sienta como una patada en los huevos.

—Así que ahora pasas de nosotros.

—Totalmente. No os necesito para nada. Bueno, a ti para ejerzas tus funciones de padre.

—¿Con quién sales? —pregunta, celoso.

—Será con quiénes. Ya soy como vosotros. He avanzado mucho y no me he quedado llorando vuestra ausencia. ¿Qué os pensabais de mí?

Me giro y le hago frente.

—No puedes, Agnes. Tú no...

Se frota los ojos y se niega a creerlo.

—¿Por qué yo no? ¿Porque sigo casada contigo? Tenías que habérmelo preguntado hace muchos años. Quizá te hubiera sorprendido mi respuesta y ahora podíamos seguir juntos.

Lo suelto al fin.

—Pero yo no quería que tú... —se muerde la lengua.

Echo un paso hacia atrás.

—Ya lo entiendo. Tú querías jugar por libre y, mientras, la mujer en casa haciendo sus labores. Menudo machista de mierda —le espeto.

—No es eso. Es que me cuesta mucho ver que otros hombres te tocan. Luego, cuando estamos en el acto, como con Neal, es todo lo contrario: me pone muy loco. Pero me cuesta arrancar.

—Pues tendrás que verme con varios hombres para acostumbrarte. Aunque ahora mismo ya no importa. Lo nuestro ya no existe.

—Dame una oportunidad —suplica.

—No puedo. Ahora quiero vivir mi vida y disfrutar de mis propias experiencias... sin ti.

—Sabes que como tú ninguna.

Intenta besarme, pero me aparto.

—Eso dices siempre, pero acabas tirándote a todo lo que se mueve. Me voy a la ducha y luego a dormir. Ya sabes dónde están el sofá y las sábanas. Buenas noches.

—Buenas noches.

Voy a mi habitación a por un camisón y regreso al baño. Me meto en la ducha y me relajo un poco bajo el agua. Salgo, me seco con una toalla y luego el pelo con el secador procurando no hacer mucho ruido.



Estoy molida y me muero por pillar la cama y dormir de un tirón. Mañana tengo que incorporarme al trabajo y no estoy precisamente lo que se dice motivada. Lo mejor es que mi padre regresa a casa y que mi hija ya está aquí. Parece que las aguas vuelven a su cauce y solo quiero un poco de tranquilidad. Me viene a la mente ahora Izan Hamilton. Qué bueno sería tenerlo aquí para que me diera un buen revolcón y dormir a pierna suelta. Me encanta ese hombre, tengo que reconocerlo.

Me meto en cama y apago la luz. Cierro los ojos y, al poco rato, caigo en los brazos de Morfeo.

Unas manos me acarician las piernas y mi camisón sube lentamente hasta mi cintura, dejándome expuesta ante un intruso. Jadeo, porque sus caricias se vuelven más descaradas y siento su erección pegada en mi trasero. Me relamo y el calor mana de mi sexo caliente. Ahora sus manos acarician mis pechos y me revuelvo inquieta, pues el deseo me consume. Estiro los

brazos hacia atrás y toco la calva de Grayson, que está a punto de entrar en mí. Entreabro los ojos para quejarme, pero me penetra en ese instante y ya no puedo hacer nada. La lujuria me consume y el deseo me quema las entrañas. Aprovechando que dormía, se ha metido en mi cama y ahora posee mi cuerpo.

—Esta me la pagas —gimo, arqueando mi espalda.

—No me importa, pero esta noche eres solo para mí —sisea en mi oído.

Ya me tiene despierta. Me agarra los pechos con fuerza y se impulsa para embestirme bien profundo. Me machaca las nalgas con su pubis y su polla entra en mí con hambre.

—Qué ganas te tenía. Como tú ninguna, mi amor.

Empieza a acariciarme el coño con la mano mientras me empala desde atrás. Estamos de lado en la cama y Grayson acapara todo mi cuerpo con el suyo. Sudamos y huele a sexo del bueno. Giro la cabeza y saco la lengua para que él la aborde como el pirata que es. La chupa y estira y luego la roza con la suya. Cojo su mano y me la llevo al coño para que me palpe y me frote con pasión. Estoy descontrolada y necesito más de mi amante, porque ahora mismo es mi amante. Me escabullo de su enorme falo y ruedo por la cama. Siento la necesidad de que su lengua entre en mi coño y me lo coma, así que me pongo de pie en la cama y me siento sobre su cara.

—¡Joder, Agnes, lo dura que se me acaba de poner! —gruñe.

Yo me doy la vuelta y doy fe de ello.

La acaricio con mi mano y empiezo a estimularla, mientras Grayson me sienta sobre su boca y me clava la lengua en lo más profundo de mi ser. Evito chillar por Rosy, así que me meto su polla en la boca y empiezo a mamarla. Se contrae y siento un pequeño mordisco en mi coño. Mis ojos se ponen blancos. Sus manos se aferran a mis caderas y me estruja mientras su lengua pinta un cuadro imaginario dentro de mi vagina. El placer es muy intenso y yo deslizo mis labios por su tronco divino, donde siento sus venas correr a toda velocidad. Subo y bajo y con mi lengua rodeo su glándula mientras él indaga en lugares que mi vagina desconoce. Me siento muy mojada, muchísimo. Muevo las caderas y me froto en su cara al ritmo de su polla entrando y saliendo de mi boca. Voy frenética y solo quiero explotar en un orgasmo fantástico y luego seguir durmiendo.

Me muevo, me contoneo, le chupo la polla, su lengua me folla de maravilla, sí, de maravilla, y no puedo evitar tener ese fantástico orgasmo con su polla en mi boca, a la que devoro a una velocidad vertiginosa mientras me corro y aprieto los dientes y hago acopio de valor para no morderle y provocar una desgracia.

Grayson no quiere correrse en mi boca. Le gusta más vaciar los huevos dentro de mí. Siempre lo ha hecho de esa manera y no creo que cambie ahora. Se desliza como una culebrilla y se pone encima de mí. Deja caer su peso y me abre las piernas.

—Dios, qué mojadita estás. Esto es una delicia para mi polla.

Me la mete con suma facilidad.

Las palmas de sus manos están a la altura de mi cabeza y se eleva un poco para no aplastarme. Empieza a empujar muy lentamente, pero con fuerza.

—Oh, sí. Voy a saborear cada instante dentro de ti —gime.

Y me la clava hasta el fondo de nuevo, ahora muy lentamente.

Yo muerdo la sábana para evitar gemir. Tengo que reconocer que lo que me hace es sumamente delicioso para mis partes bajas. Mi coño se lo agradece en el alma.

Grayson se tira así como unos diez minutos. El aguante que tiene es sobrenatural y yo ya estoy recuperada para otro asalto. Sus embestidas son tan lentas y profundas que hago aguas por todas partes. Necesito que me dé caña, pues quiero correrme de nuevo. Me ha puesto muy cachonda y

él se lo toma con mucha calma. En momentos así es cuando echo de menos otra polla dentro de mí.

—Dale más fuerte, Grayson —le imploro.

—Todo a su tiempo —susurra.

Empiezo a mover las caderas y a succionar su polla para calentarlo con mi coño.

—No hagas eso, Agnes —me riñe.

—Me tienes muy caliente —confieso.

Entonces me da la vuelta y me pone las piernas alrededor de su cuello.

Me besa los tobillos y me mira con deseo. Sus ojos tienen un brillo especial.

—¿La quieres toda? —jadea.

Yo lo miro ganosa y en celo.

—Toda —susurro.

Con dos dedos me separa los labios vaginales y coloca la punta de la polla en la entrada.

—¡Dios!

Estoy que me corro.

Luego empieza a clavarse poco a poco en mi interior como un taladro. Es una tortura de lo más placentera. Cuando llega al final, suelto un grito del delirio que me provoca.

—Soy todo tuyo, amor.

—Sí, sí...

Apenas puedo hablar.

Empieza a moverse y aquello es el súmmum de los polvos con Grayson Sullivan.

Abro las piernas, pero él me las cierra alrededor de su cuello. La fricción y la penetración son mucho más placenteras. Se ve que Grayson ha aprendido mucho, pero me da igual. Empieza a embestir suavemente y va subiendo la intensidad poco a poco.

—¡Joder! —exclamo del placer.

—Eso hago, amor —responde. Se burla de mí.

—Jódeme, Grayson, no pares —le suplico sin pudor.

Eso le pone muy pero que muy cachondo.

—Eso quieres, eso te daré.

Tengo el coño a punto de explotar en un orgasmo vaginal de los que pocas veces ocurren. Me mojo, me dilato y... ¡pum!

—Grayson, Grayson, dale fuerte, por tu vida... —sollozo, con el coño muy sensible.

Mi marido se impulsa y empieza a bombear como un diablo. La explosión es celestial.

Me libera las piernas y, por fin, puedo abrirlas y él empuja con todas sus fuerzas y empieza a comerme la boca mientras se vacía en gruñidos, sudor y mucha testosterona. Los dos tenemos lo que queremos y nos liberamos de mucha tensión acumulada. Grayson me tiene la lengua acaparada y yo le dejo. Me encanta que me lama y me bese, pero me ha reventado viva. Le doy una palmada en el hombro para que me suelte. Necesito ir al lavabo y descansar para estar mañana bien para el trabajo.

Me libero al fin de su amarre y salgo corriendo hacia el baño. Me meto bajo la ducha sin mojarme el pelo y me lavo de toda la esencia de mi marido, que no es poca. Cuando salgo, está ahí de pie, mirándome.

—Quiero que vuelvas conmigo —me dice muy serio—. Estamos hechos el uno para el otro.

—Grayson, eso no va a pasar. Nos complementamos para follar y es lo único que podrás obtener de mí, pero no tal como has hecho hoy —lo regaño.

—¿Por qué? ¿No te ha gustado?

—Me ha encantado, pero no vuelvas a cogerme a traición. Follaré contigo cuando yo quiera o si te veo en un local *swinger* y estamos de acuerdo mi acompañante y yo, por ejemplo.

Grayson parpadea varias veces, perplejo.

—¿Cómo has dicho?

—Me has oído bien. Ya he estado en uno de esos locales liberales y mi experiencia ha sido genial. Si voy al «The Lust», que sepas que iré como clienta. La zona vip se terminó para mí. Ya no tenéis exclusividad.

—No me lo puedo creer...

Se lleva las manos a su calva.

—Pues créetelo. Ahora jugamos en la misma división.

Le doy un beso en los labios y salgo camino de mi habitación, no sin antes girarme y advertirle:

—Voy a cerrar con llave. Ya no puedo fiarme de ti. Buenas noches, Grayson.

Pero él sigue pensando en lo último que le he contado y no sale del *shock*.



Follones

Me levanto temprano y me visto para volver a la rutina del colegio. Echo de menos a los niños y ya es hora de calmarme. Un poco de rutina no me vendrá mal. Grayson está en la cocina preparando café y huele de maravilla. Por un momento, olvido que estamos separados. Recuerdo la vida que teníamos y se me hace un nudo en el estómago. Tomo aire y respiro profundamente. Rosy se levanta y se sorprende al ver a su padre en casa tan temprano. Nos mira con curiosidad.

—Tu padre se quedó anoche en el sofá. Ambos estabais muy cansados tras el viaje —me apuro a aclarar la situación.

—¡Vaya! Por un instante, creí que habíais hecho las paces —murmura decepcionada.

—No estamos en guerra, cariño. Solo es que nuestro matrimonio tocó fondo.

Grayson no dice nada. Solo bebe café y me observa fijamente.

—Entonces, ¿tengo que quedarme en casa de papá?

—Sí, cielo. Yo me voy a trabajar ahora. Al salir, quizá me acerque a san Diego. No tengo tiempo para ti, aunque suene mal—me excuso.

—No te preocupes. En cuanto el abuelo se ponga bien, quiero ir a verlo.

—Para eso también tienes que recuperarte tú primero.

Me acerco y le doy un beso en la frente.

—¿Nos llevas a casa? —pregunta mi marido muy serio.

Levanto la cara para verlo bien y su semblante está impertérrito.

—Pues la verdad es que quería pedirte un favor. Ya que te queda justo al lado y si a ti te viene bien...

—Dime.

—Por Dios, Grayson, cambia el semblante, que no es el entierro de nadie —le pido.

—Cada uno lleva a su manera su propio velatorio —me espeta.

Agito la cabeza hacia los lados e ignoro su comentario.

—¿Puedes llevar la furgoneta de alquiler y entregarla en la oficina que hay al lado de tu gimnasio? Así voy directa al colegio y tú tienes transporte para ir a tu casa.

Descruza los brazos de su pose de estatua y alarga el brazo y abre la mano.

—Dame las llaves. Te haré el favor.

Me quedo perpleja ante su pasotismo. Sé que está dolido por lo de esta noche.

Le doy las llaves y cojo mi bolso para salir hacia el trabajo. Rosy todavía está en pijama y tengo que marcharme ya.

—Cuando os vayáis, cerrad con llave.

Miro a mi hija y ella asiente.

—¡Así que tú tienes llaves y yo no! —replica ofendido, mirando a nuestra hija.

—Me tengo que ir. Grayson, no es momento de una escena. Ella es mi hija y tú ya no tienes permiso para venir a esta casa cuando quieras. Lo siento.

Cierro la puerta para evitar la mirada inquisitiva que me está dedicando en este momento, pero es la realidad.

Subo a mi vieja furgoneta y voy hacia el colegio para ver a mis niños. Conduzco con tranquilidad y pongo la radio. Escucho una canción antigua de Bon Jovi. Voy tarareándola y me recuerda a mis tiempos de la universidad. Me viene a la mente la noche pasada con mi marido. No sé por qué me cuesta tanto decirle que no. No consigo romper ese vínculo con él. Con los demás me resulta muy fácil, pero Grayson es distinto. Sé que todavía lo amo, aunque cada vez un poquito menos. Sin embargo, cuando me toca, altera todo mi universo. La diferencia es que con los otros follo y disfruto mucho, pero con Grayson hago el amor. Me odio por tener esa debilidad. Él rompió todo lo especial de nuestra relación, aunque nunca había funcionado tan bien en la cama como ahora, desde que estamos separados. Mi cabeza se hace un lío y subo el volumen de la radio para que mi mente se funda con la canción y disipe mis caóticos pensamientos.

Ya veo el aparcamiento del colegio y estaciono la furgoneta. Me aliso la falda negra que llevo y empiezo a caminar con paso decidido hacia mi clase. Todavía es muy temprano y no han llegado los alumnos, pero necesito organizarme un poco. Por el pasillo, me encuentro con el director, Jorge de La Vega, al que se le ilumina la cara al verme.

—Benditos los ojos que te ven. ¿Cómo está tu padre?

Sonrío y le doy un abrazo.

—Hoy le dan el alta, por fin. Quería agradecerte la paciencia que has tenido conmigo. Eres muy amable.

Él me coge de las manos y me hace sentir un poco incómoda.

—Lo que necesites, Agnes. Siempre me tendrás a tu disposición.

Me besa las manos y me mira de un modo nada fraternal. Me suelto disimuladamente y fuerzo una sonrisa.

—Gracias de nuevo. Voy a clase a prepararlo todo.

—Adelante.

Acelero el paso y entro en mi aula, sintiendo la mirada intensa de Jorge en mi cogote.

No es un hombre que esté mal; todo lo contrario, es atractivo y sus rasgos latinos lo hacen muy sexi, pero más tíos en mi vida...

Resoplo solo de pensarlo, aunque luego pienso en echar un polvo con él y la sangre me hierve. Últimamente, estoy desatada.

Organizo mi despacho y saco unas fichas para que los niños las hagan hoy. Quiero que el día sea ameno e interactivo. Llevo mucho sin verlos y deseo que la bienvenida sea divertida para todos. Organizo también un par de juegos de palabras para que practiquen el vocabulario y ya lo tengo todo listo. La sirena va a tocar y me preparo para recibirlos.

Sus grititos de alegría al verme me llenan de felicidad.

—¡Señora Sullivan, señora Sullivan! —tararean ni nombre.

—Hola a todos. Ya estoy aquí.

Una de las niñas se abraza a mi cintura y me emociona.

—Señora Sullivan, la he echado mucho de menos. No quiero que venga la señorita Mendoza más.

Hace un puchero y yo me quedo muerta al escucharla.

Me arrodillo y le levanto la barbilla para que me mire a los ojos.

—Cariño, ¿os ha estado dando clase Sabrina Mendoza? —le pregunto horrorizada.

—Algún día, no siempre. Pero ella es mala. No se vaya, señora Sullivan.

Y me echa los brazos al cuello con desesperación.

La abrazo y la sangre me ruge, pidiendo guerra y venganza. No soporto ver sollozar a esa criatura y no quiero imaginar el mal rato que les habrá hecho pasar esa arpía.



—No me voy a ir y esa

profesora no va a pisar esta clase nunca más, tesoro. Te lo prometo.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena, como decía Shrek.

Sonrío y le acaricio la cabecita. Se sienta en su pupitre y empiezo la clase. Luego me ocuparé de Sabrina Mendoza.

Ya es la hora de salir al patio y los niños corren con alegría para jugar y tomar su almuerzo. En cambio, yo voy con las uñas fuera en busca de Sabrina para aclarar un temita.

De pronto, empieza a sonarme el teléfono móvil.

—¡Maldita la hora en que se inventaron! —rumio por lo bajo.

Busco en mi bolso el maldito trasto que no deja de bramar. Es un número que no conozco. Descuelgo.

—¿Quién es? —pregunto un poco alterada.

—¿Ya te has olvidado de mí, nena?

La voz de Neal me deja helada.

—¿Cómo has conseguido este número? —le pregunto enfadada.

—Eso da igual.

—No, no da igual. ¿Es que nunca me podré librar de ti? —bufo, nerviosa.

—Mientras estés en peligro, no. Te hice una promesa.

—No estoy en pelig...

Dejo la frase a medias al recordar las rosas negras.

—¿Acaso te ha comido la lengua el gato, nena?

—No soy tu nena y ya sé quién te ha dado mi número. Ya veo que Grayson y tú seguís siendo buenos amigos. ¿Te contó lo que hicimos anoche? —pregunto a mala leche.

Se hace un silencio por unos segundos, pero Neal vuelve a la carga.

—No creo que sea mejor de lo que te haré yo cuando tenga la oportunidad —dice muy serio

—. Pero ahora me interesa más saber quién te dejó esas rosas delante de tu casa. Pensar en volver a follar con Neal se me antoja delicioso, pero me engañó y no puedo perdonarlo.

—A mí no me preocupa, tengo otros problemas más importantes.

—Lo sé. ¿Cómo está tu padre? Iría a verte, pero no quería ponerte en una situación comprometida. No soy un ogro, ¿sabes?

Neal me toca la fibra y hace que me sienta mal.

—Está mejor, hoy le dan el alta. En serio, Neal, no te preocupes, seguro que es una tontería —insisto.

—Llamaré a Elroy para que vuelva contigo.

—Ni se te ocurra. Lo aprecio mucho, pero aprecio más mi vida privada.

—¿Qué quieres decir?

—Que necesito intimidad y Elroy me limita. No quiero dar explicaciones de dónde y con quién voy.

—Agnes, ¿estás viéndote con otros?

Me echo a reír ante tan ridícula cuestión.

—Por supuesto, ¿qué esperabas?

Otra vez ese molesto silencio.

—Sinceramente, no lo sé. Pero dentro de mí hay algo muy profundo que siento por ti y no consigo quitármelo.

Me aplasta su sinceridad.

—¿Tú has estado con otras mujeres? Y sé sincero, por favor.

—Sí, pero como tú ninguna.

No puedo evitar soltar una carcajada. Ya habla como mi marido.

—¡Ojalá pudiera decir eso yo de ti! Adiós, Neal.

Cuelgo el teléfono y me quedo pensativa.

Al principio, era especial, pero luego lo fastidieron. Ahora me gusta ir por libre y disfrutar de mi cuerpo cuando y con quien quiera, sin comprometerme con nadie. Estoy en un proceso de descubrimiento personal y me encanta.

La visión de Sabrina Mendoza riéndose a mandíbula batiente me arranca de mis pensamientos y voy hacia ella como una flecha. Jorge de La Vega es el motivo de su estado anímico tan efusivo, pero se lo voy a bajar al suelo de un plumazo; o, mejor dicho, de un tortazo.

Llego a su lado y a ella se le borra la sonrisa de sopetón. Se lleva las manos a la cintura y me desafía con la mirada. Jorge nos observa con mucho sigilo.

—¿Qué miras? —me dice con altivez la Mendoza.

—¿Qué les has hecho a mis niños durante mi ausencia? —inquiero—. Están traumatizados.

Jorge arquea una ceja e interviene en la conversación.

—Agnes, yo envié a Sabrina un par de días a tu clase, porque me dijo que tú se lo habías pedido —me informa para mi asombro.

Abro la boca anonadada y encabronada.

—A esta señora jamás le pediría nada. Y mucho menos que fuera a torturar a mis niños —protesto indignada.

—No sé qué decir... —añade Jorge, avergonzado.

—Sí que lo sabes, pero bien que te lo guardas, panchito —lo insulta Sabrina con todo descaro, sabiendo que ambos son mexicanos. Me deja muerta su insensibilidad.

—Oye tú —la llamo para que me mire.

En cuanto la tengo de frente, le suelto la mano abierta en toda la cara. Le estampo los cinco dedos y me quedo tan a gusto que quiero repetir, pero Jorge se pone en medio para evitar lo que va a ser una pelea de gatas en toda regla.

—Maldita asquerosa, te voy a arrancar los cuernos que llevas en la cabeza —me amenaza.

La desafío y echo el pecho hacia delante como un toro desbocado.

—¡Basta ya, señoras! —grita Jorge.

En el patio se ha formado un corro a nuestro alrededor, pero a mí ya me importa bien poco lo que vean o digan.

—¡Atrévete, zorra! —la desafío.

—¿Zorra? Me dices eso porque tu marido me prefiere a mí. Pobre Agnes... —se burla en toda mi cara.

Pero yo no me amilano y logro estirar la mano y me llevo un buen mechón de su larga melena. Aúlla de dolor y yo sonrío por mi trofeo.

—Mi marido folla contigo y con otras —le espeto—, pero conmigo hace el amor. Esa es la diferencia entre las fulanas y las señoras. ¿Te enteras, guapa?

Sabrina me mira con odio y se lleva la mano a la cabeza.

Jorge nos mira abochornado y, al final, consigue separarnos y mantenemos la distancia.

—Por Dios, este es un colegio respetable. No quiero que esto se repita o las despediré a las dos —nos amenaza muy serio.

Pero Sabrina, lejos de calmarse, se acerca, lo acaricia íntimamente por la cara y le da un beso en la mejilla.

—Yo no estaría tan seguro, papito, si no quieres que se sepan muchas cosas —le susurra al oído, aunque lo bastante alto para que yo lo oiga.

El director se abochorna de nuevo, pero de otra forma. Sabrina pasa por mi lado y tropieza a propósito con mi hombro.

—Esto no se queda así —dice—. Me la vas a pagar muy caro, Agnes Sullivan.

—No te tengo miedo. Si quieres más, ven, que te sigo dando.

Levanto la mano para zurrarle, pero echa a correr para el interior del edificio.

Jorge me mira muy serio y bajo la mano un poco avergonzada, aunque solo lo justo.

—No me esperaba esto de ti, Agnes. Hablemos dentro.

Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga y yo voy detrás de él como un niño pequeño que va a recibir un castigo porque se ha portado mal.

Vamos a su despacho y me siento para recibir la reprimenda.

—¿Qué te ha pasado ahí fuera? —me pregunta, ya los dos solos.

—Una de mis alumnas se me ha echado a llorar nada más verme. Me dijo que Sabrina se las había hecho pasar canutas. ¡Solo son niños, por Dios!

—Lo siento. No tenía ni idea de esta rivalidad vuestra; si no, no la hubiera enviado jamás a tu clase.

Lo miro fijamente.

—¿Estás seguro?

—¿Qué insinúas, Agnes?

—No insinúo nada. Digo lo que es más que evidente y más conociendo a Sabrina. Te sedujo o tenéis un rollo. Así te convenció.

Soy sincera a más no poder.

Jorge se seca el sudor de la frente.

—Eso no es cierto. No creerás...

Me levanto y voy hacia él de forma seductora.

—Sé cómo funcionas. Si no fuese de otra manera, ella estaría en la calle. Pero tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo.

Se frota los ojos con nerviosismo.

—Agnes, no es cierto. No quiero que pienses que yo... —titubea y no puede terminar la frase.

—Yo no pienso nada. Solo creo en lo que veo.

Da un golpe en la mesa y hace que me sobresalte.

—¡Ya está bien, señora Sullivan! Creo que lo de su padre la ha afectado mucho y todavía no está bien para incorporarse. Tómese libre el día de hoy y reflexione sobre sus palabras y hechos.

Acabo de alucinar en colores. Vamos, si me cortan con un cuchillo, mis venas están secas.

Me pongo recta y lo miro a los ojos.

—Puede que tenga razón, señor de La Vega. Voy a ir a ver a mi padre a San Diego y así me quedará tranquila. Disculpe si le he ofendido.

Le sigo el juego y él se relaja.

—Está bien —dice—. Váyase tranquila; yo me ocupo de su clase personalmente.

—Muchísimas gracias. Y, de nuevo, acepte mis disculpas.

Él asiente con la cabeza y yo voy a clase a por mis cosas. Luego desaparezco de allí como un cohete.

Está listo si Jorge de La Vega cree que soy estúpida y que no sé de sus escarceos por el «The Lust» y su rollo con Sabrina y a saber con quién más. Pero me ha dado el día libre y así puedo ir a ver a mi padre, que es lo que más deseo en este momento.

Cojo la autovía y enfilo mi vieja furgoneta hacia la casa de mis padres. Conduzco con tranquilidad mientras escucho música. Cuando quiero darme cuenta, ya he llegado. Aparco y salgo corriendo, con el corazón latiéndome a toda prisa. Mi tía Eliza me ve llegar y sonrío al verme.

—¿Ya estás otra vez aquí?

—Ya ves. Es imposible dejaros solas. ¿Está papá en casa?

—Sí, sube a verlo, anda. Está en su habitación. Aunque todavía necesita reposo.

Le doy un beso en la cara y subo las escaleras de dos en dos. Toco con los nudillos la puerta de su dormitorio y es mi madre la que me abre.

—Cariño, qué pronto has venido. ¿No empezabas a trabajar hoy?

—Una larga historia. ¿Está papá despierto?

—Sí, le va a hacer mucha ilusión verte. Pasa.

Voy hacia la cama y ahí está, sentado leyendo el periódico.

—Hola, papá —digo con la voz quebrada.

—Agnes, pequeña...

Deja el periódico y estira los brazos. Me echo sobre él y recibo ese ansiado abrazo que tanto anhelaba.

Doy gracias a todo el universo de que mi padre esté sano y a salvo en casa, que es donde debe estar.



Un poco de paz

Paso todo el día en casa de mis padres, disfrutando de su compañía y de la de mi tía Eliza. Mi padre todavía está débil, pero su recuperación avanza más rápido de lo que esperábamos. Se aferra a la vida con ganas, todavía no es su hora.

Sin darme apenas cuenta, se hace de noche, así que ya me quedo a cenar, pues no pienso volver a casa a estas horas intempestivas. Mi madre no tiene que convencerme mucho para que pase aquí la noche y regrese mañana temprano a Sadtown.

Todos se acuestan muy temprano, incluida mi tía y la verdad es que yo no tengo mucho sueño. El día ha sido muy movidito y estoy algo ansiosa. Busco en el móvil el número de Izan Hamilton para ver si está disponible. Me apetece verlo. Lo llamo y no me contesta. Menuda desilusión. Voy con la cabeza gacha a apagar el televisor cuando el teléfono suena en mi mano.

Es él.

—Hola, Izan, ¿qué tal estás?

—Agnes, me alegra escucharte, pero voy muy liado.

Mi gozo en un pozo.

—Vaya. Estoy en San Diego y me apetecía verte. Mañana por la mañana regreso a casa —digo sin mucho afán.

—Cuánto lo siento, pero estoy de guardia y no puedo escaquearme ni un minuto. De lo contrario, te diría que te pasases por el hospital.

—Entiendo.

—¿No habías regresado ayer a Sadtown? —inquire.

—Sí, pero esta mañana he vuelto para ver a mi padre y, de paso a ti, si estabas libre.

—Joder, mira que me sabe mal. Con la de cosas que podíamos hacer si tuviese un hueco libre... —Suspira y luego añade—: Pero no es el caso. Hoy es imposible.

—No pasa nada. Ya nos veremos en otra ocasión.

—Ahora me voy a pasar toda la noche pensando en ti —se burla.

—Eso no es malo. Así sabes lo que te has perdido. —coqueteo con él.

—No me seas bruja. ¿Sabes que me he puesto cachondo solo con oír tu voz? Imagina si estuvieses aquí...

Ahora la que se pone tonta perdida soy yo.

—No me digas esas cosas que voy para allá —le amenazo.
Escucho una voz por el altavoz que le dice que vaya a una sala determinada.
—Lo siento, tengo que dejarte. Te llamaré, ¿vale?
—Vale.
Cuelga el teléfono y me quedo con un señor calentón.



Subo las escaleras y voy directa a mi cuarto. Me pongo el pijama y tomo una pastilla para dormir y no pensar en esos ojos verdes que me vuelven loca. Ahora podían estar recorriendo mi cuerpo de arriba abajo y yo acariciando esa erección que se ha echado a perder con lo mucho que la deseo en este momento. Pienso en Izan y en su cuerpo desnudo sobre el mío y el sueño me vence antes de que podamos llegar a más.

Me levanto muy temprano. Todavía es de noche, pero debo llegar pronto a casa y no meter la pata de nuevo en el trabajo. Abro la puerta de la habitación de mis padres y veo que duermen. Les lanzo un beso y me voy sin hacer ruido. Más tarde los llamaré.

Salgo de la casa y cojo mi vieja furgoneta. Pongo rumbo a Sadtown en una mañana bastante fría y oscura de un jueves de mitad de mayo. La primavera se resiste, después de aquella inesperada ola de calor. Ahora parece que el frío azota y nos castiga con bajas temperaturas, aunque el tiempo aquí siempre es así de loco.

Llego a casa cuando empieza a amanecer. Me doy una ducha y me cambio de ropa. Un vestido largo de algodón ajustado de color negro y unas botas altas a juego es mi atuendo de hoy. Me aliso el pelo y parezco una persona diferente, porque quiero verme guapa y lo consigo. Por último, el maquillaje. Luego voy a la cocina y preparo un café. Lo bebo con tranquilidad y salgo hacia el colegio. Hoy estoy de buen humor y espero que nadie me lo frustre.

Llego al trabajo y el día pasa con normalidad. Me encuentro con Jorge de La Vega y nos saludamos como de costumbre. Incluso me dice lo guapa que estoy. También me topo con Sabrina Mendoza, a la cual ignoro. Ella hace lo mismo conmigo. Es mejor dejar que la cosa se enfríe, por el bien de ambas y del colegio. Terminó mi jornada laboral sin ningún contratiempo. No me lo puedo creer: un día normal, para variar. Pero los días perfectos no existen en Sadtown y menos en mi vida...

Cuando llego a casa y me saco las botas, gimo de pura felicidad y me acuesto en el sofá. Soy la mujer más feliz del mundo hasta que el maldito teléfono suena y veo que es mi marido. Estoy por ignorar la llamada, pero, como Rosy está con él, lo atiendo, por si las moscas.

—Dime, Grayson, espero que sea algo bueno, por favor.
—Me temo que no va a ser posible tu petición —contesta muy serio.
Me incorporo y me siento en el sofá con todos los músculos tensos.
—¿Qué ha pasado? —pregunto histérica.
—Tu hija se ha fugado de mi piso. Me ha dejado una nota diciendo que se va a vivir con su

novio. ¿Desde cuándo tiene novio? ¿No lo habían dejado? —pregunta irritado.

—Eso creía yo también. ¿Cuándo se ha ido y adónde?

—No tengo ni puta idea. No me contesta las llamadas y estoy que me sale humo por las orejas.

—Voy a ver si consigo hablar con ella. No puede irse así, tiene que estar en reposo y debe asistir a las revisiones —comento preocupada.

—¿Crees que no lo sé? Como coja a ese tío me lo cargo—chilla fuera de sí.

—Tranquilízate. No vas a conseguir nada con ponerte furioso; solo que te dé un infarto. Voy a llamarla.

—No te va a contestar —afirma convencido.

—Déjame intentarlo. Soy su madre.

—Vale, vale, lo que tú digas. Pero no me echas la culpa de esto también.

—No lo hago, Grayson. Rosy es mayorcita y sé que ni tú ni nadie puede controlarla.

—Menos mal...

—No me líes. Voy a llamarla.

Le cuelgo y marco de inmediato el número de mi hija. Me da tono, pero no lo coge.

—¡Maldita sea! —grito de la impotencia.

Me revuelvo el pelo y espero unos segundos antes de volver a intentarlo, pero es ella la que me devuelve la llamada. Descuelgo de inmediato.

—Hola, mamá.

—¿Dónde estás? —rechino los dientes.

—No quiero que te enfades, pero estoy con la persona a la que más quiero en este mundo después de vosotros y los abuelos. No puedo vivir sin él, entiéndeme.

Aprieto los puños e intento contenerme sin explotar.

—Si lo entiendo, pero no comprendo por qué nos ocultas su identidad y dónde estás. Tienes revisiones médicas y estás convaleciente. Piensa en nosotros un poco, por favor.

—Por eso te he llamado. Iré a las revisiones, él me llevará, pero no puedo desvelar su identidad todavía.

—Dijiste que si ibas en serio lo harías. Esto ya es ir más allá, Rosy. Dime con quién estás. ¿Es porque está casado? —pregunto a la desesperada.

—No está casado. Confía en mí, mamá. Pronto te lo dirá él mismo, pero ahora no puede ser.

Mi paciencia tiene un límite.

—¡Joder, Rosy! ¿Es que sales con el puto presidente?

Se me va la pinza por completo y pierdo los nervios.

—No, mamá. Pero para mí es como si lo fuera. Ya veo que es imposible razonar contigo. Simplemente, te he llamado para que te quedes tranquila y sepas que estoy bien.

—Rosy...

—Adiós, mamá.

Cuelga y me quedo con el móvil pegado a la cara, esperando escuchar su voz.

No puedo creer lo que acaba de suceder. Mi hija está con un desconocido y no puedo hacer nada al respecto. Quiero llorar, pero mis ojos están secos. No reaccionan a la orden que le doy a mi cerebro, porque está saturado de tantas emociones. Sigo paralizada y no sé cuánto tiempo pasa hasta que el teléfono suena de nuevo. Me sobresalto y salgo de la inopia mental en que me he sumergido.

—Diga —contesto medio ida.

—¿Te ha llamado Rosy? ¿Ya te ha contado esa sandez de que no puede decir con quién está?

Grayson me taladra el oído con sus preguntas.

—Sí.

Sigo en *shock*.

—¿Y no vamos a hacer nada? —me grita.

Entonces reacciono y salto como una leona.

—¿Y qué coño quieres que hagamos? Es su decisión y se ha marchado por propia voluntad. ¿No te das cuenta de que ya no pintamos nada? —le digo desde lo más profundo de mis entrañas.

Grayson se calla unos segundos.

—¿Estás bien, Agnes?

—No, no lo estoy. Tú me engañas, mi padre casi se muere, alguien me acosa y mi hija se va con un desconocido pasando de sus padres. ¿Cómo voy a estar bien? Todo esto es una mierda. No tengo ni un minuto de paz en mi vida. Si quiere irse con ese tipo, pues que se vaya —chillo alterada.

—¿Quieres que vaya a verte? —pregunta preocupado.

—No quiero. Lo que quiero es que me dejéis en paz todos. Solo un día de tranquilidad sin preocupaciones. Déjame en paz, Grayson.

Cuelgo el teléfono y lo tiro en el sofá.

Ahora sí que las lágrimas caen por inercia sobre mi cara. Estoy sobrepasada por el estrés y de tanto mal rollo a mi alrededor. Solo soy una mujer normal, no una estrella de cine que lleve el peso del mundo encima. Pero me siento así. Pienso que soy el centro de atención de todo y de todos. Que cada cosa que hago se analiza minuciosamente y que observan cada paso que doy para luego criticar y hacerme daño. Y no puedo vivir así. Quiero que el mundo me deje en paz, ser un puntito más del universo que pase inadvertido sin pena ni gloria.

En esas, llaman a la puerta y me enjugo las lágrimas, aunque debo tener la cara inflamada de tanto llorar. En este momento me da igual lo que piensen de mí. Si tienen que hablar, que lo hagan con motivos. Abro y me encuentro a Neal, que me mira con sorpresa.

—¡Vete!

Es mi primera reacción. Intento cerrarle la puerta en toda la cara, pero él entra y me abraza.

—¿Qué te pasa, Agnes?

Su voz es tan dulce que hace el efecto de una droga tranquilizante.

—Tú también tienes la culpa. Todos la tenéis —sollozo sobre su pecho.

—No entiendo nada, pero no pienso dejarte en este estado.

Me lleva hasta el sofá y me acurruco sobre su pecho. Él me acaricia el pelo y yo lloro hasta que me canso.

—No es justo, Neal. Quiero que te vayas —le pido entre lágrimas.

—No pienso irme. Golpéame, insúltame, si eso te hace sentir mejor, pero pienso quedarme hasta que te vea bien.

Me incorporo y lo miro a sus preciosos ojos azules.

—Te odio —le digo con lágrimas en los ojos.

—Yo, en cambio, te adoro —me contesta con una asombrosa sonrisa.

Empiezo a golpearle el pecho para desahogar mi frustración y él no hace nada para detenerme. Eso me enfurece más y, al mismo tiempo, me siento culpable por pegar a un hombre que se está portando bien conmigo.

Vuelvo a mirarlo y su mirada conecta con la mía. Lo necesito.

Me echo sobre él y mis labios buscan los suyos con desesperación. Cuando se tocan salta la chispa, que no estaba extinta. Neal me atrapa con sus brazos y el roce de sus manos en mi espalda hacen que tiemble. Su boca se abre y la mía también. Nuestros labios se mueven y su

lengua entra en busca de la mía y me arranca un gemido. Luego se separa y me observa fijamente.

—¿Estás segura de que quieres esto? —me pregunta, para mi asombro.

—Ahora mismo sí.

Soy sincera y estoy ardiendo en deseo.

Sus labios forman una sonrisa que me pone a cien.

—Pues lo vas a tener, nena.

Se coloca bien en el sofá y me sienta a horcajadas sobre él.

Luego sus manos van hacia mi vestido y lo desliza lentamente sobre mis piernas hasta dejar mis muslos al aire. Ya noto su erección sobre mi sexo y vuelvo a por su boca mientras me restriego sobre su abultado pantalón. Mis bragas empiezan a empaparse y él me devora la boca al tiempo que sus manos siguen subiendo el vestido más y más, hasta que me lo quita por la cabeza.

—Preciosa, lo que he echado de menos este cuerpo.

Se relame y yo le desabrocho la camisa para dejar su torso desnudo.

Le acaricio el pecho y me aprieta las nalgas contra su erección. Me lleva loca y solo quiero que me folle. Voy a por su pantalón. Le desabrocho el botón y le bajo la cremallera. Me tiene muy excitada y solo quiero olvidarme de mi hija y de todo el mundo. Me deslizo por entre sus piernas y me pongo de rodillas en el suelo. Le bajo el pantalón y el bóxer y agarro con la mano su polla.

—Agnes... —gime muy excitado.

—Déjame probarte —siseo.

Me meto su polla en la boca.

Neal da un respingo y empiezo a chupar su hombría deliciosa y dura como el acero. Gime y se retuerce. Luego me acaricia el pelo y me insta a que siga haciéndolo.

—Joder, me vuelves loco —gruñe.

Subo y bajo sobre su polla y mi lengua traza dibujos sobre sus venas hinchadas. Puedo notar cómo la sangre le circula a toda velocidad.

Me encanta chupársela y me emociono con la mamada hasta el punto de que me separa y me deja con la miel en los labios.

—¿Por qué? —protesto.

—Porque si sigues chupando así, me voy a correr en tu preciosa boca. Y quiero follar tu delicioso coño —murmura excitado.

—¿A qué esperas?

Me tumbo en el sofá y me abro de piernas para provocarlo.

—Joder, eres impresionante.

Me da un lametazo con la lengua que me deja lívida.

—Argggg —gimo de la sorpresa.

—Espera, nena, que aún no he empezado —me amenaza sensualmente.

Luego me clava un dedo y vuelve a besarme mientras me masturba.

—Oh, Dios, qué gusto...

—Te echo de menos, Agnes —susurra al oído.

Ahora introduce otro dedo y sigue entrando y saliendo de mi coño a una velocidad alucinante mientras devora mis tetas.

—Yo también —confieso entre gemidos.

Sus manos hacen maravillas dentro de mi coño, al igual que aquella vez que me llevó al «The Lust».

Me masturba y me lame los pezones y no sé si podré soportarlo. Neal es el único hombre que es capaz de hacer que me corra sin metérmela. Le agarro la cara y lo beso con fervor mientras muevo las caderas sobre su mano y sus dedos me follan sin compasión. Me penetra, me besa, me folla y me eleva al paraíso en un segundo.

—Diosss —chillo mientras me corro.

Entonces, él saca la mano y baja para rematarme literalmente.

Me clava la lengua y absorbe el orgasmo con su boca. Casi me desmayo del placer que me otorga en este momento. Es algo indescriptible. La sensibilidad elevada al cubo. Me retuerzo mientras él me come el coño y yo me estremezco en su boca hasta casi perder el sentido. Tengo que rogarle que pare, porque me mata de verdad.

—Neal, por favor —imploro.

Se incorpora y sigue excitado.

Empieza a masturbarse mirándome tal cual estoy, con las piernas abiertas y expuesta solo para él. Se relame, se excita y me toca con suavidad mientras su mano va cogiendo velocidad y sus ojos, un brillo especial. Lo miro a los ojos y me muerdo el labio. Es una visión muy erótica ver a un hombre masturbarse delante de ti y que su fantasía seas tú misma. Me pellizco un pezón y eso lo acelera más. Entonces arrima su polla a mi coño, pero solo para sentir el contacto, sin metérmela. Sigue machacándose y el roce que me produce es muy agradable.

—Voy a correrme —dice—. ¿Me dejas hacerlo sobre tu cuerpo?

Asiento con la cabeza.

Sigue agarrando la polla con firmeza y subiendo y bajando con decisión, cada vez más rápido, hasta que explota sobre mis pechos y mi vientre. Gruñe y se vacía entero sobre mí. Está cálido y es agradable. Por fin se queda a gusto.

—¿Por qué no te has corrido dentro? —le pregunto.

—Porque no venía con esa intención y no tenía condones encima.

—Gracias.

—¿Por...?

—Por ser sincero y estar conmigo en un mal momento.

Me incorporo un poco y le doy un beso en los labios.

—Agnes, mi Agnes. Te echo tanto de menos... —susurra.

Sonrío, pero no contesto.

—Me voy a la ducha. Si quieres, puedes acompañarme.

Lo invito porque sé que no va a hacer nada.

—No voy a declinar una oferta así —contesta.

Nos metemos en la ducha y nos besamos y abrazamos. Es agradable y Neal enciende en mí sentimientos diferentes a los que puedo sentir por Izan o por Dylan. Y eso me asusta.

Grayson y él son los dos únicos hombres por los que siento algo más que el simple hecho de follar y no sé si es bueno o una putada de las gordas. Lo que sé es que debo tener mucho cuidado con ellos y no permitir que me vuelvan a hacer daño.



Paranoias

Oigo golpes en la puerta de buena mañana. Abro los ojos y me quedo petrificada al ver a Neal, que está desnudo a mi lado en la cama. Ahora lo recuerdo todo. No hemos hecho nada, solo se quedó a dormir conmigo. Este hombre me transmite mucha calma y, después de la ducha, nos abrazamos y caímos en un agradable sueño profundo. Hasta ahora.

Me cubro con una bata de seda y voy a ver quién aporrea mi puerta a estas horas. No sé para que hay un timbre si nadie lo usa.

—Ya voy, ya voy —digo, todavía con las legañas pegadas en los ojos.

Abro la puerta y me topo con Grayson. Dejo la puerta entreabierta para que no pueda entrar.

—¿Es que no vas a dejarme pasar? —pregunta.

Me mira extrañado y yo no sé cómo reaccionar.

Estamos separados y no le debo nada, pero tengo a Neal desnudo en mi cama y, a pesar de que él ya lo ha visto varias veces, no es una situación cómoda.

—¿Qué quieres, Grayson? —pregunto desde la puerta.

—Vaya, ya veo que no estás sola. Venía a ver cómo te encontrabas, pero alguien se me ha adelantado. ¿Me equivoco? —dice con sarcasmo.

—No es lo que tú piensas, pero no te debo ninguna explicación.

Levanto la cabeza y me pongo en mi sitio.

—¿Agnes?

La voz de Neal suena por el pasillo y cierro los ojos ante la pillada descarada.

—¿Ese es Butler? —pregunta Grayson.

Me da un leve empujón y entra en la casa furibundo.

Ambos se encuentran de frente. Neal solo lleva puestos unos calzoncillos.

—Hola, Grayson, ¿cómo te va? —dice tranquilamente mi supuesto amante.

—Ya veo que a ti mejor que a mí. Acordamos que nada de verla si no era los dos juntos —le espeta.

—Eso no lo pensaste ayer.

Grayson me mira como si fuera la chivata del pueblo.

Ambos se retan con la mirada y yo no tengo ganas de discutir ni de ver peleas de gallitos. Levanto las manos y me pongo en medio de los dos.

—Vamos a ver. Aquí la que decide con quién quiere acostarse soy yo. Vosotros no decidís por mí y menos en pareja. No me he olvidado de vuestra traición y, si he caído en estos días, es porque estoy de bajón, pero no pienso volver a ser vuestra marioneta.

Ahora se juntan para ir contra mí.

—Te necesitamos y te echamos de menos —dice mi marido.

—Todo puede ser como antes —añade Neal.

Sonrío y me cruzo de brazos.

—Como antes, no. Parecido... tal vez —les doy esperanzas.

—¿A qué te refieres?

—Que iré de clienta al «The Lust» y podéis interactuar conmigo si me apetece en ese momento.

Suelto la bomba. Grayson abre los ojos como platos.

—No hablas en serio... —dice Neal.

—Muy en serio. Ya he estado en un local liberal, en San Diego, y me lo pasé en grande. Quiero probar en el tuyo, pero con gente nueva. No soy vuestra en exclusividad. Eso se terminó.

Mi marido tiene que sentarse.

—¿Por qué, Agnes? —sisea Grayson.

—Porque siempre debió ser así, desde el principio. Si me lo hubieses contado, quizá ahora no estaríamos separados. Comparto las mismas inquietudes que tú, pero no las mentiras.

—Yo no volveré a mentirte —me confiesa Neal.

—Puede ser, pero ahora soy yo la que necesita probar cosas y gente nueva.

—¿Por qué? —inquire Grayson.

—Por la misma razón que tú: para sentirme viva y valorar más lo que tengo. Solo es que lo que tenía lo he perdido —le reprocho en la cara.

—No vas a perdonarme nunca, ¿verdad?

—Seguramente no, pero seguiré follando contigo cuando me apetezca. Es lo único que puedo ofrecerte.

Grayson se frota los ojos con las manos y luego me mira como si no me reconociera.

—¿Yo te he hecho esto? —pregunta derrotado.

—No, Grayson. Tú me engañaste. Yo solo abrí los ojos que tú te encargaste de mantener cegados durante casi veinte años.

Neal se pone entre los dos al ver que la conversación empieza a ser dañina para ambos.

—Nena, ve al «The Lust» cuando quieras. Nosotros estaremos esperándote. La hemos cagado y ahora tenemos que atenernos a tus reglas si queremos recuperarte de alguna manera. Yo estoy dispuesto.

Neal es más comprensivo y, por eso, me gusta estar con él. Me transmite paz, pero, claro, él no estuvo casado conmigo.

—Tengo que ir a trabajar —les digo entonces—. Siento echaros de esta manera, pero voy a llegar tarde.

Grayson está afectado, pero no le queda otra que aceptar lo que hay con todas sus consecuencias, tal como lo hice yo.

—Voy a vestirme —dice Neal.

—Te espero y nos vamos juntos —añade Grayson.

Yo lo sigo y voy al dormitorio a por mi ropa y me meto en el cuarto de baño.

Miro mi reflejo en el espejo y pienso en cuánto ha cambiado mi vida y mi forma de ser. En veinte años solo me acosté con un hombre. Ahora, en una semana llevo cuatro, si cuento a mi

marido, y una mujer. Esto es de locos.

Me pongo unos vaqueros y un jersey azul y me peino muy rápido. Quiero salir de mi casa y que los dos hombres que me llevan de cabeza desaparezcan cuanto antes y se vayan cada uno por su lado o los dos juntos.

Salgo del baño y allí están, esperándome como dos corderitos. Los miro y me hierve la sangre al recordar los momentos vividos con ellos. No puedo evitarlo.

—Me tengo que ir —les digo. Se me quiebra la voz.

—Pero antes un beso de despedida, nena —susurra Neal.

No me da tiempo a reaccionar.

Me atrapa entre sus brazos y me besa con avidez y descaro. Grayson se pone detrás de mí, me aprieta los pechos y me besa la nuca. Mi cuerpo se enciende como la antorcha olímpica, pero no voy a consentir que se salgan con la suya. Sé que lo han planeado mientras estaba en el baño, pero con todo el dolor de mi coño ardiente me separo de su atadura de fuego y los miro inquisitivamente.

—¡Fuera de mi casa! —chillo.

—No te enfades, nena —intenta tranquilizarme Neal.

—Y una mierda. No voy a volver con vosotros. Si queréis fiesta conmigo, será en el «The Lust», que os quede claro. No volváis a jugármela. Y ahora... ¡fuera!

Levanto el brazo y les señalo la salida con el dedo índice.



Respiro agitadamente y no rechistan a mi orden. Los dos se van y tengo que beberme un vaso de agua para que se me baje el calentón y la mala leche. Menudo par de sinvergüenzas.

Por fin, puedo irme al trabajo, pero a estos dos no puedo sacármelos de la cabeza ni de mi piel.

Es viernes por la tarde y acabo la jornada de trabajo sin ningún contratiempo. La semana que viene no hay colegio, ya que es fiesta en Sadtown y me viene de perlas el descanso para poder aclarar mi cabeza e ir a ver a mi padre.

Llego a casa y llamo a mi madre para decirle que voy a ir a San Diego esta noche. De paso, me quedará allí el fin de semana. Así aprovecho y veo a Izan. Quizá vayamos al Supermercado de Adultos. Solo de pensarlo se me hace la boca agua.

—Hola, mamá, ¿cómo está papá hoy?

—Agnes, hija. Pues está muy contento y animado. Mañana nos vamos a un hotel spa a pasar el fin de semana con la tía Eliza. Ella lo ha organizado todo.

Me quedo chafada.

—¿Papá puede ir ya a un hotel spa? ¿No es demasiado pronto?

—Hemos hablado con el doctor Hamilton y nos ha dado su consentimiento. Dice que le vendrá bien para recuperar fuerzas. Eliza ha contratado una enfermera y un tratamiento especial de masajes terapéuticos para tu padre —me cuenta emocionada.

—Pensaba subir a veros esta noche.

—Huy, voy de cabeza preparando las maletas. No te ofendas, hija. Déjalo para la semana que viene, mejor. No te preocupes, tu padre está en buenas manos.

Frunzo el ceño. De eso no me cabe la menor duda.

—Lo sé. Pasadlo bien y llámame para cualquier cosa. Dale un beso a papá de mi parte.

—Sí, cariño, sí. Adiós.

Y me cuelga.

Está tan ensimismada en su viaje que pasa de mi cara olímpicamente.

No me quedo muy convencida y llamo a Izan para que me confirme que mi padre puede hacer ese viaje. Marco su número y me contesta de inmediato.

—Hola, guapísima, estaba pensando en ti ahora mismo —me contesta alegremente.

—Tendremos telepatía.

Me echo a reír.

—Quería saber si te apetecía ir a un local *swinger* y romper con la noche. ¿Te apetece?

Vaya, solo de pensarlo me tiemblan las piernas.

—Ya sabes que puedes contar conmigo —susurro.

—Me han dicho que en Sadtown han abierto uno recientemente y que está muy bien. ¿Lo conoces?

El corazón casi se me para.

—Sí, conozco al dueño y mi ex suele ir por ahí a menudo.

—Vaya. Si te sientes incómoda...

—Para nada. Nunca he ido como cliente y la verdad es que me apetece mucho. Creo que ya va siendo hora —le digo con sinceridad.

—¡Genial! Pues esta noche te recojo y nos vamos a perder en la lujuria.

—Me parece la mejor idea que has tenido desde que te conozco.

Suelto una carcajada nerviosa.

—¿Me mandas tu ubicación por WhatsApp?

—Claro, ahora cuando termine de hablar contigo.

—¿Es que hay algo más?

—Sí, mi padre. Se va a un spa y me ha dicho mi madre que tú lo has autorizado. ¿Crees que es una buena idea?

Me muerdo una uña un tanto nerviosa.

—Tu padre está bien ahora —responde Izan—. Debe hacer una vida normal y empezar poco a poco. En el spa va a relajarse y no hará esfuerzos. Creo que le vendrá muy bien.

Me quedo un poco más tranquila al oírlo.

—Gracias.

—Por cierto, he revisado el historial de tu padre de cuando entró en urgencias y hay algo que no me cuadra. Es algo que quería preguntarte, pues lo he visto hoy.

Me tenso al escucharlo hablar como médico.

—Pregunta lo que quieras. En lo que pueda ayudar...

—Es que aquí dice que su glucosa en sangre era muy baja cuando ingresó. Por eso se desmayó.

—Es correcto.

—Pero él no es diabético. Le hemos hecho pruebas.

—¿Qué quieres decir?

—Que la cantidad de insulina que aparecía en la sangre de tu padre tuvo que ser inyectada. Él no pudo producir semejante bajón de azúcar de forma natural siendo una persona no diabética.

Me quedo paralizada al escucharlo.

—¿Me estás diciendo que alguien se la introdujo en el cuerpo a propósito?

Oigo que suspira.

—No lo sé, Agnes. Solo sé que, o bien los análisis están mal, o aquí hay algo que no me cuadra. Habrá que preguntarle a tu padre.

—Pero él no recuerda nada... —sollozo con impotencia.

—Lo sé, ese es el problema: quizá nunca sepamos lo que le pasó de verdad.

—Izan, no me digas que alguien quiso hacerle daño a cosa hecha, por favor.

Hago un puchero.

—Mira, olvida lo que te he dicho. Solo son conjeturas. No debí contarte nada. Solo es que soy muy meticuloso en mi trabajo y no me gusta dejar cabos sueltos y esto me descuadra. Seguro que fue un error de la analítica. A veces, vemos cosas donde no las hay. Olvídalo, por favor.

Intento tranquilizarme. Tiene que ser un error. Mi padre es la persona más buena y honrada del mundo; nadie le haría daño.

—Está bien —gimoteo.

—Te lo compensaré esta noche, por ser un bocazas.

—¿Seguro que es un error?

—Seguro, Agnes. Perdona por inmiscuirte en mis paranoias sin sentido. Lo siento muchísimo.

—¿No me mientes?

—Te lo prometo. Ponte guapa, te voy a hacer gozar y olvidarás todo lo que he contado.

Mi cabeza cambia el chip y vuelve a Izan y a sus ojos verdes.

—Ahora te mandaré la ubicación de mi casa.

—Dentro de un par de horas estaré ahí como un clavo.

—Hasta pronto.

Cuelgo y me quedo pensativa y con mal cuerpo.

No sé qué pensar respecto a lo que me ha contado, pero no tiene mucho sentido que alguien intente hacerle un daño gratuito a mi padre. Muevo la cabeza hacia los lados intentando pensar, pero no se me ocurre nadie.

Imposible.

Voy a la ducha a prepararme para la fiesta que me espera esta noche. Lo que sí que va a ser un misterio es ver las caras de Grayson y Neal.

Ingenuidad



Ya estoy arreglada y ansiosa porque Izan llame a mi puerta y me lleve al local de la lujuria. No sé cómo voy a reaccionar si me encuentro a mi marido y a Neal interactuando con otras o si yo misma quiero hacerlo con ellos. Para la ocasión, me he puesto un vestido violeta ajustado muy sexi. Es corto y sin mangas. Me llevaré un delicado abrigo de pelo sintético para no pasar frío hasta llegar al local. Los tacones de aguja y las medias de liga y fino encaje a juego con la ropa interior me dan un aire de leona que va en busca de su macho alfa. Y la verdad es que tengo ganas de guerra y voy de cabeza a la jungla, a la caza del mejor macho para que me monte.

Para variar, el timbre suena y salgo a abrir la puerta. Ante mí aparece un apuesto Izan Hamilton, vestido con un traje oscuro que acentúa más sus ojos verdes y su espesa barba negra. Me relamo los labios nada más verlo y él me observa sin decir nada. Nos comemos con la mirada durante unos segundos que se hacen eternos. Parpadea para salir de su ensoñación y luego sonríe.

—Estás preciosa —dice un tanto nervioso.

—Tú tampoco estás nada mal —replico.

—¿Lista para pasártelo bien?

—Ni te lo imaginas.

Se me hace la boca agua solo de pensarlo.

Cierro la puerta y subo a su coche. La noche es fresca y me da un repelús. Me arrebujó entre el abrigo de pelo y entro en calor.

—Si quieres pongo la calefacción —sugiere amablemente.

—Gracias, pero dentro de nada me sobrá todo.

Sonrí con malicia y él se acerca y me da un beso en los labios. Mi cuerpo arde al instante.

—Un adelanto para que te suba la temperatura —sisea.

—¡Qué malvado eres! —susurro, cachonda perdida.

Arranca el coche y nos vamos camino del «The Lust».



Estamos en la puerta y mi cuerpo se transforma en un amasijo de nervios. Izan entra en el vestuario de hombres para cambiarse y yo lo espero en el vestíbulo de la entrada. Hay varias mujeres conmigo y me lanzan miradas de deseo. Me siento halagada y también intimidada. Todavía sigo siendo una novata en este tema del intercambio de parejas y rollo liberal. Tengo mucho que aprender y lo primero que debo hacer es quitarme la vergüenza de encima.

Izan sale envuelto en un albornoz que tiene el logo del local bordado en el pecho. Saluda a las mujeres que esperan a sus respectivas parejas, me pone la mano en la cintura y entramos en la boca del lobo.

El local está lleno de gente. Hoy es viernes y se nota que ya se ha hecho su nombre. Desvío la mirada hacia arriba, donde está la guarida privada de Neal. Solo veo el espejo, que refleja mi imagen y la de todos los asistentes. «¿Me estará viendo?», pienso.

Borro esa idea de mi mente y nos acercamos a la barra a pedir algo. Izan ordena al camarero que marche una botella de champán. Pronto se nos acerca una pareja demasiado joven para mi gusto. Él es un chico guapísimo de ojazos azules, con el pelo negro y la piel blanca. Ella, una joven de larga melena rizada, ojos castaños y un tipazo de infarto. Podrían pasar por dos modelos de pasarela. No creo que lleguen a los treinta años. Ella acaricia el brazo de Izan y él no la rechaza. Le sonríe y la invita a una copa. El ojazos azules me pone la mano en el hombro y me siento ligeramente incómoda.

—¿Molesto? —me pregunta.

Miro a Izan y le suplico con la mirada, pero se come con los ojos a la jovencita maciza.

Me doy la vuelta y miro al chico joven.

—Para nada, cielo, pero ¿no soy un poco mayor para ti? —le pregunto.

Me mira sorprendido y luego baja con suavidad la mano hasta mi muslo. Se cuela entre mis bragas. Gimo cuando me introduce un dedo y empieza a moverse hábil como una ardilla.

—No hay edad para saber follar y yo lo hago de maravilla —me susurra al oído.

Izan le está chupando las tetas a la joven y a mí me ha puesto de cero a cien el ojazos azules en un nanosegundo.

—Ya veo que eres bueno en esto —respondo con la voz quebrada.

Me sube el vestido y hurga en mis entrañas de una manera increíble. Si sigue así, va a provocarme un orgasmo antes de tomar la primera copa de champán.

—No has visto nada, cielo. ¿Vamos a un lugar más cómodo? —me sugiere.

Tengo que beber la copa de golpe, porque me ha dejado sin saliva en la boca.

Miro a Izan, que ahora está de rodillas comiéndole el coño a la joven sobre el taburete de la barra. Varios hombres a su lado se masturban y otra pareja ha empezado a hacer lo mismo.

—¡Vamos! —le digo a mi nuevo amigo, del que no sé ni su nombre.

Nos dirigimos a uno de los reservados abiertos con cama. Él mira hacia atrás y le hace un gesto a la joven para que lo siga. Ella asiente y nosotros nos adelantamos.

—¡Quítate la ropa! —me ordena.

Estoy un poco confundida al verme desnuda delante de un chaval tan joven y que me excita al máximo. Fuera de ese lugar, jamás tendría nada con él.

Me desnudo y él se me echa encima y empieza a acariciar todo mi cuerpo. Luego pasa su lengua por mis pezones y va despacio hacia mi vientre, bajando hasta el punto más álgido de mi cuerpo.

—¡Joder! —exclamo, agónica de deseo.

—Abre las piernas —sisea encendido.

Y lo hago.

Me pega un lametón en todo el coño y me hace temblar. No lo conozco de nada y es más joven que yo, pero el tío sabe lo que se hace. Entierra su cabeza entre mis piernas y el cielo se abre ante mis ojos, aunque yo los cierro mientras él se deleita ahí abajo y me lleva al paraíso. Noto su lengua cálida dentro de mí, que se mueve de una manera celestial. Le agarro el pelo y mis caderas se frotan contra su boca mientras él come y come de mi sexo ardiente, volviéndome loca. Estoy en el limbo, en el séptimo cielo, en el Valhalla... Y, de pronto, todo eso desaparece.

—Ya está muy mojada. Como a ti te gusta, amor —oigo que dice.

Abro los ojos y veo que están Izan y la joven a nuestro lado. Ni me doy cuenta de que han llegado.

El ojazos se retira y la joven de pelo largo se pone encima de mí. Me quedo desconcertada unos segundos hasta que veo cómo se abre el coño y lo pega al mío. Está caliente y tan mojada como lo estoy yo. Se acerca y me besa.

Empieza a moverse y nuestros sexos se acoplan de una manera increíble. Ella marca el ritmo mientras su lengua penetra mi boca. Creo que me voy a desmayar del profundo placer que me causa. Ese roce, ese calor, esa humedad... Sin darme cuenta me estoy moviendo con ella. Siento su clítoris hinchado rozando el mío. La sensibilidad es asombrosa. Sus besos, sus caricias... Y acelera el ritmo.

—Diosss...

Y exploto entre sus piernas en algo épico.

Ella se aparta y el ojazos la penetra y chilla. Entonces, Izan entra dentro de mí y la que chilla soy yo. La sensibilidad está en un grado máximo y puedo sentir hasta el último centímetro de su polla entrar en mí. Empieza a embestirme y es como tener un orgasmo continuo.

—Me ha puesto muy cachondo ver cómo te follaba esa chavala —sisea en mi oído.

—Calla y fóllame —respondo.

Lo necesito imperiosamente.

Mi coño pide polla y quiero correrme de nuevo y mojarle el capullo. Mi sexo devora su miembro y lo atrapa con unas ganas que parecen de otro mundo. Me aferro a su boca mientras Izan me embiste sin compasión y el ojazos hace lo mismo a menos de medio metro de nosotros. Siento las miradas a nuestro alrededor y eso me pone más frenética. Le agarro el culo y se lo pellizco.

—¡Au! —se queja.

—Por tu vida, fóllame con todas tus ganas —le imploro, fuera de mí.

Se sale y me da la vuelta.

Me pone a cuatro patas y me la clava sin preámbulos. Chillo de felicidad, porque es lo que necesito ahora: sentirlo bien dentro. Me da un cachete en el culo y doy un respingo.

—¿Así voy bien, cielo?

—Sí, sí —grito, a sabiendas de que me están mirando.

Se apoya sobre mi espalda y baja la mano hasta mi clítoris, todavía hinchado.

—Arggg —me deshago en felicidad.

—Vamos a por todas, Agnes —chilla Izan.

—¡Vamos! —lo animo.

Me propicia unos empujones deliciosos y me masturba con la mano, lo que es insoportable para una simple humana como yo.

—Te voy a llenar —gruñe.

—¡Dámelo! —grito fuera de mí.

Me agarra por las caderas y acelera el ritmo. Nuestros cuerpos colisionan de una manera brutal.

Al segundo empujón, el detonador se activa y yo exploto en mi fabuloso orgasmo. Me lloran los ojos de la alegría y no me queda saliva en la garganta para poder chillar.

—Sí, sí, sí, sí...

Izan se vacía los huevos de una manera brutal y divina. Me pasaría toda la noche con su polla dentro de mi coño.

Cae sobre mi cuerpo y luego se quita el condón y lo tira en una de las muchas papeleras que hay por el local. Vuelve a mí y me abraza. Yo pido agua, ya que apenas puedo hablar. El ojazo se acerca y se sienta a mi lado.

—Me he quedado con ganas de ti.

Me acaricia el hombro y traza un dibujo imaginario con el dedo índice.

—Pues ahora tengo que descansar. Tal vez en otra ocasión.

Sonrío y sigo bebiendo el agua.

—Te quiero ahora —insiste.

Lo miro anonadada.

—Te ha dicho que ahora no. Vamos a seguir con la fiesta, pero no con vosotros. Así que... ¡aire! —dice Izan, echándolos con cara de pocos amigos.

—Tranqui, amigo, aquí todos venimos a lo mismo. Nada de mal rollo. Hasta la vista, encanto.

Me suelta un beso y se va con la joven que me acaba de dar tanto placer.

—¡Gracias! —le digo a Izan.

—No me las tienes que dar. Él debe respetar tu decisión y las reglas. Si le dices que no, es no.

—Es muy joven —le excuso—. Tienen la sangre caliente.

—Para el sexo no hay edad. Lo que pasa es que es un gilipollas que se ha encoñado y no sabe hasta dónde tiene sus límites. Te tiene que dar igual acostarte con un hombre, una mujer o la edad que tengan. El sexo es sexo.

—Todavía estoy verde en estos temas.

—Pues yo veo que lo haces bastante bien.

Hace que me sonroje, pero se me quita de golpe cuando veo aparecer a Dylan y a la rubia que iba con Izan la vez que coincidimos en el Supermercados para Adultos. Al doctor también le cambia la cara. Se acercan al vernos y la rubia se tira a los brazos de mi acompañante, que, para mi asombro, la recibe con un fervoroso beso y magreo de culo.

—Hola, bebé, te he echado de menos. ¿Nos enrollamos esta noche? —dice la muy guarra.

Izan me mira con carita de cordero degollado.

—Patty, yo también te he echado de menos, pero esta noche he venido con una amiga.

Eso me sienta muy pero que muy mal.

La rubia tonta me mira y sonrío.

—Yo también he venido con un amigo —dice—. Creo que ya lo conoces. Y ella también.

—Hola, Agnes, ¿cómo estás? —me saluda el que me mintió.

Se crea una situación un tanto embarazosa.

—He estado mejor, créeme —respondo, muy seca.

—A mí me apetece estar con Patty. ¿Te quedas tú con Dylan? —me pregunta Izan.

Me pongo de pie y me cubro con una toalla.

—Pues va a ser que no. Llévame a casa —le exijo.

Izan mueve la cabeza, sorprendido.

—Creo que no lo has entendido, Agnes. Aquí se viene a follar y a pasarlo bien. Para mí tú eres una más y no me voy a ir solo porque no quieras abrigarte de piernas para Dylan. Escoge a otro; tienes a un montón y están dispuestos a hacerte el favor, pero no me jodas a mí la noche.

Me deja boquiabierta con sus frías y duras palabras.

—Eres un gilipollas más —le espeto.

—Puede que sea un gilipollas, pero tengo claro lo que quiero. Aquí se viene a follar, sin sentimientos de por medio. Si no sabes diferenciar eso, quédate en casa o vuelve con tu marido.

Mis ojos quieren explotar de la humillación que siento, pero tiene razón. Quizá no estoy preparada para esto.

—Agnes...

Dylan me pone la mano en el hombro para consolarme.

—No me toques. No quiero saber nada de ti ni de Izan. Tiene razón: si quiero follar será con alguien por el que no tenga sentimientos y ahora mismo a vosotros dos os odio.

—Así que otra vez Agnes Sullivan vuelve a rechazarme —dice con tristeza.

—Yo no empecé este juego de mentiras, Dylan. Fuiste tú.

—¿Podemos olvidarnos esta noche de todo y gozar como dos adultos? —insiste.

Lo miro con tristeza.

—Como dice Izan, todavía tengo mucho que aprender y ahora mismo mis sentimientos hacen que sienta un rechazo infinito hacia ti. Lo siento.

—Déjala que se vaya —dice Izan—. Únete a nosotros, nos lo vamos a pasar de miedo. No es más que una reprimida y una estrecha.

No lo soporto más. Salgo de allí corriendo y, al darme la vuelta para irme, choco con Neal, que se queda desconcertado al verme desnuda en medio del local.

—Nena, ¿qué haces aquí?

—Follar —le espeto—. ¿No es a lo que se viene a tu puto local?

Intento darme la vuelta e irme, pero él me sujeta y me abraza.

—Sí, se viene a follar y a disfrutar y yo te veo compungida. No creo que estés disfrutando.

Lo miro a los ojos, llena de ira.

—Pues fóllame y hazme disfrutar. Eso se te da bien, ¿no?

La rabia corre por mi cuerpo y ya no sé ni qué palabras articulo.

Neal me clava sus ojos azules como el zafiro y me sienta sobre en un taburete de la barra. Los camareros lo miran atónito, pues saben que es el jefe y no les cuadra mucho ver cómo se baja los pantalones y se coloca un preservativo con tranquilidad. Luego me separa las piernas y tira de mí hasta acoplarme a su cintura. Coge su polla y me la clava hasta el fondo, arrancándome un gemido que retumba por toda la barra del bar.

—Oh, nena. Follarte es lo más delicioso del mundo. ¿Creías que iba a desperdiciar esta oportunidad? Cuando entro en ti el mundo desaparece. Solos tú y yo.

Y me penetra de nuevo hasta el fondo. El taburete se tambalea y tengo que sujetarme bien a su cuello para no caerme.

—Llévame a una cama, Neal —susurro.

Se deshace de los pantalones y me lleva enganchada a él hasta un reservado cercano. De camino, veo a Grayson entrar y se queda petrificado ante la escena, pero viene detrás de nosotros.

Neal me tumba en la cama y termina de desnudarse. Grayson, sin decir ni media palabra, hace lo propio y se quita la ropa. No necesitamos hablar para entendernos los tres.

—Ahora sí que vas a disfrutar—sisea Neal.

—Lo sé —susurro.

Nos ponemos los tres de rodillas y erguidos en medio de la cama redonda.

Neal me besa y Grayson se pega a mi espalda, me estruja los pechos y lame mi nuca. Me siento protegida en medio de mis dos hombres, los que siempre están ahí para darme placer, aunque haya sentimientos de por medio. Noto la polla de Neal sobre mi coño y la de mi marido en mi culo y me muero por tenerlas a las dos en mi interior. El sudor perla mi cuerpo y la sangre calienta mis venas a una temperatura superior a la normal. Agarro ambas pollas y empiezo a masturbarlos. Me siento poderosa, llena de fuerza. Noto cómo vibran bajo mis dedos. Sus respiraciones se aceleran, pero quiero hacerlos estremecerse como ellos hacen conmigo. Me siento en la cama y chupo la polla de Neal y luego la de Grayson. Voy intercambiándolas y me mojo de lo morbosa que es la situación. Las junto con mis manos y paso mi lengua por ambos capullos.

Tiemblan.

Jadean.

Suspiran...

Ya no lo soportan más y Neal me sienta sobre él a horcajadas. La sensación de sentirme llena aún no es total, pero es maravilloso deslizarme por ese tronco duro que me da mucho placer. Me tumbo sobre su pecho y Grayson introduce un dedo en mi ano. Gimo ante esa presión deliciosa.

—Bésame, nena—me pide Neal.

Y lo hago. Le lleno la boca con mi lengua y disfruto de su sabor a whisky del caro. Grayson me está estimulando y Neal follando y mojándome el coño.

—Mi amor, voy a follarte el culo —me dice mi marido.

Me giro y lo miro con los ojos vidriosos y cargados de lujuria.

—¡Hazlo!

Se hace hueco entre mis piernas y las de Neal y mete la punta.

—¡Uf! —resoplo al sentir más presión.

—Iré despacio —dice.

—Tranquila, nena. Sabemos lo que hacemos —me tranquiliza Neal.

—Lo sé.

Y se mete un poquito más dentro de mí.

Los ojos se me voltean a medida que Grayson me penetra analmente y Neal vaginalmente.

—Ya está, amor —dice mi marido.

Empiezan a moverse de forma acompasada y la tierra se detiene, porque nosotros rotamos por ella.

—Dios, sí, madre mía —gimo por todos los costados.

¡Cómo se mueven en mi interior!

Estamos así casi una hora. El sudor cubre nuestros cuerpos, que se acoplan a la perfección, pero mi coño está tan húmedo y me siento tan llena que necesito explotar y expresar todo lo que mi cuerpo me pide a gritos. Le como la boca a Neal. Me giro y luego lo hago con Grayson. Me

muevo buscando la profundidad de los dos y pierdo el control. Cabalgo a Neal y me inserto en Grayson. Eso es la perdición de ambos.

—Nena, así no puedo aguantar, esto es demasiado —se queja Neal.

—Yo tampoco puedo másss —chillo, caliente como una chimenea.

—Agnes, me vas a romper la polla —jadea Grayson.

No hago caso y me muevo sin control.

Arriba y abajo sobre la polla de Neal y dentro y fuera de la de Grayson.

¡PAM!

—Sí, oh, sí —grito fuera de mí.

Una ciclogénesis explosiva me envuelve el coño en un orgasmo abismal y me llevo conmigo a Grayson y a Neal, que estallan también y creamos la tormenta perfecta. Algo que muy pocas veces ocurre, pero no es imposible. El orgasmo de los orgasmos.

Chillamos.

Gemimos.

Nos corremos.

Caemos rendidos.

Los tres estamos abiertos de piernas y brazos sobre la enorme cama, como si estuviésemos jugando en la nieve. Solo quiero cerrar los ojos y disfrutar de este momento mágico. La vida es hermosa y sencilla. Los únicos que la complicamos y la hacemos fea somos nosotros. En cuanto a Izan, ha sido una sorpresa muy desagradable que no me esperaba. La gente nunca deja de sorprenderme, pero para mal. Aunque puede que tenga razón: hay que coger lo que quieres sin pararte a pensar. Ahora a ver cómo me voy sin que empiecen estos dos con sus sentimientos... O yo con los míos.

Invasión



Estoy en casa tras la noche movidita y llena de emociones de ayer. Me costó convencer a Neal y a Grayson de que me dejaran venir sola a casa, pues querían seguir con la fiesta aquí, pero les dije que no. Tal vez me apeteciese decir lo contrario, pero tengo que mantener la distancia con ellos y no volver a cometer los mismos errores. Cierto es que son dos hombres maravillosos y que me siento de maravilla a su lado, pero tengo muy claro que no quiero dos maridos, ya que todavía tengo que deshacerme legalmente del primero.

Por otro lado, también me llevé un chasco muy grande con Izan y con Dylan, sobre todo con la frialdad del primero. En este mundo tengo que dejar de lado los sentimientos, tener la cabeza muy bien asentada y mi objetivo muy claro si quiero que no me hieran de nuevo. Al «The Lust» y a locales de ese tipo se va a follar y a pasarlo bien. Es algo puramente físico y nada sentimental; de lo contrario, te destruye.

Pienso en Alice Cooper y su marido, en cómo consiguen llevar adelante su matrimonio e ir de la mano a esos locales sin que se fracture su relación. Lo deben de tener muy claro. Ese ha sido mi gran error y todo por falta de experiencia. Estuve casada casi veinte años y amé a Grayson todo ese tiempo. Cuando intimo con otro hombre, no puedo evitar que mis sentimientos fluyan, aunque solo sea un poco. Ayer conseguí tirarme al ojazos azules y no interfirió nada emocional. Así es como debería ser con todos. Pero Grayson y Neal son un problema, porque siento algo muy fuerte por los dos.

Esta noche me propongo ir al «The Lust» y romper esa barrera psicológica que me está limitando. Debo interactuar con personas desconocidas o por las que no tenga un ápice de sentimiento emocional. Eso haré. Sé que puedo y debo hacerlo.

El teléfono suena en el salón y me saca de mi utopía particular. Miro la pantalla y veo que es Izan Hamilton. Tuerzo la boca en un gesto desagradable y dudo en cogerlo, pero pienso en que es el médico de mi padre y quizá es algo relacionado con él.

—¿Dígame? —contesto muy seria.

—Hola, Agnes, pensé que no ibas a descolgar el teléfono —dice con la voz muy queda.

—Pues has acertado. Esa ha sido mi primera reacción. ¿Qué quieres?

—Pedirte perdón por lo de ayer. Me había pasado con el champán y metí la pata contigo. Creo que te dije cosas muy duras que no merecías. La bebida habló por mí.

Suelto una carcajada sardónica.

—No, Izan. Hablabas tú y con toda coherencia. Tenías razón en lo que decías, pero hay formas de decirlas sin llegar a la humillación.

—Lo siento, Agnes. No sé qué me pasó por la cabeza.

—Da igual. Lo único que quiero de ti es un trato profesional referente a mi padre. En cuestión a lo personal, no existes para mí —le dejo muy claro.

Se hace el silencio unos segundos.

—Eso significa que no me perdonas, ¿verdad?

—Podría humillarte como tú hiciste conmigo, pero voy a evitarte ese mal trago. Limitate a contactar conmigo solo si tienes que comunicarme algo sobre mi padre; por lo demás, lo nuestro jamás ha existido —insisto.

—Recibido. No te molestaré más y, de nuevo, lo siento.

—Adiós, Izan.

Cuelgo el teléfono y el corazón me va ligeramente acelerado de la rabia que siento.

Voy a la cocina y me sirvo un vaso de agua. Me lo bebo en dos tragos e intento olvidar el episodio desagradable de anoche. Izan es un descubrimiento muy desafortunado en mi vida del que quiero pasar página y, si es posible, no volver a verlo.

La llamada me altera un poco, así que me pongo a limpiar la casa para liberar la tensión que llevo encima. Ordeno los armarios, paso el aspirador, pongo la lavadora, limpio el polvo... Y es entonces cuando cojo un marco de fotos donde salimos Grayson, Rosy y yo. De pronto, pienso en mi hija y la echo de menos a morir. Me hace falta, la necesito y me entra complejo de mala madre por no tenerla conmigo. No sé dónde y con quién está y eso no está bien. Debería hacer algo más y no quedarme de brazos cruzados.

Dejo toda la faena de lado y agarro el móvil. Tecleo el número de mi hija y espero ansiosa a que me conteste. Un tono, dos, tres, cuatro... Al fin, descuelga y escucho su voz.

—¿Diga?

—Rosy...

—Hola, mamá, ¿por qué me llamas?

Abro los ojos como platos, expectante.

—¿Que por qué te llamo? ¡Eres mi hija y estás prácticamente desaparecida! —le digo, elevando un poco la voz.

—Si llamas para chillarme, mejor te cuelgo.

—¡Por favor, no me cuelgues!

—Está bien... ¿Qué quieres? —repite.

—Necesito verte y saber que estás bien. No es normal lo que estás haciendo, hija.

—¿No es normal ser feliz? —me espeta.

Trago saliva e intento controlarme.

—Pues si eres tan feliz con ese hombre, ¿por qué no lo compartes con tus padres y la gente que te quiere? Ambos queremos lo mismo.

Oigo que murmura por lo bajo.

—Ya te lo dije: aún no es el momento. Es complicado y no lo entenderías.

—Inténtalo, por favor.

—Mamá, no insistas. Estoy muy bien, deja de preocuparte de mí. Ocúpate de ti y de tu vida, que ya tienes bastante.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú sabrás. Déjame tranquila y no llames más. Ya te llamaré yo cuando sea el momento.

Y cuelga el teléfono bruscamente.

Me quedo chafada y peor de lo que estaba. El tipo con el que está le tiene absorbido el cerebro y mi hija no atiende a razones. No sé cómo actuar. Tampoco sé si debería ir a la policía. Está

voluntariamente con un desconocido y tiene dieciocho años. Me dirán que soy una madre controladora que no deja a su hija vivir su vida y me mandarán a casa a que me tome una tila y lo asuma.

Me froto los ojos, frustrada y cansada del giro que ha pegado mi vida y el descontrol que llevo últimamente. Voy a la nevera para preparar algo de comer y esta pide auxilio.

—Soy un desastre —suspiro.

Miro por la ventana. Hace un día precioso y la temperatura es agradable. Cojo las llaves de mi furgoneta y el bolso. Es la hora de salir a hacer la compra y retomar un poco mis dotes de ama de casa, que tengo totalmente aparcadas.



Abro la puerta y no tengo tiempo a reaccionar. Una figura vestida de negro con un pasamontañas que oculta su rostro me da la vuelta y me inmoviliza. Cuando abro la boca para gritar, me coloca un trapo impregnado en algo que tiene un aroma dulzón. Enseguida mis sentidos se nublan y mis ojos se cierran para caer en una dulce inconsciencia.

Me despierto aturdida y algo mareada. Parpadeo varias veces para darme cuenta de lo que ha pasado y dónde estoy. Me incorporo un poco y me percató de que es mi cama. Ya casi es de noche y me cuesta abrir los ojos. Alargo la mano y enciendo la luz, que me da un fogonazo en los ojos. Me horrorizo al ver el escenario en el que me encuentro: estoy en ropa interior y alrededor de mi cuerpo hay decenas de rosas negras esparcidas por la cama junto con fotografías mías hechas con una vieja Polaroid. Me toco el cuerpo instintivamente por si me ha violado, pero sé que no lo han hecho. Y entonces encuentro una nota encima de la almohada que me pone los pelos de punta.

La próxima vez no me conformaré solo con mirar.

Doy un respingo y salto de la cama. Me cubro con un batín. El miedo me recorre el cuerpo. Esta vez ha ido demasiado lejos. Temo que pueda estar todavía dentro de la casa. Cierro la puerta de la habitación con llave y doy gracias por ver que el teléfono está en el suelo junto a mi ropa.

Llamo con urgencia a Neal. Él sabe cómo tratar este asunto. Me tiemblan las manos y no atino a dar con el número. Por fin lo encuentro en la lista de contactos y le doy a llamar. Me contesta en el primer tono.

—Hola, nena, ¿me echas de menos?

Su voz suena a pura alegría, algo que yo no comparto en ese momento.

—Ha vuelto, Neal... —digo con la voz quebrada.

—Agnes, ¿qué ocurre?

—El acosador me ha drogado y ha estado conmigo en mi casa. Tengo miedo —sollozo.

—¡Mierda! Ahora mismo llamo a Grayson y vamos para ahí. Cierra con llave y no te muevas.



—Estoy en mi habitación encerrada. No soy capaz de moverme por si sigue en casa —gimoteo.

—¡Joder! Voy a llamar a la policía. Voy volando, nena.

—No, no llames a la policía. Date prisa, Neal.

—Ya voy...

Debo haberme quedado dormida otra vez sentada en el suelo y apoyada en la pared. Entonces, escucho un estruendo y aparecen Neal y Grayson en mi habitación. Han tirado la puerta abajo. Yo apenas me inmuto, pues no tengo fuerzas.

—Dios mío, ¡Agnes! —exclama mi marido mientras me coge en brazos y me arrulla contra su pecho.

—Grayson... —suspiro.

Giro la cabeza y veo a Neal paralizado. Mira la cama con las rosas negras y coge alguna de las fotografías. Hace una mueca de repulsa con la boca y luego lee la nota. La guarda con cuidado en una bolsa de plástico, así como las fotografías. Sabe que es una pérdida de tiempo, pues no va a encontrar ninguna huella. Es un tipo muy listo y cuidadoso.

—¿Quién coño le ha hecho esto? —brama mi marido.

—No lo sé, pero te juro que lo encontraré. Esta vez no se va a ir de rositas, ya que le gustan tanto. Maldito hijo de puta —gruñe Neal.

Se acerca y me acaricia la cara.

—Sacadme de aquí, por favor —les pido.

—¿Quieres que te lleve al hospital? —me pregunta Neal, poniéndose en lo peor.

—No me ha tocado, no hace falta —lo tranquilizo.

—Me da igual que no te haya tocado. Solo de pensar que haya estado en la misma habitación contigo... Merece morir por eso —amenaza, furioso.

—Estoy de acuerdo —secunda Grayson.

—Sacadme de aquí —insisto—. Coged algo de ropa y sacadme de aquí.

—Grayson, ya sé que sigue siendo tu mujer, pero yo tengo los medios para protegerla. Deja que venga conmigo —dice Neal.

Mi marido asiente.

—Sobre la seguridad de Agnes, no voy a discutir.

—Llévala al reservado del «The Lust» mientras le cojo algo de ropa y cierro la casa. Necesito ver la habitación con más detenimiento por si encuentro algo.

—Está bien, te veo allí.

Grayson me lleva en brazos hasta su todoterreno y yo voy medio en trance tras lo ocurrido. Solo quiero irme lo más lejos posible de esa casa.

—Siento causaros tantas preocupaciones.

Me echo a llorar por la situación que me supera y no comprendo.

—No te preocupes, mi amor. Nosotros te protegeremos —me consuela.

—¿Protegerme de qué? Si no sabemos quién es ni qué cara tiene —digo entre lágrimas—. Podría ser cualquiera. Es un puñetero fantasma y, lo peor de todo, es que no sé qué quiere de mí.

Grayson me abraza, porque rompo a llorar más fuerte.

—Tranquila, tranquila, lo solucionaremos. No es un fantasma, es una persona de carne y hueso y daremos con él. Te lo prometo, Agnes.

No puedo evitar mirarlo con recelo.

—No prometas nada que no puedas cumplir, Grayson. Se te da fatal.

Mi humor es muy volátil en este momento, aunque tampoco es justo que lo pague con él. Pero lo que acabo de pasar no es una experiencia nada agradable.

Me agarra la mano para tranquilizarme.

—Te llevaré al «The Lust». A mi lado y con Neal estarás segura. Eso sí te lo puedo prometer. Separo la mano con sutileza y tuerzo la cara hacia el cristal de la ventanilla del coche. Eso es justo lo que quería evitar a toda costa: volver a ser su marioneta. De nuevo, estoy en sus manos.

Cierro los ojos mientras arranca el coche y guardo silencio durante todo el trayecto. No me quito de la cabeza la imagen de ese hombre tapándome la boca y luego despertar en mi propia cama, en ropa interior y rodeada de esas rosas negras. Me erizo entera y me estremezco. Pudo haberme hecho de todo, incluso matarme, pero simplemente se divierte atemorizándome con su poder y con lo que puede hacerme en un futuro. No soy una mujer que se amilane fácilmente, pero esto me supera. Ha invadido mi intimidad y no pude hacer nada para impedirlo. Me siento indefensa y frustrada. No me gusta perder el control de mi vida y menos por culpa de un desconocido. No le voy a dar esa satisfacción. Tengo que recomponerme y superar esto por mí. Porque si yo no pienso en mí misma, nadie lo va a hacer.

Estoy tan inmersa en mis pensamientos que no me doy cuenta de que Grayson detiene el coche. Lo miro con cara de confusión.

—Hemos llegado —dice tranquilamente.

Parpadeo y salgo de mi ensoñación. Veo la puerta blindada que da acceso a la guarida de Neal.

—Qué pronto... —suspiro.

—Estabas absorta en tus pensamientos y no he querido molestarte.

—Grayson, perdona por hablarte mal. Estoy muy conmocionada, pero se me pasará. No voy a dejar que el miedo domine mi vida —me disculpo con él de corazón.

—Lo sé, Agnes. Eres la mujer más fuerte que he conocido en mi vida.

Me abraza y yo me enrosco en su enorme cuerpo de dos metros.

—Vamos dentro, tengo frío.

Grayson se quita la cazadora de cuero que lleva y me la coloca sobre los hombros. Marca el código de la puerta y entramos. No me sorprende que se sepa la contraseña.

La guarida secreta de Neal tiene una temperatura muy agradable y me sobra la cazadora de mi marido. Me dirijo hacia la barra del bar y me pongo un vodka con hielo y me lo bebo de una sentada. Grayson me observa y él se sirve un whisky.

—Lo necesitaba —digo, poniéndome otro.

—Ya lo veo, pero creo que vas un poco rápida con las copas. Deberías subir el pie del acelerador —me aconseja.

Mis labios forman una sonrisa irónica.

—Si con esto logro sacarme el mal cuerpo que tengo encima, pisaré el acelerador a fondo,

querido.

El sarcasmo rezuma por todos los poros de mi piel.

—Pues entonces brindemos por eso. Que se te vaya el mal cuerpo.

Grayson choca su vaso contra el mío y yo lo vacío de inmediato. El alcohol quema mi garganta, calienta mi cuerpo y mitiga mi mente.

—Ponme otra —le ordeno.

Y me sirve otra copa de vodka con hielo.

Cojo el vaso y me paseo por la guarida erótica de Neal, donde he pasado tan buenos ratos. Cojo el mando y le doy al botón para que el espejo se haga transparente para nosotros y ver el ambiente que hay en el «The Lust».

La gente está follando, pasándoselo bien. Grayson viene hasta mi lado y quiere quitarme el mando de la mano.

—No creo que sea buena idea que te pongas a ver esto ahora después de...

Se muerde la lengua. Me giro hacia él como una hiena.

—¿Después de qué? No me ha violado. Quizá me haya tocado o acariciado, pero no voy a dejar que me condicione la vida. Esto—digo señalando a la gente que hay en el local— es lo mejor que me ha pasado nunca y no pienso renunciar a mi vida porque un pirado haya entrado en mi casa y haya recreado en mi cama una macabra obra de arte. El sexo me da la vida y es lo único que me puede ayudar a olvidar este episodio horrible de mi vida —escupo con rabia desde el fondo de mi ser.

Grayson se queda blanco como la cal al oírme, pero luego reacciona.

—Pues entonces vamos a poner remedio a ese problema desde ya.

Me arrincona contra la pared, me quita el vaso de la mano y me besa con ímpetu.

Lo miro a los ojos un segundo y me aferro a su boca como si fuera el antídoto de una mala enfermedad.

—¿Qué coño estáis haciendo?

La voz de Neal rompe nuestro momento de lujuria. Nos separamos y lo miro con descaro.

—Aplacar mis miedos. Únete a nosotros —lo invito medio ebria.

Da dos zancadas y llega hasta mí con los ojos brillantes de la rabia.

—Estás borracha —contesta—. Lo que deberías hacer es descansar y recuperarte del trauma por el que has pasado.

—Déjala, Neal —interviene Grayson.

—Tú también estás borracho y se supone que deberías cuidar de ella, no intentar meterle la polla al menor descuido —le espeta.

Ambos se enfrentan.

—Es mi mujer y no tienes que decirme cuándo puedo follar con ella —se revuelve mi marido.

Ahí me meto en medio yo.

—En eso estás equivocado. Seguimos casados, pero ya no soy de tu propiedad. Estaré borracha, pero aún tengo los sentidos despejados.

Neal me coge del brazo con suavidad y me aparta de Grayson.

—Te llevaré a casa para que duermas. Hoy no vas a follar con nadie. Si lo haces, mañana te arrepentirás y te sentirás como una mierda.

Lo miro a los ojos y sé que tiene razón. Asiento con la cabeza y cedo ante sus consejos.

—Iré contigo.

—Agnes, ¿en serio me vas a dejar tirado por él? —se queja Grayson.

Me giro para mirarlo a los ojos y me tambaleo un poco.

—Y tan en serio.

—¿Por qué?

—Porque él está pensando con el corazón y tú con la polla. Por eso me voy con él. Adiós, Grayson.

Se queda con la boca abierta mientras desaparezo de su visión de la mano de Neal Butler.



Libre

Me despierto sola en la cama de Neal. Me duele la tripa y voy al baño. Para colofón a esta historia y empiece de domingo, me baja la regla. Veo que me ha traído el neceser y mis cosas. Me coloco un tampón y regreso a la cama. No tengo ganas de nada. Cierro los ojos e intento dormir, pero el dolor no me deja.

—Buenos días, dormilona. Ya veo que hoy no tienes prisa por levantarte. Quizá esto te ayude.

Neal me trae el desayuno a la cama. El café huele de maravilla y es lo que más me apetece.

Me incorporo y suelto un quejido. Entre la regla y una incipiente resaca, tengo el *pack* completo para sentirme como una puñetera mierda.

—¡Joder! —exclamo dolorida.

—¿Estás bien? —se preocupa.

—La maldita regla y la cabeza —gruño de mal humor.

—Iré a por un analgésico.

Sale del dormitorio y regresa enseguida con una pastilla. Me cuida y me mimaba y eso me hace sentir bien y mal a la vez.

—No tienes que tratarme como si fuese una princesa. Estoy bien y no pienso quedarme aquí —le suelto entre dientes.

Abre los ojos un poco descolocado.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde piensas ir? ¿A tu casa?

Frunzo los labios de la rabia al recordar lo sucedido.

—¡No!

—Lo imaginaba.

Se echa a reír y me pone nerviosa.

—No quiero volver a estar bajo tu dominio o el de Grayson.

—Ni yo lo pretendo. Solo quiero que estés a salvo. En cuanto a lo otro, respetaré tu libertad y tus decisiones.

Ahora soy yo la que estoy sorprendida.

—¿Qué quieres decir eso?

Se sienta en la cama y me agarra de la mano.

—Agnes, solo quiero que estés a salvo y que ese psicópata no vuelva a acceder a ti en ninguna

circunstancia. En mi casa estás a salvo, pero no voy a pedirte nada a cambio. Dormiré en el sofá y tendrás toda la libertad del mundo.

—¿Por qué haces esto por mí?

—Ya lo sabes, no hace falta que te lo diga.

Guardo silencio unos segundos y me ruborizo.

—Quiero ir a ver a mis padres a San Diego. Necesito estar con ellos en este momento.

Neal me aprieta la mano y baja la cabeza unos segundos.

—Está bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Elroy irá contigo. Ni notarás que te está vigilando. Pero no me fío de dejarte sola y sin protección. No volveré a cometer ese error dos veces.

No me lo pienso mucho. Esta vez no.

—Está bien —le digo—. No te voy a poner objeciones, siempre y cuando mi familia no se dé cuenta de nada.

—Te lo prometo.

Doy un sorbo al café y me tomo la pastilla. Hablar con Neal me deja más tranquila.

—No quiero volver a mi casa. De hecho, creo que la voy a vender. No puedo vivir allí después de lo que me ha pasado —le confieso.

—Lo sé. Hablaré con Grayson y nos ocuparemos de todo. Mientras tanto, puedes quedarte aquí conmigo.

Mete la mano en el bolsillo, saca una llave y me la entrega.

—Esto no te da derecho a nada —le aclaro.

—Lo sé y tampoco te estoy exigiendo ninguna condición.

—Vale.

—Perfecto, pues ya está todo claro —dice—. Para avisar a Elroy, ¿cuándo quieres ir a ver a tus padres?

—Mañana.

Hace una mueca de disgusto con la boca.

—Está bien. Aquí estará.

—Gracias, Neal... Por todo.

Me mira a los ojos y nuestras miradas se encuentran.

—Seguro que tú harías lo mismo por mí.



Sonríe, pero yo no lo tengo tan claro. Neal tiene un corazón de oro, lo que me está matando la conciencia. Quizá lo juzgué mal y ahora mis demonios me torturan mentalmente por haberlo despreciado y haber pasado de él olímpicamente.

Recoge la bandeja del desayuno, me arrebujó en las sábanas y cierro los ojos. El analgésico está haciendo su función y me dejo llevar por un dulce sueño y el confort de sentirme segura.

El domingo me lo pasé dormitando y en la cama. Neal se quedó en casa y no fue al «The Lust» por la noche. Grayson se pasó a ver cómo estoy, pero apenas le hice caso debido al cansancio. El médico ya me avisó de que la primera regla con las pastillas iba a ser un poco más molesta y que luego ya se regularizaría, así que me quedo frita hasta hoy lunes por la mañana, cuando me despierto un poco más animada y algo menos dolorida.

Me levanto temprano y Neal está dormido en el sofá. Su imagen es adorable, con el pelo revuelto y el torso desnudo. Le cae un brazo hacia el suelo y tengo la tentación de acariciarlo, pero me voy a la cocina a preparar café. Fuera hace un día soleado y parece que el buen tiempo quiere despuntar en Sadtown.

—Buenos días, ¿cómo te has levantado?

La voz de Neal hace que me sobresalte. No lo he visto incorporarse del sofá.

—Buenos días. Estoy mucho mejor, ¿quieres un café?

—Ese olor es lo que me ha despertado. Me alegro de que te encuentres bien.

Me acaricia la cara y mi cuerpo se pone en alerta máxima al instante.

Me separo con disimulo y le sirvo una taza, evitando su contacto a toda costa.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —le pregunto para romper el hielo.

Mira el reloj y luego da un sorbo a la humeante taza.

—Pues estoy esperando que llegue Elroy. Ya debería estar aquí.

Frunce el ceño y lo veo todavía más atractivo cuando hace esas muecas.

Apuro la taza de café y desvío la mirada hacia otro lado.

—Bien —contesto—. Voy a darme una ducha y a preparar una bolsa para el viaje. Tengo que hacer un par de llamadas antes de irme.

—¿Has avisado a tus padres?

—Esa es una de las llamadas pendientes.

Sonrío.

—¿Y la otra? —curioseas.

—Ya que estoy aquí al lado, quiero pasarme por el despacho de Alice Cooper antes de irme, para ver cómo va el tema de mi divorcio.

Neal arquea una ceja.

—¿Todavía quieres divorciarte, a pesar de tener relaciones con tu marido?

Me sorprende su pregunta.

—Pues claro. Necesito libertad para poder actuar en igual de condiciones contigo o con cualquier otra persona. No es justo que Grayson se crea con prioridad sobre mí.

Me mira fijamente, muy sorprendido.

—Eres una mujer alucinante. ¿En serio piensas eso?

—Por supuesto. No voy a negar que lo quiero, sería una hipócrita si digo lo contrario, pero también siento algo por ti y, por eso, necesito salir de aquí cuanto antes y aclarar mis sentimientos hacia vosotros.

Se acerca y me pone las manos sobre los hombros. Su contacto hace que me estremezca.

—Eso te hace muy noble y lo voy a respetar. No pienso agobiarte y te agradezco la sinceridad con la que me hablas. Para mí eres muy especial y no quiero perderte.

Bajo la mirada y me ruborizo.

—A esto me refiero —digo—. Cuando estoy contigo me siento muy bien y toda yo tiemblo ante tu contacto, pero cuando Grayson me toca... también. Quiero sentirme libre y no volver a atarme, no ya a un hombre, sino a dos. Tengo que encontrarme a mí misma y saber lo que quiero.

Neal me abraza y me besa en la cabeza.

—No me extraña que Grayson diga siempre que como tú ninguna. Es que es la verdad. Jamás pensé que una mujer pudiera tocarme el alma como lo has hecho tú, Agnes, pero pienso respetar tu decisión hasta el final si con eso no te pierdo.

Sus palabras me conmueven. Es tan comprensivo y bueno conmigo que me está confundiendo todavía más. Necesito irme de ahí cuanto antes.

—Voy a la ducha.

Me separo de su amarre y salgo pitando hacia el baño.

La descarga de agua caliente sobre mi cuerpo me calma la mente un poco y apacigua mis pensamientos. Tengo que buscar un equilibrio en mi vida. Ahora mismo todo es un caos. Un psicópata me acecha, mi hija está perdida, tengo que vender la casa y saber qué hacer con estos dos que me desequilibran la mente y el cuerpo...

Salgo de la ducha y me visto unos vaqueros y una blusa de gasa de florecitas verdes. Me calzo unas deportivas, pues solo quiero estar cómoda. Llamo a Alice Cooper para ver si puede atenderme hoy mismo.

—Despacho de Alice Cooper —responde la secretaria.

—Buenos días, soy Agnes Sullivan. Quería hablar con Alice para ver si me puede ver esta misma mañana. Es urgente.

—¡Qué casualidad! Ahora mismo la iba a llamar, señora Sullivan. Tengo una nota de la señora Cooper para que le diga que quiere verla de inmediato.

Me quedo con la boca abierta.

—Estupendo, puedo estar ahí en media hora —le confirmo.

—Perfecto, pues ya le tomo nota y se lo comunico a la señora Cooper.

—Gracias.

—Hasta ahora.

Cuelgo y me quedo flipada de la suerte que tengo.

Acabo de arreglarme y salgo de la habitación para ir a ver a Alice, pero Neal se interpone en mi camino.

—¿Adónde vas nena?

—Al despacho de Alice Cooper.

—Elroy no ha llegado, así que yo te llevaré.

Hago una mueca con la boca y dejo caer laxos los brazos.

—No lo veo muy ético —me quejo.

—A mí me da igual la ética. Lo que me importa es tu seguridad y no pienso dejarte a solas ni un segundo.

Tiene razón. Le prometí que no pondría pegatas, así que asiento y salimos los dos juntos hacia mi cita con la abogada.

—¿Esto va a ser así siempre? —gruño un poco.

—Solo hasta que pesquemos al desgraciado que te acosa.

—Pues espero que sea más pronto que tarde.

—Eso puedes darlo por hecho.

Subimos al Stingray de Neal y llegamos al despacho de Alice en tres minutos, ya que está muy cerca de su casa y apenas hay tráfico en la carretera.

Cuando aparca y bajamos del coche, lo miro muy seria.

—¿También vas a acompañarme a la oficina? —pregunto avergonzada.

Neal sonríe y luego se pone serio.

—No te quepa la menor duda. Yo no tengo las dotes de seguimiento que tiene Elroy, así que

no puedo perderte de vista, nena.

Frunzo los labios molesta y subimos hasta la oficina de Alice Cooper, que, cuando nos ve llegar, pone una cara que es para enmarcar.

—¡Neal, menuda sorpresa! ¿Es que estáis juntos? —pregunta mi abogada.

—Es una larga historia, Alice —respondo yo por él.

—Vaya, pues ya me la contarás algún día. La curiosidad me está matando en este momento —me susurra al oído.

—¿Me puedes decir qué era eso tan importante por lo que querías verme? —inquiero.

Ella mira a Neal, que no hace más que sonreírle provocativamente y a mí me molesta ligeramente.

—¿No te importa que esté él delante? —me pregunta.

—Es de confianza —le aclaro.

Ella rebusca unos papeles en el escritorio y me los entrega con una amplia sonrisa. Los cojo y les echo una mirada.

—¡No puede ser! —exclamo incrédula.

—Ya eres una mujer legalmente divorciada. Al final, tu marido accedió a firmar los papeles. Te dije que lo conseguiría.

Tengo que sentarme y leer con calma el documento que decreta que soy, por fin, una mujer libre.

—No me lo puedo creer —digo con un hilo de voz.

—Pues créetelo, ya es oficial —dice jovialmente.

Siento la mano de Neal sobre mi hombro. Me reconforta y, al mismo tiempo, me aterroriza. ¡Soy libre!

—Las cosas ya van arreglándose poco a poco, Agnes. No todo es negro —me susurra Neal.

Ahora que tengo los papeles del divorcio en mis manos, me siento extraña. Es como tirar veinte años de mi vida a la basura. Pensé que me iba a sentir aliviada, pero es todo lo contrario.

—¡Vámonos de aquí, Neal!

Alice me mira contrariada.

—¿No estás contenta? Es lo que querías con todas tus fuerzas, ¿no?

—Lo sé, solo es que lo estoy asimilando. Gracias, Alice.

—Nos vemos por el «The Lust» y nos tomamos una copa, si quieres...

Me quedo parada en medio de la oficina. Me acaba de soltar una indirecta muy directa. Me vienen a la mente las palabras de Izan: «Aquí se viene a follar sin sentimientos».

Me giro y la miro a los ojos.

—Me encantará tomar esa copa contigo —le contesto sensualmente.

La tensión sexual se respira en el aire y es Neal quien me saca de ese despacho a volandas, antes de que Alice Cooper se nos tire encima y pase algo más que darnos las gracias.

Cuando salimos de allí y subimos al coche, Neal se gira y me mira un tanto desconcertado.

—¿Qué te ha pasado ahí dentro? Esa mujer te comía con la mirada —dice. Lo noto un pelín celoso.

—No ha pasado nada. Solo acepté su invitación, por si nos vemos en tu local. Soy una mujer libre, ahora sí.

—Me parece estupendo, pero tienes que ir con cuidado. No sabes quién es tu acosador —me recuerda.

Me echo a reír sin poder evitarlo.

—Ella, desde luego, que no. El tipo que me atacó era más alto. No veo a Alice Cooper

drogándome cuando, siendo directa, le da más resultado.

Neal se muerde nervioso el labio.

—Tienes razón, pero solo te digo que seas más cautelosa.

—¿Ese es el verdadero motivo? —le chincho.

—Nena, nada me gustaría más que follaros a las dos juntas. No estoy celoso; cuantos más, mejor.

Me guiña un ojo y me cierra la boca. Me deja tan cortada que cojo el teléfono y llamo a mi madre mientras Neal arranca el coche. Me contesta enseguida.

—¿Agnes?

—Hola, mamá. ¿Qué tal el fin de semana?

—De maravilla. A tu padre le ha venido de fábula. Ya no está tanto tiempo en cama y tiene muy buen aspecto.

Eso me alegra el corazón.

—¿Te importa que suba un par de días con vosotros y así puedo estar con él?

—Ven cuando quieras, cariño. Seguro que se alegrará mucho.

—Pues hoy mismo estoy ahí. Prepárame la habitación.

—Tu habitación siempre está lista, hija.

—Mamá...

—Dime, Agnes.

—Ya tengo el divorcio.

Guarda silencio unos segundos.

—Me alegro mucho, hija. Ya es hora de que rehagas tu vida y seas feliz. Te veo hoy.

—Gracias, mamá.

Cuelgo el teléfono emocionada y ni me doy cuenta de que el coche está parado y Neal me mira fijamente.

—Creo que te vendrá bien que pases tiempo con tus padres —dice con la voz queda.

—Lo sé.

—Pues subamos, porque Elroy ya está arriba esperándote.

Suspiro con resignación, pues no me queda otra opción que estar bajo la supervisión del alto negro si quiero vivir tranquila hasta que encuentren al demente que entró en mi casa. Una casa a la que no quiero volver y que tengo que vender, porque está mancillada por el pavor, las rosas negras y las fotos que me hicieron con una Polaroid.



¿Casualidad?

Cuando entramos en el piso de Neal, me encuentro a Elroy con su traje negro impecable y su reluciente pendiente de Bulgari en la oreja. Está serio como cabe esperar y le tiende la mano a Neal muy profesionalmente.

—Señor Butler, le diría que me sorprendió su llamada, pero mentiría. Solo era cuestión de tiempo.

Luego desvía su atención hacia mí.

—Hola, Elroy —le saludo un poco avergonzada.

—Señora Sullivan, me alegro de verla, aunque no en estas circunstancias.

—Ya no soy la señora Sullivan. Acabo de cambiar de estatus. Llámame Agnes, como siempre. Todavía tengo que cambiarme el apellido al de soltera.

Hace un gesto imperceptible con la ceja, como si eso le importase bien poco y se dirige de nuevo hacia Neal.

—Llegaron las cosas que envié al laboratorio ayer por la noche, pero no sé si obtendremos nada en claro. Ese tipo sabe cómo tapar sus huellas —comenta en un tono neutro.

—Lo sé, pero tenía la esperanza de que cometiese algún error —suspira Neal.

—He indagado un poco y las rosas negras, esas en particular —especifica—, no son tan fáciles de encontrar.

—¿Qué quiere decir? —pregunto con curiosidad.

—Que las venden solo en un par de floristerías de San Diego.

—Entonces, ¿le habrá seguido la pista? —inquieta Neal nervioso.

—Por supuesto, pero ya le he dicho que es un tío muy astuto. Las flores se pagaron en efectivo y solicité ver las grabaciones de las tiendas. Las recogieron dos chicas jóvenes con gorra a las que es imposible de identificar. El tipo sabe cubrirse bien las espaldas.

—¿Y eso lo sabe de ayer para hoy? —pregunto atónita.

—No. Esa información me ha llevado tiempo y es del primer ramo de flores que recibió. Me ha costado lo mío y ayer mismo supe el resultado de esa pista. Nunca he dejado de investigar su caso —me aclara.

Me siento en el sofá, decepcionada. Pensé que tenía alguna pista clara que seguir.

—Es un gran avance, no te derrumbes —dice Neal—. Por lo menos, sabemos por dónde se

mueve. Solo es cuestión de tiempo que demos con él.

—Ratas más grandes hemos pillado, no se venga abajo —comenta Elroy.

—Ya, pero, mientras tanto, la única rata de laboratorio enjaulada soy yo. No es justo.

Elroy se acerca y se sirve un vaso de whisky del bueno. Le ofrece a Neal y este niega con la cabeza.

—Me ha comentado el señor Butler que quiere ir a casa de sus padres hoy mismo. ¿Está segura de salir de su zona de confort?

Lo miro con la boca abierta.

—¿Zona de confort? —digo, levantando la voz—. Ya no tengo eso. Él me lo arrebató. El único sitio en el que me puedo sentir a gusto es, precisamente, en casa de mis padres.

Neal agacha la cabeza, herido en su orgullo. Mis palabras le han hecho daño y me doy cuenta demasiado tarde.

—No se altere. Si cree correcto ir a San Diego, pues iremos. Espero que no intente darme esquinazo de nuevo.

Hace que me ponga colorada.

—Eso no ocurrirá.

—Me parece bien —responde Elroy—. Cuando quiera, nos vamos.

—¿Cómo va a hacer para tenerme controlada sin que mis padres se den cuenta?

Tuerce los labios sin llegar a esbozar una sonrisa.

—Que no le preocupe eso. Es mi trabajo y lo tengo controlado. Solo tiene que grabar este número, por si me necesita para algo.

Me entrega una tarjeta tan negra como él.

—Ya tengo su número —digo molesta.

—Este seguro que no. No me suelen durar mucho.

Lo compruebo con el que tengo en mi móvil y, efectivamente, no coinciden. Memorizo el nuevo en la agenda.

—¿Algo más?

—Nos podemos ir cuando quiera.

—Yo voy en mi furgoneta —le aclaro.

—Eso no va a ser posible. La llevaré en mi coche, son mis condiciones.

Quiero protestar, pero me muerdo la lengua.

—¿Y qué milonga les cuento a mis padres?

—Ese es su problema.

Se encoge de hombros y sigue con su whisky.

—Diles que has ido en autobús porque no te encuentras bien y que luego te acercó un taxi —interviene Neal—. Que Elroy te deje un poco más abajo de tu casa.

Me muerdo las uñas. No es una excusa descabellada y tiene lógica.

El timbre suena y doy un respingo. Tengo los nervios a flor de piel. Neal mira por el videoportero y nos comenta que es Grayson. Abre la puerta y espera a que suba. No me extraña que se pase por aquí; seguro que también está preocupado por mí.

Cuando entra, saluda a Neal y luego nos mira a Elroy y a mí y viene directo a abrazarme.

—Ya veo que hoy estás mejor. Me alegro tanto de verte —suspira.

Me libero de su incómodo abrazo y él se sorprende un poco.

—Alice me ha llamado esta mañana para darme los papeles del divorcio. ¿Por qué no me lo habías dicho? —le pregunto.

Grayson se siente incómodo delante de los otros dos.

—Porque es algo que me duele y prefiero olvidarlo. Tampoco me hace gracia que me digan que solo pienso con la polla, pero es lo que tú querías.

Miro a Neal y me siento mal por aquellas palabras que le dijo en un mal momento.

—Sí, lo quería, pero no es lo que yo busqué —le aclaro.

—Agnes, no es el momento para hablar de esto.

—Tienes razón. Lo siento.

—Yo también, créeme.

Sigue dolido. Tengo que cambiar de tema radicalmente.

—Quisiera que te encargases de vender la casa. No pienso volver allí por nada del mundo —le digo.

—Pero ahí hemos hecho nuestra vida y nació nuestra hija...

—Lo sé, pero también han vulnerado y profanado mi intimidad. Ya no me siento segura viviendo ahí. Es como si sintiera su presencia en cada habitación. No puedo... —sollozo.

Grayson me abraza de nuevo y esta vez no lo aparto.

—Está bien, tranquila. Yo me ocuparé —accede al fin.

—Gracias, es algo que yo no puedo hacer.

—No te preocupes, Agnes. Ayudaré a Grayson y también buscaré algo nuevo para que puedas organizar tu vida —se ofrece Neal.

Me separo de mi exmarido y me enjugo las lágrimas. Los miro a los dos muy agradecida.

—Gracias por entenderme. Hay cosas con las que no puedo —le digo con sinceridad.

Se crea un momento íntimo, aunque un poco embarazoso. Es Elroy quien se encarga de romperlo en mil pedazos con su frialdad.

—¿Nos vamos ya?

Grayson me mira sin entender nada.

—¿A dónde te vas? —inquire.

—A casa de mis padres, pero solo un par de días, de momento. Ya que tengo toda la semana de vacaciones, quiero aprovechar para estar con ellos.

—¿Y si el psicópata va a por ti?

—Para eso estoy yo —dice Elroy—. No se preocupe, señor Sullivan, su mu... Agnes estará a salvo conmigo.

—¿Usted la protegerá? —le pregunta.

—Con mi vida, si hace falta —le contesta.

—Agnes, dales recuerdos a tus padres. Si ves a Rosy, dile que me llame o que venga a verme.

Cierro los ojos un segundo y me acerco a su oído.

—De eso tenemos que hablar muy en serio. Tu hija no me dice dónde está ni quién es el tipo con el que vive. Estoy muy preocupada —le susurro.

Grayson rechina los dientes y se pone serio.

—Ahora vanos a preocuparnos de ti. Luego ya me ocuparé del tema de Rosy. Vayamos por partes, porque me va a estallar la cabeza. Seguro que está bien. Una chiquilla enamorada que no atiende a razones. Me recuerda tanto a ti... —me dice con cariño.

Me da un suave beso en los labios y se despide.

Elroy coge mi bolsa de viaje y me dirijo a Neal.



—No te preocupes, estaré bien.

Le doy un beso también y salgo con Elroy de camino a San Diego, para ver a mis padres y desconectar de Sadtown y de las preocupaciones.

Elroy Demarco es un pésimo acompañante de viaje. No dice ni media palabra durante el trayecto de Sadtown hasta la casa de mis padres. Se me hace eterno. Cuando llegamos, casi doy un grito de pura felicidad de poder librarme de su nefasta compañía. Agarro mi bolsa de viaje y me despido con un «hasta la vista» seco y sin vida.

Entro en casa de mis padres y veo que mi tía Eliza está en la cocina con mi madre.

—¡Hola! —alzo la voz jovialmente.

—Dios, niña. ¡Qué susto nos has dado! ¿En qué has venido que no hemos oído ese trasto viejo en el que vas? —pregunta mi tía.

Suelto una carcajada y voy a abrazarlas, primero a mi madre y luego a la gruñona de mi tía.

—Lo he dejado en casa —contesto—. He venido en autobús y luego he pillado un taxi hasta aquí. ¿Qué estáis haciendo, que huele también?

Tengo hambre y lo que están cocinando huele delicioso.

—Chili con carne —dice mi madre—. Tu padre tenía antojo.

Aspiro el aroma de los chilis picantes, las alubias, la carne... El guiso huele que alimenta.

—¿Dónde está papá?

—En el salón, repasando unos papeles de la universidad.

—Dirás poniéndose al día —se chiva mi tía—. Quiere incorporarse lo antes posible.

Miro a mi madre para que me confirme lo que dice y ella asiente con la cabeza.

—¿No es muy pronto? —pregunto.

—El doctor Hamilton dice que tiene que hacer vida normal y que cuanto antes se incorpore, mejor —comenta mi madre.

Al oír el nombre de Izan me erizo como un gato.

—¡Qué sabrá ese! —mascullo entre dientes—. Papá tiene que estar fuerte para volver al trabajo. Debería tomarse un año sabático y dedicarse a disfrutar un poco contigo. Ir de viaje y esas cosas.

—¡Eso les digo yo! —exclama mi tía.

—¿Qué tienes en contra del doctor Hamilton? Pensé que te caía bien... —observa mi madre.

—Tú lo has dicho: me caía. No veo lógico que le meta prisas a papá. Me gustaba más el anterior médico. Voy a verlo.

Salgo desflechada de la cocina hacia el salón en busca de mi padre. No quiero pensar en Izan o me caliento, pero de mala manera.

Allí está, sentado en su sofá orejero de piel. En cuanto me ve entrar, se le ilumina la cara.

—¡Agnes! —exclama.

—He venido a ver cómo te relajas y te encuentro trabajando. Eso no me gusta.

Finjo un puchero.

—No te enfades, hija. Esto me da la vida.

—Papá, aún es muy pronto para que vuelvas a trabajar. Tienes que pensar en tu salud, vivir, pasarlo bien y disfrutar con mamá.

Le doy un abrazo y me siento en su regazo, como cuando era niña.

—Mi pequeña Agnes. Si todo fuese tan sencillo... —suspira.

—Lo es, papá. Solo hay que desearlo y hacerlo.

Se pone pensativo y eso no me gusta un pelo.

—Tengo que contarte algo que me está dando vueltas a la cabeza dese hace días. Menos mal que has venido.

Me levanto de su regazo y me siento en el sofá de al lado. Le tomo de las manos y lo miro a los ojos.

—¿Qué te preocupa, papá? A mí puedes contármelo.

Él asiente con la cabeza y noto que aprieta levemente mis manos.

—He recordado algo, o eso creo. Pero no le encuentro ningún sentido.

Los pelos de la nuca se me erizan. Tengo un mal presentimiento.

—Dime, ¿qué crees haber recordado?

—Lo que me ocurrió, antes de caerme por las escaleras.

Otra vez ese repelús por el cuerpo.

—¿Qué pasó, papá? ¿Qué recuerdas tú?

—Pues era el cambio de clase y así, por las buenas, dos chicas empezaron a pelearse sin motivo. Se insultaban como dos barriobajeras y se enzarzaron en una pelea —comenta con mucha precaución.

—Eso fue lo que nos contaron, sí —le confirmo.

—Intenté calmarlas, pero una de ellas se me echó encima como una hiena. No me esperaba semejante cosa y empezó a tirarme del pelo y...

Mi padre se calla y teme seguir hablando. Se frota nervioso los ojos.

—Papá, eso también nos lo han contado. ¿Qué temes decir?

Le acaricio la mano para que siga hablando y se tranquilice.

—No soy ningún viejo estúpido ni nací ayer —dice—. Aquella pelea no era normal y sentí que esa muchacha me clavaba una aguja en alguna parte por detrás de la cabeza, aunque no sé dónde. Entonces apareció aquel profesor y me la sacó de encima.

Yo estoy medio en *shock*. Recuerdo las palabras de Izan y los análisis supuestamente altos en insulina. Pero ¿por qué quieren hacerle daño a mi padre?

—¿Estás seguro de lo que dices? —pregunto.

—Sé lo que es un pinchazo. Me inyectaron algo. Por eso me caí por las escaleras. Y eso no es todo...

Me levanto con el corazón en un puño.

—Por Dios, me va a dar algo. Suéltalo ya.

—¿Crees lo que te estoy contando?

—Pues claro que te creo —digo—. Si no, no estaría tan atacada como estoy.

—Aquellas dos chicas no eran de la universidad. Por lo menos, no de aquella clase. Las conozco a todas y tengo memoria fotográfica para los alumnos, tú lo sabes.

Me dejo caer en el sofá, muerta de la angustia.

—¿Por qué, papá? ¿Quién quiere hacerte daño?

Suspira y se echa su pelo largo y canoso hacia atrás.

—Eso sí que ya no lo sé. Ahí es donde necesito ayuda y, por eso, he recurrido a ti.

—Pues has hecho bien. ¿Tú confías en mí?

—Claro, hija. De lo contrario, no te estaría contando esto.

—Pues ahora soy yo la que tiene que contarte algo y ha de que quedar entre nosotros para que pueda ayudarte.

Mi padre abre los ojos como platos, pero si quiero resolver este misterio y evitar que le hagan daño, necesito a Elroy Demarco y hablarle de él. Y, para eso, tiene que saber el motivo de su existencia y por qué está en mi vida. Evidentemente, omitiré toda mi vida personal y sexual, o casi toda.

—Hija, ahora me estás asustando...

—No te preocupes. He tenido que venir a casa porque hay alguien que también me está acosando y no sé quién es. Tengo un amigo en Sadtown que me ha puesto una especie de guardaespaldas que puede ayudarnos, pero tengo que contártelo todo.

—Agnes, me estás asustando.

—Y tú a mí. Elroy es quien puede ayudarnos.

—¿Y ese tal Elroy está en San Diego?

—Sí, papá. Él es quien me trajo y se está encargando de vigilarme y de que no me ocurra nada. Y también te protegerá a ti.

Mi padre se levanta asustado.

—¿En qué estás metida, hija?

—Tranquilo, ahora te lo cuento.

Pero mi madre y mi tía nos llaman para comer y tenemos que posponer la conversación.

Mi problema queda en un segundo plano. Solo me viene a la mente que han querido matar a mi padre y que de por medio hay dos muchachas. En el lugar donde venden las rosas negras también había dos jóvenes a las que no se les ve la cara y yo no creo en las coincidencias. Me da muy mala espina todo y creo que esto tiene relación conmigo. No me lo quito de la cabeza y necesito hablar urgentemente con Elroy, con Neal o con quien sea. Pero han intentado matar a mi padre. Si ha sido por mi culpa, no sé si podré vivir con ello.



Confesiones de padre e hija

Empezamos a comer, aunque yo pierdo el apetito después de la conversación con mi padre en el salón. Remuevo la comida con el tenedor un poco ausente. Mi tía me observa y enseguida se da cuenta de mi estado de ánimo. Rompe el silencio incómodo y me dice:

—Parece que estés de luto en vez de celebrar que eres una mujer libre.

Levanto la mirada del plato y sacudo la cabeza.

—Perdona, no es eso —respondo—. Es que estoy con la regla y me siento un poco apagada. Referente a lo de mi divorcio, tengo justo lo que quería.

Esbozo una sonrisa forzada.

—¿Vas a recuperar tu apellido de soltera? —pregunta mi madre.

—Todavía no lo tengo muy claro, pero supongo que sí —murmuro.

—Dejad tranquila a la muchacha —sale mi padre en mi defensa—. La estáis atosigando.

—Ya está el protector... —farfulla mi tía.

—Ni lo dudes un segundo —responde él con una sonrisa.

—Pues ya que te sientes tan bien y quieres proteger y mimar a tu pequeña, Diane y yo nos vamos a la peluquería después de comer. Así tendréis tiempo para charlar y pasar más tiempo juntos —canturrea mi tía con sorna.

Veo el cielo abierto por la oportunidad que nos brinda para quedarnos a solas.

—Me parece una idea genial —digo.

—Pues todos contentos. En cuanto recojamos la mesa nos vamos, ¿verdad, Diane? —le pregunta mi tía a mi madre.

Ella duda unos segundos y nos mira a mi padre y a mí. Yo asiento con la cabeza para que se vaya tranquila y se ponga guapa.

—Está bien, Eliza, tú ganas —accede al fin.

Suspiro con alivio y, una vez terminamos, les ayudo a recoger todo.

Mi padre regresa al salón y mi madre y mí tía se disponen a marchar después de dejarlo todo en orden.

—Pasadlo bien —les digo desde la puerta.

—Cualquier cosa nos llamas —me recuerda mi madre por enésima vez.

—No te preocupes, mamá. No vamos a ir a ninguna parte y papá está bien. Idos ya.

Sonrí y cierro la puerta. Luego me dirijo a toda prisa hacia el salón.

—¿Se han ido ya? —pregunta mi padre, nervioso.

—Sí.

—Pues ahora cuéntamelo todo y ve llamando a ese tal Elroy.

—Primero lo llamo.

Pero entonces suena el timbre y no me da tiempo a nada. Voy a ver quién es y me quedo muerta al ver al mastodonte negro plantado delante de la puerta.

—¿Llego a tiempo para el café? —pregunta con ironía.

—Pero... ¿cómo? —titubeo.

—Ya te dije que tenía mis métodos. Dile a tu padre que estoy aquí.

Cierro la puerta y voy arrastrando los pies hacia el salón. Elroy viene tras de mí.

—¿Quién era, Agnes?

—Elroy Demarco para servirle —se presenta él mismo.

Mi padre se pone en pie ante el enorme personaje de color y yo voy hacia él para que no se asuste.

—Esta es la persona de quien te he hablado —le susurro al oído.

—¿Y cómo ha venido tan rápido? —pregunta sorprendido.

Me encojo de hombros.

—Ya te dije que era bueno —contesto sin tener la menor idea.

—Señor García, déjeme explicarle que estoy al cuidado de la seguridad de su hija. Alguien la acosa y desconocemos quién es. Después de oír lo que le ha contado a su hija, pienso que esas dos muchachas que ha mencionado pueden ser las mismas que este individuo ha utilizado para intentar hacer daño a su hija —dice muy serio.

Abro la boca como un pez en la pecera.

—¿Cómo sabe lo que hemos hablado? —pregunto—. ¿Acaso ha puesto micros en la casa?

Él asiente sin remordimiento alguno.

—No puedo tener ojos ni oídos si no estoy pegado a usted. Tengo mis métodos y funcionan. No se enoje, señora Sullivan.

Me muerdo los carrillos por dentro de la rabia.

—Agnes, cálmate. Déjame oír lo que tiene que decir este hombre —dice mi padre.

—Ya he pedido una copia de sus análisis y a la universidad la grabación del día de su supuesto accidente —sigue Elroy.

—Ya veo que es muy eficiente y que no pierde el tiempo, pero quiero que me cuente qué le ha hecho ese degenerado a mi pequeña —dice muy serio mi padre.

Elroy se lo resume brevemente con palabras claras y concisas. No se corta un pelo en darle detalles y yo me muerdo las uñas al ver la cara de horror que pone mi progenitor. Me da miedo que le dé algo. Concluye y todos nos quedamos unos segundos en silencio.

—No quiero que te preocupes, papá. Vamos a cogerle y espero que no tenga que ver contigo, porque me muero si soy la causante de tu supuesto accidente —sollozo.

Él me abraza y lloro sobre su hombro.

—Tú no tienes la culpa de que haya gente descerebrada en el mundo. Y no eres responsable de sus actos.

—Lo siento tanto...

Elroy tose para hacerse notar.

—Es mejor que su padre no vuelva a la universidad hasta que este tema se quede zanjado y sepamos quién está detrás de todo esto —nos aconseja.

—Tiene razón, papá.

—¿Y tú que? —me pregunta.

—Él estará conmigo. —Luego miro a Elroy y añado—: Y esta vez no pienso escabullirme.

Él mueve la cabeza, intranquilo.

—Ese Neal Butler... ¿es de fiar? —pregunta mi padre.

Me pongo roja como un tomate.

—Sí lo es —contesto—. Confío en él y en Grayson, a pesar de que estemos divorciados. Se preocupan por mí y me protegen, junto con Elroy. Prométeme que no irás a la universidad y que, si ves o detectas algo raro, me lo contarás —imploro.

—Te lo prometo, siempre y cuando tú hagas lo mismo.

—¡Hecho!

Elroy se levanta y mi padre se pone en pie.

—Dejaré el equipo de vigilancia que he puesto en la casa mientras esté su hija aquí y también cuando se vaya, si usted me da permiso. Así lo podré tener controlado, por lo que pueda pasar.

—Haga lo que estime oportuno para la seguridad de todos.

—Así lo haré, señor García.

Le tiende la mano y mi padre se la choca en un fuerte apretón.

Acompaño a Elroy a la puerta y allí lo abordo.

—Debería haberme dicho que nos espiaba...

—Simplemente, hago mi trabajo.

—¿Invadiendo la intimidad de las personas?

—Si es por su seguridad, sí.

Expulso el aire de mis pulmones con fuerza. Es imposible dialogar con una pared de ladrillos.

—Está bien —me rindo—. Si averigua algo de esas dos y de los análisis, ¿me lo contará?

Ladea un poco la cabeza y me mira con su típica neutralidad.

—Cuente con ello.

Se va sin decir adiós y yo me quedo con un mal cuerpo de narices.

Regreso al salón con mi padre y me tumbo en el sofá. Estoy agotada y un poco dolorida por la regla.

—Hija, duerme un poco. Todo este asunto es para que te explote la cabeza. No te preocupes por mí, yo voy a estar bien. Ahora la que importas eres tú y que ese demente te deje en paz.

Me tapo con la manta que siempre deja mi madre doblada encima del sofá.

—Solo quiero que lo atrapen y pague por lo que nos ha hecho a los dos y tiren la llave al océano. Pero ahora necesito cerrar los ojos. Me duele la cabeza —susurro.



—Duerme, pequeña,

que yo velaré por ti...

Mi padre enciende la televisión y la pone a bajo volumen. Sabe que eso me relaja y con su murmullo me dejo caer en un dulce sueño.

El resto del lunes lo pasé tranquilamente en casa con mis padres y mi tía, que llegaron estupendas de la peluquería. Luego disfrutamos de una agradable cena y, de nuevo, a descansar. No me doy cuenta de lo cansada que estaba hasta que el martes me despierto más renovada y oyendo la lluvia repiquetear en los cristales de mi habitación.

Me pongo un batín de invierno y bajo a la cocina a por un café caliente. Mi madre ya está arreglada, igual que mi padre. Los miro desconcertada mientras agarro una taza y me sirvo el café.

—¿Dónde vais con este tiempo? —inquiero.

—Tenemos visita con el doctor Izan Hamilton —contesta mi madre—. Es una revisión rutinaria.

Casi escupo el líquido oscuro que tengo en la boca.

—¿Y me lo dices ahora? —chillo histérica.

—¿Qué te pasa, Agnes? Solo es una consulta médica.

Dejo la taza de café y les hago una señal de alto a mis padres.

—Esperad aquí, subo a vestirme y os acompaño.

—Pero si estábamos a punto de salir...

—¡Cinco minutos! —exclamo.

—Déjala que venga, Diane. Tenemos tiempo —dice mi padre para amansar las aguas.

Le suelto un beso y subo las escaleras de dos en dos para vestirme. Ni de coña voy a dejar que vayan solos a ver a ese otro degenerado.

Me lavo los dientes y la cara a toda prisa. Me echo espuma en el pelo y me lo alboroto. Luego me visto unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto color beis y me calzo unas botas negras. Apañada. No me olvido de la cazadora de cuero, pues el tiempo no acompaña. Por último, me doy brillo en los labios y me pongo un poco de perfume. Salgo pitando hacia la cocina con la lengua fuera.

—¡Ya estoy! —digo sin aliento.

Mi padre mira el reloj y se echa a reír.

—Vaya récord, hija. No has tardado ni diez minutos en arreglarte.

—Ya te dije que necesitaba cinco.

Bebo un vaso de agua para recuperarme.

Mi tía Eliza aparece en ese momento por la cocina con su pijama de seda y la bata a juego. Nos mira con curiosidad.

—¿Dónde vais todos tan temprano? Hace un día de perros.

—Hoy es la revisión de Santiago —comenta mi madre.

Mi tía se lleva las manos a la cabeza.

—¡Cierto! Vaya memoria la mía. Si no os importa, me quedo en casa y preparo la comida.

—¡Perfecto! Nosotros nos vamos —dice mi madre.

Salimos por el garaje y mi padre va hacia el coche para conducir él.

—¿Qué haces, papá? —pregunto.

—Conducir —contesta molesto.

—No deberías—le aconsejo.

Se da la vuelta un tanto mosqueado.

—Me han dicho que haga vida normal. Ya es hora de que coja el coche y no voy a cambiar mis hábitos porque tú estés en casa. ¿Comprendido?

Me mira fijamente y con los brazos cruzados.

—Comprendido.

Le dedico una sonrisa y subimos al coche rumbo al hospital Select Specialty y Regency.

Mi padre conduce con seguridad y firmeza. Va escuchando las noticias y atento a la carretera.

En mi móvil saltan dos notificaciones de WhatsApp y miro a ver de qué se trata. Una es de Elroy, que me dice que nos sigue. La otra es de Neal. Enseguida me viene a la mente su preciosa cara y ojos azules.

¿Cómo estás, nena? Te echo de menos. En cuanto puedas, dame un toque.

Sonrío y me apunto mentalmente que, en cuanto tenga un ratito de intimidad, tengo que llamarlo. Mientras tanto, le contesto:

Okay.

Y entonces recuerdo nuestro último encuentro sexual junto con Grayson y me erizo entera. Ahora soy una mujer libre y mi exmarido no puede condicionarme. Si quiero follar con él, está en igualdad de condiciones que Neal o cualquiera. En ese sentido, ya no hay lazos que nos unan.

Me pierdo en mis sentimientos y en las ganas que tengo de volver al «The Lust» en mi condición de soltera. Quiero saber si me sentiré diferente o si nada habrá cambiado, pero no lo puedo saber hasta que no vaya.

—Ya hemos llegado, Agnes —anuncia mi madre.

Miro a mi alrededor y veo que hemos aparcado en el garaje del hospital. Apenas me he dado cuenta.

Bajo del coche y cierro la puerta. Ahora toca enfrentarme a Izan Hamilton después de la humillación que me hizo pasar en nuestro último encuentro. Aunque se disculpó por teléfono, el cara a cara no es lo mismo.

Vamos hacia la recepción y allí nos dan un papel que nos indica cómo llegar a la consulta del buen doctor, que está en la sección de Neuro / Post Trauma. Yo, por desgracia, solo conozco la planta de cuidados intensivos.

Llegamos a una pequeña sala de espera y los nervios empiezan a hacer mella en mí. Mi pierna se mueve inconscientemente en un baile que altera a mi padre de inmediato. Me pone la mano en la rodilla y me lanza una mirada de reproche que pillo al vuelo. Me quedo quietecita, pero las manos son mis segundas víctimas. Empiezo a retorcerme y a crujir los huesos de los dedos. Esta vez es mi madre la que me suelta un bufido.

—¿Quieres parar de una vez? —me dice, rechinando los dientes.

—Lo siento. Es que este hospital me trae malos recuerdos —contesto. Y, en cierto modo, no es mentira.

No me gusta de cuando estuvo mi padre ingresado ni por las pocas ganas que tengo de verle la cara a Izan.

—No te preocupes, todo está bien —me calma mi padre.

Una enfermera aparece con una sonrisa perfecta en la boca.

—Señor Santiago García, ya puede pasar a ver al doctor Hamilton. Acompañeme, por favor.

Nos levantamos los tres y ella se queda un poco confusa.

—¿Van a entrar todos? —pregunta.

Mi padre se pone recto y se ajusta la corbata.

—Me temo que sí, señorita —contesta él con resignación.

Hace un movimiento leve con el hombro y la seguimos hasta la consulta.

Entran mi padre y madre primero y oigo cómo se saludan.

—Santiago, le veo muy bien. Diane, qué guapa está hoy —gorjea el buen doctor.

Entonces me ve a mí y le cambia la cara.

—Buenos días —saludo un tanto insípida.

—¡Agnes! No sabía que estabas aquí.

Se le escapa el exceso de confianza y me tutea.

—He venido a pasar unos días con mis padres, doctor Hamilton —respondo, cortándole el rollo.

Baja azorado la mirada y nos indica que nos sentemos.

—Me parece una sabia decisión —dice. Luego se dirige a mi padre—. Santiago, quiero hacerle una analítica y un nuevo TAC para ver que no se haya formado ningún trombo y que el antiguo trauma está estabilizado —comenta.

—Lo que usted crea conveniente, doctor Hamilton.

—Pues acompañe a Ainoa. Ella lo llevará a hacer las pruebas y yo iré enseguida.

—¿Puedo acompañarlo yo? —pregunta mi madre.

—Mejor aguarde en la sala de espera o vaya a tomar un café, Diane. La avisaremos en cuanto termine. No le llevará mucho, pero, aún así, será un ratito —dice.

—Vamos a la cafetería, mamá —le digo, poniéndome en pie.

Mi padre sale con la enfermera y mi madre y yo nos disponemos a marcharnos hacia la cafetería cuando Izan me llama.

—Agnes, podría hablar con usted un momento —dice en el último momento.

La sangre tiñe de rojo mi cara. Miro a mi madre avergonzada y esta sonríe y me guiña un ojo.

—Voy yendo a la cafetería. Te espero allí.

Me deja con la boca abierta. Cuando mi madre se aleja me giro furibunda hacia Hamilton.

—¿Qué demonios quieres? —bramo enojada.

Levanta las manos en son de paz.

—Solo quería volver a disculparme por mi comportamiento y decirte que revisé los análisis de tu padre y creo que no estaban mal. Alguien le inyectó una gran dosis de insulina. Por eso quiero repetir la analítica, para comprobar una cosa.

Se me bajan los humos de golpe.

—Ya sé que no fue un accidente... —le digo.

Se rasca la cabeza, asombrado.

—¿Cómo dices?

—Tengo a una especie de investigador privado trabajando en ello. ¿Qué zona sería la ideal para pincharlo y no dejar huella? —pregunto por curiosidad.

Izan sigue medio en *shock* por lo que le acabo de contar, pero, mientras se acaricia la barba con nerviosismo, hurga en sus pensamientos.

—Supongo que detrás de la oreja. Esa zona es todo cartílago y apenas dejaría marca. ¿Crees que lo pincharon ahí?

Sonríó con amargura.

—Por lo que me cuentas y tal como ocurrió, casi al noventa por ciento que sí —contesto—. Una chica se le abalanzó encima y le tiró del pelo, luego notó un pinchazo, pero con el trasiego de la pelea, no supo definir dónde.

—¡Joder! ¿Tu padre ha recuperado la memoria? —pregunta emocionado.

—Sí.

—Esa es una buena noticia. Se está recuperando del traumatismo y seguro que no le dejará secuelas.

Izan sonríe feliz, pero luego vuelve a lo que le estoy contando.

—Al menos que salga algo bueno de todo esto... —digo con sarcasmo.

Se acerca e intenta tocarme. Reacciono muy mal y le doy un manotazo.

—Lo siento —me dice—. No hay forma de arreglar lo nuestro, ¿verdad?

—No existe ni ha existido nada nuestro. Limitate a lo estrictamente profesional, por favor.

—¿Qué quieres de mí? —levanta la voz.

Lo miro con ira.

—Pues, ya que lo dices, una copia de la analítica esa donde los niveles de insulina salen por las nubes.

Muestro mi lado más oscuro.

—No puedo hacer eso... Me juego el puesto de trabajo —responde ofendido.

—¿Y follando en la sala de descanso no? Para lo que te conviene, te la juegas sin pensarlo dos veces, ¿eh?

—Ese es un golpe bajo.

—Como el que tú me diste en el «The Lust». Necesito esa copia de la analítica y date prisa, que mi madre me espera en la cafetería y piensa que estoy ligando contigo.

Él me lanza una mirada inquisitiva. Después se va al ordenador y hace una búsqueda. Entonces la impresora se pone a funcionar y salen dos hojas. Izan las coge y me las entrega.

—Aquí los tienes.

—Gracias —contesto—. Cuando quieres eres muy servicial.

—Y tú una bruja.

Lo miro directamente a los ojos.

—Lo sé.

Me doy media vuelta y salgo hacia la cafetería para tomarme con mi madre ese café mientras guardo los papeles en el bolso.



Vuelta a la universidad

Los resultados de mi padre son muy buenos y todos regresamos a casa contentos. Después de comer, mi padre se acuesta a dormir un rato tras el ajeteo de la mañana y yo aprovecho para llamar a Elroy.

—Señora Sullivan, ¿ocurre algo?

Su tono de voz es tan átono que me irrita.

—He conseguido los análisis de mi padre en el hospital esta mañana.

—Es una buena noticia.

—Vaya, gracias —digo irónica.

—He estado pensando en las dos muchachas que iniciaron la pelea en la universidad. Tal vez me pase a dar una vuelta, a ver si consigo algo de información mientras recibo las imágenes.

Entonces algo hace clic en mi cabeza.

—Lo acompaño —digo—. Tal vez el profesor que ayudó a mi padre recuerde algo.

—¿Se refiere a su ligue, Dylan Reed?

Me muerdo la lengua hasta el punto de hacerme sangre.

—No es mi ligue —le espeto—. Y sí, me refiero a él. Quizá se sienta más cómodo hablando conmigo que con usted.

—Eso no lo dudo, pero no sé si será buena idea que se pasee tan libremente por San Diego —murmura.

—¿Libremente? ¡Pero si le llevo de carabina a todas partes! —alzo la voz irritada.

—No se sulfure, Agnes. Yo solo hago mi trabajo.

—Ya lo veo, ya.

—Pasaré a recogerla en media hora. A ver si se relaja un poco...

Y entonces me cuelga.

Miro el móvil y me dan ganas de estrellarlo contra la pared.

Voy al baño y me mojo la nuca para bajarme la mala leche. Luego me siento en la cama y respiro profundamente. Marco el número de Neal, que me responde al segundo tono.

—Hola, nena, ¿cómo lo llevas por San Diego?

Oírlo me tranquiliza bastante.

—Pues voy un poco atacada al tener que aguantar al impertérrito de tu colega, Elroy Demarco.

No lo soporto.

Oigo cómo se ríe en voz alta.

—Es una persona muy peculiar, pero eficiente —dice—. No intentes empatizar con él; simplemente, deja que haga su trabajo. No es de hacer muchos amigos.

—No lo jures —gruño enfadada.

—¿Qué tal tu padre?

—Muy bien. Ha recordado que le pincharon algo el día del ataque. No fue un accidente, Neal, intentaron matarle —le cuento angustiada.

—¿En serio?

—Sí. Y creemos que también tiene que ver con el psicópata que me acosa. Elroy y yo vamos a ir a la universidad a ver si encontramos alguna pista.

—Esto me da muy mala espina... Hablaré con Elroy para que me ponga al tanto. No han podido sacar ningún rastro ni huella válida de las fotos de tu casa y de las rosas.

Me vengo abajo un momento.

—Lo imaginaba. Ese tipo es una serpiente escurridiza —suspiro.

—Lo atraparemos, ya verás.

Cierro los ojos un instante y cambio de tema.

—¿Has hablado con Grayson sobre la casa?

Oigo que tose. Parece que se ha atragantado con la saliva.

—Creo que deberías tener una conversación con él —contesta—. Se la quiere quedar. Ha ido hablar con el banco por si le dan un préstamo y te la puede comprar. No quiere renunciar a los recuerdos que habéis compartido allí.

Esa casa me la regalaron mis padres cuando se vinieron a San Diego y está solo a mi nombre. Se me encoge el corazón ver a Grayson luchar por un pasado que no tiene sentido. Por lo menos, para mí.

—Hablaré con él —digo—. Si la quiere, no le voy a poner impedimentos ni un precio desorbitado.

—Sabía que le facilitarías las cosas.

—¿Acaso no lo he hecho siempre? —le contesto. Me sale del alma.

—No lo sé, nena. Son cosas vuestras. Yo soy el menos indicado para opinar sobre ellas. Solo quiero que tú estés bien.

—Lo sé, Neal. Gracias por todo.

—Ten cuidado y no te separes de ese armario negro con patas —me recuerda.

Suelto un bufido de resignación.

—Te dejo, que debe de estar al caer. Ya seguiremos hablando.

—Agnes...

—Dime.

—Cuida también de tu padre. Siento que se haya visto involucrado en todo esto. No debe ser fácil para ti.

—Gracias de nuevo. Adiós.

Cuelgo el teléfono y agarro la cazadora de cuero. Bajo las escaleras y salgo de casa mientras todos descansan.

Camino calle abajo, donde Elroy me espera en su coche negro. Subo sin apenas mirarlo a la cara. Me pone de muy mal humor.

Le entrego los papeles de los análisis que me imprimió Izan Hamilton.

—Aquí tiene lo que le he dicho —le digo muy seca.

Los coge y los guarda en la guantera.

Arranca el coche y vamos hacia la universidad de San Diego. Como es costumbre en él, no dice ni una palabra en todo el camino. Va escuchando las noticias, tal como hace mi padre. Me aburro y miro hacia fuera, viendo pasar los coches y haciendo combinaciones mentales con sus matrículas. Así voy matando el tiempo, hasta que llegamos y aparcamos en el recinto de la universidad.

Ya no llueve y el tiempo se ha calmado. Miro las escaleras por donde debió caerse mi padre y siento frío por todo el cuerpo. Es un tramo bastante considerable y no sé cómo pudo sobrevivir a esa caída. La rabia me invade y aprieto los puños inconscientemente hasta clavarme las uñas.

—Vamos, con hacerse mala sangre no va a ganar nada —dice Elroy a mi espalda.

—Tenemos que encontrar a ese malnacido y detenerlo. Ya no por mí, sino por mi padre.

—Eso es justo lo que pretendo. ¡Andando!

—¡Espere! Esto es inmenso. Tendré que llamarlo y ver dónde podemos quedar. Si no, es como encontrar una aguja en un pajar —le

explico.

—A las malas, sé su dirección —gruñe.

—Yo también la sé. Solo tenía que preguntar. Déjeme hacer esto a mi manera.

—Está bien —accede de mala gana.

Revuelvo en el bolso y busco el santo móvil de nuevo para llamar a Dylan. Lo encuentro y marco su número.

Un tono, dos, tres, cuatro...

—¿Dígame? —contesta al fin.

—Hola, Dylan, soy Agnes.

—Vaya, ¿ahora soy digno de tu llamada? —contesta con recelo.

Miro a Elroy y me separo un poco para que no oiga la incómoda conversación.

—No te llamo por algo personal nuestro —le digo—. Tal vez el otro día perdí los papeles contigo y no te merecías que te hablase así. Lo siento. Pero necesito verte urgentemente. Estoy en la universidad.

—¿En San Diego?

—Sí, es sobre el accidente de mi padre. Necesito hablar contigo. ¿Dónde estás?

Se queda callado unos segundos.

—En el Price Center Plaza, sentado en frente a la librería tomando algo. Hasta dentro de una hora no tengo clase —dice al fin.

Cierro los ojos aliviada.

—Voy para allá. Gracias, Dylan.

—Ya sabes que por ti hago lo que haga falta, Agnes. Aquí te espero.

Me cuelga y me hace sentir como una arpía sin corazón. Miro a Elroy y le hago un gesto con la cabeza.

—Vamos, ya sé dónde está.

—Cuando quiere, también sabe ser eficiente.

Caminamos hasta la enorme plaza, que está abarrotada de estudiantes y profesores en su momento de ocio. Busco con la mirada a Dylan. Enseguida detecto su calva, que me da la espalda. Lleva un jersey de cuello marrón oscuro y unos vaqueros. El sol ha salido y le da de lleno en la cabeza. Me acerco y le hago sombra. Se gira y me ve a mí primero; luego a la mole negra que me acompaña. Se pone en pie y los presento.

—Hola, Dylan, perdona que no te dijera que vengo acompañada. Este es Elroy Demarco.

Investiga lo que le pasó a mi padre.

No le doy más explicaciones.

Se chocan las manos y nos sentamos con él.

—Encantado de conocerle, señor —le responde muy educadamente—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Usted estaba presente cuando el señor Santiago García sufrió el incidente con dos alumnas de esta universidad, ¿verdad?

Elroy va a muerte y sin perder el tiempo.

—Sí, salía de clase cuando esas dos locas empezaron a chillar y una se echó encima del padre de Agnes. Yo mismo se la tuve que quitar de la espalda —recuerda.

—¿Eran alumnas de su clase? —sigue preguntando.

—Para nada. De hecho, no las había visto nunca.

Eso corrobora lo que dice mi padre.

Elroy pone mala cara.

—Hummm. Si las viera otra vez, ¿las reconocería?

Dylan se rasca la calva pensando.

—Supongo que sí. Una era rubia de pelo largo y la otra morena. Pero no tengo muy claro sus caras. Todo ocurrió muy deprisa.

—Entiendo —murmura Demarco.

—¿A qué viene todo esto? —inquire.

Le cojo de la mano para que se tranquilice.

—Sabemos que una de esas chicas le pinchó insulina a mi padre. Por eso se desmayó. No fue un accidente, sino algo intencionado —le aclaro.

Abre los ojos como platos.

—¡Santo Dios! ¿Quién iba a querer hacerle daño a tu padre? —exclama.

—No lo sabemos. Por eso hemos pedido las grabaciones de aquel día, a ver si con ellas puedes ayudar a identificar a las locas esas.

Chirrió los dientes de la rabia.

—Lo que haga falta, Agnes. Cuenta conmigo para lo que sea, no hace falta que te lo diga.

—Lo sé, Dylan, lo sé.

Le acaricio la mano y vuelvo a sentirme fatal por cómo lo traté el otro día.

—Pues creo que aquí hemos terminado —dice el grandullón de mi acompañante.

—Yo también tengo que irme. He de preparar una clase.

Dylan se levanta y me da un abrazo. Me siento un poco incómoda, pero se lo devuelvo por ayudarme en este tema.

—Gracias por todo, Dylan.

—Ya sabes mi número de teléfono.

Me guiña un ojo.

Cuando se separa de mí, oigo una voz de sorpresa que me llama.

—¿Agnes?

Me doy la vuelta y me encuentro a Jorge de La Vega, el director de mi colegio.

—¡Hola! ¿Qué haces tú por aquí?

Las alertas de Elroy se disparan y yo lo saludo con cordialidad.

—Tranquilo, es mi jefe.

Por decirlo de alguna manera.

—Ya sé quién es—gruñe mi guardaespaldas.

Jorge y él intercambian una mirada poco afectuosa, pero yo ignoro al mastodonte.

—He venido a ver a mis sobrinas, que estudian aquí. Son las hijas de mi hermana. Ella sigue en México y yo me ocupo de su educación. Como esta semana estamos de vacaciones, he aprovechado para visitarlas.

—¡Vaya! Qué buen hermano y tío eres. No sabía nada de que te ocupabas de tus sobrinas.

Se rasca la cabeza, incómodo ante la mirada atenta de Elroy.

—Sí, mi hermana fue expulsada del país y yo me hice cargo de las niñas cuando eran pequeñas. Estamos viendo de poder traer de nuevo a su madre, pero, mientras tanto, ellas tienen una buena educación y me tienen a mí.

Me entenece su historia. Siempre he sabido que es un buen tío.

—¿Qué estudian sus sobrinas? —interviene Elroy.

Jorge se vuelve muy serio hacia él.

—¿Y a usted qué le importa?

—No te pongas así... —digo yo—. Es un amigo mío.

—No me gusta cómo me mira. Solo es eso.

Entonces caigo en la cuenta. Elroy piensa que Jorge puede ser mi acosador.

No.

No puede ser.

Imposible.

¿Es casualidad encontrármelo?

¿Y tiene dos sobrinas?

Me entra el pánico.

—Jorge, ¿qué estudian tus sobrinas? —insisto ahora yo.

Se infla el pecho como un pavo real.

—Medicina —dice orgulloso.

Casi me voy al suelo si no llega a ser que Elroy me coge en ese momento.

Las piezas encajan en el puzzle, pero no tenemos pruebas.

—Elroy, lléveme a casa —imploro.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien, Agnes? —pregunta Jorge.

—Está bien. No la toque —gruñe Elroy, que me saca en volandas de allí y me lleva hasta el coche casi a rastras.

Me falta el aire, pero creo que los dos pensamos lo mismo. Me mete en el coche y él entra también.

—Elroy, ¿crees que Jorge de La Vega es nuestro hombre?

—Demasiado fácil, pero no lo descarto. Tengo que comprobar si tiene coartada y lo de sus sobrinas.

El corazón me va a mil.

—No puede ser él... No puede ser —digo una y otra vez.

—No lo sé, Agnes. Hay algo que no me cuadra. Ahora voy a llevarla a casa y, en cuanto compruebe unas cosas, le diré.

—Está bien, lléveme a casa.

Arranca el coche y conduce bastante deprisa por la autopista.

Se pone a llover de nuevo y el día se oscurece. Los rayos empiezan a caer como si fuera el día del juicio final. Uno cae cerca de la carretera y lanzo un grito del susto que me da. Llegamos y me tiene que dejar en la puerta. Salgo sin decir adiós y entro en casa como una bala. El agua me cala en el estrecho tramo del coche hasta la puerta. Voy directa a mi habitación para darme una

ducha. Me desnudo y, cuando el agua caliente cae sobre mi cuerpo, rompo a llorar.

No concibo que el acosador sea Jorge de La Vega ni que siempre haya estado ahí, delante de mis narices y a su alcance. La persona que menos piensas y ¡zas! Es como un jarro de agua fría. Me desahogo y me visto un pijama calentito. No pienso salir a la calle ni de coña.

Bajo a la cocina a tomar algo caliente. Mi madre y tía Eliza pululan por ahí.

—Huy, no te oído entrar —dice mi madre.

—Ni tampoco irse —añade mi tía, echándose a reír.

Me sirvo una taza de café caliente y le doy un sorbo.

—Fui a dar una vuelta al centro comercial, pero no vi nada interesante —miento como una bellaca.

—Pues haber avisado —dice mi tía—. Yo te hubiera acompañado con mucho gusto.

—Otro día vamos. ¿Y papá?

—En el salón, como siempre —suspira mamá.

Sonríó y me voy directa en busca de mi padre. Todavía no quiero contarle nada hasta no estar segura.

—¿Ya te has puesto el pijama? —me pregunta nada más entrar.

—He salido a dar una vuelta y me ha pillado la lluvia.

—Hace un día de perros.

—Ya te digo. A ver cuándo llega la primavera de verdad...

—Ya sabes que el clima aquí es muy variable.

—Lo sé, papá. Pero se está muy bien en casa con vosotros.

Me siento a su lado y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Te encuentras bien, hija?

—Sí, solo que de pensar que tengo que volver a Sadtown se me hace un poco cuesta arriba.

—¿Por qué no te vienes a vivir aquí?

Me incorporo y lo miro muy seria.

—Porque allí tengo mi trabajo, mis niños...

Me quedo pensativa. Ya no tengo nada, realmente.

—Puedes pedir el traslado a un colegio de aquí y vivir con nosotros. Esta casa es muy grande y, en un futuro, será tuya.

—No digas eso —respondo—. Todavía tenéis mucha vida por delante.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Mira lo que me ha pasado. No es una idea descabellada. Piénsalo, hija. Estás sola.

—Lo pensaré, papá.

El móvil vibra en el bolsillo del pijama. Lo tengo en silencio y miro a ver quién me llama.

—¿No lo coges? —inquieta mi padre.

—Es Demarco.

—¡Pues cógelo!

—¿Diga?

—Agnes, tenemos un problema muy gordo —dice Elroy.

—¿Qué pasa?

—Las grabaciones de la universidad han sido borradas. Volvemos al punto de partida. ¿Todavía cree que su director no tiene nada que ver?

Me acabo de erizar como un gato.

—Yo ya no sé qué creer, Elroy.

—Voy a hacer unas averiguaciones. No hable ni quede con nadie hasta que yo la llame.

—¿Ni con Neal?

—Con él, sí.

—Gracias.

Cuelgo el teléfono y me entra un dolor de cabeza de esos que hacen historia.

—Hija, estás blanca. ¿Te encuentras bien?

—No, papá. Me acaba de estallar una migraña monumental.

—Te llevo a tu dormitorio. Tienes la cara de una muerta, niña.

Y me lo creo, porque, como no encuentre pronto a mi acosador, sea Jorge o quien sea, lo más seguro que lo esté pronto.



Las verdades duelen

La semana corre que vuela. Menos mal que me levanto bien y, al dormir, la migraña ha desaparecido. Ayer pensé que me explotaba la cabeza con tanta información desagradable.

Voy al baño y me lavo la cara para despejarme, aunque lo que me apetece es quedarme en la cama. Otra vez la nostalgia de mi hija me embarga y la llamo por teléfono. Estoy en San Diego y voy a tentar a la suerte, a ver si puedo verla. Lo pensé ayer en la universidad, pero había que tratar antes otros temas. Marco su número y me salta el buzón de voz. Imagino que estará en clase, pero, al momento, suena de nuevo el teléfono y pienso que es ella.

—¿Rosy?

—Me temo que no soy la llamada que espera —contesta la voz seca de Elroy.

—¡Hola! Pensé que era mi hija... —digo con el ánimo por el suelo.

—Ayer me pasé toda la tarde y hasta altas horas de la noche haciendo averiguaciones sobre el director de su colegio.

Trago saliva esperando lo peor.

—¿Y?

—No es nuestro hombre.

No sé por qué, pero suspiro con alivio.

—¿Qué ha descubierto?

— Jorge de La Vega tiene coartada para los días en que le entregaron las rosas y también cuando fueron compradas. Estaba en el colegio, en un claustro. Y, en otra ocasión, con su amante y profesora Sabrina Mendoza, según el testimonio de esta. El día que la atacaron ni siquiera estaba en Sadtown; estaba en San Diego para ver a sus sobrinas, tal como dijo —me explica con detalle.

—¿Has indagado sobre sus sobrinas? —inquiero.

—Por supuesto, no las podía descartar —contesta ofendido.

—¿Y qué?

—Dos jóvenes extraordinarias en los estudios que hacen prácticas en una clínica privada después de las clases. Por si fuera poco, cuando pueden trabajan en un comedor social ayudando a los indigentes sin papeles. Unas chicas modelo.

—Pero el incidente de mi padre ocurrió en la universidad. Tuvieron la oportunidad —insisto.

—Las dos son morenas y con los rasgos latinos muy acentuados. Hasta su padre las recordaría. No son ellas —concluye.

Me hundo más en la miseria. Volvemos a la casilla de salida.

—¿Y ahora qué?

—Regresamos a Sadtown. Aquí no es seguro que esté y puede poner en peligro la vida de sus padres. Lo mejor es que se quede en la casa del señor Butler, por el momento.

Suspiro sin ganas.

—Está bien. Deme hasta esta tarde. Quiero aprovechar la mañana para estar con ellos y ver si puedo localizar a mi hija.

—Está bien, pero al atardecer nos volvemos. Recuerde que no la pierdo de vista.

Y tras decir esto, cuelga, como siempre.

Me meto en la ducha para despejar la cabeza y luego me visto. Hoy hace mejor día que ayer, aunque mi estado de ánimo es mucho peor.

Después bajo hacia la cocina, como todos los días, pero no hay nadie en casa. Veo que hay una nota sobre la encimera:

*Hemos salido al supermercado a comprar. Tu padre me ha dicho que no te despertara, porque estabas con migraña. No tardaremos. Te quiero,
Mamá*

Y yo que quería aprovechar para estar con ellos...

Me preparo el desayuno y me siento sola a la enorme mesa de la cocina. Me pierdo de nuevo en mis pensamientos y no sé qué hacer ni para dónde tirar. ¿Y si vuelvo a la universidad e intento localizar a Rosy? Niego con la cabeza y descarto la idea. Me puede armar un pollo bestial si me presento sin previo aviso. Conozco su carácter.

Le doy vueltas a la cuchara, pensando en lo que me ha contado Elroy. Sabía que Jorge no era mi acosador. Él es un buen hombre,

dentro de lo que cabe, aun sabiendo que sale con la arpía de Sabrina.

Termino de desayunar y vuelvo a llamar a mi hija, pero sin éxito. El buzón de voz vuelve a saltar. Subo a su habitación y huele a su perfume de azahar. Me siento en su cama y la añoro más que nunca. Entonces veo un álbum de fotos y lo cojo. Empiezo a pasar las hojas y los recuerdos me azotan como un aire frío en la cara. Hay fotografías de cuando era pequeña y Grayson y yo estamos con ella. El corazón se me encoge al recordar todos los años vividos como una familia feliz y la mentira en que mi marido me tenía envuelta. Pero esas fotografías no mienten, éramos felices.

No soporto flagelarme gratuitamente y cierro el álbum de golpe para guardarlo donde estaba. Al inclinarlo, una fotografía cae al suelo. Me quedo clavada sin poder moverme al ver que se trata de una polaroid. Poco a poco, mis músculos se van desentumeciendo, doblo el espinazo y alargo la mano para recogerla y darle la vuelta.

Cuando me incorporo y lo hago, mi corazón está a punto de salirse por la garganta. Mi hija sale semidesnuda y posando para alguien. No se la ve incómoda, todo lo contrario, sus ojos rezuman deseo y felicidad por la persona que la enfoca e inmortaliza ese momento íntimo en la vieja cámara Polaroid.

—No puede ser. Tiene que ser una casualidad —susurro para mí misma.

Me tiemblan las manos, las piernas y hasta el alma. Busco el número de Elroy en la agenda y lo llamo de inmediato.

—¿Paso a recogerla ya? —pregunta con ironía.

—Acabo de descubrir algo que espero que no sea lo que yo pienso, porque entonces quiero que me mate usted mismo —replico muy seria.

—¿Qué ocurre, Agnes? La noto muy tensa —contesta, cambiando la actitud.

Me cuesta hablar, tengo un nudo en la garganta.

—Mi hija... —logro decir.

—¿Qué le pasa a su hija?

—Acabo de encontrar una polaroid en su habitación. Es una fotografía íntima, como las que me hicieron a mí.

—¡Joder! Esto ya es ir demasiado lejos. ¿Está segura de que es del mismo tío?

—No. ¿Cómo voy a saberlo? Pero no creo en las coincidencias y últimamente me persiguen por todas partes —alzo la voz.

—¿Dónde está ahora su hija?

—Supongo que en la universidad, pero no me coge el teléfono.

—Puede que sí sea coincidencia. Hay millones de cámaras como esa, pero paso a buscarla. Y traiga la fotografía. Hay que comparar si son de la misma cámara. Conozco a alguien que puede ayudarnos.

—¡Por Dios santo! ¿Ese degenerado no tiene límites? —grito con todas mis fuerzas.

—No adelantemos acontecimientos. Mire lo que pasó con su director, quizá con esto ocurra lo mismo.

Respiro profundamente.

—Tiene razón. Puede que esté un poco paranoica.

—Es normal —me dice—. Ahora paso a buscarla. Salga, en cinco minutos estoy ahí.

Meto la fotografía en el bolso, cojo un abrigo y salgo de casa al encuentro de Elroy Demarco con el corazón encogido por la incertidumbre.

Al poco rato aparece con su coche negro. Me subo y me coloco el cinturón de seguridad. Le muestro la fotografía y él hace una mueca con la boca.

—Está en una actitud totalmente complaciente —murmura entre dientes—. No creo que sea el mismo tío que buscamos. Son casos diferentes.

Suelto un bufido, harta de sus suposiciones.

—Mi hija sale con alguien a quien no conozco y se niega a decirme quién es —le espeto.

Por primera vez veo algo de sorpresa en su cara.

—¿Y por qué se lo oculta?

—Dice que no puede. Que cuando sea el momento oportuno me lo dirá. Que no lo entendería.

—Hummm, eso ya me huele mal. Puede que tenga razón y no esté tan paranoica.

—¿Quiere decir que el hombre con el que está viviendo mi hija puede ser mi acosador? —inquiero muy preocupada.

Elroy se pasa la mano por la cabeza mientras conduce.

—Sería un plan muy retorcido, pero inteligente.

Le lanzo una mirada inquisitiva.

—Parece que lo admira.

—No es eso —responde—, pero no deja de ser una persona muy ingeniosa y me gustan los retos. Este tipo se lleva la palma.

—Pero ¿por qué yo?

Chasquea la boca.

—Para eso no tengo respuesta. De lo contrario, ya la hubiera encontrado. Aunque si es la

misma persona que ha seducido a su hija y ha intentado matar a su padre, le guarda mucho rencor.

Mantengo silencio intentando averiguar quién coño puede ser, pero no tengo ni la más remota idea.

—Le juro que nunca he hecho daño a nadie.

—Pues hay alguien que no piensa lo mismo.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Primero ver si esas dos fotografías pertenecen a la misma cámara. Usted intente localizar a su hija. Tenemos que averiguar con quién va.

Llegamos al centro de San Diego, a la cuarta avenida, y entramos en un estudio de fotografía y grabación. Aparca y me dice que le espere en el coche, que no tardará.

No me hace mucha gracia, pero aprovecho para insistir y llamar a mi hija, aunque no obtengo ninguna respuesta. La desesperación me está matando, pero no puedo hacer otra cosa. En esas, el teléfono suena y el corazón me da un brinco.

—¿Rosy?

—Lo siento, Agnes, soy Dylan. ¿Habéis averiguado algo más de lo de tu padre?

Me hundo en el asiento al escuchar su voz, pero entonces se me enciende la luz de nuevo.

—Dylan, ¿tú conoces a mi hija?

Guarda silencio unos segundos.

—No tengo ese placer, Agnes. Nunca nos has presentado —contesta.

—Tú trabajas en la universidad. ¿Podrías preguntar si está por ahí? Estudia Marketing. Necesito localizarla. Creo que ese degenerado está con ella.

—Puedo intentarlo, pero ya sabes que esto es enorme y los jóvenes vienen y van. Además, hoy no trabajo, pero si te acercas tú, iré. Así podremos vernos y tomar algo.

Me tenso en el asiento. Yo pidiendo ayuda y este intentando ligar conmigo. Pierdo los nervios del todo.

—¿Eres idiota o qué? —le espeto con rabia—. ¿Te digo que mi hija puede estar en peligro y me propones una cita? Vete al infierno, Dylan.

Oigo su respiración agitada.

—Siempre pasando de mí... ¿Qué hay que hacer para que me hagas caso, Agnes? Te ayudo con tu padre, me ofrezco ahora con tu hija y siempre repudiándome. Eres una desagradecida.

Aquello me descoloca un poco. Creo que me acabo de pasar con él.

—Lo siento, Dylan —digo, rebajando el tono—. Estoy muy nerviosa, pero es que necesito encontrar a mi hija.

—No eres la única que tiene necesidades.

Y me cuelga el teléfono.

—¿Dylan?

Pero no está al otro lado de la línea.

—¡Joder!

Me maldigo por haber estado tan agresiva con él. Vuelvo a llamarlo para disculparme, pero me rechaza las llamadas. La acabo de cagar, pero bien.

Veo que Elroy sale de la tienda y no trae buena cara. Nunca la tiene, pero ahora es peor.

—Malas noticias —me suelta.

—¿Qué pasa?

—Las dos fotografías han salido de la misma cámara. Su paranoia es cierta. Lo siento, Agnes. Me llevo las manos a los ojos, pero no puedo llorar. La rabia es más fuerte.

—¿Vamos a denunciarlo a la policía?

—No podemos. Su hija no está en contra de su voluntad y él no le ha hecho ningún daño... todavía —matiza.

—¿Y hay que esperar a que la mate o me mate a mí para avisarla? —grito encolerizada.

Me pone las manos sobre los hombros.

—No, le prometo que la encontraré antes.

—Estoy cansada de promesas fallidas. Lléveme a casa de Dylan Reed. Necesito disculparme con él y ver si nos puede acompañar a la

universidad y ayudarnos a dar con Rosy.

—¿Ha hablado con él?

—Sí, pero me he pasado tres pueblos. Hoy no trabaja, así que tendremos que pasar por Morena. Vive allí.

—Sé su dirección.

—Pues si la sabe, ¡arranque! —grito otra vez.

Creo que le debo una disculpa a Dylan y tal vez lo convenza para que me ayude a encontrar a Rosy.

Vamos de camino a Morena cuando me entra una llamada de mi padre. Supongo que habrá llegado a casa y está preocupado por no encontrarme allí.

—Hola, papá —contesto, tratando de sonar sosegada.

—Agnes, ¿dónde estás?

—Dando una vuelta por ahí. Tomando un café con Elroy.

Es mentira a medias.

—¿A qué no sabes quién ha venido a vernos? —dice jovialmente.

Otra vez el corazón en un puño.

—¡Sorpréndeme!

—Rosy. Tu hija está aquí y se ha quedado con la boca abierta cuando le he dicho que también estabas pasando unos días en casa. Tu madre y tu tía han salido a pasear, pero no tardarán.

Casi se me cae el teléfono de la mano.

—Papá, que no se marche. Ya voy para casa ahora mismo. Dile que por nada del mundo se vaya —le suplico casi llorando.

—No se va a ir. Si se muere por darte un abrazo.



—Y yo, papá. Y yo.

Cuelgo y le digo a Elroy que pise el acelerador a fondo y me lleve a casa de mis padres, porque mi hija está allí. Lo de Dylan puede esperar.

Elroy me deja en la puerta y entro como una bala para ver a mi hija. Está en el salón, hablando tranquilamente con mi padre. Me quedo paralizada bajo el quicio de la puerta, mirándolos

absorta. Ella está bien y es lo que importa. Mi padre me ve y mi hija se gira.

—¡Mamá! ¿Qué haces ahí parada?

Voy como a cámara lenta hacia ella y la abrazo entre un mar de lágrimas.

—Lo siento, pequeña, debí prestarte más atención —le susurro al oído.

Ella se despega de mí y me mira contrariada.

—Estoy muy bien —dice—. ¿Qué demonios te pasa? Nunca te había visto tan rara.

Busco con la mirada a mi padre, pero él parece igual de confuso. Aunque es normal, pues no sabe nada.

—Rosy, cielo —empiezo a hablar con calma—, tienes que contarme de una vez quién es el hombre con el que estás viviendo.

Enseguida se pone a la defensiva.

—¿Otra vez la misma cantinela? —inquire.

Mi padre se levanta y me echa un cable.

—Cariño, estamos preocupados —interviene—. Solo queremos lo mejor para ti. Tu madre está en un sinvivir al no conocer a ese hombre...

—Pues ya le expliqué que todavía no puedo decirle quién es.

Se mantiene en sus trece.

Cojo del bolso las dos fotografías polaroid, la mía y la suya. No sé muy bien cómo atajar el problema, pero, como se suele decir: a grandes males, grandes remedios. Saco primero su fotografía y se la muestro.

—¿Te la hizo él? —pregunto con cautela.

Su reacción es instantánea. Me la arranca de las manos y me mira furibunda.

—¿Has estado hurgando en mi habitación? ¡No me lo puedo creer!

Niego con la cabeza e intento calmarla.

—No fue así. Te echaba de menos y me puse a mirar el álbum de fotos de cuando eras pequeña. Esa se deslizó sin querer y cayó al suelo. Jamás fisgaría en tus cosas personales.

—Ya lo veo, madre. ¿A ti qué te importa si me la hizo él o el vecino de al lado? —dice hiriente y con sarcasmo.

Entonces cojo una fotografía de las que me hicieron a mí y se la enseño.

—Porque el que te hizo esa fotografía es el mismo que me drogó y luego me fotografió a mí.

Su cara es de puro asombro y luego se transforma en rabia.

—Él nunca haría una cosa así... Y menos a ti. No te conoce. Estás equivocada. ¿Por qué te inventas esto? Estás tan desesperada y sola que, como papá te dejó por otras, ¿pretendes que todos los hombres actúen como él? —me chilla con odio.

—Rosy, por favor. No me estoy inventando nada.

—¡No quiero escucharte, mentirosa! —grita.

—No le chilles a tu madre. Te está diciendo la verdad —interviene mi padre.

Ella se gira hacia él decepcionada.

—¿Tú también, abuelo? ¿También te ha manipulado a su antojo?

—No, pequeña —le dice—. Es un acosador que va detrás de tu madre y también me ha intentado hacer daño a mí.

Ella levanta las manos y hace aspavientos.

—No, no, no... No me vais a manipular. Él me quiere y vosotros solo queréis manipularme para que lo deje, pero no lo vais a conseguir. Si tengo que escoger, me voy con él —sentencia.

—Rosy, por Dios —le imploro.

—Jamás os diré quién es. Tengo que protegerlo de vosotros. Ahora lo veo claro. Él tenía

razón. Me dijo que esto podía pasar y acertó. Nadie es lo suficientemente bueno para la familia García. Papá tampoco. Te encargaste de echarlo fuera sin darle una oportunidad y ahora vas de hombre en hombre cual vulgar furcia. No eres nadie para darme consejos —me espeta con una sonrisa cínica en la boca.

Le doy una bofetada por faltarme al respeto y ahí ya termino de perder a mi hija.

Se lleva la mano a la cara y me mira con odio.

—Lo siento Rosy, yo... —intento disculparme.

—¿Las verdades duelen, madre?

Se ríe de mí y me enciende la cara de la vergüenza que siento. No sé cómo puede saber esas cosas tan personales.

—No te vayas, Rosy. Esa persona no es buena para ti...

Intento hacer razonar, pero es imposible.

—Seguro que es mejor que tú —me contesta—. Adiós, abuelo.

Le da un beso a mi padre y a mí me dedica una mirada de desprecio. Luego se va sin poder hacer nada.

Rompo a llorar y mi padre me abraza para consolarme. Menos mal que mi madre y mi tía no están en casa y no ven este drama,

porque les rompería el corazón. Mi padre me acaricia el pelo.

—Hija, debes regresar a Sadtown y ponerte a salvo.

—¿Por qué? Mi hija está con ese demente —sollozo.

—Si eso es cierto, sabe que estás aquí y eres un blanco fácil. Regresa con tus amigos. Ellos sabrán lo que tienen que hacer.

Asiento con la cabeza mientras me seco las lágrimas. Tiene razón. Aquí también los expongo a ellos. Es hora de recoger y regresar a Sadtown.



El hombre perfecto

Como teníamos previsto, regresamos a Sadtown a última hora de la tarde. Me cuesta horrores despedirme con buena cara de mi madre y de mi tía Eliza, ya que la procesión va por dentro. Con mi padre no tengo problema y hasta me acompaña al coche de Elroy cuando viene a recogerme.

—Cuidala mucho —le habla muy serio.

—No se preocupe, señor, es mi trabajo y lo haré de buen grado.

Nos despedimos y me voy destrozada y con un nudo en el estómago. Me siento fatal por dejar a mi hija en manos de un desgraciado, pero no puedo hacer otra cosa.

—Elroy, ¿en serio no podemos dar con este tipo? —le pregunto llena de rabia.

Él ya está al tanto, pues nos ha escuchado a través de los micros que tiene en casa de mis padres.

—Ya estoy en ello, Agnes. Tengo una persona tras los pasos de su hija. Si se ve o queda con él, lo cogeremos.

Me da la buena noticia.

—Gracias, Elroy. No puede seguir con esa persona. No sabemos lo que le puede hacer.

El negro suelta una especie de suspiro.

—No creo que le haga daño, a no ser que se vea presionado. Por eso he mandado que otra persona siga a su hija y no lo hago yo mismo. No quiero ponerlo sobre alerta.

—De eso se encargará Rosy, ¿no cree? —suspiro defraudada.

—Eso es cierto. Su hija está muy abducida por esa comadreja. Le contará todo lo que sabemos y seguro que tomará precauciones para no ser cazado. También lo tengo en cuenta.

—¿A qué se refiere?

Me giro para mirarlo, pero Elroy sigue mirando la carretera y no se inmuta. Contesta como un autómatas.

—Creo que dejará de ver a Rosy y mantendrá las distancias. No es tonto. Siempre va un paso por delante de nosotros. Es muy astuto.

Forma una línea recta en los labios que no sé cómo interpretar.

—¿Va a desaparecer? ¿Te refieres a eso?

Me hundo en el asiento. No sé si la noticia me alivia o me aterra.

—No, seguro que querrá pasar inadvertido, que es diferente. Ese hombre no abandonará su

objetivo. No creo que se haya tomado tantas molestias para nada. Su objetivo es usted, Agnes. Y la quiere a toda costa.

Trago saliva al escuchar sus palabras. Solo de pensar en que toque a mi hija y mantenga una relación con ella me revuelve el estómago.

—¿Qué clase de monstruo utiliza a mi hija y casi mata a mi padre para poder llegar hasta mí? Elroy se gira un segundo.

—Muy buena deducción. El caso es: ¿ha llegado ya a usted?

Siento un pinchazo en el estómago y me entran ganas de vomitar.

—Espero que no sea nadie que yo conozco, porque si soy tan ingenua para haber confiado en él...

—Nunca se conoce del todo a una persona, Agnes.

—¡Pare el coche cuando pueda! —exclamo con unas náuseas horribles.

Hay una estación de servicio y Elroy se desvía y arrima el coche al arcén. Abro la puerta y vomito lo poco que he comido en todo el día. Los nervios me matan y el último comentario ha sido el detonante.

Elroy sale del coche y viene a mi lado con una botella de agua y pañuelos de papel. Me limpio y bebo un poco.

—¿Mejor así? —pregunta, impertérrito.

—Gracias.

—No se preocupe, todo va a salir bien.

—Ya no sé en quién confiar. Puede ser cualquiera —sollozo.

—Quédese al lado de los que sabe al cien por cien que no lo son.

Levanto la cabeza algo mareada y observo todo lo grande que es.

—La lista es corta.

—Más trabajo para mí. ¿Podemos seguir? Ya estamos llegando.

Bebo otro sorbo de agua y me mojo la nuca con la mano.

—Vamos. Necesito descansar y asimilar todo este embrollo.

—¿De verdad que no se le ocurre nadie que le tenga resentimiento?

Niego con la cabeza. Me viene a la cabeza Sabrina Mendoza, pero en todo caso soy yo quien la odia por lo que me hizo.

—Siempre he sido una persona de mi casa, la escuela y poco más. ¿A quién coño iba a incordiar hasta tal punto?

Se encoge de hombros.

—Yo solo pregunto, Agnes. Si tuviera la respuesta, no haría la pregunta.

Subimos al coche y nos incorporamos de nuevo a la autopista.

Mi cabeza da vueltas. Intento pensar en alguna maldad que haya hecho, pero no se me ocurre nada. Al final, desisto y hacemos el resto del camino en silencio, hasta que llegamos al edificio donde vive Neal. Elroy aparca el coche y yo cojo la llave de mi bolso. Subimos en el ascensor y entramos en mi nuevo hogar temporal. Parece que no hay nadie. Supongo que se habrá ido a trabajar al «The Lust».

—Voy a darme una ducha y me voy a la cama —le comunico a Elroy.

Es un plan mediocre, pero estoy reventada.

—Debería comer algo. Voy a pedir un par de *pizzas*.

—Haga lo que quiera. Yo me voy a la ducha —insisto.

Y lo hago.

Tiro la bolsa de ropa en el suelo, me desnudo y me meto en la enorme ducha de Neal. Me dejo

estar debajo del agua todo el tiempo del mundo. Todavía me queda contarle a Grayson lo de Rosy. Como padre, se va a enfurecer de lo lindo. Me froto los ojos con el agua. Todo es un disparate, una maldita locura.

Cuando la piel empieza a arrugarse, salgo de mala gana de ese remanso de paz. Me visto un camisón y me cubro solo con una bata de seda negra, pues hace calor debido a la calefacción.

Oigo el timbre y me sobresalto. Elroy habla con el repartidor que trae las *pizzas*. De pronto, me llega el olor a *mozzarella*, *pepperoni*, queso, albahaca...

—Dios, ¡qué bien huele! —digo, saliendo al salón.

—Ya sabía yo que esto la tentaría. Son las mejores *pizzas* de Sadtown.

Me acerco y Elroy me da un trozo de una cuatro quesos. Me relamo nada más dar el primer bocado.

—Está de vicio —digo con la boca llena.

—Coma despacio, que tiene el estómago vacío.

—Tranquilo, ya estoy mejor. Esto resucita a cualquiera.

Elroy y yo disfrutamos de una cena informal, pero deliciosa. Por un momento, el mundo vuelve a la normalidad, como si nada malo estuviese pasando a mi alrededor.

Terminamos de comer y me quedo a gusto y llena. Me entra el sueño dulce y solo quiero irme a la cama y dormir doce horas seguidas.

—Váyase a acostar —me dice Elroy—. Yo estaré en el piso de enfrente. El señor Butler me lo alquiló para que la pudiera tener controlada. Si me necesita, solo tiene que chillar.

Lo miro agradecida.

—Espero no tener que hacerlo —contesto—. Gracias por todo, Elroy.

Él asiente con la cabeza y se va. Cierra con llave, por supuesto.

Me voy a la cama gigante de Neal y me acuesto entre sábanas blancas de seda. Están un poco frías al tacto, pero enseguida entro en calor y pienso en cosas agradables para que no me torturen los malos pensamientos y los remordimientos. Caigo rendida en menos de cinco minutos.



Una mano cálida me acaricia el rostro y me muevo en la cama siguiendo ese tacto tan agradable. Abro los ojos y me encuentro con la mirada oceánica de Neal.

—Buenos días, nena. Te he añorado lo impensable —dice con dulzura.

—Buenos días —susurro soñolienta.

Me incorporo y lo abrazo. Siento una necesidad imperiosa de rodearlo con mis brazos.

—No te preocupes, Agnes, todo se arreglará. Elroy me ha contado lo de tu hija —me susurra mientras me acaricia la espalda.

Me separo de él un poco.

—¿Ya te ha puesto al día de todo?

—Ayer, cuando vine del «The Lust», pasé por su piso y me entregó un informe detallado. No tardará en caer ese desgraciado.

Me levanto de la cama y me pongo el batín.

—¿Grayson lo sabe?

Niega con la cabeza.

—No he tenido tiempo de contárselo. Creo que no le va a hacer mucha gracia. Si fuera mi hija, entraría en cólera.

—Lo sé. Temo mucho su reacción y más porque todo esto es por mi culpa —sollozo.

Neal viene hacia mí y me abraza de nuevo.

—No es tu culpa, nena. Tú no eres responsable de las locuras de ese degenerado. No puedes asumir esa carga.

Me acaricia el pelo y siento que me derribo bajo sus caricias.

—Eres tan bueno conmigo...

—Porque es lo que te mereces.

Levanto la cabeza y mis ojos se clavan en sus labios carnosos y tentadores. Hace mucho tiempo que no estoy con un hombre.

Me pongo de puntillas y le mordisqueo el labio inferior. Noto que su cuerpo se tensa y sus manos bajan directas a mi cintura. Se controla por no lanzarse como un lobo a por mi boca y deja que juegue mientras le paso la lengua por el labio superior y sus manos hacen presión en mi cuerpo.

—Agnes... —suspira excitado.

Le pongo el dedo en la boca para que no diga nada y él me lo lame.

Ahora sí que me enciende toda y quemo como un horno eléctrico. Suelto un gemido y sus manos van hasta mis hombros. Con suma delicadeza, desliza la bata y los tirantes de mi camisón. Estos resbalan en una suave cascada por mi piel y caen al suelo. Me quedo desnuda ante él y sus ojos brillan como el fuego eterno.

—Eres tan preciosa que solo con mirarte me duele el corazón —susurra.

Me agarro a su cuello y me fundo en un beso de esos que cortan la respiración. Un beso de puro deseo donde nuestras lenguas se unen y revolotean dentro de la boca de ambos. Nos comemos mutuamente.

Neal empieza a quitarse la ropa mientras yo sigo aferrada a su cuello. Logra librarse de los pantalones y cae en la cama sobre mi cuerpo. Yo devoro su boca con ansia. Me va la vida en ello, pero no hay cosa que me apetezca más que su deliciosa boca. Me separa unos segundos y me quedo en el aire, hambrienta de más.

—Nena, tengo que ir a por un condón —dice agitado.

Mis ojos son puro deseo.

—Hoy no lo necesitas —siseo, muy cachonda—. Quiero sentirte de verdad.

—Pero nena... —replica.

—Tomo pastillas, Neal, y me fío de ti. —Lo miro a los ojos y digo—: ¿Puedo fiarme yo?

—Desde luego que puedes —contesta y esboza una sonrisa.

Se libra de toda la ropa y empieza a mordisquearme el cuello y a acariciarme las piernas y, sobre todo, los muslos. Llega al interior de ellos y me mete un dedo en el sexo.

—Argggg —gimo de deseo.

—Te voy a disfrutar como nunca he hecho antes.

Hurga en mi interior mientras sabotea mi boca de nuevo. Yo me revuelvo en busca de su profundidad y sus manos hacen magia en mi coño. Me mojo al instante y le aprieto su culo duro y macizo, incitándole a que entre en mí y me folle de verdad.

—Neal... —susurro su nombre.

—¿Me quieres dentro?

—Por favor —imploro.

Saca la mano y me abre las piernas para colocarse entre ellas. Noto su polla contra mi coño, piel con piel. Echo la cabeza hacia atrás de la delicia que eso me provoca. Solo he estado así con Grayson. Él va a ser el segundo hombre que entre en mi coño sin protección y pueda correrse dentro. Lo deseo más que nunca. Su polla pega coletazos en mi sexo del ansia por entrar y yo me muero de que lo haga ya.

—Agnes, esto es un regalo para mí.

—Lo sé. Hazlo ya —le apremio.

Coge la polla y la guía hacia el destino de la felicidad absoluta.

Cuando Neal me penetra, casi me desmayo del gusto. Su roce es delicioso, excitante, terriblemente afrodisiaco.

—Mmm —gime en mi interior al primer empujón.

Le clavo las uñas en la espalda al sentir cómo se mueve y cada roce en las paredes de mi vagina.

—No pares, por Dios —le ruego.

Neal me embiste y me eleva a confines maravillosos jamás visitados.

No es un polvo de esos agresivos, pero es el que más estoy disfrutando. Entra y sale de mí con paciencia y puedo notar hasta el último milímetro de su polla. Es una gozada y se me cae hasta la baba del disfrute que siento. Nos empapamos en nuestros fluidos y él está muy excitado. De pronto, me agarra y gira sobre la cama.

—Ponte tú arriba —me dice con la voz quebrada.

Las piernas se acoplan a su cuerpo y empiezo a subir y a bajar mientras mis manos se apoyan sobre su pecho.

—Dios, esto es divino —jadeo.

Me muevo encima de él y soy yo quien marca el ritmo de las embestidas.

Me abro bien de piernas y subo despacio para insertarme de golpe en su polla dura. Dejo escapar un quejido de felicidad. Neal gruñe y se aferra a mis caderas para intentar controlarme, pero no lo dejo. Lo cabalgo a mi antojo y veo el sufrimiento por aguantar el orgasmo. Está muy excitado, lo mismo que yo.

—No voy a poder seguir mucho rato —se queja—. Me tienes a mil.

—¡Aguanta! —le exijo.

Él me mira desconcertado y luego pone una sonrisa traviesa que me asusta lo justo. Ya lo voy conociendo.

—Vamos a ver quién aguanta a quién, nena.

Se gira de nuevo y me quedo debajo de su cuerpo, pero eso no es todo. Se incorpora de la cama y me lleva con él. Me besa casi con brutalidad. Su deseo se ha desbocado y a mí me excita más de lo que estoy. Me aplasta contra la pared y me levanta en el aire como si fuera una pluma. Me abre de piernas y me las coloca alrededor de su cintura. Se clava en mí y las cuencas de los ojos se me voltean hacia atrás.

—¡Neal, Neal! —exclamo por la fuerza con la que me embiste.

Se detiene un instante y me mira.

—¿Te hago daño? —pregunta preocupado.

Lo miro con los ojos vidriosos.

—No pares, por tu madre —le digo y lo incito a ir más deprisa.

Otra vez esa sonrisa aparece en su cara.

Me sujeta por el culo y retoma sus embestidas prodigiosas, que me elevan a los más alto. Mi espalda rebota en la pared y mis gritos retumban por toda la habitación.

—Sí, sí, sí, sí...

Es tan fuerte y varonil que, en una de sus acometidas imperiosas, me llega a lo más profundo y me hace vibrar en un apoteósico orgasmo.

Chillo todavía más fuerte.

—Eso es, nena, déjame sordo con tu placer.

—Dios, Dios, Dios....

Tiemblo entre sus piernas, pero él, lejos de bajar el ritmo, acelera más.

Creo que voy a desmayarme, porque nunca he sentido nada igual. Noto cómo se hincha en mi interior y empieza a correrse. Apoya su cara en mi cuello y se deshace en empujones profundos y veloces, hasta que se vacía y empieza a bajar el ritmo con un gruñido entre dientes de satisfacción.

—Nena, esto no lo he compartido nunca con nadie. Eres especial. Te quiero.

Me quedo helada al oír sus palabras. No me doy cuenta hasta este momento de que yo también siento por él algo más que solo sexo, pero no se lo digo. Demasiadas emociones juntas.

Las consecuencias de nuestro encuentro empiezan a deslizarse por mis piernas. Neal se percata y me lleva en brazos al baño sin inmutarse lo más mínimo. Abre la ducha de agua caliente y los dos compartimos un baño agradable.

—Eres maravilloso, Neal —ronroneo abrazada a él.

—No voy a presionarte, Agnes, pero tengo que expresar lo que siento. Ya sé que no me has respondido y no pretendo que lo hagas. Solo quiero que no me apartes de tu vida, solo eso.

Me abraza con fuerza y apoyo la cabeza en su pecho. Mientras, el agua cae sobre nosotros.

—No lo haré, Neal.

Me sorprende al oírme decir esas palabras. Pero es lo que realmente siento.

Ya voy a dejar de lado los odios y los resentimientos. Siempre me ha gustado estar con él y eso no significa que me tenga que casar ni atarme, más que nada porque Neal es un hombre liberal, lo que me permite estar con más personas sin ser de su exclusividad. Es el hombre perfecto.



Malas noticias

Después de una mañana intensa con Neal, decido llamar a Grayson para quedar y contarle lo que he averiguado en San Diego con Elroy y, sobre todo, lo que atañe a nuestra hija. Prefiero hablar con él en casa de Neal y que él esté presente, ya que está al tanto de todo. También invito a Elroy a que participe en la reunión. No es plato de buen gusto para mí sola y temo quedarme en blanco.

Paseo por en medio del salón, de un lado a otro, nerviosa, esperando a que llegue mi exmarido. Neal se sirve un Martini con vodka y me mira.

—¿Te preparo uno? Estás muy inquieta. A ver si te relajas un poco, nena. Todo va a salir bien. Suelto un suspiro.

—Todos decís lo mismo, pero hasta que no termine esta pesadilla no me lo creeré.

Deja la copa encima de la mesa de cristal y viene hacia mí. Me abraza y yo apoyo la cabeza sobre su pecho.

—Es que es así. No permitiré que te ocurra nada malo. Elroy conseguirá dar con ese tipo —me asegura.

—Él no es Dios y cada vez veo más difícil que eso ocurra.

Me da un beso en los labios y eso sí que me reconforta.

—Intenta calmarte, ¿vale?

Su sonrisa es el mejor tranquilizante que existe.

—Lo intentaré...

El timbre resuena por toda la estancia y doy un respingo. Neal me pone las manos sobre los hombros para relajarme.

—Deben de ser Grayson y Elroy —me dice.

Va hacia la puerta y ahí están esos dos hombres tan altos como dos vigas. Uno blanco y otro negro, pero igual de buenas personas.

Grayson se acerca en dos zancadas con desesperación hasta donde estoy yo y me rodea con sus brazos.

—¡Qué ganas tenía de que regresaras! ¿Qué tal todo por San Diego? —pregunta nervioso.

Le pongo las manos en el pecho con suavidad.

—Ahora hablaremos de eso, ten paciencia.

Finjo una sonrisa de tranquilidad, pero soy un manojo de nervios.

Elroy me hace un gesto con la cabeza a modo de saludo y yo asiento con la cabeza. Va directo a la licorera de Neal y se sirve un whisky. Creo que yo también me voy a beber algo para calmar esta ansiedad.

—Ponme un vodka con hielo, por favor —le pido a Neal.

—¿No es un poco pronto para empezar a beber? —me regaña Grayson.

—Hay ocasiones en que es mejor tener algo de alcohol corriendo por tus venas para digerir lo que tienes que oír, créeme —le aconsejo.

—No me asustes, Agnes...

—Solo te prevengo. Tómate una copa, Grayson, la vas a necesitar.

Mira a los otros dos que están en la reunión y, al final, se sirve un whisky y se sienta en el sofá.

—¿Que tenéis que contarme? —pregunta abiertamente.

Elroy es el primero en hablar.

—Hemos descubierto varias cosas y ninguna es buena.

—¡Vaya por Dios! —exclama con sarcasmo.

—¿Grayson, no te lo tomes a guasa! —le recrimino—. Es más serio de lo que crees.

—No es que no me lo tome en serio —se defiende—. Es que le estáis poniendo un halo de misterio que no sé por dónde cogeros a ninguno.

Tiene razón.

—El tipo que me manda las flores y que me acosa intentó matar a mi padre. No fue un accidente —le suelto sin vaselina.

Grayson tose al atragantarse con la bebida.

—¡Joder, Agnes!

—¿No querías la verdad y sin rodeos? Pues ya la tienes. Y eso es solo la punta del iceberg —le anticipo alterada.

Neal me coge suavemente por los brazos y me invita a que me siente en el sofá y me calme.

—Ese tipo utiliza a dos mujeres que le hacen el trabajo sucio secundario. Le compran las flores, pincharon insulina al padre de Agnes y simularon esa pelea en la universidad para poder hacerlo. No sabemos los motivos, pero todo indica que trabajan para él —explica ahora Neal.

—¿Por qué su padre? No es ninguna amenaza —comenta Grayson.

—No lo sabemos —interviene Elroy—. Estamos investigando todavía.

—Si estás aquí, ¿quién está investigando y a quién? —deduce mi ex.

Todos nos miramos incómodos, evitando a Grayson.

—Cuando estaba en casa de mis padres encontré una foto en la habitación de Rosy. Una polaroid —empiezo a hablar yo.

—¿Qué tiene que ver Rosy en este asunto? —gruñe de nuevo.

—Mucho. Comparamos su fotografía con las mías y pertenecen a la misma cámara.

Miro la cara atónita de Grayson.

—¿El tipo con el que vive nuestra hija y del que no quiere desvelarnos su identidad es el mismo que te está acosando? —pregunta él, arrastrando las palabras.

Se bebe la copa de golpe y se levanta para servirse otra.

—Me temo que sí, señor Sullivan —le confirma Elroy.

—No, estáis equivocados. Mi hija no puede estar con un demente que acosa a su madre. Me niego a creer eso. Tiene que haber un error.

Me acerco y lo abrazo. Sé lo duro que resulta de creer.

—Es cierto. Yo misma hablé con ella y se lo conté. Le pedí por favor que me dijera su nombre, que no era la persona que ella creía y se negó. Lo escogió a él —digo derrumbada.

—Es nuestra hija. No puede hacerte eso —se queja incrédulo.

—Está enamorada y abducidla por él. No piensa por ella misma... —intento defenderla.

Grayson se enfurece y va hacia la puerta hecho una furia. Elroy lo detiene.

—¿Adónde va, señor Sullivan?

—A por mi hija —dice furioso—. Yo la haré entrar en razón.

—Solo conseguirá que se aparte más de usted y la perderá para siempre. Hay que hacer las cosas con la cabeza fría —le aconseja Elroy.

—Pues estoy que ardo de la rabia que tengo.

—Lo sé, pero ya tengo a alguien vigilándola. Intente mantener la calma.

—Grayson, por favor... —le suplico.

—Agnes, ha intentado matar a tu padre, casi te viola y vive con nuestra hija. ¿Cómo voy a estar calmado?

—Lo sé, amigo —interviene Neal—. Pero tenemos que estar todos calmados si queremos pillar a ese cabrón.

—Cómo se nota que no es tu hija —le recrimina a mala leche.

—No te lo voy a tener en cuenta, porque estás sufriendo. Pero la cuestión no es pelearnos entre nosotros.

—Le estáis dando lo que él quiere —salto indignada—: enfrentarnos y arrebatarme todo aquello a lo que amo.

Todos se callan y parecen calmarse.

—Rosy no ha vuelto con nuestro sujeto —interrumpe Elroy—. Se ha quedado en la residencia de la universidad y no se la ha visto en compañía de ningún hombre.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta Grayson.

—Por mi informante.

—¿Y qué significa eso? —inquiero.

—Que su hija ya lo ha puesto sobre aviso y tenemos que andar con mucho cuidado. Sobre todo, usted, Agnes. Puede actuar en cualquier momento y sabemos que es peligroso.

—¿Y mi hija está en peligro? —insisto.

Frunce los labios y meneas la cabeza.

—Creo que es un peón más en su juego y que ya no le hace falta al verse descubierto. Me temo que ya no la verá más.

Suspiro con alivio.

—¡Ojalá acierte esta vez!

Pero mi ex no parece convencido.

—Dejadme ir a por ella a la universidad —insiste cabreado—. Rosy me dirá quién es ese capullo.

Elroy se pone frente a él y le tapa el camino.

—Me temo que no es la forma correcta de hacer las cosas. Déjeme a mí este asunto. Su hija está bajo vigilancia y no le ocurrirá nada.

Grayson rechina los dientes, pero, al final, cede.

—Elroy, sigue con tu trabajo y déjanos a los tres. Tenemos cosas de qué hablar —le ordena Neal.

—Está bien, señor Butler. Si me necesita, ya sabe dónde encontrarme.

Se chocan la mano y se despiden.

Nos quedamos los tres a solas. Grayson está muy alterado por lo que le hemos contado. Todos lo estamos.

Apuro mi copa y me siento en el sofá. Respiro profundamente. Tanto estrés y ansiedad no me sienta bien, pero quedan asuntos pendientes y, cuanto antes lo hablemos, mejor.

—Neal me ha dicho que quieres quedarte con la casa —digo para abrir un nuevo tema de conversación.

—No quiero que unos desconocidos vivan donde nació nuestra hija y donde compartimos veinte años de nuestra vida —me dice muy serio mi ex.

—Me parece muy bien, no voy a ponerte impedimentos. Yo los recuerdos me los llevo conmigo allá donde vaya. No necesito una casa para saber lo que he vivido y lo que no.

Me agarra de las manos y me las besa.

—¿Por qué hemos llegado hasta aquí, Agnes?

Ladeo la cabeza y hago una mueca.

—Podría decirte muchos motivos, pero ya tenemos bastantes problemas sin tener que echar más leña al fuego.

Me suelto de sus manos y me pongo en pie y a la defensiva. Neal ve que nuestra conversación se tensa e interviene:

—Creo que todos estamos muy alterados y necesitamos relajarnos. ¿Qué tal si nos vamos a comer por ahí a un sitio bonito y luego pasamos por el «The Lust» para divertirnos?

Eso me da pie para aclarar una cosa y aprovecho la oportunidad.

—Cada uno con quien quiera —digo—. Sin ataduras.

Los dos se quedan un poco descolocados.

—Por supuesto, nena. Sin ataduras. Mi local es para soñar y vivir el sexo libremente —matiza Neal.

Grayson, simplemente, se muerde la lengua y afirma con la cabeza. No le queda otra.



Ir al «The Lust» es una buena idea. Todo lo que nos atañe es malo, negativo, triste, macabro... Rodearnos de algo bueno, que me despeje la mente y me haga olvidar todos estos malos sentimientos, es la mejor idea para este día que ha empezado de pena. Pero no tiene por qué terminar de la misma manera. Con esperar y hacernos mala sangre no vamos a ganar nada.



Comemos en un asador de carne muy bueno y los ánimos se templan un poco. Luego regresamos a casa a ducharnos y a cambiarnos de ropa para ir al «The Lust», aunque poco nos durará encima. Estoy nerviosa y, al mismo tiempo, excitada. No dejo de pensar en mi hija y en el demente que me persigue, pero mi cabeza necesita desconectar y no concibo mejor manera que esta.

También me va a venir de perlas para poder poner a raya a Neal y a Grayson. Que vaya con ellos al «The Lust» no significa que sea de su exclusividad. Quiero romper ese lazo imaginario que nos une e independizarme sexualmente. Sé que tengo sentimientos hacia ellos, no lo voy a negar, pero he de aprender a ser una auténtica *swinger*, como ellos. Poder relacionarme con otras personas físicamente y apartar lo sentimental. Independientemente de lo que sienta. Luchar contra eso sería absurdo.

Termino de subirme la cremallera lateral del vestido ajustado color azul marino que llevo cuando Neal entra en la habitación.

—Vaya, estás impresionante.

Suelta un silbido y me saca los colores.

—Tú también estás muy guapo.

Se da una vuelta delante de mí, pavoneándose. Lleva un traje gris oscuro que le sienta de perlas.

—¿Nos vamos ya? —me pregunta.

—Sí.

—He quedado con Grayson en el local.

Me detengo en seco y lo miro fijamente.

—Quiero acostarme con otras personas que no seáis ni tú ni Grayson —le digo muy directa.

Neal se pone recto y se afloja la corbata.

—Ya te dije que no había problema. Tienes que hacer lo que te apetezca, Agnes.

—Es lo que pienso hacer. Simplemente, quiero actuar como lo hacéis vosotros. Lo necesito.

Me pone las manos sobre mis hombros.

—Te he dicho que no tienes que darme explicaciones. Llevo muchos años en este mundo. ¡Joder, si regento un local liberal! —exclama con una sonrisa.

Me quedo más tranquila, aunque no sé si lo que me está diciendo es del todo sincero.

—Solo quería decírtelo y no crear malos rollos.

Neal me da un beso en los labios y luego dice:

—Aunque te acuestes con otros, ¿me dejarás un poquito para mí? Me muero por hacerte el amor de nuevo.

No puedo evitar erizarme.

—Si me quedan fuerzas y ganas, puede ser —tonto con él.

—Pues vamos a divertirnos y a olvidarnos de todo este mal rollo.

Salimos de su casa y bajamos al garaje. Nos subimos al Stingray y vamos directos al local de la lujuria, que queda a un tiro de piedra.

Llegamos en menos de cinco minutos y entramos por su guarida privada. Hoy no le pongo pegos. Sé que va a respetar mi decisión y confío en él.

—He quedado aquí con Grayson. ¿Te importa?

—Para nada.

Me quito el abrigo y voy a por una copa de champán para ir entrando en calor y ponerme a tono.

Es jueves por la tarde, pero, como es uno de los días grandes de fiesta de Sadtown, el local ya

está lleno. La gente ha pensado lo mismo que nosotros: una buena comida y luego la copa y el postre en el «The Lust».

Grayson aparece a los pocos minutos de llegar nosotros. Viene vestido más informal, con vaqueros y una camiseta negra que deja sus enormes bíceps a la vista. Está muy imponente. Me echa un vistazo que no pasa inadvertido para Neal.

—¡Qué guapa estás, Agnes!

Su voz está cargada de deseo.

—Sí que lo está, pero hoy no es para nosotros, así que ve buscando otra opción para bajar el calentón que te acaba de dar —se burla Neal.

Grayson lo mira sorprendido y luego se gira hacia mí.

—¿Qué quiere decir? —me pregunta.

—Que no voy a acostarme con vosotros. Quiero probar con otras personas, como habéis hecho tú y Neal siempre.

Aquello es un mazazo para mi ex.

—Pero Agnes... —protesta.

—¿Como tú ninguna? Eso ya no puedes decirlo. Ya no estamos casados y soy tan libre como el viento. Somos iguales y ya os dije que no era de vuestra exclusividad. Me acostaré con vosotros si me apetece y sin imposiciones. Ahora jugamos con las mismas reglas —le aclaro.

—Tiene razón, Grayson —me apoya Neal—. No podemos exigirle nada y tenemos que respetarlo.

—Pues nada, voy a divertirme sin vosotros —gruñe enfadado, saliendo de la sala privada dando un portazo.

—Parece que no lo ha encajado tan bien como tú —murmuro.

—Ha sido tu marido casi veinte años —lo defiende.

—Cierto, veinte años de engaños e infidelidades. No lo justifiques, por favor. Tú, por lo menos, me dijiste la verdad desde el principio.

—Porque nunca había conocido ni sentido nada igual por nadie. Grayson tiene razón: como tú ninguna, nena.

Eso hace que me ruborice y luego lo beso en los labios.

Neal me abraza y nos fundimos en un beso apasionado que hace que la sala privada suba de temperatura por lo menos diez grados. Me estoy alterando y mis bragas empiezan a derretirse entre mis piernas. Tengo que parar.

Me separo de él.

—Ahora no, cielo —digo.

Lo miro con todo el dolor de mi corazón y él sonríe con picardía.

—Lo sé —contesta—, pero antes de que termine la noche te haré chillar de placer.

Siento que el estómago se me contrae solo de imaginarlo.

—Ya lo veremos, guapo.

Me acabo la copa de champán y salgo por la puerta por la que hace escasos minutos se ha ido Grayson.

Todo el ambiente del «The Lust» se abre ante mis ojos.



Sentimientos encontrados

Me incorporo al ambiente que hay en el bar «The Lust». Veo que Grayson no pierde el tiempo y ya está desnudo y comiéndole la boca a una jovencita rubia que tiene un cuerpo de pasarela. Se van hacia una de las camas privadas y entonces me ve. Tiene el detalle de guiñarme un ojo y luego vuelve al saqueo de la boca de la muchacha, que gime como una cosaca. Meneo la cabeza y sonrío por la poca madurez que muestra a veces.

No me sienta mal verlo en esa actitud; ya no. Y eso hace que me enorgullezca de mí misma y camine con paso firme hacia la barra, donde pido una copa de champán. Neal sale de la guarida, pero es inteligente y me da mi espacio. Va hacia el otro lado del local y empieza a hablar con una mujer morena muy atractiva. Parece que congenian.

—Agnes, ¡qué alegría encontrarte aquí! —oigo una voz femenina a mi espalda. Por poco no me mata del susto.

Me giro en el taburete y me encuentro con mi abogada, Alice Cooper, acompañada de su marido.

Me quedo sin aliento al fijarme bien en él. Es un hombre guapísimo: rubio, ojos marrones, alto como a mí me gustan y una barba de dos días. Tiene una mirada intensa y parece callado. Alice se fija en cómo lo miro. Entonces salgo de mi embobamiento.

—Perdona, no esperaba verte por aquí —le digo con sinceridad.

—Pues te recuerdo que me debes una copa —tontea conmigo.

Parpadeo estupefacta. No puedo dejar de mirar a su marido.

—Cierto, toma lo que quieras —titubeo.

—Pero qué maleducada soy —dice la abogada llevándose una mano a la cabeza—. No conoces a mi marido, ¿verdad?

Trago saliva de lo nerviosa que me está poniendo. Él tampoco me quita el ojo de encima.

—No he tenido el gusto —susurro.

Lo engancha por el brazo y lo pone demasiado cerca de mí.

—Lucas, esta es mi amiga Agnes. Se acaba de divorciar. ¿A que es muy guapa? ¿Te gusta, querido? —le pregunta ante mi cara atónita.

Él se inclina y me da un beso suave en los labios. Apenas es un roce, pero lo suficiente como para hacerme temblar en el taburete.

—Me encanta —dice con una voz terriblemente sensual.

Tengo que beber más champán. Ese hombre me está poniendo cardiaca.

—A mí también me gusta, amor —dice Alice.

Y entonces me pone las manos en la cara y me mete la lengua hasta la campanilla, dejándome literalmente sin habla.

No me lo esperaba, pero me gusta. Le devuelvo el beso y mi cuerpo prende como la llama de un ave fénix en pleno renacimiento.

—Vayamos a un sitio más cómodo —dice el marido macizo de Alice—. ¿Te apetece jugar con nosotros, Agnes?

Me bajo del taburete y le cojo de la mano.

—Me apetece mucho.

Vamos, como que ni me lo pienso dos veces.

Tiene una mirada tan penetrante que, como me mire con un poco más de intensidad, creo que puede provocarme un orgasmo. Simplemente, es guapísimo a rabiar. Esperemos que folle igual de bien. Me muero por comprobarlo.

Nos vamos los tres a una de las camas separadas por cortinas, pero accesibles para más gente, siempre y cuando los invitemos a participar. La sala está muy llena y apenas quedan espacios libres. Veo de nuevo a Grayson, que sigue con la rubia, pero a quienes se ha unido otra pareja más. Se lo están montando a lo grande.

Lucas me quita el vestido y Alice lo desnuda a él. Empezamos a calentarnos los tres entre caricias y besos. En menos de cinco minutos, estamos desnudos sobre la cama. El marido de Alice tiene un cuerpo impresionante y ella también está muy buena. Lucas me besa y su mujer comienza a chuparle la polla para endurecerlo y haga bien su trabajo. Él me acaricia los pechos y yo aprovecho para tocar su torso duro y desnudo. Mis manos luego van hacia su pelo y se enredan entre sus mechones dorados. Alice deja su faena y se une a nosotros, metiendo la lengua en nuestras bocas. Juguetemos los tres con ellas. Es una excitación máxima. Lucas nos toca a las dos. Nos introduce los dedos en el coño a la vez y creo que me siento morir de gusto. Alice y yo nos besamos y él disfruta con esa visión. Parece que le pone ver a su esposa con otra mujer. Voy captando el rollo del que van. Nos masturba mientras nos comemos la boca y nos acariciamos las tetas. Luego nos deja en plena soledad al sacar la mano de nuestros sexos. Me pregunto qué viene ahora.

Lucas se pone un condón y a mí me tumban en la cama. Alice me abre las piernas y se prepara para comerme el coño, mientras su marido se coloca para que le chupe la polla al mismo tiempo. Esto es lujuria pura y dura. La boca de Alice acapara mi sexo y me estremezco. Lucas invade la mía y empiezo a chupar su flamante miembro.

Me cuesta centrarme en comerle la polla cuando su mujer me está dando un placer indescriptible con su lengua divina. Lucas la mira y noto que se le pone más dura. Yo estoy mojada como un charco. Me retuerzo intentando combatir el orgasmo que aflora en mis partes bajas, pero Alice no me suelta y él tampoco. Se nota que hacen un buen equipo y están más que acostumbrados a hacer esto.

Pero para mí es una tortura. No voy a poder soportarlo.

—Déjame a mí, Alice —dice él, de pronto.

Se separa y respiro un poco.

Me preparo para que me penetre y me dé lo que tanto ansío.

—¿Busco lo de siempre? —pregunta ella.

—Sí, amor —responde él.

La mira con adoración. Se ve que se aman, pero a mí me preocupa qué coño es lo de siempre. Quiero preguntar, pero Lucas se pone sobre mi cuerpo, me sella la boca con sus labios y me penetra.

Que hagan lo que quieran, soy su esclava.

Qué delicia.

Qué empellones.

Cómo folla el bandido.

Me aferro a su cuello y lo rodeo con mis piernas. Lo quiero todo dentro de mí. Es sexo puro y duro y cada estocada que me proporciona me satisface en lo más profundo de mi ser.

Presiento a alguien a mi lado y es Alice, que llega con refuerzos. Una chica pelirroja está con ella y se besan y magrean a gusto. De pronto, Lucas me da la vuelta y empieza a recorrer mi espalda con su lengua.

—¡Joder! —gimo con desesperación.

Alice y la pelirroja se acoplan para hacer una sesenta y nueve.

Me excita mucho verlas en esa posición, comiéndose una a la otra, pero el que se pone a mil es Lucas.

Clava sus manos en mis caderas y se inserta de nuevo en mi coño. Este da palmas de felicidad. Pega su torso a mi espalda y me pone de rodillas sobre la cama. Me aplasta los pechos mientras me embiste y mira a su mujer. Yo también la veo y me pongo más cachonda. La lujuria se desata, igual que mis fluidos.

—Eres deliciosa —me susurra al oído.

—Y tú follas como un dios —le devuelvo el halago.

Me pasa la lengua por el cuello y hace que me erice. Y todo esto sin bajar el ritmo de sus estocadas.

Alice y la pelirroja parecen dos lobas hambrientas. Se separan los labios vaginales e introducen sus lenguas en ambas vaginas. Se chupan, se lamen, se retuercen de gusto...

Un espasmo contrae el epicentro de mi sexo.

—Dios... —gimo a punto de caramelo.

—Aún no, preciosa —me susurra Lucas.

Aprieto las piernas y estrangulo su polla.

—No me hagas eso o me corro —se queja excitado.

—No voy a poder más —aviso.

—Espera, primero ellas.

Quiere ver cómo se corre su mujer. Ese es su detonante, pero no es el mío. No sé si lo soportaré.

Las dos mujeres siguen en su afán de devorarse, hasta que Alice levanta las caderas y empieza a convulsionar. La pelirroja la sigue. Entonces llega mi detonante.

—Te toca, preciosa.

Me dobla y me pone a cuatro patas en la cama.

Empieza a embestir como alma que lleva el diablo. Parece que sus testículos van a entrar dentro de mi vagina de lo dilatada que estoy. Empuja, colisiona contra mi sexo con violencia. Estoy mojada por esa fricción demoledora y...

—Diosss...

Exploto en un orgasmo magnífico mientras Lucas me sigue y bombea con fuerza.

Chillo yo.

Gruñe él.

Gime su mujer.

Jadea la pelirroja.

Todos quedamos exhaustos.

Estoy intentando recuperar la respiración mientras veo que la pelirroja se va y Lucas y Alice se abrazan y se besan. Algo hace clic en mi cabeza. ¿Realmente se puede tener una relación de amor y ser liberal a la vez?

Siento envidia de ellos y eso no me gusta. Me envuelvo en una toalla y recojo mis cosas para irme.

—Agnes, ha sido fantástico —me dice Alice con una sonrisa—. Nos gustaría repetir contigo, si estás de acuerdo.

—Claro, no ha estado mal —salgo al paso.

—¿Te vas ya? —inquire.

—Voy a beber algo a la barra y a darme un baño al *jacuzzi*.

—Vale. Nos ha encantado estar contigo.

Les digo adiós con la mano y me voy directa al *jacuzzi*. No sé si ha sido buena idea interactuar con ellos, porque ahora estoy confundida.

Entro en la zona de baños y me meto en la enorme bañera. Hay dos parejas, pero yo me hago a un lado. Ahora necesito estar sola y pensar un poco. Uno de los hombres se me acerca y me pregunta si quiero ir con ellos, pero le digo que no. Él lo respeta y me dejan en paz.

Disfruto del agua caliente y pienso cómo habría sido mi vida si Grayson me hubiera contado desde el principio que le gustaba este mundo y lo hubiera compartido conmigo. Ahora podríamos ser como Alice y Lucas, o tal vez no. No lo sé.

Meto la cabeza en el agua. Me da igual el pelo y todo. Total, tras el meneo que me acaban de meter, debo tener unas pintas...

Cierro los ojos e intento no pensar en nada. Entonces, oigo un chapoteo y pienso que esto se está llenando demasiado. Abro los ojos y me encuentro a Neal a mi lado.

—¿Qué tal el día, nena?

Sonríe y me alegro de que esté aquí conmigo.

—Movidito.

Suelto una carcajada.

—Ya te he visto. Así que, al fin, Alice y el mirón de su marido te han catado. Son buena gente.

Lo miro sorprendida.

—Has estado con ellos, ¿verdad?

—Alice está buena y su marido es un tipo sano.

Se ríe y me alegro de poder hablar con él abiertamente de este tema.

—Me ha gustado mucho —confieso.

—Me alegro por ti. Yo no he tenido tanta suerte hoy —se sincera.

—¿Y eso?

—Una que estaba obsesionada por tirarse al dueño del local. No sé cómo no la he visto venir. He tenido que invitarla a marcharse.

—Uf, vaya movida.

De pronto, las parejas que hay en el *jacuzzi* se van a follar a las camas y nosotros nos quedamos a solas.

—Hoy hay mucha actividad en el «The Lust» —me dice Neal—. Debería vestirme y trabajar un poco. Me temo que no es el día indicado para el ocio. Si necesitas cualquier cosa, me lo dices.

Eso me deja un poco fuera de juego.

Neal no intenta nada conmigo. Simplemente, se va a trabajar. Un sentimiento muy fuerte me invade y literalmente me echo encima de él.

—No te vayas —le digo.

Me mira fijamente. Adoro esos ojos azules como dos galaxias.

—Si me lo pides así, no me moveré para nada.

Y esboza esa sonrisa que tanto me gusta.

—Fóllame, Neal. Ahora.

No habla nada, pero su mirada lo dice todo.

Me besa con suavidad y, de nuevo, me pongo a tono. Su lengua dentro de mi boca me activa como una bomba nuclear. Yo misma agarro su polla erecta y la guío hasta la entrada de mi coño. Me abro de piernas y me inserto en ella hasta el fondo. Gime en mi boca y yo en la suya. Empiezo a moverme y el agua se mueve como dulces olas del mar. Nuestros cuerpos chocan, pero su boca sigue pegada a la mía sin opción a que entre el aire.

Sus manos bajan hacia mis nalgas, que aprieta con tesón. Me clavo todavía más en él y quiero chillar, pero me tiene esclava de sus besos y no puedo. Las olas se convierten en un pequeño maremoto que va subiendo de intensidad a medida que lo hacen sus embestidas.

Subo y bajo y me deslizo por su tronco de la felicidad. Mi pecho contra su pecho. Piel con piel, deseo con pasión, amor con devoción.

Sigo sensible por el anterior orgasmo y el roce de mi clítoris contra su pubis es un calvario. Se me hincha y está a punto de explotar. Neal acelera el ritmo de sus empujones y ahora estamos inmersos en un tsunami que salpica el agua por nuestras caras y hacia fuera del *jacuzzi*. Me libero de su boca.

—Neal, Neal... —chillo descontrolada.

—Te dije que hoy te haría chillar de placer —me recuerda.

—Sí, oh, sí —me retuerzo y me muevo frenética.

Me ayuda en mis subidas y bajadas y ambos explotamos en un orgasmo conjunto de dimensiones astronómicas.

—¡Nealll! —chillo hasta desgarrarme la garganta.

—¡Agnesss! —grita él mientras se vacía en mi interior.

No tengo palabras para describir lo que siento en estos instantes, pero sé que es algo más que un simple polvo.

Cuando nuestros cuerpos se desploman, reposo mi cabeza sobre su cuello y lo abrazo con ternura. No quiero moverme de ahí ni que este momento se termine nunca. Mi corazón da saltos de alegría.

—Te quiero, Neal Butler —susurro en su oído.

No dice nada, solo me aprieta muy fuerte contra su pecho. Sé que tampoco quiere que este momento llegue a su fin. Y es lo único que necesito.

No sé el tiempo que pasamos bajo el agua abrazados, pero estoy cansada y quiero irme ya a casa. Bastantes sentimientos encontrados he tenido por el día de hoy. Me separo a regañadientes de Neal.

—Me voy a casa —le comunico.

—Yo te llevo.

—No. Tienes mucho trabajo aquí. No cambies tu rutina por mí.

—Por ti cambiaría el mundo, Agnes. ¿No te das cuenta de que estoy perdidamente enamorado?

Bajo la cabeza para evitar sus ojos.

—¿Tú crees que esto puede funcionar? —le digo.

Me agarra por los hombros y me besa.

—Estoy seguro de ello. Seguiré todas las reglas que me impongas. Te dejaré la libertad que quieras y compartiremos la cama siempre que lo desees, pero solo te pido que me ames.

Abro la boca, sorprendida ante su petición. Es muy tentadora, pero todavía no tengo demasiado claros mis sentimientos.

—Es muy pronto para comprometerme con nadie —respondo—. Tengo que pensarlo muy bien. Te quiero, eso es cierto, pero no sé si lo suficiente o como tú quieres que lo haga.

Él asiente con la cabeza.

—No tengo prisa, Agnes. Esperaré lo que haga falta.

—No puedo prometerme nada. Dejemos las cosas como están, sin presión.

—Sin presión, nena.

Sonríe y me abraza.

—Gracias.

—Ahora te llevaré a casa y luego regreso al trabajo. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo.

Nos vestimos y vamos hacia su guarida secreta. Grayson nos ve y nos sigue medio desnudo.

—¿Ya os vais? —pregunta. Suena molesto.

—Voy a llevar a Agnes a casa —dice Neal—. Ahora regreso.

—¿Hoy no tenemos fiesta? —pregunta con sarcasmo.

Eso hace que me enerve.

—Aquí ya hemos tenido todos fiesta, Grayson. Ya te dejé claro que no iba a follar contigo. ¿Cómo quieres que te lo explique? —levanto la voz.

—Has dicho con nosotros. Ahora rectificas y solo dices conmigo. ¿Qué ocurre, Agnes? ¿Ahora ya tienes un favorito?

—¡Grayson, no te pases! —le advierte Neal.

—¡Vete al infierno! —digo yo.

—Ya veo, ya... ¿Creéis que soy idiota? —dice.

Neal va a darle la réplica, pero entonces suena el móvil que tiene encima de la barra y pone cara de preocupación en cuanto ve la pantalla. Nos callamos cuando contesta.

—¿Qué ocurre, Elroy?

Su cara se va transformando a medida que escucha. Palidece. Y a mí me entra un mal presentimiento.

—Está bien, vamos para allá y nos cuentas.

Neal cuelga el teléfono y nos mira.

—¿Qué pasa? —le pregunto asustada.

—El infiltrado que tenía Elroy en San Diego ha aparecido muerto. Lo han asesinado. Vamos a mi casa. Elroy nos contará el resto.

Me llevo las manos al corazón.

—¡Dios mío!

El mal rollo vuelve a atraparnos como una sombra negra que se cierne a nuestro alrededor.

Locura conjunta



Llegamos al piso de Neal con el corazón en la garganta. Elroy ya está esperándonos con un vaso de whisky en la mano. Es la primera vez que lo veo consternado. Pensaba que nada en el mundo podía alterar a ese hombre, pero estoy equivocada. Veo el sufrimiento en sus ojos.

—Amigo, ¿qué ha sucedido? —inquire Neal preocupado.

El alto negro apura su bebida y se sirve otro vaso.

—No me esperaba para nada este desenlace. Bob era un buen hombre, padre de dos hijos. Todavía no sé cómo comunicarle la noticia a su esposa —comenta, visiblemente conmovido.

—¿Ese Bob era la persona infiltrada que seguía a mi hija? —le pregunto con bastante tacto.

Él asiente con la cabeza.

—Creo que hemos subestimado a ese capullo —dice—. Debió darse cuenta de que seguíamos a Rosy y se deshizo de él. Le rebanó el cuello con un cuchillo y luego dejó su cadáver en un callejón, al lado de un contenedor de basura, con una rosa negra en la mano. Es tan narcisista que quiere que sepamos que ha sido cosa suya.

—¡Dios santo! —exclamo, llevándome las manos a la boca.

—¿Y no tenemos ninguna pista? —le pregunta Neal.

Elroy saca el móvil del bolsillo.

—Logró sacarle a Rosy una foto. Iba acompañada de dos mujeres, una rubia y otra morena. Supongo que son las que liaron la falsa pelea para poder pinchar a tu padre. Me la envió pocos minutos antes de ser asesinado.

Nos la muestra a los tres y casi me caigo de espaldas al reconocer a la morena de pelo largo. Todos lo hacemos.

—¡Maldita zorra! —gruñe Grayson.

Yo directamente entro en *shock*.

—Sabrina Mendoza —susurra Neal.

—Sí, la profesora compañera de Agnes. A la rubia todavía no la hemos identificado, pero el director puede que sea, de nuevo, nuestro principal sospechoso —deduce Elroy.

Muevo la cabeza, confundida.

—¿Y su coartada? —pregunto.

—En el momento en que la de Sabrina no es válida, la suya se desmonta. No sé qué decir, Agnes. A mí también me pilló por sorpresa y no suele pasarme.

Salgo hacia la puerta con muy malas pulgas. Neal me agarra por la cintura y me detiene.

—¿Adónde te crees que vas?

—A matar a esa guarra. Destruyó mi matrimonio, casi mata a mi padre, ayuda a alguien a acosarme y sabe dónde está mi hija. ¡Quiero matarla! —grito desquiciada.

—Claro. Y ya, de paso, te entregas en bandeja a ese asesino —me regaña.

—¡Dejadme hablar con esa furcia! —irrumpe Grayson—. Yo le sacaré la verdad.

El ambiente se está caldeando y cada uno de nosotros tiene un motivo para querer ir a por esa fulana.

—No es mala idea la del señor Sullivan —dice Elroy—. Él es de quien menos desconfiaría si mantiene la calma.

—No, tengo que ir yo —chillo como una loca.

—Eso no es viable —contesta Demarco.

—¿Cómo quiere hacerlo? —pregunta Grayson.

Yo me revuelvo mientras Neal me sujeta durante la pataleta.

—Le pondré un micro oculto y quedará con ella —dice Elroy—. Lo seguiremos muy de cerca desde el coche, por lo que pueda pasar. Tiene que intentar sonsacarle algo sobre su hija. Dígale que está colado por ella o invéntese cualquier milonga; ya sabe cómo son las mujeres.

Yo me río con ironía.

—Eso no le resultará difícil —me burlo.

—¡Cállate, Agnes! —me regaña Neal.

—Está bien, lo haré —accede Grayson.

—Pues lo primero es llamarla y que ella acepte esa cita irresistible. Luego lo prepararemos para la escucha.

Elroy le pasa el teléfono y lo pone en manos libres. Grayson marca el número de Sabrina, que no tarda ni dos tonos en contestar.

—Hola, hombretón, cuánto tiempo sin oír tu voz —coquetea.

A mí me hierva la sangre nada más escucharla y Neal me aprieta contra su pecho para que no haga una locura.

—Hola, preciosa, yo también te echaba de menos —finge mi ex.

—Vaya, eso sí que son buenas noticias. ¿Tienes algún plan para remediarlo?

Grayson nos mira un poco incómodo y Elroy le hace un gesto afirmativo con la cabeza para que continúe.

—Pues mi amigo Neal me deja que usemos su guarida secreta por si quieres que pasemos un rato agradable... ya sabes.

Se lleva la mano a la boca y tose incómodo.

—Me acabas de poner cachonda. ¿Ya no bebes los vientos por tu mujercita?

Se gira para mirarme y yo le hago una seña con la mano para que le siga la corriente.

—Eso es agua pasada —dice con la voz apagada.

—Entonces iré para levantarte el ánimo y otra cosa que me gusta más —ronronea.

Me da asco escucharla, pero me tengo que aguantar.

—En una hora te veo en la puerta trasera del local. ¿Te parece?

—Me parece muy bien. Te voy a comer enterito, hombretón.

—Hasta luego, preciosa.

Cuelga el teléfono y nuestras miradas se fijan en él.

—Muy bien jugado —dice Elroy.

—Gracias, no ha sido fácil. Tenía ganas de decirle de todo, menos preciosa.

—Sé cómo se siente, pero ahora lo que importa es averiguar dónde se esconde ese tipo y

cogerlo. Le pondré un micro en la ropa. Lo demás depende de usted.

—¿Y si esta loca me arranca la ropa?

—No se preocupe. Es muy pequeño e irá oculto en el botón de la camisa. Aunque llegue a quitársela, oiremos lo que pasa —le aclara Elroy.

—¿Acaso piensas acostarte con ella? —salto indignada.

—¡Pues claro que no! Pero es una lagarta y siempre se lanza a desabrocharme la camisa. Tendré que engatusarla un poco si quiero sacarle información —repica ofendido.

—Si me dejais a mí... —rechino los dientes.

Neal me lleva a rastras hasta el dormitorio para que me tranquilice y deje a Elroy y a mi ex hacer su trabajo.

—¿Quieres tranquilizarte? —me dice una vez estamos a solas—. Parece que estés celosa. Grayson se preocupa por vuestra hija tanto como tú.

Me froto nerviosa los ojos.

—No son celos —contesto—. Tan solo es que no soporto que esa arpía se acerque a nadie más de mi familia. Ni siquiera a Grayson.

Echa la cabeza hacia atrás como si hubiera recibido un golpe.

—Todavía lo amas, ¿verdad?

Lo miro incrédula.

—Nunca lo he negado. No se puede dejar de querer a una persona con la que has convivido veinte años de la noche a la mañana.

—Vaya... Entonces, pedirte que me ames a mí solo no va a ser posible, de momento.

Me pongo en pie y aprieto los puños.

—No es un tema de conversación en este instante. Ahora mismo me preocupa mi hija y coger a ese desgraciado.

Me doy la vuelta para regresar al salón, pero él me agarra del brazo.

—¿Puedo preguntarte si me amas? Me da igual si es el momento o no, pero necesito saber si estoy esperando un imposible o si tengo alguna posibilidad.

—Creí que me habías dicho que sin agobios.

—He cambiado de opinión —dice—. Te quiero demasiado y soy un egoísta.

La vida puede truncarse en un segundo. Si no, que se lo pregunten al pobre de Bob y su familia. Me doy la vuelta y lo beso en los labios. Neal no se lo espera y lo pilló fuera de juego.

—Tienes posibilidades —le digo—, porque yo también te amo, pero si vuelves a agobiarme tendré que replanteármelo.

Se queda con la boca abierta y reacciona a los pocos segundos.

—Sin agobios, te lo prometo. Me has hecho el hombre más feliz del mundo.

—Pues coge tu felicidad y regresemos al salón.

Elroy ya tiene preparado a mi ex y le explica que él estará escuchando en el coche desde muy cerca y que, si nota cualquier cosa rara, saldrá en su ayuda.



—Perdona, no vas a ir

solo —digo—. En ese coche estaremos también Neal y yo. Esta vez o vamos todos o ninguno.

Neal me apoya y Elroy accede. No pienso abandonar a Grayson y quiero enterarme de todo lo que ocurra en la guarida secreta de Neal.

Creía que íbamos a ir en el coche negro de Elroy, pero nos montamos en una furgoneta del mismo color, equipada hasta arriba con la última tecnología en audio y vídeo. Jamás había visto nada igual. Bueno, tal vez en las pelis de espías, pero no en la vida real. Grayson se va en su todoterreno particular al encuentro de Sabrina Mendoza y nosotros tres nos quedamos allí dentro. Se le escucha a la perfección y me quedo loca al ver que tenemos imágenes del interior de la guarida del «The Lust».

—¿Es que tienes cámaras en tu guarida? —pregunto enfadada.

—Sí, pero solo las conecto cuando cerramos el local. No te preocupes —me tranquiliza Neal y me guiña un ojo.

—Ha sido una suerte que las tenga —dice Elroy—. De esa forma, he podido acceder a ellas. Además de sonido, podemos ver lo que pasa en el interior.

Suelto un bufido.

—Va a quedar con Sabrina Mendoza. Es una mujer normal y Grayson un tipo musculoso de dos metros. No tiene nada que temer...

—Pues por eso mismo. El que me da miedo es él —comenta Elroy.

Me callo la boca y me quedo pensativa. Yo, en su lugar, también le arrancaría la cabeza a esa arpía.

De pronto, recibimos el audio entre los dos.

—Qué guapa te has puesto —dice Grayson.

—La ocasión lo requiere. ¿Entramos? Hace un poco de frío.

Oímos cómo marca el código de la puerta y acceden en la guarida de Neal.

Poco después los vemos por las cámaras de vídeo. Elroy mueve la furgoneta y la aparca muy cerca de su posición.

Sabrina lleva una falda corta de cuero y un top negro con la tripa al aire. Casi va desnuda, a excepción de las botas altas de cuero que le llegan a mitad del muslo. Va muy pintada y lleva el pelo suelto. Grayson va con vaqueros y una camisa azul que esconde el micro. Ella enseguida se le tira al cuello a besarlo. Tengo que apartar la vista, pues me resulta bastante desagradable. Una cosa es verlo en el local de Neal y otra muy diferente con la desgraciada que me arruinó el matrimonio y casi mata a mi padre. Me hierva la sangre y empiezo a mordirme las uñas.

Grayson se la quita de encima sutilmente.

—Vamos a tomar una copa —dice—. ¿Te apetece?

Ella no pone muy buena cara, pero accede.

—Vale, abre una botella buena de champán, de esas que tendrá a buen recaudo tu amigo.

Se ríe como una gallina vieja y a mí me entran extrasístoles.

Grayson busca la botella y sirve dos copas, evitando el contacto entre Sabrina y él.

Beben y ella deja la copa y vuelve al ataque sexual. Se sienta encima de Grayson, le lame la oreja y empieza a desabrocharle la camisa. Eso supera a mi ex, que la detiene agarrándola por las muñecas con fuerza.

—¿Ahora te van las cosas fuertes? Por mí bien, hombretón—coquetea ella.

Grayson explota.

—Déjate de idioteces si no quieres que te parta las manos. ¿Dónde está mi hija? —le grita.

Ella se echa a reír y eso lo descoloca.

—Habéis tardado mucho en atar cabos —se burla.

La zarandea, pero ella ni se inmuta.

—¡Habla, bruja!

—¿Creías que seduciéndome ibas a conseguir algo? Pero si ni siquiera me gustabas cuando me envié a romper tu matrimonio... Ahora sí que me pones, la verdad, pero tuve que catarte varias veces para cogerte el gusto.

Me quedo muerta al escucharla. Todo es un plan macabro desde el principio.

Grayson está a punto de perder la cabeza.

—¿Por qué vas a por Agnes? ¿Qué interés tienes en romper mi matrimonio?

—No hablaré, cielo —dice muy sosegada.

—Hablarás o no saldrás viva de aquí —la amenaza.

La cosa se pone turbia.

—Chicos, creo que voy a entrar o tu ex le arrancará la cabeza a esa arpía —nos comenta Elroy.

—Deja que lo haga —digo yo.

—¡Agnes! —me regaña Neal.

—¿La estás escuchando? Lo tenían todo planeado desde hace mucho. Por mí, como si le quita los ojos.

—Cuidad de la furgoneta. Tengo que intervenir.

Elroy se va en ayuda de Sabrina y Neal y yo nos pegamos a los monitores para ver qué ocurre.

—Te mataré, zorra —dice Grayson.

Ella se ríe en su cara y él le echa las manos al cuello. En esas, aparece Elroy y se lo saca de encima.

—Tranquilo, señor Sullivan, esas no son formas de tratar a una señorita...

—¿Y tú quién coño eres? —escupe Sabrina al ver al negro trajeado.

Es la primera vez que veo sonreír a Elroy a través de la pantalla. Me pone los pelos de punta.

—Soy al que le vas a contar todo lo que sabes o te deporto de nuevo a tu país —dice él, cambiando de nuevo el gesto y poniéndose muy serio.

A Sabrina también se le borra la sonrisa de la cara.

—No puedes hacer eso —dice aterrorizada.

—Claro que puedo y lo haré si no empiezas a cantar como un pajarito. ¿Quién maneja los hilos y ha matado a mi amigo en San Diego?

Ella mira a Grayson como pidiendo ayuda, pero ahora es él quien sonríe y disfruta.

—No puedo hablar —farfulla Sabrina—. O me matará.

Elroy se cruza de brazos y se pasea delante de ella.

—Así que sabes de lo que estamos hablando... ¿Quién está con la hija de Agnes y te manda como chica de los recados? —insiste.

—Si hablo me matará —repite ella.

—¿Quién? —grita Grayson.

—No puedo...

Tiene el miedo pintado en la cara.

—Muy bien, hagámoslo a mi manera —sisea Elroy.

Neal y yo no perdemos detalle de la pantalla.

Demarco coge el móvil y teclea un número.

—¿A quién llamas? —pregunta Sabrina.

—A mis amigos de inmigración —contesta tranquilamente.

—¡Por favor, cuelga! —implora.

—¿Ya se ha decidido a cooperar?

Ella asiente con la cabeza.

—Es mi hermanastro —confiesa al fin.

—Usted no tiene hermanos. La investigué —replica Elroy.

—Mi madre sirvió de joven para una familia americana. Estaba sin papeles. El señor de la casa mantenía relaciones con ella y la dejó embarazada. Cuando se enteró, la devolvió de nuevo para México y nací yo. Mi madre se casó con un primo de mi padre, Rafael Mendoza, y adopté sus apellidos.

—Una historia muy enternecedora —sisea Grayson.

—Déjela terminar —le regaña Elroy.

—Hace casi un año, un hombre contactó conmigo para decirme que su padre había muerto y que le había dejado una carta contándole la verdad sobre mi madre y la hija que habían tenido. Me localizó y nos hicimos las pruebas de ADN. Era mi hermano de verdad, mi única familia —solloza.

—Y un psicópata, por lo que veo. ¿Qué quiere de la familia Sullivan?

Estoy que se me sale el corazón por la garganta. A ver si lo suelta de una vez.

—Solo sé que quiere a Agnes. Me consiguió un puesto de maestra en su colegio para vigilarla. También me dijo que tenía que romper su matrimonio —nos cuenta su macabro plan.

—Lo tenían todo planeado... Ahora me cuadra todo. Maldita hija de su madre —escupo con rabia.

—¿Quién es él? —pregunta Grayson encabronado.

Sabrina se ríe en su cara.

Pego un pisotón en el suelo frustrada.

—No va a hablar, Neal —sollozo.

—Tranquila, dale tiempo.

Me abraza y seguimos viendo el interrogatorio.

—¿Cómo se llama su hermanastro? —insiste Elroy.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no pienso hablar. Si lo hago, me matará.

Elroy resopla. Ha dado con un hueso duro de roer. Pero no todo está perdido. El teléfono de Sabrina suena en el bolso y ella abre los ojos como platos.

—Vamos a ver quién la llama —dice Elroy.

—No, por favor... —suplica aterrorizada.

—Número oculto, interesante —comenta Grayson antes de pasarle el teléfono a Elroy.

—Me temo que Sabrina no puede ponerse —dice el negro imponente con un tono amenazante—. Está ocupada intentando salvar su vida.

Entonces separa el teléfono de su oreja y se encoge de hombros.

—¿Qué pasa? —pregunta Grayson.

—Ha colgado.

—¡Maldita sea! —dice mi ex.

Mi teléfono empieza a sonar y nos da un susto de muerte a Neal y a mí.

—¿No lo tenías en silencio? —me regaña.

Miro la pantalla y palidezco. Es mi hija Rosy. Descuelgo de inmediato.

—Hola, cariño, ¿dónde estás?

Lo primero que oigo es un sollozo y me estremezco.

—Mamá, tenías razón en todo.

—No me asustes, Rosy. ¿Qué ocurre?

—Me tiene secuestrada. Dice que soltéis a su hermana o me matará a mí. Que ya sabes de lo que es capaz.

Me tengo que apoyar en Neal para no desvanecerme.

—No te va a hacer nada. Dime quién es, cielo.

—No puedo decírtelo, mamá. Quiere que traigas a Sabrina a la vieja fábrica abandonada de Sadtown a medianoche. Dice que me cambiará por ella. Y que vengas tú sola.

—Vale, cariño. Allí estaré.

Cuelgo el teléfono y salgo de la furgoneta corriendo hacia la guarida para avisar a Elroy. Neal viene detrás de mí sin saber qué ocurre.

—¡Agnes! —chilla a todo pulmón.

Llego a la puerta y marco el código. Entro como alma que lleva el diablo y llego hasta ellos, que me miran asombrados. Neal me alcanza sin aliento, pero ya he logrado mi objetivo.

—¡Tiene a Rosy! —suelto la bomba.

—¿Cómo? —inquire Grayson.

—Dice que lleve a Sabrina a las doce de la noche a la vieja fábrica abandonada de Sadtown y que la intercambie por mi hija.

—Lo prepararé todo —comenta Elroy.

—No, tengo que ir sola o la matará.

Sabrina esboza una sonrisa y no puedo evitar salirme de mis casillas. Voy hacia ella y le cruzo la cara.

—¡Zorra! Esto por meterte con mi familia.

—¡Ojalá te coja! —me escupe con odio.

Grayson quiere ir hacia ella, pero Neal lo sujeta y lo detiene.

—Nos está provocando. Está tan loca como el hermano ese que dice tener. No se saldrán con la suya —alza la voz Neal.

—Pues tenemos un problema, porque no pienso arriesgar la vida de mi hija. Iré con esa loca yo sola...

Elroy saca una jeringa del bolsillo interior de su chaqueta y se la clava en el cuello a Sabrina.

—Maldito hijo de puta... —le escupe en el traje.

—Irás con una loca, pero sedada.



Amor eterno

Neal me acompaña a su piso para que me cambie de ropa y luego poder hacer el canje de Sabrina por mi hija. La adrenalina corre por mis venas y estoy a un paso de que el corazón se me salga del pecho, pero tengo que intentar controlarme y Neal no es de gran ayuda.

—No voy a permitir que vayas sola a esa fábrica —me repite hasta la saciedad—. Sabes que es una trampa. Ni tú ni Rosy saldréis vivas de allí.

Me visto unos vaqueros, unas botas cómodas y un jersey de cuello alto.

—No soy imbécil —contesto—. Lo llamaremos e impondremos nuestras reglas. No dejaré que se salga con la suya.

Él abre los ojos, totalmente descolocado.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Cambiarle por mi hija.

Aquello es un gran mazazo para él y me sujeta por los hombros.

—Piensa un poco, Agnes... No va a soltar a tu hija. Ella sabe quién es y así podremos ir a por él. No va a dejarla con vida —reflexiona Neal.

—Por eso mismo. Así podréis darle caza. Si nos tiene a las dos se escapará de nuevo. Yo puedo defenderme, ya no tengo miedo.

—No seas loca... No lo consentiré.

Le acaricio la cara con ternura.

—¿Acaso tenemos otra opción?

Neal aprieta los dientes de la rabia.

—A Elroy seguro que se le ocurrirá algo.

Sonrío ante su exceso de confianza.

—Seguro que sí —contesto.

Lo beso en los labios. Puede que sea la última vez que lo haga.

—No vayas, Agnes —me suplica por enésima vez.

—Tengo que hacerlo. Regresemos a tu guarida, nos están esperando.

—Espera.

Neal va al dormitorio y trae algo en la mano.

—¿Qué es eso? —inquiero.



—Una navaja suiza.

Guárdala en la bota. No creo que se le ocurra mirar ahí.

Sonrí de nuevo y me meto la navaja donde él me dice.

—Y ahora vámonos...

Grayson y Elroy mantienen drogada a Sabrina. Me dan ganas de rebanarle la garganta con la navaja que me ha regalado Neal, pero contengo mi rabia y mis fuerzas para mi desconocido acosador y secuestrador de mi hija.

—Le he implantado un microchip localizador a Sabrina en la planta del pie para que no note nada —me informa Elroy—. Si por cualquier circunstancia la perdemos a usted de vista, siempre podemos encontrarla de nuevo a ella.

—Es un tío muy astuto. Seguro que tiene algún aparato para rastrear esa cosa —digo yo sin mucha confianza.

—Créame, Agnes. Es una tecnología que no se puede rastrear fácilmente —dice orgulloso.

—¿Y por qué no le pone uno de esos a Agnes? —pregunta mosqueado Neal.

—Porque luego ya no hay forma de poder quitárselo. Es un modelo en fase experimental. No me voy a arriesgar con la señora Sullivan. A ella le pondremos uno en la camioneta y otro en el bolso.

—¡Vaya! Pero si ya sabemos adónde voy —suelto con sarcasmo.

—No te preocupes —dice Grayson—. Te seguiremos hasta las afueras de la fábrica. No andaremos lejos.

Me giro como una lunática hacia él.

—Me dijo que fuera sola. No voy a poner la vida de Rosy en peligro —alzo la voz.

—Ni nosotros la vuestra —interviene Neal—. Llamaremos a ese tipo y renegociaremos el trato. Nada nos garantiza que se quede con las tres.

—Tiene razón —confirma Elroy—. No puede exigir sin darnos garantías.

Cierro los ojos de la impotencia y por la sobreprotección que tienen hacia mí. Solo quiero recuperar a mi hija.

—Yo seré la que me cambie por Rosy —digo—. Ya se lo he dicho a Neal. Así habrá una oportunidad de coger a ese desgraciado. Ella sabe quién es.

Se forma un silencio incómodo, pero saben que es nuestra única oportunidad.

—Tiene razón —cede, al fin, Elroy.

—¿Cómo? —le reprocha ahora mi ex.

—¿Alguna sugerencia mejor? —inquire.

—Sí, vayamos armados hasta los dientes a esa vieja fábrica, lo rodeamos y nos los cargamos —suelta, lleno de ira.

Elroy hace un gesto con la boca.

—No es una opción. No sabemos siquiera si es una trampa o si estará allí. Tenemos que jugar

su juego.

—¡Joder!

Grayson da un golpe en la pared y casi hace un agujero. Voy hacia él para tranquilizarlo.

—Todo va a salir bien... No perdamos los nervios. Lo que premia ahora es recupera a Rosy.

Me abraza como si le fuera la vida en ello.

—No puedo perderte otra vez, amor mío.

Se le saltan las lágrimas y me parte el corazón.

—No lo harás —contesto—. Pero tenemos que jugar bajo sus reglas.

Le doy un beso en los labios y él se estremece.

—Agnes, vamos a llamar al teléfono de su hija —dice Elroy—. Dígale que la acompañaremos para recuperar a Rosy y usted entregará a Sabrina, que ese es el trato que le ofrece.

Trago saliva y miro el reloj. Queda menos de una hora para la media noche y los nervios ya empiezan a hacer su trabajo en mi estómago.

Cojo el móvil y marco el número de mi hija. Al tercer tono descuelga.

—¿Mamá?

—Hola, cariño. ¿El tipo que te tiene retenida está a tu lado?

—Sí... —dice entre sollozos.

—Pon el altavoz.

—Ya está. Te escucha.

Cojo aire en los pulmones y trago saliva con dificultad.

—No sé quién eres, pero si quieres que te devuelva a tu hermana de una pieza, será con varias condiciones.

—Mamá se está enfadando —dice con la voz temblorosa.

—Si le pones un dedo encima a mi hija, te mataré con mis propias manos. Esa es la primera advertencia. No pienso ir sola hasta la fábrica. Cuando mi hija esté a salvo con su padre, entraré con Sabrina. Me tendrás a mí, que es lo que tanto ansías. Pero no hasta que mi hija esté a salvo.

Otra vez un silencio sepulcral que se puede cortar con un cuchillo. Todos aguantamos la respiración.

—¿Mamá?

—Dime, cariño.

—Dice que acepta tus condiciones.

Y cuelga el teléfono.

Respiro con alivio, aunque la cara de Neal está pálida y la de Grayson es pura preocupación.

—Está bien, Agnes, intentaremos no perderla de vista y que esto tenga un desenlace positivo —me anima Elroy.

Le agarro de la chaqueta y lo miro a esos ojos negros.

—Usted salve a mi hija.

Llevan maniatada a Sabrina, por si acaso se despierta durante el trayecto y la acomodan en el asiento del copiloto de mi furgoneta. Grayson y Neal van con Elroy en el furgón.

Arranco mi trasto viejo camino de la vieja fábrica. Durante el trayecto no hago más que mirar a la morena mexicana que tantos dolores de cabeza me ha dado. Dormida parece un angelito. Me resultaría tan fácil cortarle el cuello ahora... Pero, en el fondo, sé que no soy capaz de hacerlo. Nunca he hecho daño a nadie y menos asesinar a alguien a sangre fría. Solo soy un ama de casa. Ni siquiera comprendo cómo puedo estar metida en semejante *thriller* peliculero.

La vieja fábrica está a las afueras de Sadtown, en un lugar apartado. Lo único que puedo encontrarme allí son yonquis en busca de un chute o muy mala gente. Es un sitio espeluznante y,

de noche, da miedo.

Llegamos al margen de la parcela, que está rodeada por una valla metálica hecha añicos. En su día la protegería de intrusiones; hoy solo quedan los restos para recordar lo que fue.

Elroy aparca el furgón y yo la furgoneta. La loca de Sabrina comienza a despertarse y me mira con la cabeza todavía no muy despejada.

—¿Dónde estamos? —murmura.

—Se supone que a punto de reunirse con tu querido hermano—le espeto con odio.

Ella esboza una sonrisa triunfal y me entran ganas de partirla la cara.

—Al final se ha salido con la suya —sisea como una culebra—. Te ha ganado y vas a ser su juguete.

No puedo evitar erizarme del mal rollo que me da. Está tan pirada como él. Deben de ser los genes.

—No se ha salido con la suya —respondo—. Irás con él si suelta a mi hija. Si no, te quedarás conmigo y regresarás a México con tu mamá.

Le cambia la cara de nuevo.

—No la soltaré —afirma muy convencida.

—Más le vale que sí.

Salgo del coche y luego la ayudo a ella. Llamo a mi hija de nuevo.

Esta vez tarda más en responder y me pongo nerviosa, pero al final lo hace.

—Mamá, voy a salir. Me dice que tú entres con Sabrina.

—Hasta que tú no estés fuera, no —soy muy tajante.

—Mamá, por favor...

—Sal, Rosy. Deja que te vea. Cuando estés a la mitad, empezaré a caminar con Sabrina. Tienes mi palabra, desgraciado —siseo con la sangre hirviendo por las venas.

De pronto, veo a mi hija, que aparece entre la oscuridad. Oigo a Grayson susurrar su nombre y el corazón me late de alegría. Pero entonces se detiene.

—¿Qué pasa, Rosy?

—Me ha dicho que empieces a caminar o me pegará un tiro.

Mi corazón se colapsa. Miro al Elroy.

—Vaya despacio, pero yo la acompaño.

—No, iré yo. Es mi hija —interviene mi ex.

Grayson se pone a mi lado y sujeta a Sabrina por el cuello por si hace algún movimiento raro. Me coge el teléfono.

—Cariño, soy papá. Dile que acompañaré a su hermana hasta donde estás tú. Cuando estés a salvo, la soltaré.

—Él te oye, papá. Me ha puesto un auricular para controlar la conversación que tenemos.

—Cabronazo de mierda. ¡Basta ya de jueguecitos! Voy a por mi hija y te entrego a la zorra de tu hermana. Como hagas daño a Agnes, revolveré cielo y tierra hasta encontrarte. No lo olvides.

—Papá, adelante —solloza Rosy.

Tira del brazo de Sabrina y comenzamos a caminar hacia mi hija. Me giro y veo a Neal, que está descompuesto. Le digo que le quiero con los labios y se viene abajo. Esto es una pesadilla.

Llegamos a la altura de mi hija y la abrazo. Grayson la tiene sujeta por el cuello.

—Lo siento, mamá. Lo siento mucho.

—No te preocupes —digo yo—. Ve con tu padre y ponte a salvo. No te separes de él.

Le doy un beso en la mejilla y Grayson la rodea con su cuerpo como si de un chaleco antibalas se tratase. Yo me quedo con Sabrina.

—Iremos a por ti, amor mío —me dice mientras se lleva a nuestra hija.
—¿Preparada para reunirte con tu amorcito? —dice Sabrina.
La miro boquiabierta.
—¿De qué coño hablas?
—Muy pronto lo descubrirás.



Caminamos hacia el interior de la fábrica y una figura oscura con un pasamontañas se acerca. Quiero arrancárselo de la cara y verle el rostro. De pronto, oigo una explosión detrás de mí y me doy cuenta de que es una táctica de distracción para los que están fuera. Me giro y Sabrina me asesta un golpe en la cabeza que me deja sin conocimiento al instante. Su venganza es más cruel que la mía y no se lo piensa dos veces.

Me despierto aturdida y veo que estoy atada. Cuando me espabilo del todo no doy crédito del lugar adonde me ha traído. Estoy en mi casa.

Hay que estar mal de la cabeza y ser muy atrevido para haber venido aquí. Tengo sangre seca en la cara y me duele un poco la cabeza. Empiezo a tirar con fuerza de las cuerdas que rodean mis muñecas y el cabezal de la cama empieza a hacer ruido contra la pared. Puedo ver que ya es de día por la ventana de mi propia habitación.

De pronto, la puerta se abre y me quedo quieta esperando lo peor. Una figura alta, vestida de riguroso negro y con el pasamontañas cubriéndole el rostro, se acerca a la cama. Me pongo tensa y en guardia.

—¿Quién eres? Ya me tienes aquí. No sé por qué te sigues ocultando —le espeto con odio.

Una voz distorsionada y metálica me habla y me pone el vello de punta.

—Creo que todavía no estás preparada para saber quién soy —dice con cautela.

—Solo sé que eres un cobarde que se esconde detrás de un pasamontañas —le desafío.

—Agnes, eres el amor de mi vida. Es lo único que tienes que saber. Aprenderás a quererme y recuperaremos el tiempo perdido.

Suelto una carcajada nerviosa.

—Eso será en otra vida, porque en esta lo dudo.

Se pone en pie y veo lo alto que es.

—Todo a su tiempo. He esperado mucho para esto.

—¿Para secuestrarme en contra de mi voluntad y hacer daño a los que quiero?

—Daños colaterales —contesta—. Era necesario.

Vuelvo a tirar de los amarres. Tengo ganas de matarlo.

—¡Suéltame, desgraciado!

—Cuando estemos fuera del país, lo haré encantado. Ahora es imposible.

Me quedo paralizada.

—¿Fuera del país?

Asiente con la cabeza.

—Lo tengo todo planeado desde hace mucho tiempo. Nos iremos a Europa y emprendaremos, por fin, la vida que nos robaron.

Hago una mueca de disgusto.

—Estás loco. Es mejor que me mates y acabes con esto.

—Al fin eres mía para siempre. ¿No captaste el mensaje de las rosas negras?

Otra vez me deja noqueada.

—Yo solo vi un mensaje macabro de muerte —le espeto con rabia.

Se pasea por la habitación con las manos en la espalda y movimientos pausados.

—Las rosas negras significan el amor eterno y el compromiso más allá de lo físico. Es algo espiritual. Por eso he tenido tanta paciencia contigo y te he esperado media vida. De verdad que fuiste mi primer amor verdadero y serás el último.

—No te conozco, ¡joder!

—Sí que me conoces, y muy bien, pero siempre acabas despreciándome y abandonándome. Eso se terminó.

Mi corazón late con fuerza. Esas palabras... Mi cerebro reacciona e hila todo en un momento.

—¿Dylan?

Él se revuelve incómodo y no soporta la presión. Se quita el pasamontañas y el distorsionador de voz de la garganta. Ante mí aparece Dylan Reed.

—Hola, Agnes. ¿Así que reconoces que me has humillado y despreciado a tu antojo?

No puedo contestar. Mi cabeza está procesando que el hombre con el que me he acostado varias veces es el que casi mata a mi padre y ha tenido engatusada a mi hija. No lo vi venir.

—¿Tú...? —titubeo.

—¿Y quién creías que era? Me plantaste hace veinte años por el entrenador Sullivan. Jamás lo superé, ¿sabes? No me he casado nunca, porque solo tú ocupabas mis pensamientos. Me marché a Nueva York para ver si así podía pasar página, pero todas las mujeres eran insuficientes comparadas contigo.

—Estás loco —susurro.

—Sí, loco por ti. Tú me trastornaste cuando me rechazaste hace veinte años. Luego, por fin, te consigo y veo un futuro entre nosotros, pero lo volviste a hacer. No podía permitir que pasaran otros veinte años para volver a tenerte —alza la voz.

—¿Por qué Rosy? ¿Por qué mi padre?

Suelta una carcajada que me pone los pelos de punta y se sienta en la cama. Me acaricia la pierna por encima del pantalón.

—Rosy era un pasatiempo, porque me recordaba a ti y podía sacar información de su madre de primera mano. No podía contarte nada porque yo era profesor en la universidad y, si lo hacía, acabaría con mi trabajo y con nuestra relación. Ella es más complaciente y cariñosa que tú —empieza a hablar.

—Eres un...

Pero me muerdo la lengua para no enojar a un esquizofrénico.

—No te enfades. Me porté muy bien con ella. Además, llegado el momento, era mi moneda de cambio. Resultó muy eficaz.

—¿Y mi padre? —pregunto con los ojos llenos de lágrimas.

—Santiago, pobre Santiago... Él fue mi comodín para llegar a ti sin sospechas. Orquesté la pelea entre Sabrina y una amiga suya. Yo salí como el buen samaritano a ayudarlo y, cuando se

cayó por las escaleras... —Hace un gesto con las manos, como una plegaria—. Allí estaba yo para auxiliarlo. Evidentemente, fue mi pasaporte para acceder a una hija agradecida y desconsolada.

Sonríe ante su plan maestro.

—Hijo de puta —maldigo entre dientes.

—Yo creo que soy un genio. Y cuando vinisteis a preguntarme sobre el incidente tú y tu amigo el investigador...

Se pone en pie y levanta las manos hacia el cielo.

—Fuiste tú quien borró las cintas de vídeo, para que creyésemos que fuera el director. Eres un monstruo —le escupo.

—Lo peor fue deshacerme del pobre Bob. Teníais que ponerle vigilancia a tu hija. A ese me dio pena matarlo. No tenía nada en su contra, pero no podía arriesgarme a que me viera con Rosy. Se acercó demasiado.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas. Dylan está fuera de sí, se le ha ido la cabeza y no está en sus cabales. Tengo miedo, porque sé que es capaz de todo.

—¿Por qué intentaste matarme en el aparcamiento la primera vez?

—Mi amor, no pretendía matarte. Solo quería asustarte, para desviar la atención sobre mí en un futuro. Te quiero sana y salva para disfrutar de nuestra vida juntos para siempre.

Intenta besarme y le giro la cabeza del asco que le tengo.

—¡No me toques! Prefiero que me mates.

—Suplicarás que te haga el amor, tal como hiciste en el hospital, ¿recuerdas?

Cierro los ojos y me doy asco por haber estado con él.

—No quiero recordar nada de ti. Estás loco.

—¡No me llames loco! —chilla.

Me callo y me doy cuenta de que es mejor no provocarlo.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Esta noche nos iremos de aquí rumbo a París. Olvídate de tu antigua vida, de tu marido, padres, hija y amantes. Ahora me tienes a mí.

Guardo silencio y solo rezo para que Elroy me encuentre, porque, si no, a la mínima oportunidad que tenga me suicido con lo que sea antes de que ese hombre me ponga la mano encima. ¿Cómo no me di cuenta de que era él si siempre lo tuve delante? Jamás me lo perdonaré.



Quédate conmigo

Dylan Reed me deja a solas en mi propio cuarto y pienso que tal vez merezca lo que me está pasando por el daño que les he causado a mis seres queridos. Nunca hubiera creído, ni en mil años, que él pudiera ser mi acosador. Un hombre atractivo, educado, íntegro, inteligente... Está claro que no puedes fiarte de nadie y menos del que piensas que puede ser tu amigo.

Llevo muchas horas atada y necesito ir al baño. Mi vejiga está a punto de explotar y es algo que no puedo controlar.

—¡Dylan! —lo llamo, muy a mi pesar.

Enseguida aparece en mi cuarto. Se ha cambiado de ropa y es más él.

—¿Qué necesitas, mi amor?

Aprieto los dientes al oírlo hablar así.

—Tengo que ir al baño.

Es humillante pedírselo maniatada.

—No será un truco, ¿verdad?

—Si quieres me lo hago encima —refunfuño.

Se pone serio y se acerca para desatarme las ligaduras de las muñecas.

Me froto la zona dolorida de los amarres y le dedico una mirada de odio.

—Lo harás con la puerta abierta. Todavía no eres digna de mi confianza.

—¡Ja! ¿En cambio sí soy digna de tu amor? —me burlo.

Me empuja con suavidad hasta el cuarto de baño y siento el cuerpo dolorido.

—Date prisa —gruñe—. No tardaremos en irnos de aquí. Este lugar no es seguro. Ninguno lo es.

Me desabrocho el pantalón y me siento a hacer pis. Él no se corta y me observa en todo momento. Opto por ignorarlo y el alivio que siento compensa su descaro. Termino y me lavo las manos.

—¿Y tu hermanita del alma? —le pregunto.

—Eso es algo que no te incumbe.

—Hombre, ya que la mandaste a romper mi matrimonio y a amargarme la vida en el trabajo, creo que sí me incumbe.

—Hizo lo que tenía que hacer por una buena causa.

—Claro, claro —vuelvo a burlarme.

Me agarra del brazo y me aplasta contra la puerta del baño. Presiona su cuerpo contra el mío y noto que está excitado. Me revuelve las tripas.

—Veo que te aburres. ¿Quieres que te entretenga un poco?

Intento separarme, pero él es más fuerte y no me deja.

—Jamás seré tuya —le espeto con desprecio.

Suelta una carcajada que me eriza entera.

—Aquí no podemos. Tu hija sabe quién soy y, a estas alturas, todos tus colegas ya lo sabrán también. Por eso tenemos que irnos del país. Ahora no tengo tiempo para poder deleitarme conmigo, pero cuando lleguemos a París...

Me pasa la lengua por el cuello hasta llegar a la oreja y me aprieta el culo.

—No me toques —murmuro asqueada.

—Te juro que me lo suplicarás.

—¡Jamás!

—Eso o mandaré matar uno a uno a tus seres más queridos. Sabes que soy capaz de eso y de mucho más. He esperado veinte años este momento y la paciencia es una virtud que tengo muy arraigada.

Otro escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Y qué harás con Sabrina? ¿También se vendrá con nosotros de crucero por el Sena?

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo —contesta—. Tú solo preocúpate de quererme y saciarme cuando te necesite.

Me da un leve empujón y me mete en la habitación. Esta vez sin amarres. Luego cierra la puerta con llave.

Corro hacia la ventana para pedir ayuda, pero Dylan me alcanza y me apresa con sus brazos. Otra vez me pone las cuerdas en las muñecas y me ata a la cama.

—¿Ves? No puedo confiar en ti.

Suelta una carcajada.

—Malnacido —le escupo con ira.

—Te traeré algo de comer.

—No quiero nada de ti.

Me agarra por el mentón y me levanta la cara para que lo mire a los ojos.

—Eres mía. Asúmelo, Agnes. Cuanto antes lo hagas, menos doloroso será para todos.

No puedo evitarlo y le escupo en la cara.

—Muérete, Reed.

Se seca la cara con la manga del jersey y la mirada se le enciende.

—No te conviene enfadarme. Dentro de unas horas nos iremos de Sadtown para siempre.

Sus labios se posan sobre los míos con fuerza y me besa con una brutalidad que no me da opción a separarme. Cuando termina escupo al suelo para renegar de sus besos.

—Te mataré —lo amenazo.

—De placer, espero.

Me guiña un ojo y sale de la habitación.

No voy a llorar. No quiero darle el gusto ni ese poder sobre mí. Tengo que pensar en cómo escapar de aquí.

Oigo la puerta de la entrada y, poco después, Dylan chilla enfadado. Alguien ha llegado a mi casa.

—Te dije que no vinieras por aquí —grita alterado mi secuestrador.

—Me fui a San Diego, como pediste. Pasé por la universidad, dormí en casa de un amigo. No me ha seguido nadie —se defiende la bruja de Sabrina.

Doy gracias al universo de que sea ella la que esté en casa. Espero que ese localizador funcione. Un rayo de esperanza se abre ante mí.

—Eso no lo sabes. El negro ese es muy astuto. ¿Y si te han tendido una trampa? —vuelve a gritar Dylan.

—Te digo que no me han seguido, joder —insiste.

—Más te vale, hermanita. De todos modos, recoge, nos vamos ya. Este lugar ya no es seguro.

Sabrina abre la puerta y aparece sonriendo en mi habitación.

—Hola, zorra. Tienes suerte de que mi hermano te quiera viva, porque yo te arrancaría los ojos ahora mismo —me amenaza con mucha rabia.

—No te tengo miedo. Solo me amenazas porque no puedo defenderme. Suéltame y veremos quién arranca los ojos a quién, guapita

—respondo.

Viene como una loca hacia mí y empieza a darme patadas y a golpearme con los puños.

—¡Sabrina! —grita Dylan.

La coge en brazos y la separa de mí.

Es mi momento. Me hago la inconsciente y este me desata las manos. Empieza a darme golpecitos en la cara para ver si vuelvo en mí, pero no reacciono. Me deja en la cama y arremete contra ella.

—¡Estás loca! —grita fuera de sí—. Como le ocurra algo, yo mismo te arrancaré el corazón del pecho con mis manos.

—Lo siento, Dylan. Es que me hace perder el juicio. No sé qué ves en ella —se disculpa.

—Es el amor de mi vida. No te atrevas a ponerle un dedo encima nunca más.

Se acaloran en la discusión y me levanto sigilosamente y voy hacia la ventana. La abro con cuidado y salgo corriendo a la calle como alma que lleva el diablo.

—¡Agnesss!

Su grito es demoledor, pero no pienso girarme para ver cómo vienen detrás de mí.

—Te lo dije. Es una zorra —oigo que dice Sabrina detrás de mí, mientras sale corriendo.

De pronto, las luces de un coche vienen directas hacia mí y no dudo en tirarme encima de él. El vehículo frena en seco y, cuando veo a Elroy y a Neal salir de él, me dejo caer en sus brazos del alivio que siento. Detrás veo la camioneta de Grayson, que lejos de frenar acelera y se va a por Dylan y Sabrina.

Todo sucede muy rápido. Elroy saca un arma al ver que Dylan empieza a disparar hacia nosotros. Neal me tira al suelo para protegerme. Cuando estamos en el asfalto, levanto la cabeza para ver cómo Grayson arroja a Sabrina con la furgoneta y esta sale volando por los aires.cae muerta antes de tocar el suelo. Elroy va detrás de Dylan, que se mete en la casa para refugiarse. Se sucede el cruce de tiros. Neal está sobre mi cuerpo protegiéndome y, de pronto, noto algo líquido y pegajoso sobre mi cuerpo. Lo toco y es sangre. Neal está inconsciente.

—¡Por Dios! ¡Neal, despierta! ¡Despierta!

Lo zarandeo, pero no responde. Tiene pulso, aunque es muy débil.

—¡Que alguien me ayude! —grito.

Al momento, Grayson llega a mi lado.

—¿Estás bien, Agnes?

—Es Neal. Lo han disparado. Hay que llevarlo a un hospital —lloro con todas mis fuerzas.

Grayson lo coge en brazos y lo sube a la camioneta. Me siento detrás con él.

—¿Y Elroy? —pregunta mi ex.

—Ocupándose de Dylan. Ahora lo que importa es Neal. Llévalo al hospital.



Grayson sube a la camioneta y pisa a fondo el acelerador. Nos cruzamos con varios coches patrulla que van de camino a mi casa, pero yo solo pienso en que no le ocurra nada malo a Neal. Le acaricio la cara.

—¡Quédate conmigo! ¡Quédate conmigo!

Neal es ingresado de urgencia y metido en el quirófano. Tengo la ropa manchada de sangre y Grayson me abraza para consolarme.

—Se pondrá bien. Es un hombre fuerte —me da ánimos.

—Me salvó la vida. Ese tiro venía para mí —sollozo sobre su pecho.

—Lo logrará, Agnes.

Lo miro a los ojos.

—¿Tú estás bien? Has matado a la loca esa.

Respira profundamente y luego suspira.

—Hice lo que tenía que hacer. No me arrepiento. Por ti lo haría mil veces.

Un policía se acerca donde estamos nosotros para tomarnos declaración.

—Buenas noches, soy el agente Scott. ¿Pueden contarme lo sucedido?

Me vengo abajo. No tengo ganas de hablar de nada, pero, en ese momento, aparece Elroy Demarco.

—Buenas noches, agente Scott. Ya he hablado con su superior. Yo me encargo de todo.

Le entrega un informe, que el agente Scott lee por encima y luego le cambia la cara.

—No se preocupe, señor Demarco. Si necesitan algo, solo tienen que llamarme.

—Solo una cosa —dice, levantando la mano.

—Dígame, señor.

—En cuanto salga de quirófano, pongan dos agentes vigilando la habitación del señor Butler.

—Sí, señor.

Abro la boca, pero no emito ningún sonido. Eso solo puede significar una cosa y no es buena.

—Elroy, no me diga que ese cabrón se ha escapado... —dice Grayson, que piensa igual que yo.

Baja la cabeza muy cabreado.

—No irá muy lejos. Sé que le he dado, pero sí, se me ha escapado.

—¡Mierda!

Pego una patada al suelo.

—Ya he puesto vigilancia a su familia y a Rosy. No creo que vaya a por ellos, pero sí a por Neal y a por Agnes de nuevo. Es un tío duro de mollera y seguro que no querrá abandonar lo que tanto le ha costado conseguir —dice muy a su pesar.

—¿Está tan loco como para venir aquí? —pregunta Grayson.

—Sí lo está —contesto—. Esta noche quería llevarme con él a París y supongo que lucharé por su sueño hasta el final.

—Maldito lunático. No te habrá hecho daño, ¿no? —me pregunta.

—Solo moralmente. Los golpes son de Sabrina. ¿Rosy está bien?

Grayson resopla como un búfalo.

—Pues como tú: dolida en el orgullo por no haberse dado cuenta del engaño. Lo superará cuando vea que tú estás a salvo.

Me abraza de nuevo y me dejo consolar por los fuertes brazos de mi exmarido.

—He puesto vigilancia por todo el hospital, por si las moscas —nos cuenta Elroy.

—Espero que Neal se recupere. Si no...

Y rompo a llorar.

—Se pondrá bien, Agnes, ya verá. Debería ir a cambiarse de ropa —me aconseja Elroy.

—Yo de aquí no me muevo.

—Iré yo a casa de Neal a buscarte algo —se ofrece Grayson— De paso, le echo un vistazo a Rosy.

—Muchas gracias. Te quiero.

Se queda parado y sonrío.

—Yo también te quiero.

Se va y me quedo un rato con Elroy, esperando a que nos digan algo de quirófano.

—No se preocupe, Agnes, el señor Butler es un hombre muy fuerte y tiene mucho por lo que vivir.

—Todo esto es por mi culpa —digo—. Si le ocurre algo, no me lo perdonaré.

—Lo ama, ¿verdad?

—Sí. Y no sabía cuánto hasta ahora, que puede que lo pierda para siempre.

Me llevo las manos a los ojos y rompo a llorar de nuevo.

Elroy me abraza y me sorprende de que tenga ese gesto compasivo conmigo.

—Él también la ama. Y mucho. Ese es un gran motivo para querer vivir.

—Gracias por todo, Elroy.

—Démelas cuando me cargue a ese hijo de puta.

Nos quedamos en la sala de espera unas horas hasta que un médico se acerca por fin a nosotros.

Nos ponemos en pie y a mí se me acelera el pulso.

—¿Son ustedes los familiares de Neal Butler?

No sé qué contestar a eso, pero no me hace falta.

—Lo somos —responde Elroy sin vacilar.

El médico lo mira un poco escéptico, pero parece compadecerse al ver mi cara de sufrimiento.

—Le hemos extraído la bala del hombro. Ha tenido mucha suerte y ningún órgano ha sido dañado. Todavía está inconsciente por la anestesia. En breve, lo pasaremos a su habitación y podrán verlo. La suerte es que lo han traído muy rápido al hospital, porque había perdido mucha sangre. Por lo demás, en un par de días podrá irse a casa —nos comunica el doctor.

Yo doy un salto de alegría y me abrazo al negro más alto y bueno que conozco en mi vida.

—Se ha salvado, se ha salvado —gorjeo.

—Se lo dije.

Grayson llega en ese momento con la ropa.

—¿Qué me he perdido?

Lo abrazo a él también de la alegría y le cuento que Neal se va a poner bien.

Me levanta en el aire y me da una vuelta. Todos estamos contentos por su pronta recuperación. Miro la bolsa que trae mi ex.

—¿Es mi ropa?

Asiente con la cabeza.

Se la arranco de las manos y voy en busca de un aseo para cambiarme. Elroy y Grayson van hacia la máquina de café.

Por un momento, me olvido de todo lo malo. Solo hay lugar para la esperanza y las buenas noticias. Neal se va a recuperar y eso es lo único que importa. Entro en el baño de mujeres y me lavo la cara. Tengo sangre hasta en el sujetador. Cojo toallas de papel y me lavo como puedo. Me desnudo y me cambio la ropa limpia que me ha traído mi exmarido. Es tan detallista cuando quiere... Me ha metido incluso la plancha del pelo, pero lo tengo tan sucio que si me la paso se quedará pegado. La guardo en la bolsa y me pongo el jersey que ha traído.

—Bonitas vistas —oigo una voz a mi espalda.

Los pelos de mi nuca se erizan.

Meto la mano en la bolsa y agarro la plancha del pelo.

—No te das por vencido, ¿verdad? —le contesto a Dylan sin darme la vuelta.

Puedo verlo por el espejo. Lleva una bata de médico. Así es como se ha colado en el hospital.

—Un avión nos espera en San Diego, rumbo a París —insiste.

—Pues tendrás que ir solo.

Esbozo una sonrisa.

Intento mantener la calma, pero observo que cojea y no está tan hábil como esta tarde.

Se frota los ojos y suda a mares. Creo que tiene fiebre y le cuesta mantenerse en pie.

—Vas a venir conmigo, Agnes —rechina los dientes.

—Pues cógeme si puedes, cabrón de mierda.

Se abalanza hacia mí, pero me doy la vuelta y le golpeo en la cabeza con la plancha del pelo varias veces con todas mis fuerzas, hasta que cae al suelo.

Empieza a manar sangre de su frente y siento náuseas.

Salgo a la puerta para avisar a los míos.

—¡Elroy! ¡Grayson! —grito desde la puerta.

Pero Dylan me agarra del tobillo y me hace perder el equilibrio.

Me doy con la cabeza en la puerta y me quedo medio atontada. Cuando quiero reaccionar, Dylan tiene el cordón de la plancha alrededor de mi cuello y hace presión para estrangularme.

—O eres mía o de nadie —farfulla.

Le sale sangre por la boca, pero sigue teniendo fuerza para apretar lo suficiente y ahogarme.

Meto los dedos entre el cable y mi cuello e intento separarlo de mi carne. Con la otra mano tanteo el final en busca de la plancha. Lo encuentro y le atizo de nuevo en la cabeza. Pero él no afloja la fuerza. Empiezo a perder la visión cuando escucho el ruido de un disparo y el cable se destensa del todo. Grayson me levanta con cuidado y me coge en brazos. Oigo gritos y pasos corriendo por el pasillo. Del cañón de la pistola de Elroy todavía sale humo.

—Se terminó la historia —dice muy serio.

El agente Scott llega con refuerzos mientras mi exmarido me tiene en brazos.

—Señor Demarco, ¿este es el fugitivo que buscaban? —pregunta Scott.

—Sí, agente. Caso cerrado.

Me aferro al cuello de Grayson y lloro de alivio. Enseguida aíslan la zona para llamar a la policía forense. A mí me lleva a que me vea un médico, porque tengo el cuello morado por la agresión de Dylan.

Pero por fin se ha terminado todo. Ya somos libres de ese enajenado y sus locuras. Ahora toca lo más difícil: volver al mundo real sabiendo todo lo que sabemos y que han jugado con nuestras vidas como si fuéramos marionetas.



Difícil elección

Después de que los médicos me atiendan y me den algo para la inflamación y el dolor, solo pienso en volver al lado de Neal y comprobar con mis ojos que realmente está bien. Elroy se ha marchado con el agente Scott y ya se han llevado el cadáver de Dylan Reed. Solo siento alivio y, al mismo tiempo, tristeza de que un hombre como él pueda terminar de esa manera. La culpabilidad no existe en mi cabeza, pues no pienso que le haya dado motivos para fomentar esa locura interna que alimentó durante años. Me puede más la rabia al pensar que casi mata a mi padre y que ha jugado con los sentimientos de mi hija.

Salgo de la habitación y Grayson está fuera esperando. Hoy se ha portado como un héroe para mí. Al igual que Neal, antepusieron sus vidas por salvar la mía. Lo abrazo y siento que su corazón late con fuerza.

—Ya sé que te lo he preguntado un millón de veces, pero ¿te encuentras bien? —repite.

Levanto la mirada para verle los ojos.

—Sí, no te preocupes. Quiero ver a Neal y a Rosy. Entonces, ya estaré bien del todo —digo más sosegada.

Me acaricia el cuello amoratado y hace un gesto con la boca.

—Tiene lo que se merece. No debió ponerte la mano encima —gruñe, todavía rabioso.

—No hablemos más de Dylan. Es algo que quiero borrar de mi mente. Y cuanto antes, mejor.

—Me acuerdo de él, de la universidad —dice.

—¿En serio?

—Sí. Intentó hacerme chantaje para que no fuese contigo al baile cuando estabas en primer curso. Para él era su último año y quería salir contigo a toda costa —recuerda vagamente.

—¿Y qué hiciste?

Sonríe y me acaricia el pelo sucio.

—Le dije que eras mi chica y que, si se acercaba a ti, le patearía el culo hasta Michigan.

—¡Vaya! Nunca me contaste nada.

—Jamás le di importancia. Muchos universitarios iban detrás de ti.

—Pero yo me llevé al mejor. O eso creí entonces —digo con tristeza.

Grayson me da la vuelta y me mira a los ojos.

—Siempre te he amado. Sé que no lo he hecho bien. Me gusta la vida liberal, pero, como

puedes ver, es algo que no implica sentimientos. Cada vez que salía de un local *swinger*, lo primero que me venía a la mente eras tú, Agnes. Como tú ninguna. No hay nada mejor que hacer el amor con mi esposa —me confiesa.

Me suelto de su abrazo y se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Por qué no me lo contaste? —sollozo—. Podríamos haberlo hecho juntos. Ya ves que funcionamos mejor ahora que de casados. A mí también me gusta disfrutar con otra gente y contigo... más.

Grayson se lleva las manos a la cabeza.

—Porque soy un egoísta. Pensé que no soportaría verte con otros hombres o mujeres. Te quería solo para mí. Tenía miedo de que sintieras algo por alguien que no fuera yo —admite de corazón.

Me callo y agacho la mirada.

—Y tenías razón. Por eso me divorcié de ti: por mentirme y por lo que sentía hacia otra persona.

Se hace el silencio entre los dos.

—Estás enamorada de Neal, ¿verdad?

—Creo que sí. Pero también te quiero a ti. Nunca he dejado de amarte, Grayson.

Vuelve a rodearme con sus enormes brazos y una enfermera que pasa por nuestro lado nos interrumpe con una tos falsa. Nos separamos de inmediato.

—Disculpen —nos dice—. El señor Butler está consciente en la habitación y quiere verlos.

Mi corazón da un vuelco de la alegría, pero Grayson no muestra tanto entusiasmo. Aun así, vamos a verlo al instante.

Caminamos hasta el final del pasillo y luego giramos a la derecha. Tres puertas más adelante está la habitación de Neal. Entramos y lo primero que veo es su sonrisa dolorida y esos ojos azules que brillan al verme. Voy hacia él y lo beso con cuidado en los labios para no hacerle daño.

—Esto sí que es un buen despertar —ronronea.

—Cállate, tonto —lo regaño—. Has recibido un balazo por mi culpa.

—Y recibiría mil con tal de que estés a salvo.

Vuelvo a emocionarme y es Grayson quien me salva de que rompa a llorar como una niña pequeña.

—¿Qué tal, Butler? —dice, apretándose la mano buena con afectividad.

—Hola, tío. Ya me han dicho que se ha terminado todo —susurra.

—Sí, al infierno con Dylan Reed —maldice mi exmarido.

Neal se gira para mirarme y frunce el ceño al verme el cuello, que empieza a ponerse morado.

—Espero que se pudra, donde quiera que esté —farfulla mientras me acaricia el cuello.

—Ya está —digo yo—. Ahora lo que importa es que tú te pongas bien.

—Dos días y me voy para casa, eso es lo que me han dicho.

Sonríe de nuevo.

—Me quedaré aquí contigo —digo.

Neal mira a Grayson.

—Llévatela a casa para que descanse y vea a vuestra hija. Yo estaré bien.

—¡No! ¡Quiero quedarme contigo! —exclamo enfadada.

—Nena, has pasado por algo horrible. Necesitas desconectar de todo y tu hija te necesita más que yo. Ya tendremos tiempo de ponernos al día. Ahora vete con Grayson y haz lo que te digo —insiste muy serio.

—Tiene razón, Agnes. Te llevaré a casa —dice mi ex.
Me pongo en pie desquiciada.
—¿Qué casa? Yo no tengo casa. Ese hijo de puta me la ha arrebatado del todo.
Se me apaga la voz.
—¡Nos tienes a nosotros! —dicen a la vez.
Eso me abruma y me reconforta. Realmente no estoy sola.
—Tengo ropa en el coche. Te llevaré a mi piso y así verás a Rosy. Cuando Neal salga, podrás ir con él. Lo importante es que no te que

des sola —dice con suavidad Grayson.

—Ve con él, nena. Yo estaré bien —me anima Neal.

Levanto las manos para tener mi espacio.

—Está bien, iré con Grayson, pero, en cuanto pueda, vendré a verte. No pienso dejarte tirado en el hospital —le aclaro.

—Tú mandas, nena —contesta Neal con una sonrisa.

—Pues me parece que no mucho...

Me acerco para despedirme y le beso en los labios suavemente. Neal me sujeta la cabeza con el brazo bueno y prolonga ese beso metiendo su lengua en mi boca. Me arranca un suspiro. Me muero por tenerlo entre mis brazos y hacerle el amor.



—Llévatela de aquí o la meto en la cama conmigo —gruñe excitado.

—Hasta mañana, amigo —se despide Grayson.

Y salimos del hospital rumbo al piso que tiene alquilado encima del gimnasio. Me duele en el alma tener que dejar a Neal solo en el hospital, pero también ansío ver a mi hija y poder abrazarla.

Llegamos al piso de mi ex y voy a la habitación de mi hija. Ya es bien entrada la madrugada y está dormida. Me siento en su cama y le acaricio el pelo, como cuando era pequeña. Ella abre los ojos y me ve.

—¡Mamá!

Se lanza a mi cuello y rompe a llorar.

—No llores, pequeña, ya todo se terminó. Estoy aquí contigo.

—Lo siento tanto... Me convencía de que no podía descubrir su identidad porque era mi profesor de la universidad. Me decía que lo expulsarían si se enteraba el rector.

—Ha jugado con todos nosotros, cielo.

—Yo sabía que tú lo entenderías, por tu relación con papá, pero él decía que los demás no. Que eran otros tiempos...

—Ya pasó...

Le doy palmadas en la espalda para que se tranquilice.

—Lo quería, mamá. Lo quería mucho.

Y rompe a llorar.

La abrazo contra mi pecho y siento el dolor por el que está pasando.

—Rosy, está muerto —le digo.

Se aferra a mí con más fuerza y su llanto se intensifica.

—Lo imaginaba. Pero sabía que ese era su final cuando te amenazó y descubrí que todo era mentira. ¿Intentó matar al abuelo para llegar hasta ti?

—Sí, cielo. Eso hizo. Pero el abuelo está a salvo y muy bien. Todo terminó.

—Lo siento, lo siento —dice una y otra vez.

La miro a los ojos y le enjugo las lágrimas.

—No eres responsable de sus actos. Recuerda eso.

Esas son las palabras que me dijo alguien a mí. Tengo la cabeza tan saturada que ya no recuerdo quién me dio tan buen consejo. Creo que fue mi padre.

—Vale, mamá.

—Solo te pido que confíes en tus padres y que, en el futuro, jamás nos ocultes nada. Nosotros te queremos de verdad y siempre sabremos comprenderte, ¿entendido?

—Entendido, no volveré a fallaros.

La beso en la frente y la arropo como si fuera mi bebé.

—Ahora sigue durmiendo. Yo también necesito descansar.

—Te quiero, mamá.

—Yo también, pequeña.

Me levanto y veo a Grayson emocionado en el quicio de la puerta. Lo agarro del brazo y lo saco al salón.

—Serás cotilla... —le regaño con cariño.

—No sabes cómo echaba de menos tener a mi familia junta, aunque el motivo me disgusta.

—En el fondo, eres un sentimental.

—Lo sé.

—Necesito ducharme y sacarme este olor de encima. Además, llevo sangre incrustada por todas partes. ¿Me has traído algún camisón?

Hace una mueca rara.

—Creo que no.

Suelto un bufido.

—Pues déjame una de esas camisetas gigantes tuyas. Me servirá.

Grayson va a su habitación y me trae lo que le he pedido. Entro en el baño principal y abro el agua caliente. Me miro al espejo y veo todos los verdugones que tengo por el cuerpo. Me echo a llorar en silencio.

Ha sido el peor día de mi vida. Jamás pensé vivir una experiencia tan horrible como la de hoy. Mi hija prisionera del hombre que creía amar. Mi exmarido atropellando de muerte a Sabrina por salvarme a mí y Neal recibiendo una bala que llevaba mi nombre. Por último, Elroy se ocupó de pasar a mejor vida a Dylan cuando estaba a punto de estrangularme. Tres hombres que se la juegan por mí y amo a dos de ellos.

Mi cabeza es un caos de puros sentimientos encontrados y en conflicto. Me meto en la bañera y el agua parece agujas que se clavan en mi piel de lo dolorido y magullado que tengo todo el cuerpo. Pronto me relajo y es un alivio sentir cómo calma mis músculos.

Neal y Grayson.

Grayson y Neal.

Son los nombres que ocupan toda mi mente en este instante. Añoro estar con ambos, sus caricias, sus cuerpos, sus besos... Pero no puedo elegir, pues entre los dos forman al hombre perfecto. Los tres nos complementamos y entendemos esta vida extraña y, a la vez, placentera. Nos amamos y nos gusta disfrutar con otras personas, aunque sin dejar de amarnos entre los tres. Qué extraña paradoja. Quería divorciarme de un marido y ahora quiero a dos. Temo volverme loca, pero es lo que mi corazón pide a gritos. Sin embargo, creo que no va a poder ser y menos en Sadtown, donde las mentes son arcaicas y nos mirarían como a engendros de otro mundo.

Cierro el agua e intento desconectar la cabeza. Me está volviendo loca. Si sigo con estos pensamientos contradictorios, acabaré con una migraña de dimensiones astronómicas y es lo último que necesito ahora.

Me seco el pelo con una toalla hasta dejarlo casi sin humedad. Me pongo unas bragas y la camiseta que me da Grayson. Salgo del baño y voy a la cocina a beber algo. No tengo hambre; la verdad es que tengo el estómago cerrado. Me bebo un vaso de leche y pienso dónde voy a dormir. Echo un vistazo al sofá y no es nada apetecible. Grayson está en la cama y duerme ya como un bebé, al igual que Rosy. Es cuestión de elegir si me meto en la cama de uno o de otro. Y la de mi ex es más grande.

Me cuelo bajo las sábanas y se está calentito. Escucho su respiración lenta y pausada. Debe de estar agotado por el día mortífero de hoy. Le doy la espalda para no molestarlo y cierro los ojos para dormir. No me apetecía estar sola y creo que ha sido buena idea acostarme aquí, hasta que Grayson se da la vuelta y apoya su brazo sobre mi cintura y pega su cuerpo al mío. Abro los ojos como platos, ya que no puedo evitar excitarme. Su contacto hace que me erice y su gran complexión abarca todo mi cuerpo. Duerme en calzoncillos y noto su piel caliente contra la mía. Es un suplicio para mí sentirlo tan cerca. Tengo que irme de esa cama o entraré en combustión espontánea.

Pero la mano de mi ex cobra vida propia y empieza a moverse por mi cuerpo. Se cuela por debajo de la camiseta y me agarra un pecho. Gimo sin poder evitarlo y creo que lo hace en sueños. Esto es peor que una tortura medieval. Grayson se pone duro inconscientemente y se restriega contra mi culo.

—¡Por Dios! —susurro para mí.

Esto no hay mortal que lo aguante.

Me doy la vuelta y paso mi pierna por encima de su muslo. Ahora su erección reposa sobre mi sexo y el calor es puro fuego. Abre los ojos y se encuentra con mi mirada cargada de deseo. No dice nada. Solo me aprieta contra él y me baja las bragas. Él se quita los calzoncillos y me penetra sin más dilaciones.

—Gracias —gimo mientras me sujeta la pierna y me empala de lado.

Voy a por su boca y lo beso poco a poco hasta que nos calentamos y nuestras lenguas van por libre y se saborean la una a la otra.

Grayson sigue embistiendo y yo muevo mis caderas y me rozo contra su pubis. Seguimos de lado, suavemente, sin prisa, pero sin pausa. Es una necesidad imperiosa tenernos el uno al otro.

Pero él ya está muy despierto y, en un plis plas, me levanta y me coloca sobre él. Me abro de piernas y apoyo mis manos sobre sus muslos. Me toca cabalgar a mi ex y lo hago de muy buena gana, mientras él me pellizca los pezones y se incorpora hasta quedar los dos sentados en la cama.

—Te deseo tanto... —gruñe excitado.

Me muerde un pezón y jadeo.

Subo y bajo sobre su tronco duro como el acero y le beso en el cuello y mordisqueo el lóbulo de la oreja. Jadea y me aprieta el culo con fuerza, hasta que el canal de paso de su polla se estrecha.

—Agrrr —gimo de placer.

Puedo sentirlo todo, cómo se desliza en mi interior.

—Te amo, amor. Como tú ninguna.

Me eleva y me baja sobre su polla y estoy a punto de empaparlo con un orgasmo tal que seguro que como yo ninguna.

—Grayson, Grayson —gimo su nombre.

—Lo sé, lo sé...

Acelera el ritmo y sus manos aprietan mis nalgas. Yo también me descontrolo y le como la boca al tiempo que cabalgo desbocada sobre su miembro, más erecto que nunca.

Me aferro a su cuello y me impulso con fuerza. Aprieto las piernas y me corro, estremeciéndome y convulsionando sobre su polla. Parezco una marioneta fuera de control, pero tengo el orgasmo de mi vida, lo que me va a hacer dormir como un tronco. Grayson me da la vuelta y se pone sobre mí. Me coloca las piernas sobre su cuello y empieza a embestir sin compasión. Es una tortura, pues me sigo corriendo mientras él estalla y me inunda mientras gira la cabeza y me mordisquea un tobillo. Son estocadas precisas y certeras. Da los últimos coletazos entre temblores y espasmos y después me abre las piernas y se deja caer sobre mi cuerpo. Me cubre por completo y es una sensación de protección muy placentera.

—Te amo, mi vida —me susurra al oído.

—Yo también te amo, Grayson —contesto.

Se aferra a mí y nos quedamos durmiendo, unidos literalmente, yo todavía con él en mi interior.



Siguiendo las reglas

Mi hija llama a la puerta y nos despertamos avergonzados sin saber qué excusa le vamos a poner. No tenemos escapatoria. Grayson se pone unos calzoncillos y yo agarro su camiseta y me tapo hasta el cuello. Es él quien abre la puerta.

La cara de mi hija es de pura sorpresa.

—¿Volvéis a estar juntos? —pregunta muy contenta.

Mi ex se rasca la calva sin saber qué contestar. Ni yo misma sé que decir.

—Es un poco complicado, hija —digo, pero las palabras salen de mi boca por pura inercia.

Ella se sienta en la cama y me da un abrazo.

—No te preocupes, mamá. Lo que hagáis entre vosotros, lo respetaré. Yo sé que, en el fondo, estáis loquitos el uno por el otro.

Sonríe.

Logra sacarme los colores.

—Sabes que tu padre y yo nos queremos, aunque estemos divorciados. Eso es lo que importa —le aclaro.

—¿Os habéis divorciado al final? —inquiere sorprendida.

—Es cierto... Con todo este lío no hemos tenido tiempo de hablar. Estamos legalmente divorciados —le digo.

Ella baja la cabeza con tristeza. Su padre acude a nuestro lado.

—Cariño, eso no es impedimento para que tu madre y yo nos queramos. Es más, creo que, desde que nos hemos divorciado, las cosas han ido a mejor.

Me mira y asiento con la cabeza. La verdad es que nunca hemos sido tan sinceros el uno con el otro desde que nos separamos.

—Como he dicho, pienso respetar vuestras decisiones —dice ella—. No es eso lo que quería comentaros.

—Pues habla entonces —dice su padre.

—Quiero acabar la carrera e irme a vivir definitivamente con los abuelos. Creo que ellos me necesitan más y en Sadtown no veo futuro para mí. Siempre y cuando estéis de acuerdo, claro...

Le aprieto las manos con cariño. Mi niña ha madurado.

—¿Se lo has comentado a ellos? —pregunto.

—Ayer hablé con los abuelos mientras estabais en el hospital. Si os parece bien, ellos están encantados.

De pronto, me llevo las manos a la cabeza. No he hablado con mis padres. Espero que no sepan nada de esta catástrofe personal mía.

—¿Qué te ocurre, Agnes? —me pregunta Grayson.

—¿Les has contado algo de lo sucedido? —inquiero muy nerviosa.

Mi hija niega con la cabeza.

—No soy tan bestia, mamá. Si les digo que nos han tenido secuestradas y que papá se ha cargado a una mujer con el coche, les puede dar un yuyu. Eso te lo dejo a ti.

Sonríe con picardía.

—Uf, menos mal... Ya se lo contaré a tu abuelo, a mi manera. Cuanto menos sepan del asunto, mejor.

Menudo peso me saca de encima.

—¿Vais a ir al hospital a visitar a Neal?

La pregunta por parte de mi hija me cae como un mazazo. Mi cara es de póquer.

—Yo se lo he contado todo, Agnes —me aclara Grayson.

—¿Qué significa «todo»?

Tengo un nudo en el estómago.

—Que nos ayudó, junto con Elroy, a desenmascarar a Dylan Reed.

Otra vez el corazón baja de revoluciones poco a poco.

—Sí, cariño. Me doy una ducha e iré a verlo. No sé si tu padre quiere venir también...

Miro a mi ex un poco escéptica.

Rosy se muerde la uña con nerviosismo.

—¿Qué te pasa? ¡Suéltalo ya! —la anima su padre.

—Es que, como hoy es viernes, quisiera irme para San Diego y aprovechar el fin de semana para mudarme de nuevo y el lunes volver a las clases. Quiero borrar este episodio de mi vida y volver a la normalidad cuanto antes. ¿Podrías llevarme? —suplica con la mirada a Grayson.

—Pues claro, mi niña —accede él de inmediato.

Me quedo un poco desolada al ver que Rosy se va ya mismo para

San Diego, pero, por otra parte, es lo mejor que puede hacer con su vida. Quizá yo acepte la oferta que me hizo mi padre y no tarde en unirme a ellos.

La abrazo con todas mis fuerzas y ella se queja de que la estoy aplastando.

—Iré a verte muy pronto —le digo—. Cuida de los abuelos y diles que todo está bien.

—Así lo haré, mamá. Dale recuerdos a Neal y que se recupere pronto. A ver cuándo me lleva a dar otra vuelta en su cochazo.

—Se los daré, cariño.

Se levanta y va hacia su cuarto a prepararse y yo me quedo hecha polvo.

—Tranquila, cariño, estará bien —me anima Grayson.

—Lo sé.

—¿Qué te inquieta, entonces?

—Que no sé qué voy a hacer con mi vida.

—Agnes...

—No, Grayson. No me digas que puedo volver contigo, porque no es una opción. No es tan sencillo como parece. Te amo, pero también amo a Neal. Quizá deba estar sola y pensar qué es lo que necesito en mi vida.

Me levanto y me voy a la ducha, dejando confuso a Grayson y con la palabra en la boca.

Me ducho entre lágrimas y con el agua caliente cayendo por mi cara. Mi hija es muy inteligente yéndose de Sadtown y creo que yo debo hacer lo mismo. Hay algo en mi interior que me lo está gritando a voces, pero Neal y Grayson tiran de mí y me lo impiden. Quizá va siendo hora de soltar esa ancla y navegar libre de una vez por todas.

Cuando salgo del baño, entro en la habitación para vestirme. Mi ex no está. Voy al cuarto de Rosy, que sigue preparado las maletas.

—¿Y tu padre?

—Ha ido al gimnasio a organizar unas cosas. Me ha dicho que lo avise cuando esté lista.

—Vale, cariño. Yo también voy a vestirme para ir al hospital.

Voy a darme la vuelta cuando ella me llama:

—¡Mamá!

—Dime.

—¿Vas a volver a vivir con papá?

Cierro los ojos y suspiro.

—Me temo que no, cielo. Eso no es algo que entre en mis pensamientos, de momento.

—¿Y dónde te vas a quedar?



—Buena pregunta, hija.

Eso es lo que me está quemando por dentro.

—Tranquila, seguro que encuentras una solución. Siempre lo haces.

Me abraza y a mí me consuela saber que, por lo menos, a ella la he recuperado.

Cojo un taxi para ir al hospital, pues no sé dónde se quedó mi vieja furgoneta. Grayson se ha ido molesto y no me extraña. Hacemos el amor apasionadamente por la noche y luego le doy calabazas, pero mis sentimientos están inmersos en una lavadora en pleno centrifugado. Todo mi mundo se ha puesto patas arriba y ni siquiera sé si podré volver al trabajo. Noto que me estoy asfixiando y necesito aire.

Llego al hospital y voy directa a la habitación donde está ingresado Neal. Abro la puerta y me recibe con una sonrisa extraordinaria. Tiene buen color y mejor aspecto.

—Buenos días —lo saludo sonriendo.

—Ahora sí que son buenos... Ven aquí y dame un beso.

Me acerco y mis labios se juntan con los suyos. Las chispas saltan por la habitación y nos fundimos en una sola persona. Es una delicia saborear su boca y sentir el tacto de su piel sobre la mía. Tengo que separarme, porque, al momento, mi cuerpo se prende en un fogoso deseo.

—Para, loco. ¿No ves que estás convaleciente?

Suelto una carcajada.

—Eso díselo a mi amigo el de abajo. Nada más verte ha saltado de alegría.

Miro para su entrepierna y la sábana abulta más de lo normal. Me sonrojo sin poder evitarlo.

—¿Neal?

—¡Si es por tu culpa! —exclama ofendido.

Nos echamos a reír y me siento a su lado para poder estar cerca de él y cogerle la mano que no tiene inutilizada.

—Tengo ganas de que salgas de aquí ya —le digo.

—Y yo más. No me gusta estar perdiendo el tiempo aquí acostado cuando puedo estar perdido en tu cuerpo.

Me guiña un ojo y lo miro con devoción.

—Tenemos que hablar —murmuro.

Frunce el ceño y se pone serio.

—No me gusta nada cómo ha sonado eso...

—Estoy muy confusa con mis sentimientos y me estoy agobiando mucho. Puede que me vaya de Sadtown para aclarar mis ideas —le digo.

Él me suelta la mano e intenta incorporarse de la cama.

—De eso nada. Tú no te vas a ninguna parte. ¿Quieres matarme de verdad? —inquieta, fuera de sí.

—No es tan sencillo, Neal.

—¿Tú no me amas? Porque yo daría la vida por ti sin dudarlo ni un segundo.

Y me consta que es cierto.

—Te amo, Neal, pero también quiero a Grayson y no puedo elegir. Los dos os habéis jugado la vida por mí y creo que no os merezco a ninguno. Tengo que ser sincera y no quiero jugar con vosotros.

—¡Maldita sea, Agnes! No elijas, quédate con los dos. Los tres funcionamos bien y no creo que tu ex ponga pegas con tal de estar contigo —alza la voz.

Me pongo de pie y abro la boca, sofocada por su proposición.

—¿Te estás escuchando? Una cosa es que quedemos para follar. Yo te hablo de amor, de convivencia, de compromiso... No podemos ser una pareja de tres. ¡Por el amor de Dios! Nos crucificarían en Sadtown.

Me llevo la mano al pecho solo de pensarlo.

—Pues nos vamos de la maldita ciudad, pero no voy a renunciar a ti. Tengo cuarenta años y jamás he querido a nadie tanto como a ti. Si te tengo que compartir para tenerte, lo haré, pero no voy a perderte.

La cabeza me da vueltas. Neal solo dice incoherencias y así me confunde todavía más.

—Tengo que irme —digo de repente.

—¿Adónde vas, Agnes?

—No lo sé, pero tengo que pensar. Esto no está bien.

—¿Qué no está bien? ¿El que ames a dos hombres a la vez? Las putas reglas del mundo. Me las paso por el forro de los cojones. ¿Puedes follar con tres o cuatro personas desconocidas y no estar con dos hombres en tu vida? ¿Acaso eso entraba en tus reglas hace unos meses?

La cabeza me da vueltas y vueltas.

—¡Cállate, Neal! Eso es diferente...

—No pienso callarme. Solo te digo la verdad. Si quieres huir como los cobardes, vete. Pero jamás serás feliz, porque nos quieres a los dos.

—¡Que te calles! —grito más alto.

—¡No! —alza la voz por encima de la mía.

Me agobio y me falta el aire. Cojo el bolso y salgo de esa habitación que me está asfixiando.

—¡Agnes, vuelve! —implora Neal.

Pero no puedo hacerlo. Tengo que escapar, porque sus palabras son como dagas directas al corazón.

Salgo del hospital con el corazón en la garganta. He de tomar una decisión y lo más pronto posible. Ahora no puedo estar con ninguno, ya que mi mente no está clara. No tengo mucho dinero ni un lugar al que ir. Entonces, ese clic que aparece en mi cabeza cuando estoy saturada hace su aparición estelar. Cojo el teléfono y llamo a Elroy Demarco.

—Agnes, me sorprende su llamada —contesta de inmediato.

—Necesito su ayuda, pero ni mi exmarido ni Neal tienen que saber que hemos hablado. ¿Puedo contar con usted?

—Ya no estoy trabajando para el señor Butler, así que, si me pide ayuda, se la daré con total confidencialidad.

—Elroy, no puedo pagarle. Es más, necesito que me deje dinero y que me saque de Sadtown, lejos de ellos dos.

Oigo que suspira al otro lado del teléfono.

—¿Dónde está, Agnes?

—En la puerta del hospital. Acabo de ver a Neal.

—Entiendo. Quédese ahí. Ahora mismo voy a buscarla.

Cuelga el teléfono y rompo a llorar. No sé si lo que estoy haciendo es lo correcto, pero es lo que necesito.

Siempre digo que tengo que afrontar los problemas de cara y así lo he hecho siempre, pero, cuando te vienen a pares y de igual intensidad, la cosa se complica. Es como si tienes dos hijos y te piden que elijas a uno de ellos. Sé que la comparación parece muy distinta, pero, cuando se trata de amor, para mí es lo mismo. No puedo dividir mi corazón en dos y prefiero renunciar a ellos antes que tener que elegir y sufrir eternamente por el otro. No puedo. Sufriré yo sola y que el tiempo se ocupe de curar las heridas. Quizá no soy tan valiente para pasarme las reglas por ahí, como dice Neal, pero sí lo he sido para lo otro. Mi cabeza vuelve a entrar en conflicto y me llevo las manos a las sienes.

Oigo el pitido de un claxon y el negro grandote y escultural me espera en su coche. Voy hacia él como si fuese mi salvación. Entro y me siento a salvo.

—¿Problemas de amores, Agnes? —me pregunta.

—¿Es tan evidente?

—Esos dos hombres morirían por usted. ¿Sabe que, huyendo de ellos, los va a destrozar?

Mi mirada se pierde en la ventana del hospital.

—No puedo decidirme por uno, los amo a los dos —le confieso.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Y cuál es el problema?

Abro la boca sorprendida.

—¿Usted también? No los quiero para un trío sexual. Los amo de verdad.

Elroy levanta la ceja, esperando que conteste a la anterior pregunta, pero cierro la boca.

Empieza a conducir y guarda silencio. Salimos de Sadtown y dejo atrás a los hombres que más amo. Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas. Tengo el corazón destrozado. Elroy se gira para mirarme.

—Agnes, el amor no tiene límites —dice—. Piense en eso cuando recapacite y tome una decisión final.



Como ellos ninguno

Llevo un mes fuera de Sadtown y se me ha hecho eterno. Elroy me consigue un trabajo de profesora suplente en el C.T. Sewell Elementary School de Henderson, Nevada. Vivo en una modesta casa prefabricada de planta baja que está a dos calles del colegio. Me recuerda a la del fallecido Dylan Reed: color crema y tejado marrón, sosa y sin personalidad...

Pero no me quejo, ya que todo se lo debo a Elroy, aunque él dice que está pagado de sobra con el generoso cheque que cobró de Neal.

Henderson es una ciudad sumamente aburrida, tranquila y barata. Hace un calor de mil demonios y, si no fuese por las escapadas que he hecho a los locales liberales de Las Vegas, me moriría de asco. He aprendido a ser una mujer libre y a disfrutar de mi cuerpo sin sentimientos ni resentimientos. Cero culpabilidades. Pero no consigo borrar de mi mente y de mi corazón a Grayson y a Neal. Creo que cada día que pasa me siento más sola y deprimida. Pensaba que con el sexo llenaría ese vacío, pero no es así. Los necesito a los dos.

Sé que me buscan y que recurrieron a los servicios de Elroy para localizarme, pero él les está dando largas, yendo a mi favor. No creo que pueda resistir mucho tiempo en esta ciudad sin el contacto de mi familia. Además, vivir aquí sola se me hace cuesta arriba, aunque no pienso regresar a Sadtown.

A mi padre le tuve que contar más o menos la verdad, pero tampoco sabe exactamente dónde estoy. Mi hija piensa que vivo la aventura de mi vida viajando por Europa. Y ellos... ellos no tienen ni idea de mi paradero.

Hoy es sábado y me dedico a limpiar la suciedad inexistente de mi patética casa. El aire acondicionado está al máximo y, aun así, hace calor.

Elroy aparece de imprevisto con unas botellas de cerveza bien fría. Tiene llaves de casa y sigue cuidando de mí. Me alegro de verlo y, por fin, nos tuteamos.

—¡Qué buena pinta tienen esas cervezas! —lo recibo con alegría.

—Sabía que te alegraría el día.

—Aquí cualquier cosa que se salga de la normalidad es motivo de alegría —farfallo.

Se saca la chaqueta del traje y se queda en mangas de camisa. Aunque estemos a cuarenta grados, es fiel a su indumentaria perfecta. Yo llevo unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes negra. Solo con mirarlo da calor.

Abrimos un par de cervezas y doy un sorbo a la mía. Está de vicio.

—Creo que ya va siendo hora de que tomes una decisión —me dice—. No puedo seguir mintiéndoles a Neal y a Grayson. Son mis amigos y están destrozados.

Me corta el rollo.

—Lo sé, pero sigo en la misma tesitura. ¿Acaso crees que me gusta vivir aquí?

Enarca una ceja y pone cara de asco.

—Yo no lo haría ni por todo el oro del mundo. Se está muy bien en el Downtown de Las Vegas.

Me guiña un ojo. Yo le tiro un cojín a la cabeza.

—Claro, ¿a quién le amarga un dulce?

—En serio, Agnes. Sé que lo has pasado mal por aquel hijo de puta, pero ya hace un mes de eso. Deberías pasar página y pensar un poco en ti.

Niego con la cabeza.

—Lo intento, pero no saco nada en claro, más que morir de asco en esta ciudad.

Se levanta de golpe y doy un respingo.

—Te propongo un plan para esta noche —dice animado.

—Soy toda oídos.

—Ponte bien guapa. Te voy a llevar a cenar a Las Vegas y a enseñarte la ciudad como Dios manda.

Estoy flipando de lo lindo.

—¿Has fumado algo? —le pregunto incrédula.

—Yo también sé divertirme. No eres la única que va a esos locales liberales. Uno es serio, pero tiene su corazoncito... ¿Te apetece conocer uno que inauguran hoy? Es muy exclusivo.

Me atraganto con la cerveza.

—Perdona, Elroy, pero no podría tener sexo contigo. Eres espectacular, pero no te veo con esos ojos —le digo con sinceridad.

—Me estás malinterpretando. ¡No quiero acostarme contigo! —exclama ofendido.

—¿Entonces?

—Vamos a ese local juntos, pero no revueltos. Después, cada uno por su lado. Yo tampoco te veo de ese modo, por Dios.

Hace una mueca de desagrado con la boca. Nos miramos y rompemos a reír como dos críos.

Nuestra amistad se ha forjado a raíz de algo siniestro, pero ahora lo adoro y él a mí. Jamás podría acostarme con él. Somos colegas.

—Está bien, iré contigo —le digo—. A ver si así me relajo un poco y se me aclara la cabeza.

—Bien, pues yo voy a comprarme algo decente para esta noche y vengo a buscarte más tarde.

Le doy un abrazo antes de que se vaya.

—Gracias por todo.

—Sabes que esto no durará eternamente, ¿verdad?

—Lo sé.

Me aprieta la cintura levemente y se marcha en un Mercedes de color negro, para variar.



Su visita me levanta la moral y me pongo a adelantar trabajo que tengo pendiente del colegio. Luego me meteré en la bañera, me depilaré enterita y me pondré bien mona para esta noche. El sexo me pone de buen humor, pero no compensa mi carencia de amor.

Salgo del baño depilada, perfumada, maquillada y hasta peinada. Llevo el pelo liso como una tabla. Me apetece estar guapa y diferente. Ahora viene lo difícil: rebuscar en el armario algo sexi que ponerme, pues ando escasa de vestuario y de dinero. Todo lo que voy sacando me disgusta.

—¡Maldita sea! —gruño enfadada.

Casi todo me lo he puesto y es que ese «casi todo» son tres vestidos.

Llaman al timbre y me pongo el albornoz para ver quién diablos llama a mi puerta a esta hora de la noche.

—¿Quién es? —pregunto a través de la puerta.

—¿Agnes García? Tengo un paquete para usted de Elroy Demarco.

Echo un vistazo por la mirilla y veo que es un repartidor. Nadie que me conozca del pasado me llamaría por mi apellido de soltera, que solo uso aquí.

Abro la puerta y me entrega una caja negra con un lazo rojo. Firmo la orden de entrega y me muero de curiosidad. Cierro la puerta y abro la caja.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo asombrada.

Dentro de la caja hay un vestido plateado que es de lo más bonito que han visto mis ojos. Hay incluso unas sandalias a juego.

El maldito Elroy tiene un gusto exquisito. En el fondo hay una nota.

¿Olvidé decirte que era muy exclusivo? Por si no tienes nada decente que ponerte.

Elroy.

Cuando lo vea me lo como a besos.

Saco el impactante vestido y me lo pruebo. Seguro que atraeré todas las miradas. Incorpora pedrería de cristal, lo que realza el ceñido corte acabado en ligero vuelo. La espalda va casi desnuda y los tirantes tienen efecto segunda piel, así como una gigante abertura lateral en la falda para facilitar el movimiento. Las sandalias son de tacón de aguja y también llevan esos cristales plateados haciendo juego.

—¡Estoy increíble! —exclamo frente al espejo.

Parece que estoy viviendo el sueño de una princesa. Es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Me retoco el maquillaje y añado unas gotitas de perfume. Ya oigo a Elroy tocando al claxon para que salga. Se ve que hoy tiene prisa.

Apago las luces y enciendo las de la calle. Cierro con llave y veo que sale del coche para

abrirme la puerta. Está muy guapo, diferente. Me silba y hace que me acalore.

—Estás radiante —dice—. Creo que hoy vas a hacer sombra a todo el mundo con la luz que desprendes, Agnes.

No puedo evitarlo y lo abrazo.

—¿Nunca te he dicho que eres un amor? Solo por este vestido sería capaz de acostarme contigo.

—No tientes... —contesta—. Aunque no me llares de esa forma, hoy puedo hacer una excepción.

Me devuelve la broma y me sorprende gratamente.



Subo al coche y me

siento muy feliz, algo que hace mucho que no siento.

—¿Preparada para pasarlo bien?

—Preparada.

Arranca su flamante Mercedes negro y nos vamos rumbo a la ciudad del pecado.

Conduce escuchando música soul y tararea una canción de The Temptations muy conocida: «My girl». Lo miro sonriente y fascinada por su cambio de actitud. Nunca lo he visto tan contento.

Entramos en el Strip de Las Vegas y empiezo a mirar los espectaculares hoteles, como el Luxor, el Excalibur, The Mirage... Y luego nos desviamos hacia Sammy Davis Jr Dr, donde aparca el coche delante de un local que me deja con la boca abierta. Y no es por la magnífica decoración y la impresionante entrada, sino por el neón que cuelga en la fachada.

«The Lust».

—¿Qué significa esto, Elroy? —le pregunto entre confusa y enfadada.

—El nuevo local exclusivo que te comenté —dice con ironía.

Quiero entrar de nuevo en el coche, pero cierra con el mando a distancia.

—No me gustan este tipo de bromas —gruño muy mosqueada.

—Verás, Neal vendió su local en Sadtown con la condición de que le cambiaran el nombre.

Mi asombro va *in crescendo*.

—¿Quieres decir que este garito es de Neal?

—No exactamente. Tendremos que entrar y averiguarlo.

Niego con la cabeza.

—Ni de coña. No estoy preparada para semejante encerrona.

Me coge del brazo y me lleva a rastras hacia el interior.

—Si Mahoma no va a la montaña...

—Por favor, Elroy. Por favor... —imploro casi entre sollozos.

Cuando entramos, el local está vacío. Eso me deja un poco descolocada. Tiene la misma decoración que el de Sadtown, por lo que me embarga una nostalgia desgarradora. Estoy

mentalizándome para encontrarme a Neal, pero lo que veo es más impactante.

—¡Rosy! —exclamo alucinada.

Voy hacia mi hija y la abrazo con lágrimas en los ojos.

—No llores, que estás muy guapa y vas a estropear el maquillaje —me regaña entre risas.

—Que le den al maquillaje. No me puedo creer que estés aquí.

—Ya no aguantaba más tiempo sin verte. Tenemos que hablar —me dice muy seria.

—Pero...

Sacudo la cabeza sin entender nada. Elroy se sirve una copa de whisky y se sienta a la barra mientras mi hija y yo lo hacemos junto a una mesa muy próxima. Arrimo el sillón de piel para estar a su lado.

—No puedes imaginar lo mal que lo ha pasado papá durante este mes —me dice Rosy—. No levantaba cabeza y tuve que ir al piso a hablar con él. No comía, abandonó el gimnasio y cayó en depresión.

—No lo sabía... No pretendía hacerle daño. Lo siento tanto—sollozo.

—Me lo ha contado todo, mamá. Sé que te has ido porque no podías decidirte entre papá y Neal. Los dos han hablado conmigo y te quieren de verdad.

Suelta la noticia bomba y yo me pongo roja como un semáforo.

—¿Has hablado con Neal? ¡Dios santo! —exclamo, poniéndome en pie muerta de la vergüenza.

—Sí. Y es un amor de hombre. Te quiere con locura y creo que deberías darle una oportunidad —me dice como si nada.

—¿Te estás escuchando?

—Mamá, ya no soy una niña y sé lo que se cuece por el mundo. ¡Ojalá tuviera un solo hombre que me amase de verdad! Tú tienes la suerte de tener a dos. Te aman hasta el punto de venir a hablar conmigo y pedirme permiso para poder estar contigo.

Me llevo la mano al pelo con nerviosismo.

—No lo entiendo...

—Yo sí. Piensa que los abuelos tienen su vida y, aunque no son mayores, la única que te queda soy yo. Y estoy de acuerdo con esa

relación. ¿Qué te impide estar con ellos?

Me deja de piedra.

—Supongo que la única que pone impedimentos soy yo —contesto.

Elroy aplaude y viene hacia nosotras.

—Menos mal que tu cerebro vuelve a funcionar racionalmente. He tenido que mover cielo y tierra para que abrieras los ojos —dice muy complacido.

—¿Esto ha sido cosa tuya? —le pregunto.

—Bueno, he movido algunos hilos, pero lo que viene ahora sí es de mi cosecha.

Giro la cabeza y aparecen Neal y Grayson, vestidos de traje e increíblemente guapísimos los dos. Tengo que sentarme, pues las piernas me flaquean.

El primero en llegar es Neal, que me coge y me levanta para besarme con ansias. Yo lo rodeo con mis brazos y me pierdo en ese beso que llevo soñando durante un mes. Luego Grayson toma el relevo y le acaricio la cara y lo beso de la misma manera. Mi corazón salta de felicidad y veo de reojo que mi hija se seca una lágrima a escondidas. Cuando puedo recuperar el aliento, solo me salen dos palabras.

—Lo siento.

—No podemos vivir sin ti —dice Grayson—. Y hablo por los dos. Ha sido el mes más

horrible de nuestras vidas y solo queremos una cosa.

Ambos se miran y yo todavía sigo en *shock*.

De pronto, hincan la rodilla en el suelo y estoy a un segundo de parada cardíaca.

—Cásate con nosotros —dicen a la vez.

Mi hija y Elroy aplauden emocionados y a mí se me saltan las lágrimas.

—Es imposible —titubeo.

—Nena, estamos en Las Vegas y aquí todo es posible. Solo tienes que decir que sí —dice Neal.

Por una vez en mi vida, me dejo llevar por mis sentimientos sin pensar en las consecuencias.

—Está bien —cedo al fin—. Os acepto a los dos.

Me envuelven con sus brazos y me comen a besos.

Elroy da una palmada al aire y todos nos giramos para mirarlo.

—Pues ahora vámonos, antes de que se arrepienta. Rosy, tú y tu madre os venís conmigo —gorjea feliz.



—¿Adónde vamos? —

inquiero.

—A celebrar una boda, querida Agnes.

Mi instinto es protestar, pero no lo hago.

—Pues que así sea —respondo.

Elroy nos lleva hasta Graceland Wedding Chapel. No me creo que vaya a hacerlo. Estamos delante de la capilla blanca y azul más famosa de Las Vegas y me entra el pánico. El reloj de la torre marca casi las once de la noche y está vacía, lo que me resulta muy extraño.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? —le pregunto a Elroy.

—Hasta el último detalle —confiesa.

—Mamá, no te echas atrás ahora. Vas a ser feliz con dos hombres maravillosos —me anima mi hija.

—Sabes que esto no es legal, ¿verdad? —inquiero.

—El matrimonio en la capilla será legal para vosotros tres y es lo que realmente importa. Me ha tocado sobornar a Elvis para que haga ese documento y lo puedas enmarcar en el salón de tu nueva casa en Summerlin.

—Espera, ¿sabías todo esto y no me has dicho ni media?

—Y que también estarás casada legalmente con uno. Pero no tienes que escoger; ya lo han hecho por ti.

—No lo entiendo.

—Tus quebraderos de cabeza los han solucionado entre Grayson, Neal y tu querida hija mientras te morías de asco en Henderson —se burla el negro de mí.

Me entran otra vez ganas de llorar.

—Mamá, debes firmar el matrimonio legal con Neal. Ya estuviste casada con papá y él piensa que puede dejarte más amparada en caso de que le ocurra algo —dice mi hija.

—No quiero su dinero ni que le ocurra nada. Solo lo amo a él —replico.

Y más por el detalle de preocuparse por mí.

—Lo sabemos —aclara Rosy—. Por eso me parece bien que sea él.

—También quieren que uses el apellido de soltera. Así no te decantas por ninguno.

—¡Caray! Lo habéis planeado al milímetro —me asombro.

—Solo queríamos que estuvieses bien y te quitases los agobios de encima —dice Rosy.

—Pues lo habéis logrado —confieso.

Le doy un abrazo a mi hija y otro a Elroy.

—Ahora salgamos y déjame retocarte el maquillaje, porque con tanta llorera tienes la cara echa un asco —se burla mi niña.

—¿Dónde están ellos? —pregunto nerviosa.

—Dentro, esperando a la novia —dice Elroy, orgulloso de su plan.

Rosy saca un neceser y un pequeño ramo de rosas del maletero y me retoca el maquillaje y luego me cepilla el pelo.

Las manos me tiemblan y no es por el frío, pues hace un calor de mil demonios. Me acaban de organizar la vida en menos de una hora.

Salimos del coche y Rosy echa a correr hacia el interior de la pequeña capilla. Miro a Elroy con cara de interrogación.

—Es la madrina —susurra.

Me emociono de nuevo y él me entrega su brazo, porque interpreto que va a ser mi padrino. Cruzamos la pasarela blanca y entramos en la capilla, que es de color blanco. Al fondo, dos impresionantes novios vestidos de traje oscuro y, a un lado, mi preciosa hija. Todo está adornado con rosas blancas. En el pequeño púlpito del mismo color me espera un Elvis vestido de negro y plata, haciendo contraste.

Empieza a cantar «Can't help falling in love» y no puedo evitar soltar una lágrima. Cuando llego a su lado, estoy como un flan. Ellos me cogen cada uno una mano y se celebra la breve ceremonia.

Cuando digo el «sí, quiero» a ambos, el corazón explota de felicidad.

Elroy saca unas alianzas especiales hechas a medida. Son lo más bonito que he visto y me siento muy orgullosa de colocárselas en el dedo. Primero a Neal; luego a Grayson. Son tres aros de oro entrelazados y llevan grabados nuestros nombres. Luego, entre los dos, me colocan la mía. Beso a Grayson y después a Neal.

Elvis empieza a cantar «Viva Las Vegas» y nos hacemos las oportunas fotos para la posteridad. Es el día más feliz de mi vida, algo que jamás pensé ver hecho realidad.

—¿Dónde vamos ahora, esposos míos? —digo con cierto sarcasmo.

—A estrenar nuestro local. Porque, por si no lo sabes, los tres somos los nuevos socios del «The Lust» de Las Vegas —me comunica Neal.

—¿Qué?

—Lo que oyes, amor mío —dice Grayson—. También te hemos pedido plaza en un colegio de Summerlin, donde viviremos a partir de ahora. Si quieres, puedes ejercer de maestra, como siempre, pero tienes un negocio que atender junto a tus nuevos maridos.

—Madre mía, no habéis perdido el tiempo...

Me río, feliz de tenerlos conmigo.

—Un mes sin ti da para mucho —confiesa Neal.

Me besa y me deshago en sus brazos.

—Bueno, yo me marchó con Elroy de fiesta, a vivir la noche de Las Vegas —se despide mi hija—. Ya nos vemos mañana, si eso.

Le doy un abrazo y no quiero soltarla. Su padre se une a nosotras.

—Te queremos. Gracias por todo, hija —dice Grayson.

—Veros así lo compensa todo.

Nos dice adiós con la mano y se van en el Mercedes negro de Elroy.

Neal me ofrece un brazo y Grayson, otro.

—Vamos a celebrarlo, nena.

Subimos al coche y nos dirigimos hacia el «The Lust» a perdernos en nuestro amor y en la lujuria.

Ya lo tengo todo.

El amor en su estado puro y por partida doble. Tres personas unidas por un vínculo sagrado y libres para compartir sus cuerpos con más personas. Sin secretos. Lo que prima es la confianza y el respeto, pero lo más importante es que nos amamos por encima de todo y que se puede diferenciar y disfrutar del sexo y luego irte a tu casa con los amores de tu vida sin ningún remordimiento, porque como ellos ninguno.